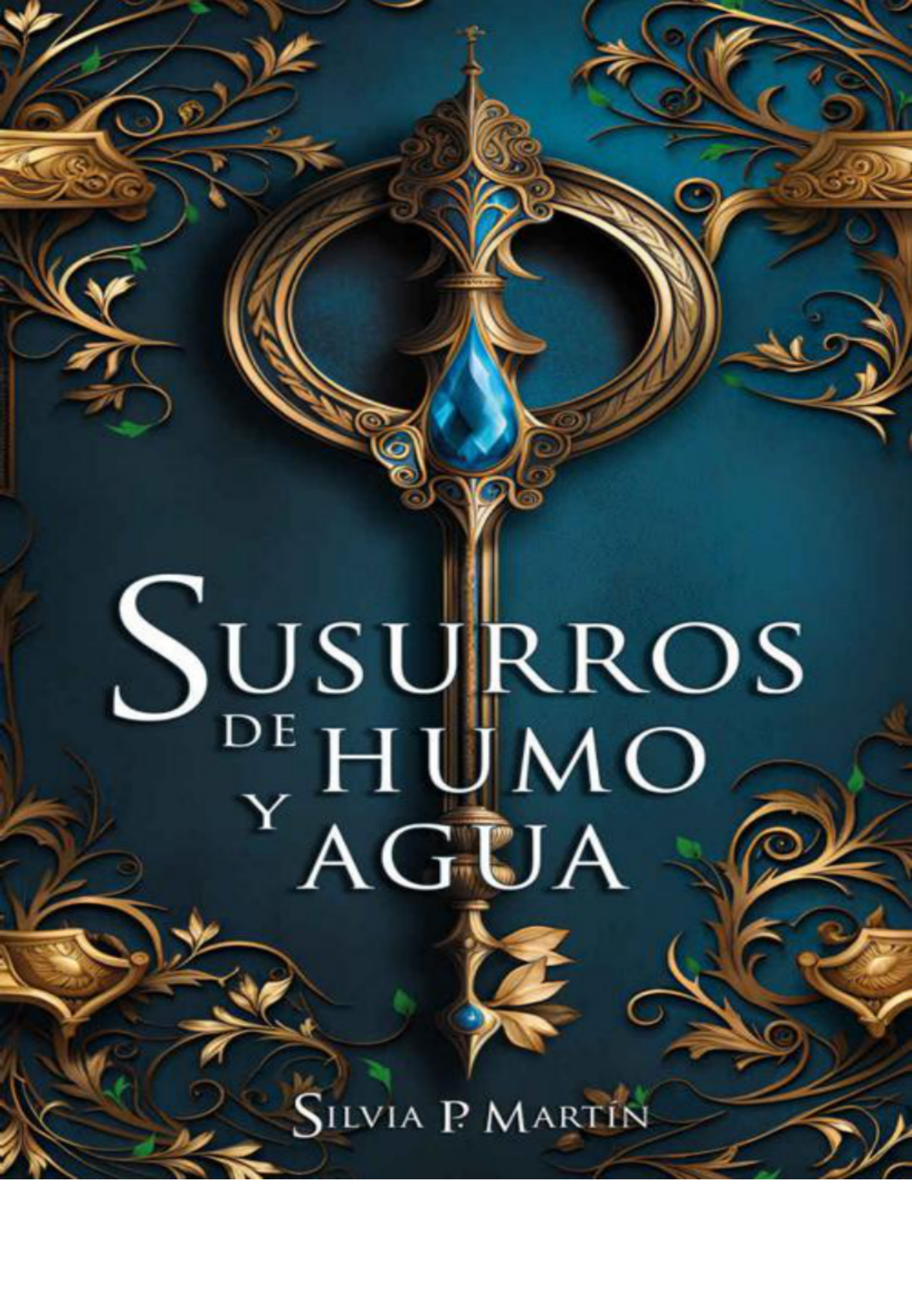

SUSURROS
DE HUMO
Y AGUA
SILVIA P. MARTÍN

Susurros de humo y agua

Silvia P. Martín

Susurros de humo y agua

Corrección: Alba S. Santos Ochoa
ISBN: 978-84-09-56531-3
Depósito Legal: SE-2219-2023

Para Mari, Irene, Yoli, Sonia y Lourdes,
los primeros ojos que conocieron esta historia,
cuando aún tenía otro título y un mapa trazado a bolígrafo azul.

«Las guerras suelen mostrar dos aptitudes
que van de la mano: la estupidez y la ambición».
Trebur Stone, el viejo loco

Elania

TAMAN

TRISAR

CITRONIA

LUGUY

TEFALÉN

FERIS

DEHIA

Bosque de los Suspiros

MAR de ILIS

PRÓLOGO

—Esta noche es especial, Tris —le susurró él y se levantó de la mesa, tendiéndole la mano en gesto teatral. Ella lo miró con un brillo en los ojos mientras la sangre le encendía las mejillas. Al levantarse, ignoró la vergüenza de las manchas de barro en el bajo de su vestido amarillo. Jamás había sido tan feliz. Había oído ese dicho de que la vida cambia en un instante, pero nunca pensó que le tocaría a ella y, contra todo pronóstico, ahí estaba, en una sencilla taberna bailando como una chica *normal*.

Cuando Artur le dijo que había encontrado un trabajo en las islas del Cieno, se temió lo peor. Luego, con esa sonrisa de hoyuelos tan característica en él, le propuso que lo acompañara. Habló de comenzar una vida juntos, de amor, de hijos; de felicidad. Apenas oyó sus primeras palabras, ya había pronunciado un sí, a pesar de saber lo que la decisión conllevaba.

Se sentía fuerte y valiente por una vez en la vida y, apoyada por su estado casi eufórico, plantó un beso en los labios del muchacho. Inspiró su olor almizclado que, a pesar de los aromas de la taberna, seguía llegando hasta ella. El corazón le latía, henchido de felicidad, y no se resistió a pasarle una mano por los rizos castaños. Artur no era demasiado alto, pero compensaba su estatura con un cuerpo torneado en el que se dejó refugiar.

Tris pertenecía a una de las familias de silfos más antiguas de la aristocracia de Tefalén: los Wicker. Sus padres siempre se habían opuesto a su relación. Un simple humano como Artur no era suficiente para alguien que llevara su apellido. Apellido que ella sentía como una barrera que le impedía tomar decisiones por sí misma, algunas tan importantes como con quién quería pasar el resto de su vida. Era evidente que, en tierras de Tefalén, jamás podrían estar juntos.

Los Wicker, preocupados por impedir que su emblema, un

triángulo con tres ondas en el centro, quedara en ridículo ante la alta sociedad, se opondrían a tal escándalo. Y la encontrarían. Más por mantener las apariencias que por que quisieran a su hijita de regreso al hogar. Aunque ya tenía veintidós años, siempre sería la pequeña Wicker que se escapó con un humano.

«Qué libertina. Qué inconsciente», dirían. Casi vio los labios de su madre apretados, aguantando los comentarios mordaces mientras le temblaba la taza de café en la mano.

Sonrió de satisfacción. Ahora, el empleo de Artur, lejos de aquella región, les daba una posibilidad. No iba a desaprovecharla. La opción de escapar a hurtadillas, con su pequeño zurrón con un par de mudas de ropa y una bolsita de oro, había sido más que atractiva. Al menos se había molestado en dejar una nota, que con toda seguridad acabaría arrugada entre los dedos de Cirae.

—Venga, vamos a bailar —insistió su acompañante, devolviéndola a la realidad.

—No conocemos a nadie, Artur.

El muchacho tiró de su brazo para hacerle dar una vuelta sobre sí misma.

—¡Claro! —admitió con una sonrisa, arrastrándola junto a él—. No conocemos a nadie. ¿No es estupendo?

La pareja se colocó en un pequeño espacio junto al escenario de tablones, una plataforma que aún seguía en pie a pesar de la envergadura del hombre que arrancaba las notas a un laúd desafinado. Artur cogió a Tris de la cintura y ambos empezaron a moverse intentando seguir el ritmo. Tras unos cuantos pasos, una pareja mayor se colocó a su lado y los acompañó con torpeza. Tris reía mientras daba vueltas y paseó la mirada por el lugar que alcanzaba el momento más animado de la noche.

La Posada del Oro en Feris no era un lugar distinguido, al contrario de lo que indicaba su nombre. Ningún tefalino con un apellido aristocrático se acercaría, salvo excepciones puntuales. Situada en la zona más al sur de Tefalén, solía ser un punto de paso hasta la Punta del Viento, el puerto más importante para embarcarse en el gran mar de Illis, el cual impregnaba la zona de un aroma a salitre y a algas que le daba cierto encanto.

Aquel emplazamiento se había convertido en un pequeño tesoro en el camino de los viajeros, un espacio acogedor para descansar, comer y beber una buena jarra de cerveza o una copa de vino

aromático de cosecha barata. Cualquier líquido que no fuera salado se volvía muy codiciado tras varias semanas en el mar entre la mezcolanza de tripas de pescado y el sudor de otros marineros.

Mientras bailaban, Tris echó un vistazo a los otros viajeros de la posada. En una esquina, un grupo de hombres hablaba a viva voz sobre los sucesos de su viaje, a la vez que comían unas salchichas aún humeantes. El vapor de la carne se mezclaba con la luz de los candiles, que bañaban los cabellos rojos de dos mujeres al fondo, mientras ellas intentaban despachar con amabilidad a los moscones masculinos que se acercaban. El posadero servía bebidas en la barra a una pareja con un niño pequeño con cara de enfurruñado. Rio para sí al advertir el parecido con su hermano y sintió nostalgia al notar cuánto lo echaba de menos.

Pero era mejor no pensar en eso. Ningún recuerdo amargo le estropearía la noche.

Las paredes de piedra rugosa de la Posada del Oro mantenían la calidez ayudadas por el gentío allí reunido, que vociferaba creando un murmullo alegre. Al fondo, sobre un tronco de árbol erigido como un pedestal, se extendía una red de pesca colocada con cuidado y salpicada de pequeñas monedas brillantes. La costumbre local de los viajeros que pasaban por allí era dejar una moneda enredada en ella, símbolo de buen augurio antes de lanzarse al mar. Una promesa muda de que volverían a recogerla algún día. Tris decidió que antes de marcharse dejaría su propia moneda para continuar con la tradición. El comienzo de una nueva vida así lo merecía.

Perdida en sus pensamientos, el escalofrío que le recorrió la parte baja de la espalda la sorprendió. Alzó la mirada hacia la puerta del local, justo para ver una sombra negra que se escabullía. Pestañeó. El vino debía habérsele subido a la cabeza.

—¿Qué ocurre? —Artur la zarandeó de un hombro.

Se habían detenido de forma tan brusca que la otra pareja se había topado con ellos. Se disculpó con un ademán avergonzado.

—Nada, solo necesito tomar un poco de aire fresco.

—Ven, vamos a dar un paseo —dijo él—. Y luego volvemos a comer un poco de esa sopa con pollo que huele tan bien.

La guio hacia fuera. El farol de la entrada marcó la oscuridad bajo sus ojos, que adquirieron un aspecto siniestro. Tris volvió a pestañear, aturdida. La noche les trajo el susurro de la brisa marina con el mar a poca distancia. Aunque la corriente le moviera el pelo castaño, la

atmósfera se percibía estática. Aquella quietud extrema hizo que levantara los ojos hacia el cielo despejado y moteado de estrellas, al mismo tiempo que el vello se le ponía de punta. Un nuevo escalofrío la recorrió.

Ya era entrada la noche y apenas se oía el ladrido de un perro a lo lejos. Decidieron dar un paseo bajo los árboles de la calle, que se mecían de un lado a otro como manchas negras. Los pocos comercios del pueblo ya habían cerrado y la oscuridad se teñía en las calles, salpicada por las lucecitas de los faroles y las velas de los hogares.

Observó la hilera de casas de piedra unas junto a otras, con los tejados desnudos sin necesidad de chimeneas. Allí en el sur, la temperatura solía ser agradable todo el año gracias al mar vecino. Era una visión bonita, pero, a pesar de la bella estampa, Tris era incapaz de relajarse.

Aunque Artur charlaba a su lado, ella no le prestaba atención. Su naturaleza de silfo se había puesto en alerta. El aire le lamía la piel con empeño. La prevenía. Sus ojos púrpuras brillaron y empezaron a buscar a su alrededor, sin saber con exactitud qué.

—Estás muy callada, cariño. Seguro que el ruido te ha embotado la cabeza. La acústica de ese sitio es terrible. —Artur miró a su alrededor y señaló—: Allí hay una fuente, te traeré un poco de agua para despejarte.

Tris lo siguió con la mirada mientras se alejaba hasta el fondo de la calle. Mientras Artur sacaba el pequeño odre que siempre llevaba de su cinturón, percibió un movimiento a su derecha y se giró con rapidez. No había sido su imaginación. Volvió a sentirlo al otro lado y, al girarse, la sombra oscura no fue tan escurridiza. La presencia se quedó quieta, era como una densa nube de humo oscuro, casi tangible. Despedía un olor rancio que le hizo arrugar la nariz y, frente a frente, parecieron estudiarse un momento. El ente medía su fuerza. Casi podía jurar que en la masa se dibujó un rictus burlón antes de que se cerniera sobre ella.

Apenas fue capaz de reaccionar más que para dar un traspié hacia atrás y abrir la boca con sorpresa. La sombra se coló dentro en una inspiración fugaz. Solo pudo notar un regusto amargo, como si tuviera la lengua llena de ceniza. Le faltó aire en el pecho. Aquella presencia se acopló entera en su interior, inundándola de un hedor a muerte. Sintió el cuerpo infectado de suciedad y pestilencia, y la consciencia le rogó que huyera de allí; un susurro temeroso de ser escuchado.

Quiso vomitar para expulsarlo. Como cuando era niña y se apostó con Daval quién comía más huevos del gallinero. Ganó aquel día después de que su hermano vomitara al sexto huevo y ella al octavo. En aquella ocasión, su madre los castigó con dureza después de su victoria.

Aquel día, tenía la extraña certeza de que perdería.

Paralizado, su cuerpo se le antojó una cárcel de barrotes que se cerraban ante sus ojos, enterrándola en su interior. Lo que fuera que había entrado en ella se expandió con soltura y tomó el control de cada parte: brazos, piernas, torso, ojos, boca y nariz. En apenas unos instantes, ya no sentía ni los dedos de los pies. Solo quedó su consciencia asustada y agazapada en una esquina de su mente. Una simple espectadora.

El invasor obligó a sus ojos a parpadear, y ella pudo entrever que Artur regresaba por la calle. El cielo, antes despejado, se había teñido de algunas nubes oscuras de forma repentina. Una parte de su mente dedicó un momento a analizarlas. Se sorprendió al comprender que su poder estaba despertando. Muy mal momento.

—Estás muy pálida. —Artur le acercó el odre lleno—. Anda, bebe.

Su mano temblorosa cogió el recipiente en una orden que ella no había dado. Artur se quedó mirándola con el ceño fruncido. Y su sospecha pareció disgustar al nuevo ser dentro de ella, que soltó un bufido. El odre se precipitó de su mano y se volcó en el suelo. Después, su propio cuerpo se arrojó contra él.

La orden para cerrar los ojos fue en vano. No pudo evitar ver. Chilló en su interior cuando sus manos, rebosantes de una fuerza desconocida, agarraron la cabeza de Artur y la estamparon contra el suelo. El impacto brutal contra la piedra despidió un abanico de gotas carmesí que salpicaron su cara y, en el pequeño refugio de su consciencia, comenzó a rogar:

«¡Para, por favor! ¡Para!».

La presencia oía sus súplicas, lo sabía. Pero no hizo amago de tener piedad.

«¡Para, te lo suplico!».

El invasor cogió impulso y volvió a repetir el ataque. Una. Dos. Tres veces. Tris gritaba al compás de los golpes al sentir que una parte en ella también se rompía para siempre. El sonido seco del cráneo al romperse hizo eco en la solitaria calle. Artur soltó un estertor, dándole la bienvenida a la muerte.

La sangre comenzó a acumularse en el suelo adoquinado, casi negra en la oscuridad de la noche. Artur convulsionó y soltó un pequeño gorjeo antes de que sus ojos empapados en sangre se quedaran fijos en el cielo. Una luz se encendió en una ventana cercana y un murmullo de voces se aproximó.

La sombra obligó a su cuerpo a levantarse, y Tris observó ausente su vestido amarillo, cubierto ahora también de manchas rojas. Como un sollozo ahogado, la lluvia comenzó a caer de forma tímida. El agua se mezcló con la sangre del suelo, ayudándola a extenderse por las juntas de los adoquines y tiñendo la calle de muerte. Desesperada, Tris liberó un grito angustiado, y su cuerpo la obedeció una última vez. El alarido retumbó en la calle. Más luces se encendieron.

Esto activó a su invasor, que echó a correr. Mientras sus piernas comenzaban una carrera ajena a sí misma, se vio reflejada en el cristal de una ventana. Sus ojos ahora eran dos pozos negros de oscuridad. Sin pupila. Sin vida.

Artur tenía razón. Sin duda, la noche había sido especial.

1

El aire fresco corría por el puente colgante, al igual que ella.

A paso rápido, Mirah alcanzó a ver un poco del paisaje que se abría ante ella. El sol se cernía sobre el valle y hacía centellear las aguas del río Mel con sus flechas radiantes. Las casas del pueblo se distribuían por el centro, desperdigadas entre una infinidad de árboles de diferentes especies en cuyas ramas y copas se erigían otras viviendas. La exuberancia verdosa comenzaba a ser aún más rica en la linde con el bosque, donde los árboles trazaban una pared vegetal que llamaba la atención de todo forastero.

Cruzó el suelo de madera del puente que comunicaba con la otra zona del castillo y pasó bajo un arco de piedra maciza. La hiedra, enroscada de forma obediente por los recovecos de las juntas, parecía una familia perezosa de serpientes. La Sala de las Cuatro, su lugar favorito del castillo, la recibió con el ruido de sus aguas.

Con la costumbre de quien se ha criado entre aquellas paredes, esquivó los caudales líquidos que se cruzaban por los canales del suelo. Casi sintió la mirada de reproche de las cuatro fuentes, una en cada esquina, como soldados pétreos que custodiaban la gran fuente central.

Alzó la cabeza y su vista se detuvo un instante en la bola de cristal que dominaba el piso más elevado de la fuente. Distraída, el libro que llevaba en las manos se precipitó hacia el suelo antes de darse cuenta. El lomo se hundió en uno de los caminitos de agua que conectaban las fuentes entre sí, y ella lo rescató soltando una maldición muy poco principesca. Dos pares de ojos curiosos la miraron; sus dueñas estaban sentadas en uno de los tantos bancos de piedra. Mirah sacudió el libro y las gotas de aquel curioso azul le salpicaron la parte delantera del vestido claro. Lo ignoró.

Tras comprobar que el libro no había sufrido mayor daño,

continuó su camino. Entrecerró los ojos ante el súbito reflejo del sol. La rareza de las aguas del reino a veces era un fastidio, a pesar de que su color fuera la única huella conservada de la esencia mágica de sus antepasados.

«¿Llegaré tarde?», se preguntó.

Se recogió el vestido con la mano libre para correr mejor a la vez que echaba de menos unos pantalones. «Malditas etiquetas de la corte». Tras cruzar una puerta, subió por la escalera medio escondida que conducía al piso superior de la torre oeste. Sus pasos apresurados apenas se sintieron sobre los escalones, deslizándose con destreza para no hacer demasiado ruido. Torció hacia la derecha para llegar a una estancia pequeña donde, al fondo, distinguió un grupo de siluetas.

El olor dulzón le llenó la nariz al cruzar el umbral: la enfermería del castillo. Poco frecuentada por el resto de habitantes, una gran cantidad de frascos envasados se ordenaba minuciosamente en las estanterías. A ellos le acompañaban un despliegue de instrumentos y herramientas dignas de un buen sanador, junto con algunos libros diseminados por la estancia sin orden ni concierto. Casi tropezó con una de las grandes jaulas de hierro que en ocasiones se utilizaban para la recuperación de alguna criatura necesitada de cuidados. Ese día estaban vacías y eran testigos de lo que allí se trataba.

Mirah reconoció la espalda de su padre junto al resto de miembros del consejo de Trisar. Hablaban dispuestos en corro y, conforme se acercaba, comenzó a agudizar el oído.

—… tal vez se desorientó… —decía uno de ellos mientras se atusaba una barba canosa y rizada dividida en dos grandes mechones sobre la barbilla. El doctor Remín seguía fiel a su estilo y ella era incapaz de imaginárselo con un aspecto lampiño.

—Es la segunda en una semana, Miles —dijo la voz de Tomen—. Mira cómo está el cuerpo.

—Algún animal salvaje —respondió el interpelado. Las palabras parecieron brotar de alguna zona escondida, porque apenas movió los labios. Siempre tenía aquel gesto serio y grave en los rasgos—. ¿Casualidad, quizás?

—¿En serio te lo parece? —inquirió Tomen. Se cruzó de brazos y sus ojos brillaron, señal inequívoca de que su paciencia se estaba agotando. Chasqueó la lengua en un gesto despectivo—. Qué puedo esperar. Eres un soldado. Vosotros, los hombres de armas, no entendéis la naturaleza pura de estos seres.

El comandante Miles se movió inquieto y cambió el peso del cuerpo. El cuero de su peto militar crujió como un gruñido. Aunque apenas rozaba los dos mil años, su carácter tranquilo solo parecía perturbarse ante la presencia de Tomen.

—Quizá somos más realistas que vosotros los spirits. —Miles alzó la barbilla. La irritación ya había hecho acto de presencia en sus ojos azules—. No nos dejamos llevar tan rápido por habladurías. Elania lleva casi tres mil años en paz, no vamos a sembrar el pánico por un par de asrai chamuscadas.

Tomen soltó una exclamación ante su comentario y, de pronto, un frasco de la mesa cercana se elevó para estrellarse contra la pared con un fuerte estallido. Ella supo que Tomen habían puesto todo su empeño por no estrellárselo al comandante en la cara. El líquido ambarino del frasco dibujó un reguero por la piedra mientras los cristalitos rotos caían al suelo.

Parecía que Remín se había tragado una bola de espinas. El doctor de la casa real no estaba muy acostumbrado a que hubiera tanta gente en aquel espacio, y una vena le latía en la sien. Estaba haciendo esfuerzos para no echarlos a todos a gritos delante del mismísimo rey. Tomen se encogió de hombros, su habilidad para mover objetos, aunque controlada, se escapaba a veces cuando se enfadaba. Esta vez la víctima había sido el frasco, pero Mirah podía recordar otras, como aquel pastel de manzana que acabó sobre la pechera de una alux regordeta.

—Será mejor que nos relajemos —pidió el rey Edur ante la tensión creciente en la sala—. Investigaremos el asunto sin armar demasiado revuelo. Y, por favor, confidencialidad. —Se giró hacia ella. Por supuesto, ya sabía que llevaba un rato allí—. Si me disculpáis, voy a hablar un momento con mi hija.

Todos asintieron. Detuvo a Miles con una mano antes de que se moviera y susurró:

—Al atardecer nos reuniremos para intercambiar impresiones.

El comandante asintió. Mientras el doctor Remín y Miles se marchaban, Tomen se quedó rezagado para acercarse al rey. La punta de sus orejas alargadas se mecía de adelante hacia atrás a la vez que se retorcía la manga de la chaqueta.

—Majestad, ¿podría haceros una pregunta?

—Nunca le niego la palabra a ninguno de mis súbditos. Mucho menos a ti, que eres el spirit más veterano de todo este lugar. ¿Qué

sería de mí si no te hubiera escuchado en algunas ocasiones? —Lo miró con esos ojos azules como cristales de agua—. Solo espero que no me lances un frasco si no te gusta mi respuesta.

Los dos sonrieron con complicidad y Mirah se dedicó a observarlos. Aunque el paso del tiempo para sus razas transcurría mucho más lento que para otras, las orejas puntiagudas del spirit ya estaban salpicadas de algún pelillo cano que hacía juego con las pequeñas líneas propias de la edad en los ojos. Tomen se removió de forma inconsciente, aparentemente incómodo con aquella indumentaria tan formal. La chaqueta propia de la corte, ribeteada en azul en los bordes y de textura sedosa, para él parecía más bien un fastidio. Aunque el viejo spirit llevaba mucho dentro del círculo más cercano a su padre, siempre se mostraba distante entre los miembros de la corte, pero apreciaba demasiado a Edur como para alejarse de él.

—Majestad —dijo, volviendo a su gesto serio—, la cuestión es que ese niñato engreído… —No acabó la frase e, incapaz de contenerse, un nuevo frasco le obedeció, precipitándose como un suicida hasta el suelo y esparciendo una sustancia rojiza. Un olor mentolado impregnó la estancia. Tomen se acercó a recoger los trozos de cristal rotos con una mueca avergonzada.

No todos los seres de Elania tenían poderes mágicos, era un don más habitual en los silfos, aunque había algunas excepciones. Tomen gozaba de un principio de psicoquinesia que a veces se descontrolaba, sobre todo, cuando sus emociones eran intensas. Cuando era pequeña, Mirah lo admiraba y temía a partes iguales; era extraño ver cómo le obedecían los objetos a su alrededor.

—Pensad un momento —continuó el spirit a la vez que tiraba los restos del frasco. Se volvió hacia él—. Las asrai son lo bastante astutas como para no salir a pleno sol. Saben cuál es su punto débil y huyen de él. —Señaló a su espalda y fue entonces cuando ella advirtió un bulto tapado con una tela verde—. Está claro que es un asesinato, y es imposible que alguien de Trisar lo haya hecho. —Bajó el tono para tutearlo—. Edur, ¿de verdad crees que es una casualidad? ¿Un descuido?

Su padre frunció los labios mientras se sacudía la chaqueta azul turquesa con una mano. Allí, en aquella estancia austera, aún sin su trono y con una indumentaria más bien sencilla, había un halo que emanaba de él que lo diferenciaba. Una mezcla de carisma y autoridad que solo podía pertenecer a alguien de la realeza.

—No, claro que no, amigo mío —respondió—. Aleph adoraba a las asrai. Sus historias junto a mi lecho me hicieron conocerlas y respetarlas. Sé que esto es casi una violación a nuestras razas. —Le puso una mano en el hombro—. Tú te sacrificaste y viniste a vivir aquí, al igual que el resto de spirits. Llegasteis para combatir, al ver la sangre que regaba estas tierras en la época más oscura. —Mirah supo que Tomen abría su mente a su padre, manteniendo una conversación secundaria de la que ella no era partícipe. Edur continuó—: Los jóvenes nacidos en la nueva Elania no sienten esa conexión con el bosque como la sientes tú, ellos se han criado en la ciudad. Sientes melancolía, como es natural, porque aún recuerdas tus orígenes, lo que fuisteis. Solo te pido que mantengas la calma. Encontraremos al responsable.

Tomen suspiró y ella admiró esa habilidad de su padre para gestionar las palabras y saber cómo y qué decir en cada momento. Tal vez debería aprender a ser un poco más como él.

Dando por concluida la conversación, el spirit se despidió con una inclinación de cabeza y se dirigió hacia la salida. Al cruzarse con ella le dedicó una sonrisa.

—Señorita Mirah, es imposible verla a usted sin un libro en las manos. —Ella se encogió de hombros mientras lo veía salir de la estancia.

Cuando se quedaron solos, su padre levantó una ceja, inquisitivo.

—Has oído un chismorreo y has venido rauda como el viento, ¿me equivoco?

Ella meneó la cabeza.

—Para nada. —Arrugó la nariz al percibir un olor a quemado y se puso las manos en la cintura—. Si hubiera sido rauda como el viento, habría llegado aquí para oír la reunión al completo y no conformarme con las migajas de las discusiones entre Tomen y Miles.

Las comisuras de Edur se curvaron en una sonrisa. Aunque debería recriminarle su súbita aparición en asuntos reales, Mirah era su punto débil. Y ella lo sabía, quizá por eso le dejaba hacer, o puede que porque su carácter impulsivo le recordaba al muchacho que fue en su juventud.

Suspiró y la miró con intensidad. Ella bufó al sentir como si unos dedos fantasmales le hurgaran en el cráneo y entrecerró los ojos negros.

—De acuerdo, de acuerdo —cedió con un gesto de rendición—. Ya

te lo cuento yo. La spirit regordeta que se encarga del Jardín de las Azucenas hablaba con otra de que se había convocado una reunión urgente. —Movió el libro con una mano—. Yo estaba leyendo cerca. Con esa voz chillona era difícil ser discreta.

—La discreción nunca ha sido el punto fuerte de mis tierras. —Asintió y se rascó el mentón enmarcado por la barba rubia—. En cualquier caso, sabes que estás admitida en mis reuniones. Algún día estarás al mando y me gusta tener un punto de vista fresco y joven —le guiñó un ojo— ya que aquí la mayoría somos unos viejos seniles.

Lo miró divertida. Considerar a su padre un viejo senil era, cuando menos, imposible. Todavía gozaba de una complexión fuerte y, con aquel porte gallardo y el cabello rubio suelto por los hombros, aún conseguiría acalorar a todas las alux de la corte. A todas menos a su madre. Emerit siempre se mantenía con aquella actitud hosca e imperturbable propia de ella.

—¿Has visto alguna vez a una asrai? —La pregunta la pilló por sorpresa.

—En los libros. En persona nunca.

Su padre sonrió para darle la razón.

—Sí, son bastante escurridizas.

Situadas en los primeros peldaños de un árbol genealógico remontado a muchos siglos atrás, las asrai eran uno de esos seres a los que se les dedicaba casi un estante completo en la Gran Biblioteca. Quizá porque eran consideradas las predecesoras de su propia raza.

El rey Edur le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera hasta la mesa, donde ella ya había advertido el bulto cubierto. La tela verde en Trisar era un símbolo por todos conocido: un símbolo de la muerte. En su tierra, las connotaciones del fin de la vida iban asociadas a ese color esperanzador en un concepto sencillo: «Un alma muere y otra nace». La vida en constante cambio al igual que en la naturaleza. Simple y hermoso.

Pero Mirah no pudo ver la belleza de esa idea cuando su padre destapó la tela y el olor a quemado se intensificó. Los rayos del sol se colaron por la ventana y bañaron la figura desnuda de una forma casi amenazadora. Soltó una exclamación antes de acercarse a examinar el cadáver.

Del tamaño de un bebé grande, le sobraba mesa por todas partes, y su cuerpo blanquecino se veía frágil en contraste con la tela. La piel estaba cubierta de ampollas de aspecto purulento, algunas de ellas

estalladas y con la carne viva al descubierto. En otras partes, las primeras capas de piel ya se habían desprendido como una hoja de papel arrugado.

Mientras la observaba, Mirah recordó que las asrai gozaban de un poder ancestral y puro que las convertía en una fuente vital para el desarrollo de la naturaleza. Allí, sobre la mesa, su pureza parecía mancillada ante el aspecto ennegrecido de las que fueron sus extremidades.

—¿Puedo? —preguntó y Edur asintió.

Tras dejar el libro que llevaba a un lado de la mesa, se acercó y manipuló el cuerpo inerte de la criatura que aún conservaba un leve rictus de dolor. Los restos de algún mechón de pelo carbonizado oscilaron sobre su mirada vacía mientras la ponía sobre un costado. Su padre la vio inspeccionar la figura con respeto, a la vez que analizaba los detalles con los ojos abiertos, ávidos de respuestas.

—Le arrancaron las alas. —Señaló las dos heridas de la espalda—. La criatura que haya hecho esto se aseguró de que no pudiera huir. ¿Dónde la encontrasteis?

—Prado abierto. A la entrada del Bosque de los Suspiros. Miles dice que quizá algún blemio…

—¿Un blemio? ¿Eso cree? —Su risotada irónica hizo eco en la habitación. Volvió a posar el cuerpo con mimo sobre la mesa—. Su inteligencia no va más allá de conseguir una comida decente. ¿Para qué iba un blemio a atarla y mutilarla si no iba a llenarle el estómago? —Negó con la cabeza—. No. Esto requiere una capacidad mental superior: quería que sufriera.

Acarició con un dedo el rostro de la criatura, como si con el roce de sus manos pudiera borrar aquel gesto sufrido. Descansaba sobre la mesa con el aspecto de una anciana en un cuerpo diminuto. Calculó que tendría unos cuatro o cinco mil años. Las asrai vivían su larga vida con un aspecto infantil perenne, pero a su muerte el cuerpo mutaba y mostraba el paso real del tiempo.

En una situación normal, cuando se aproximaba su fin, estas criaturas acudían a morir a lo alto de un árbol. Allí, una vez consumidas por el sol, sus cuerpos marchitos esperaban para ser deshechos en cenizas con el viento. Incluso los alux más pequeños conocían la naturaleza de su piel ultrasensible. Exponerlas en un prado abierto era una tortura que debía ser castigada con dureza.

—Es la segunda en un mes —dijo mirando a su padre—. No

puedes arriesgarte a que haya más. La gente de Trisar…

—La gente de Trisar no debe enterarse de más de lo necesario. —Edur tapó el cadáver y se retorció las manos—. No sé qué está pasando, hija, pero no podemos escandalizar al reino. Vivimos en paz porque les garantizamos un lugar tranquilo y libre de peligros. Aunque son pocos, algunos de nuestros habitantes tienen una habilidad mágica. Si van por ahí con miedo, será cuestión de tiempo que haya altercados por la región. —Notó que ella iba a hablar, pero la calló con un gesto, se acercó y le puso un mechón tras la oreja, como cuando era pequeña—. El miedo es un arma de doble filo, Mirah. Puede hacer maravillas al despertar habilidades en el interior de alguien o puede volverse un infierno si se es incapaz de controlarlo.

Ella asintió de forma automática, pero su cabeza comenzó a maquinar con su impaciencia habitual. No se quedaba tranquila sabiendo que el asunto estaba en manos del comandante Miles que, aunque era un soldado virtuoso, apenas unos cientos de años más joven que ella, era muy cerrado de mente. Se movía por la lógica, incapaz de ver más allá de lo tangible. El asunto requería de otro punto de vista. Más amplio, más… suyo. Se engañó a sí misma asegurándose que tendría que ir a echar un vistazo para encontrar respuestas.

—De acuerdo —dijo y salió de sus pensamientos antes de que fuera demasiado tarde—. Ve informándome. —Hizo el intento de encaminarse a la salida, pero su padre la retuvo por el brazo y abrió las alas, en un gesto que resultó intimidante aún sin pretenderlo. Edur levantó una ceja y torció la boca hacia un lado.

«Maldita sea». Había sido muy lenta esta vez. Aún después de tanto tiempo, a veces el poder de su padre la pillaba de imprevisto. Desde pequeña, el juego favorito de ambos era que Edur adivinara en qué estaba pensando. Con el tiempo ella depuró su técnica, y la habilidad de su padre solo revelaba una pizca de todo lo que se cocía en su cabeza.

Los ojos de Edur brillaron en un reproche silencioso, pero no dijo nada. Con las alas azules desplegadas casi rozando el suelo, la estancia pareció achicarse. Su raza no siempre llevaba las falanges expuestas. A veces, las alas respondían solo a cuestiones prácticas y cada cual decidía cuándo desplegarlas según sus necesidades. Por esto en Trisar era habitual que todas las prendas dispusieran de aberturas en la espalda para facilitar el despliegue de las alas. Incluso la indumentaria

se confeccionaba con telas vaporosas y ligeras que no restara velocidad a la hora de surcar el cielo.

Mirah sintió cómo su padre hurgaba en su cabeza. Había desarrollado su capacidad para leer la mente cuando apenas era un niño y su precocidad le hizo dominarla pronto. La corona dorada con filigranas en forma de hojas se meció sobre su cabeza cuando oyó el último pensamiento de su hija antes de salir:

«Tendré cuidado».

2

Mirah llegó a las dependencias superiores del castillo mientras dejaba atrás el olor dulce de las flores. Sus pies resonaron en los escalones de piedra con un eco. Dobló una esquina para pasar por un corredor amplio, como todos los de El Brillante, erigidos para que ninguna barrera arquitectónica molesta chocara con las alas de sus habitantes.

La construcción fue apodada El Brillante por su aspecto al atardecer. Compuesto por dos torretas medianas laterales y una inmensa en el centro, era una obra de arquitectura maravillosa, construida sobre la ladera más alta del valle del río Mer. Su fachada de roca caliza gris contrastaba con la torreta central, que parecía viva y en movimiento a juzgar por los reflejos de la cubierta de lapislázuli de un azul intenso. En el punto más alto destacaba una placa de metal en forma de triángulo, que coronaba la torre como el detalle principal de una diadema. A la caída del sol, aquella torre se convertía en una amalgama de destellos cristalinos, similar a una corriente de agua vertical.

El castillo contaba con más de cuarenta dependencias: salones, habitaciones, cocinas, enfermería, salas de reunión y despachos repartidas entre sus muros. Además de una amplia sala subterránea a la que se accedía por el Jardín de las Rosas, que, en otros tiempos mucho menos pacíficos, se usó de refugio. Ahora, no era más que un lugar donde los criados acumulaban montañas de trastos de los que su madre se cansaba.

Se detuvo en una de las fuentes del pasillo para hundir los dedos bajo el agua y pasárselos por la nuca. Aquel día la temperatura era un poco más calurosa de lo habitual, o quizá fuera el calor de su propia excitación. Se maravilló un instante con la riqueza de su hogar, cuyo sistema propio de caudal permitía que en casi todos los lugares hubiera abundancia de agua. El eco constante de la corriente era un

cántico arrullador entre las paredes.

Tras subir la escalera, un gesto raro para el resto de alux pero habitual en ella, esquivó una rama de hiedra y entró en la antesala de las habitaciones reales. A excepción de las miradas de antiguos miembros de la aristocracia en los retratos de las paredes y unos cuantos sillones, la estancia estaba solitaria. La mesa de madera clara situada en un lateral la miró casi con reproche; no le perdonaba que nunca la utilizara cuando era pequeña. No, ella siempre prefería tirarse al suelo y rodar entre todos aquellos libros que la hacían soñar con otros lugares.

En ese instante, la puerta de su habitación se abrió y salió Lucy. Su hermana desvió la vista en cuanto la vio con expresión culpable.

—¿Qué me has cogido esta vez? —Mirah enarcó una ceja.

—Nada especial. —Lucy se apartó un mechón de pelo de la cara. Ese brillo casi antinatural que los rayos del sol despertaban en su cabellera rubia casi le hizo entrecerrar los ojos—. Buscaba si tenías algún libro interesante.

Mirah soltó una carcajada.

—En toda mi vida te he visto tocar un libro. Y, si hoy fuera ese día, tienes la suerte de vivir en un lugar con una biblioteca maravillosa, ¿no deberías de buscar allí en vez de hurgar como una rata ladrona entre las cosas de tu hermana mayor? —Se cruzó de brazos—. Habla o te arranco esa melena y me hago unas mangas con ella.

Lucy hizo una mueca y agitó las alas. Mirah tenía que reconocer que era el prototipo perfecto e idílico de hada de los libros. Con su piel clara, como recubierta de terciopelo blanco, y aquella figura estilizada y altiva, parecía un ser alejado de la vida terrenal. Sin embargo, al abrir la boca y soltar una maldición que escandalizaría a más de un miembro de la corte, pareció un poco más mortal.

—¡Por Aleph! No hay forma de engañarte. —Abrió la mano y mostró un brazalete. Era plateado y tenía tres cristales negros.

Mirah negó con la cabeza.

—Ni se te ocurra. Es mi favorito. —En realidad, era lo único que se ponía, pero ese día había salido tan deprisa que lo había olvidado sobre su tocador.

—Necesito un complemento *adecuado* para el vestido de hoy. —Lucy giró sobre sí misma y el tul color lavanda de las mangas ondeó junto a ella.

—No me creo que no tengas nada adecuado entre todas esas toneladas y toneladas de abalorios. Algún día morirás enterrada entre collares o ensartada por tus propios pendientes en el gaznate.

Su hermana la ignoró y pasó al plan de emergencia: puso la cara más asquerosamente adorable que tenía e hizo un puchero.

—Oh, vamos. Préstamelo, voy a la plaza con Ámbar y Yuter.

Mirah resopló.

—De acuerdo —cedió mientras la veía ceñirse el brazalete a la muñeca y arremetió sin poder contener la lengua—: ¿No puedes buscarte otras amigas que no sean ese par? Son las alux más inútiles que conozco. Y, créeme, conozco a casi todas.

Lucy la miró con expresión pétrea. Desde que su hermana había entrado en la adolescencia, siempre que salía el tema el ambiente se enrarecía.

—Son mis amigas, Samirah.

«Vaya». Oír su nombre completo le acabó de confirmar que le había tocado un punto sensible.

Mirah meneó la cabeza y se acercó a ella. Le acarició el borde de una de las alas, que tenían ese tacto terso y liso como la tela de un tambor.

—Pero no tienes que obligarte a que lo sean, Lucy. Esta sociedad no va a cerrarte las puertas por no mezclarte con la gente adecuada. Quizá no soy la más indicada para darte consejos, pero, como hermana mayor, me voy a tomar licencia para sermonearte. —Ella pareció relajar la expresión—. No tengo el don de papá, pero, ¡diablos!, sí que gozo de buena intuición. Tus amigas pertenecen a la aristocracia más nueva de Trisar y su vida se basa en burlarse de las alux y los spirits de clase humilde. —Bajó la voz y murmuró—: Y de todo aquel que no pertenezca a ese círculo perfecto.

Intentó relajar la mandíbula. Ocultar que cada vez le repugnaba más la sociedad que envolvía a las alux era una tarea, cuando menos, complicada. Su madre se escandalizaba, empeñada en mantenerla dentro de los barrotes de esos códigos de sociedad que amenazaban con ahogarla. Con Lucy era distinto, Emerit estaba consiguiendo crear una copia de sí misma. Aunque aún conservara los retazos de un corazón bonachón, su hermana ya mostraba los primeros rasgos típicos del narcisismo de su clase.

Mirah alzó la vista a las falanges de la espalda que Lucy cuidaba con esmero. Para las alux, sobre todo las más jóvenes, unas bonitas

alas podían abrir puertas de cara a un futuro prometedor. Se consideraban un sinónimo de belleza dentro de la comunidad de Trisar, además de un requisito físico que te aseguraba una pareja a corto o medio plazo. Aunque el tiempo hubiera pasado, la alta sociedad alux aún era clasista y fomentaba los estereotipos como si siguieran un manual.

«Un manual estúpido y arcaico».

No podía obligar a Lucy a que fuera a contracorriente como ella, pero al menos esperaba que no se perdiera a sí misma.

—Quizá el secreto para que llames más la atención es parecerte al spirit roñoso del pueblo —dijo, entrecerrando un ojo y torciendo la boca—. No pasarías desapercibida cuando una jauría de moscas verdes te persigue por donde vas.

Lucy le dio un puñetazo suave en el brazo y Mirah fingió un grito indignado antes de tirarse sobre ella y acabar rodando juntas por el suelo. Emerit se habría escandalizado al ver rodar a las dos princesas por la misma alfombra sobre la que jugaban de pequeñas. Pero aquellos tiempos ya habían quedado atrás. Sacudiéndose la falda, Lucy se levantó anunciando que llegaría tarde. No tardó mucho en acomodarse el pelo y, tras darle un beso en la mejilla, salió por el arco del ventanal con rapidez. Mirah solo atinó a vislumbrar un retazo de sus piernas blancas y a oír el susurro de sus alas al surcar el cielo antes de que desapareciera.

«Por Aleph, contrólate para no destriparla, Mirah».

El buen humor había desaparecido en cuanto entró en su cuarto. Era un caos. ¿Qué clase de bestia rubia podía desordenarlo todo así? La opción de prenderle fuego a todo se le antojaba muy atractiva. Suspiró y se movió para recoger aquel estropicio. Después se sentó en la cama y se llevó las rodillas al pecho.

El espejo frente a ella, con sus bordes ensortijados en forma de ramas, le devolvió una imagen de sí misma. Su aspecto no solía preocuparle demasiado, pero, después de ver a Lucy, no pudo evitar esconder un poco la cabeza. Su vestido sencillo de color gris con mangas abiertas hasta el codo parecía viejo y destartalado; ni siquiera recordaba los años que llevaba en su guardarropa. Lucy acudía a la costurera todas las malditas semanas. La alux del espejo se toqueteó el pelo con un resoplido al comprobar que aquel revoltijo de cabello negro ondulado no tenía su mejor día.

Se levantó a coger un cepillo mientras recordaba un episodio de

su infancia donde se peleó con Lucy porque odiaba su pelo rubio. Sentada sobre las rodillas de su padre, mientras se sorbía los mocos con poca delicadeza, él le limpió las lágrimas y dijo: «¿Por qué tienes envidia de tu hermana? Lucy y tú sois diferentes, como el día y la noche. ¿Acaso odias tú al día por su luz o a la noche por su oscuridad? Lo distinto es único y especial, hija mía, como cada una de vosotras».

Esbozó una sonrisa. Qué diplomático era siempre.

Pero allí, mirándose, se sintió extraña y lejana. El resto de alux la encontraban diferente, incluso su madre, la cual apenas disimulaba el bochorno que sentía por su pelo oscuro y su piel bronceada. Frente al reflejo, se recogió un lateral del pelo con un prendedor, y aquel mechón rubio solitario del flequillo se meció hacia delante reclamando atención. Sopló hacia arriba y su aliento movió el mechón con resignación. Se arrancó el prendedor, lo soltó junto al cepillo sobre la mesa y acabó por hundirse los dedos entre el pelo para revolverlo con un gruñido exasperado. Era inútil. No podía ignorar que tenía un físico bastante atípico para ser descendiente de la familia de las Rosas, una de las razas de alux más antiguas de todo Elania.

La mayoría de las féminas de su raza tenían los ojos azules, luminosos como un cielo al amanecer. Las restantes, verde claro, igual a las hojas cubiertas de rocío. Los de ella eran negros, como si nunca hubieran visto la luz. Pestañeó y sacudió la cabeza para ordenar sus pensamientos. No iba a dejarse distraer, solo quedaban unas cuantas horas de sol y debía ir a investigar el asunto de la asrai.

Se acercó a un pequeño baúl que descansaba en un rincón. Daba gracias porque su adicción a los libros le permitiera esconder *aquello* fuera de las garras de su hermana. Lo abrió con un sonoro clac metálico y sacó unos cuantos tomos, apilándolos en el suelo. Con una mano, tanteó, buscando la pequeña muesca en el panel de madera para acceder al falso fondo. Desenvolvió el bulto alargado y la hoja del puñal brilló como en un guiño compartido. Fue un regalo de Fury por su dos mil trescientos veinticinco cumpleaños. Recuerda aquel día casi tanto como el que le regaló la espada, el mismo en el que dio saltitos de alegría por los tablones protestones de su taller, mientras el spirit la miraba con expresión divertida.

Tras levantarse el vestido, se colocó el arma en el soporte de cuero que le rodeaba el muslo. Solo con aquel gesto sintió que todas sus inseguridades desaparecían. El corazón comenzó a latirle un poco más deprisa, apremiándola. Colocó los libros de nuevo en su sitio, cerró el

baúl y repasó el estado de la habitación antes de asentir satisfecha.

La perfección de su vida diaria la desquiciaba. Era hora de romper con la monotonía.

3

El cielo en el norte de Tefalén siempre estaba nublado.

Aquel día no era una excepción y algunas nubes grises teñían el manto azul para envolver el territorio en una luz apagada. El silencio del camino al pueblo de Dehia se vio interrumpido por el ruido de cascos de un caballo.

El jinete comenzó a percibir el bullicio natural de un día de mercado. Dehia era uno de los puntos comerciales más importantes del reino tefalino. Si bien no era un pueblo muy grande, era el más famoso por su variada oferta. La mayoría de sus habitantes eran humanos y subsistían con la venta de víveres, prendas de vestir, enseres del hogar, plantas medicinales y otros artículos de índole menos legal.

Daval llevó su caballo negro hasta unas cuadras alejadas de la plaza central y, tras procurar un par de monedas al responsable, un adolescente con la cara llena de granos, se adentró en el gentío, encogiéndose entre los pliegues de su capa. El viento frío le llenó la nariz de un conglomerado de olores: especias, fruta fresca, cuero y heces de caballo. Tras cruzar por la zona principal, se dirigió a la izquierda y subió por una escalera. Dehia era peculiar, construida a diferentes alturas, la ciudad era un laberinto de cuestas y escaleras de piedra que habían hecho que las roturas de espalda fueran uno de los principales motivos de defunción entre sus habitantes.

La zona donde se adentró, solo frecuentada por gente de escasa reputación, estaba mucho menos concurrida y apenas se veían un par de viandantes por las calles. Pasó por la puerta abierta de un burdel en cuya puerta un hombre tenía la cara enterrada entre los pechos de una prostituta. Dejó atrás las carcajadas escandalosas de la mujer para torcer por un callejón estrecho y salir a una plaza solitaria. La semipenumbra que creaban los edificios lo recibió y apenas vio al

hombre alto y rechoncho que le interrumpió el paso. Extendiendo los brazos, le dirigió una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes, entre los que se escapaba un aliento agrio.

—Bienvenido —dijo con un guiño—. Parece un hombre listo. Vamos, eche un vistazo a todo lo que tengo hoy. —Acto seguido, se agachó y le abrió un fardón de tela que contenía diversos botecitos de cristal junto a otros artículos—. Fuego de Taman, un frasco de lágrimas de ondina, polvo de nenúfar del río Mel para *relajarse*… —Daval alzó una ceja. *Relajarse* era sinónimo de un alucinógeno bastante adictivo. El tipo se llevó las manos a los bolsillos y palpó hasta sacar un frasco minúsculo—. Y…, ¡sí, aquí está! Mire, sangre fresca de blemio, el mejor estimulante sexual, entre cinco y siete rondas con la *torre* firme. ¡Garantizado! —Sacó la lengua en un gesto obsceno.

Negó con la cabeza. De todos los ilegales con los que se había cruzado durante su vida, aquel no tenía nada que le interesara. Con arrogancia le hizo a un lado para proseguir su camino. El hombre le cortó antes de que echara a andar.

—También tengo una daga de metal arcóbrigo.

Daval soltó una risotada despectiva.

—Hay miles de dagas de ese tipo.

El comerciante se metió una mano en la zona trasera del pantalón y sacó un bulto envuelto en hojas crujientes de sauce. Lo desenvolvió con cuidado y le mostró el arma.

—No es una arcóbriga normal, amigo. —Pasó los dedos con delicadeza sobre la hoja afilada—. Es de las únicas que quedan forjada con esencia aharí.

Daval hizo una mueca burlona. Lo que había que oír. Aquellos tipos decían cualquier mentira con tal de vender. Aun así, movido por la curiosidad, se acercó para examinarla. Era una daga triangular sencilla, bastante burda para cualquier buen forjador de armas. Sin embargo, no tardó en verla: una especie de neblina dorada rodeaba la hoja como un halo protector.

La esencia aharí era una sustancia que solo se encontraba en la cordillera oeste de Taman, en las llamadas Rocosas de Aharí, y fue un elemento imprescindible en la época oscura de Elania. Todas las armas forjadas con aharí habían desaparecido hacía miles de años. O al menos eso creía.

La examinó con más interés del que quería mostrar a aquel tipo,

pero debía reconocer que no parecía falsa. Según la leyenda, para los mortales y la mayoría de razas mágicas, no era más que un arma normal y corriente. Se frotó la barba, preguntándose cómo había llegado a parar a manos de aquel mísero mercader.

—Bah, se ve a leguas que es una burda imitación. —Lo miró despectivamente.

El hombre calvo negó con la cabeza y envolvió de nuevo la daga.

—Si fuera una imitación no se habría detenido —repuso—. Pensé que usted sabría apreciar un objeto tan valioso. O puede que sus ojos me hayan llevado a confusión.

Daval pestañeó, irritado. Solía camuflar bien sus rasgos silfos al sumir sus ojos en un morado tan oscuro que podría pasar por negro. La mayoría no tenía en buena estima a los de su naturaleza y había aprendido a no dejar que su mirada revelara más de la cuenta. Su interés en la daga le había hecho bajar la guardia un instante.

—Está claro que se ha equivocado. —Su mirada se volvió de nuevo impenetrable—. Si es un hombre listo, sabe tan bien como yo que, en estos tiempos, esa daga solo sirve para cortar una hogaza de pan. Quizá ni para eso.

El mercader lo estudió un momento. Después se encogió de hombros, apartándose con una florida reverencia a un lado. No tardó en desaparecer por una esquina mientras él continuaba su camino hasta el fondo de la calle. Allí encontró el inconfundible cartel ya oxidado de la Taberna del Buitre. A pesar de ser mediodía, había bastante movimiento en el lugar.

Cruzó la puerta que daba paso a un antro vulgar y poco elegante. La mayoría de las almas que lo frecuentaban no eran precisamente cándidas e inocentes; entre sus actividades de carácter ilegal destacaban el contrabando, la extorsión o la prostitución más variada de Elania. Sin embargo, la Taberna del Buitre se regía por una especie de código de confianza mutuo de obligado cumplimiento. La primera regla estaba clara: los chivatos no gustaban. La segunda era cristalina: no había problema en resolver las disputas con un puñado de huesos rotos de por medio.

Daval paseó la vista desde la puerta. El olor a cerveza rancia y fuerte era un clásico. Se dejó invadir por él mientras observaba el bullicio de las distintas conversaciones. Aparte de la función de taberna como tal, aquel lugar era uno de los mayores centros comerciales de la ciudad. Los tratos de mayor cuantía económica de la

región se habían cerrado en la confidencialidad de sus muros.

Tras buscar con la mirada entre las mesas diseminadas de forma irregular, al fondo, un hombre rubio le hizo señas desde una mesa iluminada a duras penas por un farol. Cuando llegó hasta él se saludaron con un abrazo y una palmada en la espalda.

—Estás más viejo, Morty —obervó Daval, sentándose—. ¿Problemas con la señorita de los lirios?

Morty curvó la boca, lo más parecido a una sonrisa, en esa expresión lobuna de dientes desordenados. Aunque rondaba los treinta y muchos, aún parecía ese chiquillo con el que se escabullía de casa para corretear por los callejones de las panaderías.

—Oh, el amor, Davy —murmuró su amigo, quien estaba viéndose mucho últimamente con una florista un tanto mayor que él—. El amor te envejece por fuera, pero por dentro te hace más joven.

Meneó la cabeza e hizo un gesto despectivo con la mano.

—Entonces hago bien en huir de esos placeres. Seré inmortal.

Morty soltó una risotada tan escandalosa que, en la mesa de al lado, dos hombres de barbas frondosas levantaron la cabeza antes de volver a su conversación, que poco parecía versar sobre el tiempo de la última semana.

—Quizá huyas del amor —dijo Morty—, pero… ¿de los placeres? ¿Tú?

—No, de los placeres nunca. Simple necesidad. —Se rascó la barba incipiente—. Como respirar, comer o beber. Y, por cierto, ¿por qué no tengo aún una jarra en la mano si vamos a hablar de negocios?

Morty le dio la razón con otra risotada escandalosa que casi supera a la primera. Tras darle una palmada en el brazo, llamó al tabernero para que les llevara una ronda a la mesa. Daval se sintió cómodo por primera vez en varios días. Su amistad siempre había estado marcada por la diferencia entre clases. Con su barba rubia y sus hoyuelos, Morty no era más que un humano pícaro de origen humilde, por lo que quedaba fuera de las amistades consideradas ventajosas dentro de los códigos de su familia. Pero las prohibiciones de los Wicker no hicieron más que avivar la llama rebelde de Daval desde la adolescencia.

Hacía más de un año que había abandonado su hogar, cansado de la enemistad común con sus padres. Cansado de sus humillaciones, puso tierra de por medio. Fue entonces cuando inició su nueva vida errante, entre Dehia, Milfos y demás poblaciones cercanas, trabajando

a veces con Morty y otras en solitario.

Su trabajo, que Morty llamaba «el sutil arte de la intimidación», no podía considerarse lo que se dice *humilde*, pero al menos les llenaba los bolsillos para poder vivir. Cuando alguien le debía dinero a otro alguien, cuando un joven mancillaba el honor de alguna joven hija de clase alta o cuando se exigía un ajuste de herencia entre familias… Daval estaba allí. Se encargaba de localizar a la persona implicada y de amenazarla para solventar la situación. Al principio le sorprendió la amplia demanda de sus «servicios», pero gozaba de cierta lógica: era mucho más sencillo contratarlo a él que a un asesino a sueldo que luego trajera problemas con los oficiales del rey.

Con el tiempo aprendió que, en la mayoría de casos, bastaba con un poco de miedo para contrarrestar la picaresca. Una amenaza intimidatoria en un callejón solía ser suficiente, aunque sus habilidades de silfo, sin ser muy avanzadas, eran de gran ayuda en más de una ocasión. Daval no era, ni de lejos, un silfo superior, pero sus poderes eran útiles para ese trabajo. Una corriente de aire que pegaba a su objetivo a la pared fría de un callejón inhóspito era bastante más persuasiva que un puñetazo en la mandíbula.

Como una de las razas mágicas más antiguas de Elania, los silfos eran llamados seres del viento. Solo los de sangre pura como Daval desarrollaban las habilidades propias de los mismos: controlaban las corrientes de aire y los fenómenos atmosféricos. Sin embargo, debido al mestizaje de los últimos tiempos, la riqueza de sus poderes se había reducido. Podían pasar por humanos, a excepción del color púrpura de sus ojos.

Solo en la zona más norte, donde habitaba la élite de su raza, los silfos se aceptaban como seres respetables. En el resto de Tefalén, en particular, y de Elania, en general, se les veía como la fuente de destrucción de cosechas y de malos augurios; aunque las inclemencias meteorológicas no fueran más que puro azar en la mayoría de los casos. Este recelo social obligaba a muchos como Daval a aprender a oscurecer el color de los ojos para pasar desapercibidos.

El dulce vino especiado inundó su lengua al dar el primer sorbo.

—Soy todo oídos —le dijo a Morty, posando la jarra sobre la mesa.

Su amigo se limpió la boca con el antebrazo antes de hablar.

—Dinero fácil, Davy. —Bajó la voz—. Aristócrata imbécil pero rico busca rendir cuentas con un hermano que le robó unos objetos de

mucho valor.

Asintió y el flequillo oscuro le tapó los ojos antes de que él lo retirara.

—Bien…, tú eres el de los contactos. ¿El noble es de fiar?

—Parece mentira que me hagas esa pregunta viniendo de donde vienes. Evidentemente, ningún noble es de fiar. —Morty le dio una palmada en la frente—. Mírate tú, sin ir más lejos.

Daval ignoró su pulla.

—La mayoría de los aristócratas adoran su dinero por encima de todo.

—Sí, y por ese motivo nos va a pagar una suma muy jugosa si arreglamos el asunto. Lo que más adora un aristócrata después de su dinero es su orgullo. —Morty miró a ambos lados antes de continuar —. Pero… me temo que hay un pequeño inconveniente.

Dio un sorbo a su jarra y esperó a que continuara. Siempre había algún plus que hacía el trabajo más interesante.

—El tipo en cuestión es chamán.

—Vaya.

Arrugó la frente de disgusto. No le gustaban nada esos humanos con sus truquitos de origen oscuro. Se decía que obtenían sus conocimientos al vender su alma a un demonio y, en cierto momento, llegaron a ser bastante peligrosos para el reino. Ahora, en la actualidad, sin una magia oscura de la que tomar energía, la mayoría de los chamanes habían limitado sus poderes a enseñar un par de trucos a los chiquillos en los mercados.

—Bueno, no debería de ser un gran problema.

El ruido de cristales rotos seguido de carcajadas unas dos mesas a la izquierda le hizo mirar hacia allí. Una mujer y un tipo se enfrentaban con las cabezas muy juntas. ¿El motivo? Daba igual, la mayoría de los allí presentes sentían una atracción fatal por la camorra.

—No, no debería serlo —convino Morty—, pero, por si acaso, es mejor que te encargues tú en caso de que el asunto se complique, ya sabes.

—De acuerdo, pero me llevo un diez por ciento extra por peligrosidad.

Su amigo le asestó un manotazo.

—No cambiarás nunca, Davy. Hecho. —Tocó con la jarra en la mesa y miró el interior con expresión burlona—. O esta jarra tiene un



agujero o yo cada día bebo más rápido.

4

Aunque pareciera extraño, las voces de la taberna los aislaban en una particular intimidad. Durante un rato se dedicaron a estudiar los detalles del trabajo y acordaron que tendrían que partir esa misma noche hacia Nolium, una población un poco más hacia el este.

Inmersos en la cháchara mientras apuraban sus jarras, no repararon en la chica que se detuvo frente a la mesa. Morty alzó la vista y le sonrió. No era demasiado agraciada y se retorcía el ajado vestido marrón con una mano. En la otra cargaba una cesta de mimbre cargada de cebollas que emitían un olor dulzón. Era joven, y sus ojos saltones los examinaron como un roedor angustiado fuera de la madriguera.

—Busco al señor Wicker.

Tuvo que alzar la voz por encima del bullicio. Daval intercambió una mirada con Morty antes de alzar un dedo como toda respuesta.

—Alguien le espera fuera. Es importante.

Frunció el ceño al verla darse la vuelta sin esperar su respuesta y encaminarse a la puerta para salir de aquel nido de depravación y alcohol.

Morty se encogió de hombros, tan confuso como él.

—A saber qué has hecho, truhan. Aquí te espero.

Daval la alcanzó en la puerta mientras intentaba descifrar quién podría buscarlo en la ciudad más que alguno de sus escarceos favoritos de jergón. Una vez fuera, siguió a la joven hasta un callejón cercano. Una cebolla se le cayó del cesto y botó sobre la piedra. En la esquina, alguien con una capucha negra le entregó una bolsita y ella se alejó con una inclinación de cabeza. Daval la observó desaparecer mientras otra cebolla caía de su cesto y ella no se molestaba en recuperarla, deseando huir de allí. La figura oscura se acercó a paso rápido y se quitó la capucha.

—¿Qué haces aquí?

Abrió la boca sorprendido.

—Menuda bienvenida —dijo ella—, y eso que ha pasado más de un año. —Su rictus marcó algunas líneas en la boca—. No sé de qué me sorprendo, siempre fuiste un desagradecido. Quiero que tengas claro que no te hemos encontrado porque no hemos querido buscarte.

Daval se obligó a controlarse. Contó hasta diez sin dejarse llevar por aquel tono grave y meloso que parecía acariciarte antes de asestarte un golpe mortal. Tragó saliva y esperó que se diluyera su rabia. Aunque no se llevaba bien con ninguno de sus progenitores, siempre había tenido más afinidad con su padre. Con ella no. Nunca.

Cirae Wicker era una mujer de carácter fuerte e intimidatorio. Era de ese tipo de persona que encontraba la forma de cambiar todo a su gusto, costara lo que costara. Eso explicaba que su relación materna siempre hubiera estado delimitada por dos pilares: el castigo físico y la falta de cariño. Suspiró para bajar el nudo repentino de bilis que le inundaba con solo verla.

—No tengo nada que hablar contigo. —La palabra «madre» le pareció una blasfemia aplicada a ella, así que la omitió. Le dio la espalda y empezó a caminar.

—¿Ni siquiera sobre tu hermana?

Un matiz en su tono lo hizo girarse.

—¿Tris está bien?

Su madre lo miró con un destello en los ojos, tan púrpuras como dos de los mejores cristales de un collar de joyería cara. Nunca se molestaba en ocultar lo que era, aunque no necesitara mostrar ese rasgo para intimidar. Ella en sí misma ya cumplía bien ese cometido.

Cirae echó un vistazo despectivo a la fachada de la taberna.

—Vayamos a un sitio más respetable. Necesitas conocer los detalles.

* * *

La Casa de Julien era una de las posadas más distinguidas del pueblo y, por tanto, cumplía con los estándares sociales para que Cirae se dejase ver en ella. Las mesas de madera pulida estaban acompañadas de unas paredes cubiertas con pinturas de paisajes apacibles. El olor de un guiso recién hecho impregnaba el ambiente y atraía a los clientes a la barra, casi embrujados por el aroma para solicitar una

ración.

Daval ni siquiera reparó en los lugareños que se repartían por la estancia, sentados en los sillones labrados con aquel cojín de un color borgoña brillante. Su madre no se molestaría en ir hasta allí por una banalidad. Podría haberle enviado una carta, aunque probablemente él tampoco se habría molestado en abrirla. Sentados en una mesa medio escondida al fondo del salón, Cirae no se anduvo con rodeos.

—Tu hermana ha desaparecido.

La nuez de Daval osciló al tragar saliva e intentó encajar aquella declaración. Sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca y ahuecó la mano sobre ella. La única persona con el apellido Wicker que le importaba era Tris.

—¿Cómo que ha desaparecido? Explícate.

Ella alzó el dedo meñique como tenía por costumbre antes de llevarse la taza de té a los labios. Sus clavículas se acentuaron con aquel movimiento, desvelando la figura espigada en exceso y resaltando el emblema triangular de los Wicker que llevaba colgado en una cadena al cuello.

—Se escapó de casa. Huyó con ese miserable humano y…

—Se llama Artur —la cortó Daval. Odiaba cómo su madre despreciaba a todos los humanos con ese aire déspota. Si no fuera por su carácter remilgado, escupiría por la calle a todos los que estaban fuera de su beneplácito social. Para confirmar su pensamiento, Cirae chasqueó la lengua como si solo el nombre del muchacho le produjera repulsión.

—Bueno, si eso es todo no hay de qué preocuparse. —Daval relajó los hombros—. Es un buen muchacho y Tris sabe cuidarse a sí misma. Saldrán adelante. —Quiso evitarlo, pero un vómito de reproches le asedió los labios de palabras que había querido pronunciar hacía tiempo—: La culpa es vuestra. Con vuestras firmes convicciones, con vuestra red de apariencias impoluta, siempre velando más por vuestra posición que por vuestros hijos. Si aguanté fue por Tris. Era cuestión de tiempo que ella también se fuera.

Cirae lo miró con gesto pétreo. Aquel vestido color vino tinto de terciopelo marcaba su clase social como un grito. Sería una mujer hermosa si no fuera por aquel gesto ceñudo que, junto a su boca apretada, le confería una expresión de asco permanente.

—Artur apareció muerto en Feris hace dos noches, Daval —cortó ella—. No hay rastro de tu hermana por ninguna parte.

La desazón volvió a su pecho con intensidad. Se había acordado mucho de Tris durante todo ese tiempo, y no había tenido el valor de volver a verla porque sabía que marcharse una segunda vez sería más difícil, si no imposible.

Recordó la noche en el jardín cuando le contó que quería irse. Ella lo entendió. Aunque tenía mejor relación con sus padres que su hermano, sabía cómo trataban a Daval. Ella misma había tenido más de un desencuentro con ellos, pero a su favor jugaba que sabía mantener la calma mucho mejor que él.

Tenían un vínculo fuerte, quizá por lo diferentes que eran el uno del otro. La templanza de ella se complementaba a la perfección con el espíritu atrevido de él. Por muy lejos que estuvieran, la alianza invisible creada tras múltiples travesuras y castigos compartidos era inquebrantable.

El silfo examinó a su madre sin saber con exactitud si esa expresión preocupada era un sentimiento real o pura fachada. A él no lo engañaba. Cirae estaba preocupada por las habladurías que todo aquello podía desencadenar en el sofisticado círculo donde se movía. Sin darse cuenta, Daval se retorció con rabia el pantalón negro por debajo de la mesa.

—¿Habéis preguntado a todo el mundo? —inquirió—. ¿Habéis rastreado Feris y las poblaciones de alrededor?

—Tu padre mandó a un par de oficiales en cuanto se enteró —dijo ella, tomando otro sorbo de té—. No hay ninguna pista por ahora.

La rabia de Daval se intensificó y sus ojos se tornaron en un púrpura cristalino. Las llamas rojizas de la chimenea se extinguieron por una corriente de aire que incluso llegó a mover los pesados leños. Se alzó en la silla y dio un porrazo con los puños sobre la mesa.

—¿Me estás diciendo que desaparece tu hija y solo mandáis a un par de hombres para encontrarla?

—Cálmate. —Los ojos de su madre resplandecieron y, con un leve soplido, el trasero de Daval se vio obligado a descansar de nuevo en la silla—. No es lugar para montar una escena. —Miró a su alrededor antes de seguir—. Estamos muy ocupados con la preparación de las fiestas de la cosecha y no podemos prescindir de muchos hombres ahora mismo.

Él soltó una risa despectiva.

—Por supuesto, eso es lo más importante. Casi llego a pensar que te preocupaba. Casi.

—Me preocupa. Por eso acudo a ti. —Le sostuvo la mirada—. Sé lo que la quieres. Búscala. Espero que esté… viv… bien.

«Maldita sea». Ni siquiera ocultaba sus sospechas de encontrarla con vida, al igual que tampoco se molestaba en ocultar que tenían otras prioridades mayores que averiguar su paradero. Los Wicker no habrían renunciado a ser los anfitriones de las fiestas de la cosecha, uno de los eventos más ilustres del reino tefalino. Ni por ella ni por nadie.

Respiró hondo para calmar esa sensación que casi había olvidado ya; la de ser un instrumento más entre sus manos. Su mente vagó e invocó la imagen de su hermana mientras se despedían la última noche. Recordó sus palabras mientras ella lo ceñía con los brazos y él fruncía el ceño, siempre tieso con las muestras de cariño.

«Si algo sale mal, aquí estaré. Siempre», dijo ella.

Si no la encontraba, no se lo perdonaría a sí mismo. Nunca.

* * *

Una hora después, Daval salió de la Taberna del Buitre a paso apresurado. Tras explicarle a Morty la situación, habían dejado el trabajo en punto muerto hasta tener noticias. Mientras tanto, su amigo partiría al amanecer y se dedicaría a investigar a su objetivo. Morty se había mostrado preocupado al contarle lo ocurrido. Conocía a Tris y nunca se había molestado en ocultar su interés por ella, aunque no había pasado a más que unos cuantos comentarios seductores. «Me das demasiado miedo como para atreverme a más, Davy», le había confesado en algunas ocasiones.

Lo cierto es que Morty nunca habría arriesgado la amistad de ambos por ella. Siempre buscaba la sencillez a la hora de abordar los problemas y, al ver su palidez al entrar en la taberna, quiso quitarle hierro al asunto.

«Fuera esa cara —le había dicho—. Probablemente pelearon, se separaron y al muchacho lo asaltaron. Ahora la bonita de Tris estará tomando una bebida caliente en alguna posada para calmarse los nervios».

Lo cotidiano hacía que las malas noticias se vieran menos graves.

Pero una parte de él le decía que la solución no sería tan sencilla. Torció a la izquierda por un callejón y luego a la derecha. Esquivó un charco de agua maloliente del suelo y echó un vistazo de reojo,

buscando. Al girar por una esquina ensombrecida, lo encontró.

El comerciante calvo de aquella mañana apenas reparó en su presencia hasta que se volvió y lo vio caminar decidido hacia él.

—¿Cuánto pides por la arcóbriga, buhonero? —Su tono brusco fue el único saludo.

El mercader elevó las comisuras en un intento de sonrisa que dejó a la vista un diente de oro que brillaba junto a sus hermanos salpicados de manchas.

—La pregunta es otra, amigo —dijo, cruzándose de brazos—. ¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

Lo que no estaba dispuesto era a soportar tonterías, por lo que no hizo nada por ocultar el chispeo púrpura de sus ojos. Tras un regateo corto llegaron a un acuerdo por un precio medianamente razonable. El tipo le dio el arma y Daval se la guardó antes de dirigirle una breve inclinación de cabeza.

Se había gastado una buena suma. Y ni siquiera sabía por qué.

Solo por un presentimiento.

5

—Vamos, Fury. No seas aguafiestas.

Mirah se cruzó de brazos.

—¿Aguafiestas? Quieres que nos metamos a husmear por el bosque con a saber qué —dijo él mientras las chispas de la espada que afilaba se reflejaban en sus ojos verdes. Durante un momento, la estancia quedó iluminada por aquella lluvia de microestrellas rojizas que se perdieron en el aire como pequeñas suicidas.

Ella resopló y estudió su táctica para convencerlo. Le costaba seguir el ritmo de sus movimientos de un lado a otro, ya que, a pesar de que no era tan inquieto como ella, cuando trabajaba, parecía transformarse. Su pelo casi parecía llamear por los reflejos del fuego de la forja y los mechones castaños se sacudían al hacer fuerza con la lima en el metal. Enfrascado en su tarea, se veía con claridad que no era un spirit al uso. Aquel aire aniñado característico de su rostro contrastaba con un cuerpo fornido y más alto que los de su raza.

El ambiente del principal taller de armas de Trisar era caluroso. Los rayos de sol que se colaban por el tragaluz del techo eran el único elemento que daba una pincelada del exterior. A pesar de que no llevaba mucho allí, Mirah sintió que el calor del ambiente comenzaba a encenderle las mejillas y le sugirió a Fury que se tomara un descanso.

Él paró para acercarse a un lado donde había dos enormes baldes de agua. Hundió la mano en el líquido antes de echarse un poco por la cara. La transpiración de su camisa gris desbocada se unió al agua, marcándole los músculos del pecho. Ella se detuvo un poco más de lo necesario en la imagen antes de desviar la vista divertida.

Fury era sugerente aún sin proponérselo. Ella sabía lo que cuchicheaban las spirits por el pueblo e incluso había advertido la mirada descarada de alguna que otra alux. Los spirits y las alux no

solían relacionarse más que por capricho en algún encuentro fugaz de jergón. Más allá, una alux no podía esperar ser bien vista al unirse con la que consideraban una raza inferior, tan inferior que estaban relegados a vivir a ras del suelo y no en los árboles, aun cuando el origen de ambas era el mismo.

Spirits y alux habían nacido de los primeros seres mágicos de los bosques. Sin embargo, con el paso de los siglos, la naturaleza y el mestizaje de sangre los había hecho evolucionar a dos razas diferenciadas que solo conservaban en común la forma picuda de las orejas. Los alux conservaron las alas de sus antecesores, y los spirits los poderes. Aunque estos últimos también habían menguado con el paso del tiempo, y ya eran pocos los de esa raza que nacían con la condición mágica. Habían pasado de ser la raza más fuerte a ser discriminados por toda la comunidad de Elania. Mirah nunca había entendido esa degradación común que había llevado a los spirits a aspirar a puestos de escasa importancia en los mejores casos y a la servidumbre en los peores.

Se decía que los spirits eran una mezcla de las primeras hadas con los duendes, aunque al mirar la complexión de su amigo poco podía ver en sus raíces de esas criaturas pequeñas e infantiles. Y, sí, Fury era un tipo muy atractivo, pero su relación no iba más allá de una amistad. Una amistad complicada, si tenía en cuenta la pelea diaria con los comentarios y las miradas despectivas de los alux, casi más afiladas que una espada. El pensamiento le hizo pasear una mirada traviesa por la estancia.

Mientras él examinaba con atención la hoja recién forjada de espaldas, ella se deslizó hasta coger el mango de una espada que reposaba en una cubeta de enfriamiento. Al sacarla, percibió que el mango se adaptaba perfectamente a su mano, como dándole la bienvenida después de una larga temporada.

—En guardia, spirit —dijo, tocándole la espalda con la punta del arma.

Él chasqueó la lengua.

—Ahora no, Mirah. —Se giró y sorteó la punta de la espada sin siquiera mirarla para continuar con su tarea. Un puñado de espadas de diferentes tamaños colgaban del techo, expuestas como trozos de carne en proceso de curación—. Hoy tengo un pedido urgente y mañana tengo que tener listos los armazones de…

Ella meneó la cabeza con una sonrisita de suficiencia en los labios.

—Aburrido, aburrido y aburrido —lo cortó—. Confiesa que no quieres porque no puedes ganarme. Tu orgullo quedará por los suelos.

Fury se detuvo y resopló. Luego, sin desviar la vista de ella, elevó la mano sobre su hombro y descolgó una de las espadas. El metal brilló con un reflejo del sol y, levantando la barbilla, desafiante, giró la espada sobre sí misma en la mano con una floritura.

—Le falta humildad en el ataque, señorita —dijo y colocó una pierna hacia atrás.

Su postura era perfecta y el ataque fue rápido. Ella lo intuyó y lo cortó agachándose hacia un lado. Afianzó la espada en la mano para asestarle un golpe a la izquierda. Siempre dejaba baja la guardia en ese lado. Pero ese día él la paró y tuvo que redefinir su estrategia.

Fue entonces cuando comenzaron un baile coordinado donde la música era el entrechocar metálico de las espadas y el sonido de los pasos sobre la madera ajada del suelo. La adrenalina de la lucha impregnó la estancia de un nuevo calor proveniente de sus movimientos estudiados. Tras un par de giros esquivos, Fury consiguió desarmarla haciendo caer su espada, que se deslizó por el suelo hasta chocar con la pata de una mesa llena de herramientas. Después la hizo retroceder con la punta afilada hasta que su espalda tocó la pared. Se acercó amenazador y le susurró:

—Ni diez minutos.

Ella hizo una mueca de disgusto antes de poner los brazos en jarras.

—Normal. Hace mucho que no practicamos.

Su tono sonó a regañina y él se encogió de hombros. Fury no solo era capaz de crear las armas más equilibradas y letales del reino, afiladas con precisión para cortar tanto madera como mantequilla, también sabía manejarlas; aunque siempre se quitaba méritos con la frase: «Lo mío es el arco». Y tenía razón, su puntería era tan perfecta que daba miedo.

Ella, por el contrario, era tan torpe que podría clavarse la flecha en un pie con facilidad. En su caso, desde pequeña, lo suyo era la espada. Muchas veces se había acostado de madrugada para poder practicar y, con el paso de los años, había logrado un manejo diestro y fluido. A esas alturas, la espada era una extensión de sí misma, como si la hoja hubiera brotado de sus propios dedos.

El problema vino cuando su madre se había enterado unos cien años atrás y no había dudado en escupir su veneno por la boca: «… la

culpa de esto la tiene ese spirit herrero con el que andas, maldito sea…». Amenazó con cerrarle la herrería si no dejaba esa conducta *indecente.* Por supuesto, a espaldas de su padre, que jamás lo habría permitido. Pero, detrás de aquella apariencia de alux perfecta e inocente, Emerit era lista. Muy lista.

Mirah no quería participar en las intrigas de su madre, así que la obedeció. Al menos durante una temporada. Escondió su espada a buen recaudo en un sitio que solo ella conocía. Ahora saciaba su necesidad de metal en breves encuentros en el taller de Fury, quien la contentaba cuando se ponía muy pesada. Y a veces ella lo dejaba ganar. Como hoy.

Él se alejó con la espada en la mano. Se puso a examinarla con mimo a la altura de los ojos. El leve rastro de grasa en la hoja no pasó su examen y arrastró el dedo índice para borrarlo.

—Ambos sabemos que me has dejado ganar, así que basta de regañinas. He tenido mucho trabajo, ya lo sabes. Puedes practicar sola.

—Puedo —admitió ella—. Pero no es tan divertido. —Se sentó sobre la mesa más cercana y cruzó las piernas. La idea de ir a investigar al bosque no le había emocionado tanto como a ella. ¿Miedo, quizá? Suspiró. Sabía que tenía una sensibilidad especial para el peligro, pero a veces la exasperaba. Una manipulación inofensiva era su única salida.

—Sabes que si no vienes iré yo sola, ¿verdad?

Él la miró.

—Me da igual —repuso, aunque vio la chispa de preocupación que intentaba disimular.

Ella se encogió de hombros.

—Bien, pues, si muero entre terribles sufrimientos, mi espíritu del otro lado volverá para hacerte la vida imposible.

Las orejas puntiagudas de Fury, casi el único signo de su condición aparte de su poder, se movieron inquietas y suspiró.

—Debería haberte clavado esa espada. —Acto seguido, comenzó a farfullar para sí mismo, revolviéndose aquel pelo castaño rojizo desordenado—. Eres la única alux que prefiere andar por ahí, ansiosa por encontrar una muerte horrible, que tomar un té de rosas en el Café de los Destellos.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, esta alux irá armada y acompañada.

Fury volvió a suspirar y se quitó el mandil de cuero.

—Esto va a costarte al menos media docena de pastelitos de nube.

El spirit no sentía mucha confianza dejando al mando a sus dos aprendices, un par de spirits jóvenes que se habían quemado las manos el primer día de trabajo, pero Mirah le había insistido en que tenía que saber delegar. Los dos muchachos asintieron ilusionados cuando les mandó adelantar la tarea hasta que volviera.

El sol calentaba el camino cuando salieron al exterior, donde los tonos verdes competían con los de las flores más tempranas. El reino de Trisar se caracterizaba por una temperatura suave permanente, de ahí que fueran muchos los visitantes de otras regiones de Elania que acudían para disfrutar de la ciudad. Incluso los días de lluvia, que eran pocos, gozaban de un carácter agradable. Ningún habitante del reino solía tener ropa de abrigo en el armario, y se limitaban a prendas ligeras y sencillas con los brazos al descubierto.

Mirah y Fury caminaron por los grandes senderos que componían una imagen, cuando menos, curiosa. Las casitas de madera clara, propias de la raza spirit, se alzaban unas separadas de otras, unidas solo por arbustos que enmarcaban los caminos de piedra. Junto a ellas, y a capricho de la naturaleza, estaban las residencias de los alux, erigidas sobre los distintos árboles que componían el valle del bosque.

Cada hogar alux tenía la base del árbol salpicada de flores de colores como distintivo de su raza. Era habitual que cada familia tuviera un tipo de flor determinada como sello de identidad, que heredaban generación tras generación. Mirah pronunció mentalmente los apellidos de algunas de las familias de la zona al reconocer cada grupo floral.

La aristocracia se reservaba los cuatro grandes grupos florales de más prestigio, que coincidían con la simbología de cada una de las fuentes de la Sala de las Cuatro: azucenas, rosas, tulipanes y hortensias. El resto de la comunidad se identificaban con flores más sencillas: margaritas y amapolas.

La rutina diaria del pueblo era tranquila, los comercios estaban abiertos y la gente paseaba por las calles. Mientras las clases trabajadoras estaban ocupadas en sus quehaceres diarios, algunas alux de clase alta revoloteaban entre las tiendas para adquirir las telas de su próximo vestido o para combatir el aburrimiento.

Llegaron hasta la zona central, la plaza, donde se congregaba toda la vida social de Trisar. En su centro se alzaba una fuente de dos pisos

rodeada de un manto de flores de todo tipo; un símbolo de la unión de todos los estratos sociales del mundo de las alux. Mirah meneó la cabeza ante la paradoja: los mismos que la habían construido fueron los primeros en acuñar la diferencia entre clases.

—Los estoy oliendo —anunció Fury cerca de la pastelería.

Ella meneó la cabeza.

—Toma, anda. —Le tendió una bolsita que resonó con un tintineo metálico—. No te entretengas de cháchara con la señora Orienla o se irá el sol.

Lo vio alejarse hasta la fachada azul cielo de la que era la mejor pastelería de Trisar. La adoración de ese spirit por los pasteles era enfermiza. Cuando abrió la puerta, el olor dulce de la masa cocinada voló hasta ella y sus tripas rugieron.

—Trae también para mí —gritó antes de que entrara.

Se apoyó en una pared cercana mientras jugaba con la manga de su vestido. La plaza estaba muy animada, convertida en punto de reunión obligado para la adolescencia del momento, donde socializaban junto a la majestuosa fuente central. Más de una docena de alux con sus alas desplegadas caminaban de aquí para allá en una explosión de color. Todas perfectas. Todas elegantes.

Todas prácticamente *iguales*.

Cerca de ella, un grupo aterrizó en el suelo de forma grácil. Una de ellas se sacudió el pelo de una forma que conocía muy bien. Silbó para atraer la atención de su hermana, acercándose con una sonrisa.

Lucy se giró. Tras ella, Ámbar y Yuter cuchichearon. «Dichosas víboras». No pudo evitar sentirse incómoda y se pasó las manos por el vestido arrugado en un gesto inconsciente.

—Voy al bosque con Fury y hemos parado a comprar unos pastelillos —explicó y echó un vistazo sobre su hombro—. Disculpa, no quiero distraerte de tan *selecta* compañía. —Casi escupió la palabra, lo que no pasó inadvertido a su hermana, que frunció los labios y asintió.

Una tensión impregnó el ambiente de forma repentina. Ámbar se acercó a Yuter, susurró y las dos soltaron una carcajada. Sus melenas rubias se agitaron ante sus movimientos y Mirah se revolvió por dentro. Ámbar no había sido bendecida con una belleza elegante como Lucy, sus rasgos eran duros y su mandíbula prominente le daba un aire poco femenino. Su fiel seguidora, Yuter, era rolliza para ser una alux, y sus ojillos azules apenas se distinguían entre sus inflados

cachetes.

Yuter no era muy lista. Quizá no tuviera mal corazón, pero el hecho de seguir siempre cada paso de Ámbar la había convertido en un ser despreciable. Desde su infancia, Ámbar siempre había sido la líder de una especie de campaña contra Mirah, por algún motivo que escapaba a su comprensión, aún después de cientos de años. Ahora, la unión de Lucy a su círculo solo le daba más poder. Había tenido que controlarse para no hacerle una visita nocturna acompañada con su espada.

Ámbar llamó a Lucy con una sonrisa de superioridad, como quien llama a un sirviente. Disfrutaba al saber que tenía más control sobre ella que su propia hermana. Mirah apretó los puños.

—Debe ser aburrido esforzarte por ser el centro de atención y que en el fondo nadie te soporte, Ámbar.

Lucy soltó un suspiro ahogado y la expresión de la aludida cambió a un rictus pétreo.

—Mirah. Ya basta. —Lucy tenía las mejillas encendidas.

Ámbar cubrió la distancia que las separaba en un par de movimientos. Nunca se había molestado en mostrar respeto frente a la heredera. Movió con fuerza las alas en una muestra de prepotencia y Mirah aguantó ese envite como un susurro amenazador.

—Ya son varias las familias alux que están redactando un edicto para oponerse a seguir la línea de sucesión a tu favor, Samirah —dijo en voz baja con una sonrisita viperina en los labios—. Nuestro reino necesita una heredera más *apropiada,* como Lucy.

Aunque lo que le apetecía era retorcer el cuello de aquella desgraciada, se conformó con aferrar la falda del vestido. A saber la de historias que le estaba metiendo en la cabeza a su hermana. Ya había oído lo que se comentaba por las calles: la aristocracia alux no quería en el trono una reina sin alas. Notó la tensión en los hombros de Lucy al mirarla, y aunque sabía que ella no estaba de acuerdo con esas ideas revolucionarias, cada vez estaba más contaminada de ese veneno social.

—Lucy, ¿nos dejáis solas un momento?

Su voz fue dulce y afilada como un grano de azúcar sobre la hoja de un cuchillo. Lucy vaciló antes de alejarse, la conocía demasiado bien. Una vez solas, Ámbar se cruzó de brazos y Mirah le clavó la mirada.

—Ten cuidado —susurró.

—¿Es una amenaza? —preguntó Ámbar.

—Solo una advertencia. Me da igual a quién queráis en el trono en un futuro, pero trata bien a mi hermana o me ocuparé de que tus alas decoren mi pared.

Los ojos de Ámbar chispearon y no le cupo duda de que la historia adornada de que la heredera real la había amenazado recorrería su selecto grupo de seguidores. Abrió la boca para replicar, pero se calló con una mirada intensa a su espalda. Fury había vuelto. Mirah contuvo una sonrisa al ver cómo se quedaba blanca. La espina clavada en su orgullo cuando él la rechazó unos años atrás aún parecía escocerle.

—Hola, spirit. —Prefirió denigrarlo a pesar de conocer su nombre a la perfección.

Él se limitó a dedicarle un gesto con la cabeza y, poniendo una mano en la espalda de Mirah, la animó a que se fueran. A apenas unos pasos, cruzó una mirada con Lucy y ella la bajó. Un gesto que se estaba convirtiendo en algo habitual en los últimos tiempos.

6

—Están conspirando contra tu futuro en el trono. Eres su hermana. ¿Cómo puede quedarse callada?

Fury pateó una piedra mientras andaban por el sendero hacia el bosque. La crema de un pastelito le llenaba las comisuras de los labios. La tarde aún era luminosa y el camino se animaba con el cántico de los pájaros. Mirah le dio un bocado a su pastelito. El sabor dulce de la vainilla pareció aliviar el regusto amargo después del encuentro.

—Es complicado, Fury. Nuestra raza es complicada.

—Los alux y vuestros absurdos códigos. ¿Qué más da que una reina tenga o no alas?

Mirah suspiró.

—La corte tiene sus exigencias. Así ha sido siempre.

—Hazlas callar —Mientras se acercaban a la linde con el bosque, él comenzó a devorar su segundo pastelillo—. ¿Por qué no les demuestras…? Ya sabes, que las tienes.

Ella paró en seco.

—No.

—Pero… ¿por qué? —Se rascó la cabeza, confundido.

—No iba a cambiar nada. —Se adelantó y le dio la espalda, pero él la cogió del brazo.

—Algún día espero que confíes en mí y me lo cuentes. —La miró con tal intensidad que estuvo a punto de rendirse a sus ojos verdes y confesar, pero era una parte sí misma demasiado encerrada en un cajón como para abrirla de golpe.

—Ya confío en ti —susurró—. Lo sabes.

—Pero… —continuó él, poniéndole aquel único mechón de pelo rubio tras la oreja.

—Pero… hay que darse prisa. —Él suspiró con el cambio de tema cuando ella de un manotazo se deshizo de su agarre, pero no insistió.

—Está bien, su magnánima princesa —dijo cambiando a un tono menos serio—, pero hubiera estado muy bien que sus probablemente hermosas alas nos hubieran traído hasta aquí. Me arden los pies. —Le dedicó una sonrisa canalla.

Ella bajó la vista y sonrió. El truco de siempre.

—Este ya me lo conozco. —Una mata de hierba ardía en llamas junto al pie derecho del spirit—. Piensa otro para la próxima vez que quieras transporte gratis. Y apaga eso antes de que provoques un incendio.

Él extinguió el fuego de un pisotón. Mientras andaban, ella admiró lo bien que conseguía ya controlar su poder. La infancia de Fury no había sido fácil. Le había costado lo suyo dominar el fuego, no sin ciertos incidentes desafortunados que, con el paso de los años, se habían convertido en buenas historias para compartir en una tarde de taberna.

Por un instante, luchó con las ganas de tocarse la espalda ante la palpitación que la asaltó. Como si sus alas supieran que habían estado hablando de ellas.

—¡Eh! ¡Ven a ver!

Siguió la llamada de Fury. Perdida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que se había adelantado. Se acercó y se agachó junto a él. Entre el manto verde que cubría el suelo, se dibujaba una forma irregular de hierba más oscurecida. Supo al instante lo que eso significaba. Se agachó y sintió el pinchazo de las briznas secas en los dedos.

—Aquí es donde encontraron a la asrai. Al morir, los gases de su cuerpo quemaron la zona donde reposaba.

—Es horrible.

Mirah se enderezó y sus ojos negros recorrieron cada palmo del terreno con precisión a la espera de una pista. «Qué decepción». Todo parecía bastante normal.

—¿Y la otra fallecida? ¿También la encontraron en esta zona?

Mirah negó con la cabeza.

—El otro cuerpo fue encontrado cerca del río, en la orilla este del bosque. —Se puso las manos en la cintura y lo miró—. ¿Qué tal si vamos a echar un vistazo?

Las orejas picudas de Fury se movieron de adelante hacia atrás un instante.

—No sé si es buena idea —dudó. Ella se internó entre los árboles

como toda respuesta y él refunfuñó—. ¿Para qué me preguntas si vas a hacer lo que te da la gana?

El olor de la tierra húmeda y de las flores componía una fragancia única a descomposición vegetal. El Bosque de los Suspiros fue apodado así desde sus orígenes, en el momento en el que los primeros seres cruzaron entre sus troncos y descubrieron aquel paraje singular. Recordó el día en que su padre la había llevado al centro del bosque por primera vez.

«¿Sabes por qué el bosque tiene ese nombre, hija? —le preguntó Edur—. Desde la antigüedad, aquí los árboles alcanzaban tal magnitud que quien los veía suspiraba sonoramente, maravillado. Así surgió su leyenda».

El rumor del agua también les llevó su suspiro tras un paseo más largo del que esperaban. La distancia hasta la orilla del río Mel no era muy amplia, y, aparte del sonido de la corriente, el bosque estaba en silencio. Mirah aguzó el oído y, a duras penas, percibió el inconfundible zumbido de los insectos. Acostumbrada al coro peculiar de la vida del bosque, el aire le devolvió una especie de tensión sensorial. Fury se detuvo junto a ella, sus orejas se movían más rápido esta vez.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —preguntó.

Ella asintió extrañada.

Aquel silencio era anormal. Como si todos los seres vivientes que habitaban por allí estuvieran agazapados en algún lugar. Conforme seguían avanzando, los últimos rayos de sol se colaban con esfuerzo entre las ramas y creaban figuras siniestras. Fury se detuvo unos pasos por delante con la mirada clavada en el suelo. En esa zona las flores estaban marchitas, apenas un manto seco y muerto a sus pies.

—Eolia no se acercaría mucho.

La voz melodiosa les hizo dar un respingo. En la orilla del río, con medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro, descansaba un ser de tono azulado con apariencia femenina. Los miraba sin disimular su curiosidad, mientras se pasaba los dedos membranosos por una larga cabellera casi blanca. No era la primera ondina que Mirah veía, pero le sorprendió que les hablara tan directamente.

Las ondinas no solían relacionarse con otros seres; preferían la soledad de sus aguas. Con un rostro de rasgos afilados, su cuerpo azul brillaba por el reflejo de las escamas plateadas. Fury se acercó con cuidado. Los ojos azules de la criatura lo siguieron en una mezcla de

curiosidad y temor.

—Eolia, tienes un río precioso.

Fury era astuto. Como protectoras de los ríos, el orgullo de una ondina era de sobra conocido, así como la facilidad para herir sus sentimientos. Regalarle un poco los oídos parecía una buena forma de entablar conversación. El spirit se vio recompensado por una sonrisa tímida.

—Eolia lo cuida mucho.

Mirah se acercó. Los ojillos casi transparentes la estudiaron mientras su cabellera se extendía a su alrededor, flotando de forma lánguida.

—Tus cuidados deben ser sublimes. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Que la hagas no significa que Eolia la vaya a responder, alux.

Mirah se contuvo para no soltar una maldición y se agachó para señalar la zona muerta del suelo junto a la orilla.

—¿Has visto algo raro por aquí estos días? ¿Algo que haya podido provocar eso?

La criatura hizo una pausa larga antes de contestar.

—Eolia lo ve todo. El río. Los peces. Las flores. La brisa. —Hablaba lento, lentísimo, como si pronunciara cada letra con miedo a destrozarse la lengua—. Los árboles. Los animales. Muchas cosas. Muchísimas.

Mirah chasqueó la lengua con impaciencia. La ondina parecía tener un concepto del tiempo distinto, y ella se sentía incapaz de aguardar otra contestación que se avecinaba absurdamente larga.

—¿Por qué nos has dicho que no nos acerquemos? —preguntó Fury.

—Eolia también ve cosas malas.

Eso llamó la atención de Mirah, que se arrodilló para colocarse más cerca.

—¿Qué has visto?

La ondina comenzó a jugar con los tallos morados de lavanda erguidos a un lado de la orilla. Fury y Mirah se miraron mientras ella se dedicaba a pasar las manos entre ellos de un lado a otro con una exasperante lentitud. El tiempo de sol se agotaba y Mirah carraspeó. Por un instante deseó zarandearla, pero, cuando ya iba a darse por vencida, la criatura abrió la boca.

—Eolia vio un ser que nunca había visto. Un ser malo. —Sus ojos claros casi traspasaron a Mirah—. Dañó el bosque. El bosque chillaba.

Eolia lo vio desde la orilla.

—¿Qué era? ¿Podrías describirlo?

Pero la ondina ya no le prestaba atención, su mirada estaba perdida entre los árboles, a su espalda. Al poco, el semblante tranquilo le mutó a una expresión de terror. Siguieron su mirada entre los árboles sin apreciar nada.

—Viene al anochecer. Eolia lo oye —susurró con la vista perdida. Su tono había cambiado de repente para volverse apremiante. Levantó los ojos hacia ellos—. Tenéis que esconderos.

El miedo en su mirada hizo que ninguno pusiera en duda sus palabras. Fury levantó a Mirah con un tirón del brazo. Ella aún intentaba entender a qué venía la advertencia de Eolia, cuando el crujido seco de unas ramas los sobresaltó. El ruido sonó perturbador en el silencio del bosque. La noche ya empezaba a teñir el cielo y ellos apenas se habían dado cuenta.

—Mi río os permite entrar en él. Aquí estaréis seguros —dijo Eolia. Les hizo una invitación con un gesto de la mano antes de sumergirse en un chapoteo y desaparecer.

Otro crujido, este más cercano. Se llevó la mano al muslo en un amago de sacar el puñal. Fury adivinó sus intenciones y prefirió empujarla al río con un gesto rápido. Ella aún no había salido a tomar aire cuando él se hundió también en el agua turquesa. Le dio un coscorrón en la cabeza, indignada, pero ambos se quedaron agazapados entre los tallos de la orilla. No había rastro de Eolia.

Los ruidos de crujidos se intensificaron. Una sombra negra se perfiló entre los árboles. Se acercaba hacia allí y, por su caminar pesado, parecía robusta. Con el pelo pegado a la frente, Fury se puso el dedo sobre los labios y ella obedeció.

A cada pisada, la figura parecía arrancar un lamento siniestro a la vegetación. La mirada asesina del spirit no bastó para evitar que ella intentara echar una ojeada. No se parecía a ningún ser que conociera. La piel se le erizó al advertir en él un aura oscura y maligna. Aquello no era un blemio.

Fury le dio un codazo para que se sumergiera un poco más. La criatura se acercó a la orilla, oyeron cómo olfateaba y se hundieron hasta los ojos. Era grande y dos bultos grises le salían de la cabeza enroscándose en la nuca.

«¿Astas? ¿Cuernos?».

Un ardor atravesó un lado de la cabeza de Mirah y arrugó la

frente al sentir ese hormigueo chisporroteante. El ser se alejó hasta llegar a un árbol cercano y siguió olfateando. Toda la cavidad de sus ojos era oscura, sin pupila, tan negra y perfecta que reflejaba su entorno como un espejo. Conforme andaba por el terreno, condenaba cada brizna de hierba sobre la que pasaba, marchitada ante su presencia.

El ser golpeó el tronco con el puño violentamente. Lo repitió varias veces hasta que abrió un agujero y metió el brazo hasta el fondo. Al sacarlo, una ardilla se revolvía inquieta entre sus dedos. No parecía saber lo que era y se arrascó la cabeza con la mano libre, estudiándola.

Su estudio no duró mucho. Unió las manos y la retorció hasta que se convirtió en un amasijo sanguinolento. Mirah se contuvo para no soltar un gemido. El crujido de los pequeños huesos al quebrarse fue letal. La sangre le chorreó entre los dedos antes de llevarse la ardilla muerta a la boca. Masticó con fruición. Por suerte para ellos no duró mucho y arrojó los restos al río, creando una mancha rojiza que se entremezcló con el azul del agua.

Se quedaron en silencio hasta que la figura decidió perderse entre los árboles, sin atreverse a pronunciar palabra. Mirah no supo cuánto tiempo pasó hasta que Fury rompió el hielo.

—No sé si quiero saber lo que era eso.

La alux sintió la boca seca a pesar de estar mojada de la cabeza a los pies. Porque ella sí tenía una sospecha de lo que podía ser, pero… «No, es imposible». Señaló los tallos cercanos donde había pisado, que se veían marchitos a pesar de la oscuridad creciente. Frunció el ceño y se movió hasta la orilla para salir del río.

—La vegetación muere con su contacto —dijo e hizo un gesto a Fury para que se pusiera en marcha—. Hay que avisar a palacio. Creo que hemos encontrado al asesino de las asrai.

7

Los primeros rayos iluminaron el camino para anunciar la llegada de un sol perezoso.

Daval espoleó a su caballo e ignoró el azote gélido que parecía comerle la piel. Podría haber utilizado sus poderes para amainar el aire, pero adoraba la sensación de sentir el viento en la cara, susurrándole como un confidente. En Tefalén, los días no estaban mal, pero las noches solían ser muy frías.

Según sus cálculos, y tras día y medio de camino desde Dehia, faltaba apenas una legua para llegar a Feris. Lo común en cualquier viajero era hacer esa travesía en un par de días, pero él solo había hecho pausas para dar de beber a su caballo. El animal no dejaba de sorprenderlo; había aguantado a buen ritmo casi todo el camino a pesar del precio irrisorio que había pagado por él tiempo atrás.

Su vendedor, un granjero anciano bastante huraño, le había asegurado que era un caballo demasiado mayor para grandes carreras; solo útil para labores domésticas. Qué equivocado estaba. Ese animal estaba hecho para correr. A pesar de notar el sudor en su pelaje negro, podría jurar que lo notaba exultante. Distraído, le acarició la crin. Nunca le había puesto un nombre, le haría encariñarse demasiado.

Daval prefería mantener las distancias de cualquier relación afectiva. Algunos lo consideraban frío y taciturno, pero eran precisamente esos adjetivos los que le permitían huir del sentimentalismo; fuera del tipo que fuera. Se enorgullecía de esa máscara de hierro que había aprendido a forjar. Y le iba bien. Sus compañeras de lecho esporádicas entendían sus necesidades, que estaban muy lejos del cariño. En realidad, él solo podía afirmar que quería a una persona en ese mundo, y era su hermana. Meneó la cabeza al recordarla. Ella parecía siempre desbordar cariño y mimos por cada poro.

Aún recordaba cómo de pequeña ella lloraba cuando había que sacrificar algún pollito del corral porque no había nacido en buenas condiciones. De haber podido, tendría un corral lleno de pollitos cojos y deformes a los que colmaría de besos.

«El corral de Tris Wicker, amante de los desvalidos», rio al imaginar un tablón con el nombre en una fachada amarilla neón.

Pensar en su hermana le hizo espolear las riendas y su caballo negro aceleró el paso en medio de una nube de polvo. Sabía que no estaba muerta. Siempre habían gozado de una extraña conexión para saber del otro y, aunque tuviera la certeza de que seguía con vida, sí sentía una alerta en la cabeza difícil de ignorar que había hecho que ni se molestara en parar para dormir en el camino.

Al cabo de un par de horas, a lo lejos comenzó a ver los techos de las casas, anunciándole que ya estaba llegando a su destino. Feris era la última ciudad de paso camino a la zona costera y la mayoría de sus habitantes eran pescadores. Mientras unos se embarcaban en la Punta del Viento para conseguir el género, el resto se dedicaban a comercializarlo.

«Si quieres un buen marinero, que sea un ferinero», era el dicho popular.

Casi todos los ferineros eran humanos, pero también se podían encontrar excepciones: silfos, chamanes e incluso algún spirit del norte. Todos acudían a aquella recóndita comunidad en busca de nuevas oportunidades con la ayuda de la brisa costera. Algunos eran antiguos viajeros de paso que encontraron allí un lugar agradable donde echar raíces; otros se quedaban en un intento de huir de algún pasado tortuoso, trabajando día tras día para conseguir las monedas necesarias para un pasaje en barco.

La diversidad de sus viandantes no le sorprendió cuando desmontó del caballo en la entrada del pueblo. Las calles eran estrechas y estaban a rebosar de actividad, a punto de comenzar con las tareas diarias. El aire olía a pescado fresco y a sal.

Dejó su caballo en el establo más cercano. El relincho ventoso que este le brindó al despedirse casi le sonó a reproche. Le acarició un poco la crin, que se derramó entre sus dedos, y se aseguró de que le dieran agua y heno suficiente en recompensa a su buen rendimiento.

Cirae Wicker le había entregado un escrito de los hombres que enviaron a la búsqueda de Tris; en este se detallaba la escasa información que habían recabado. Al parecer, alguien había visto a la

pareja en la Posada del Oro y decidió dirigirse allí en primer lugar. Tras preguntar a un par de hombres, no le fue difícil dar con ella, pues parecía ser uno de los lugares de culto de la ciudad.

Era muy temprano aún cuando cruzó las puertas que conducían al salón de la posada. El ambiente era tranquilo y relajado, pero el pequeño escenario que vislumbró al fondo le decía que, al caer la noche, aquel lugar se llenaría de cancioncillas populares. Su estómago rugió al percibir el olor del pan caliente en el aire. Se acercó a la barra tras echar un vistazo a la red salpicada de monedas en un lateral. El tabernero, un humano de vientre abultado bajo un delantal marrón de suciedad, limpiaba la encimera con desgana.

—Un par de hogazas calientes con miel —pidió al tomar asiento en uno de los desvencijados taburetes.

—Enseguida.

El humano se movió para preparar el encargo y él aprovechó para echar un vistazo alrededor. El lugar se veía muy vacío a excepción de una mesa donde un par de hombres comían en silencio después de una noche de excesivo apego al vino a juzgar por su aspecto. Una mujer rolliza de generosos senos fregaba platos en un extremo de la barra. Al poco, el tabernero le tendió un plato humeante y un tarro con miel. Daval vertió un poco sobre el pan crujiente observando cómo la sustancia ambarina lo empapaba.

—Miel del norte. Qué lujo. —Alzó la vista al tabernero, quien asintió. Sus ojillos negros se hicieron más pequeños al sonreír.

—La mejor miel de toda Elania. —El hombre pasó un trapo para eliminar las migas de pan que quedaban en la superficie—. Todas las semanas me la traen fresca. Aunque puede que este sea de los últimos tarros, amigo, los caminos están complicados. —Su mirada decepcionada recorrió el local solitario.

—Me sorprende que su posada no esté llena. Y más cuando acaba de empezar la temporada de pesca. —Salivó cuando la miel azucarada tocó su lengua. «Diantres, qué delicia». Tenía más hambre de la que pensaba.

—Hace unos días que la gente ya no para en Feris. —El hombre bajó la voz—. Ya sabe, los rumores corren como el viento.

Daval esbozó una sonrisa ante su comentario en una especie de chiste privado. Se recordó que debía ser cauto y no mostrarse demasiado interesado. Por su experiencia, la gente se cerraba en banda si ibas muy directo. Era mejor crear un clima de confianza para

que el interlocutor se sintiera seguro y las palabras fluyeran. La bebida solía ayudar, pero era demasiado temprano como para confiar en ella.

—¿Y dónde no hay rumores ni chismorreos? —Hizo un ademán con la mano en un gesto despreocupado—. No será para tanto.

El tabernero frunció los labios. Pareció meditar un instante. Era de esos tipos que si tenían una buena historia no se resistía a contarla. Y así fue.

—Bueno —comenzó—. No es una tontería. Un muchacho fue asesinado en esta misma calle hace cuatro noches. Un espectáculo horrible. Mucha sangre. —Volvió a pasar el paño por la zona limpia distraído—. La gente tiene miedo. Esta suele ser una ciudad tranquila; pero esto, unido a las desapariciones de varios pescadores en las últimas semanas, pinta mal. Y los rumores surgen, se puede imaginar. Muchos dicen que un asesino deambula a sus anchas por la ciudad. Otros aprovechan para soltar majaderías como que hay un ente maligno. —Soltó una risita escéptica antes de ponerse serio de nuevo —. Es curioso, ese muchacho estuvo aquí en la taberna esa misma noche. Estaba bailando con una chica menuda muy guapa. —Esbozó una sonrisa pícara—. Me hizo recordar mi juventud, cuando yo aprovechaba para arrimarme a mi esposa, ya sabe.

—Cuidado con lo que vas diciendo o poco te vas a arrimar ya.

La voz les llegó de la derecha, sobresaltándolos. La mujer que fregaba apartó al tabernero cargada con una pila de platos. Con aquellos senos que reclamaban atención por encima del corsé, los miró con gesto contrito antes de volverse hacia Daval.

—¿Sabe? Esa fue la asesina. La chica del vestido amarillo.

Su marido puso los ojos en blanco.

—Meredith, mujer, ya vale con eso. Ni siquiera sabes lo que dices.

Ella se agachó para guardar la vajilla en un hueco de abajo.

—Sé lo que vi. Esa chica estaba cubierta de sangre. Igual que yo cuando le rebano el cuello a uno de los puercos. Qué estropicio. Vaya si chillan los bichos. —Cerró con un golpe de trasero la puerta del mueble—. Fue ella.

—Maldita mujer chismosa, no inventes. Me cuesta creer que estuvieran bailando aquí y luego…

—Y luego mató a ese muchacho —lo cortó Meredith con los brazos en jarras—. No estoy loca, Richard. Oí un ruido y me asomé a la ventana. Ahí estaba ella. Tenía una expresión… vacía. Me dio escalofríos.

Daval frunció el ceño mientras pensaba que esa mujer no estaba en sus cabales. Tris jamás mataría a una mosca, mucho menos a una persona. Y a Artur, por amor del cielo, qué estupidez. Al margen del énfasis y del ardor del amor juvenil, había visto las mejillas encendidas de su hermana cuando empezó a verse con el muchacho. Estaba colada hasta las trancas. Aunque Daval no creyera en el amor, sí sabía reconocerlo.

El tabernero y la mujer continuaban su discusión.

—… no soy una chismosa, Richard. Preguntadle a Trebur. Él vio mucho más que yo. —Levantó los brazos y la carne de sus senos se agitó—. Ah, claro, pero, como somos unos viejos, nadie nos hace caso. —De un manotazo le quitó el paño a su marido y, tras olerlo, arrugó la nariz y lo tiró a un barreño cercano—. Siempre diciendo que soy una chismosa, maldito sea el día…

—Cierre el pico —ordenó Daval. Su paciencia se había esfumado. Con la mandíbula tensa casi había escupido las palabras—. ¿Quién es ese Trebur y dónde vive?

Los dos guardaron silencio y pareció que lo miraban por primera vez. Les sostuvo la mirada sin achantarse. La idea de que acusaran a su hermana de asesina le encendía por dentro. Sabía que ya se había quitado la máscara de viajero curioso y que su carácter taciturno había salido a la luz. No podía perder el tiempo en tonterías.

El tabernero perdió todas las ganas de cháchara.

—¿A qué viene tanto interés? ¿Quién eres?

—Quiero saber qué ocurrió aquella noche. —Daval aclaró sus ojos. El tono morado pareció lo bastante amenazador porque vio cómo ambos tragaban saliva, nerviosos.

—Ya vinieron un par de hombres y les contamos todo lo que vimos —dijo la mujer, retrocediendo hasta situarse tras su marido; era complicado esconderse dado su volumen.

—Esos hombres son unos ineptos. Por eso estoy aquí. —Daval puso unas monedas encima de la barra y suavizó el tono—. Esto por el desayuno. Y, ahora, ¿dónde puedo encontrar a Trebur?

8

La casita antigua de ventanales mustios se alzaba a mitad de la calle.

Algunos tablones de la fachada pendían fuera de su lugar, como si quisieran unirse al árbol que crecía justo al lado. Bajo este se escondía una especie de asiento, aparentemente no muy cómodo, hecho con troncos salpicados de astillas punzantes.

Le habían dicho que el viejo Trebur era uno de los hombres más longevos de Feris. Al parecer, su sabiduría iba acompañada de una buena dosis de locura, pero todos lo respetaban, aunque hicieran un poco oídos sordos a sus comentarios disparatados.

Daval se acercó y llamó a la puerta. El ruido de sus nudillos casi pareció desprender la madera de sus goznes. Ante él apareció una chiquilla de unos diez años, con el cabello trigueño y unos grandes ojos marrones en actitud interrogante.

—Hola —saludó—. Busco a Trebur.

Ella lo miró y se mordió el labio antes de responder.

—El abuelo Trebur está arriba. Lo habrá visto por la ventana. —Torció la cabecita hacia un lado pensativa—. Pero no sé si debo dejarle pasar.

Daval se encogió de hombros.

—Puedes preguntarle.

Ella asintió como si esa posibilidad no se le hubiera ocurrido y cerró la puerta en sus narices. Daval levantó las cejas a la espera mientras oía el ruido de sus pasos apresurados dentro. Al poco, la puerta volvió a abrirse con un chirrido.

—El abuelo dice que, si no viene a venderle pescado, puede pasar. —Miró sus manos como si esperara que debajo de la capa oscura escondiera un alijo de atunes—. No vende pescado, ¿verdad?

Negó con la cabeza y ella asintió satisfecha. Le condujo a la planta superior por una escalera estrecha que parecía quejarse con cada

pisada. Una vez arriba, llegaron a una estancia pequeña pero bien iluminada, con apenas una cama y una silla junto a la ventana. Todo era austero, pero estaba ordenado y tenía un toque acogedor.

Trebur estaba sentado frente a la ventana con la vista perdida en las calles. Al acercarse, percibió que era mayor, pero, al contrario de lo que le habían dicho, no pudo ver en él más que la sabiduría que da la edad. Sus ojos estaban vivos y alerta, absorbiendo la vida cotidiana tras el cristal.

—Espero que no se haya colado aquí para venderme pescado, joven. Estoy harto de que todas las mañanas me aborden esos pesados para venderme su género. Llevo más de setenta años aquí comiendo lo mismo y el olor ya me revuelve las tripas. —Suspiró y se pasó la lengua por el labio superior—. Ojalá me llenara la barriga con un buen guiso de ciervo.

Daval se acercó y decidió que no se andaría con rodeos. El tiempo lo apremiaba.

—Solo quería hablar con usted sobre lo que pasó hace cuatro noches.

El viejo giró la cabeza hacia él. Sus ojos claros lo recorrieron un instante y Daval notó entonces la forma de sus orejas. Puntiagudas y coronadas con algún pelillo cano. Trebur volvió la cabeza a la niña.

—Lily, ve a jugar un rato, pero no te alejes. El abuelo se queda con este señor, ¿vale?

La niña asintió y corrió a darle un beso fugaz en la mejilla. Daval la contempló marcharse con sus ajados zapatitos marrones antes de que Trebur comenzara a hablar.

—Es curioso. La juventud de mi nieta me hace más viejo y más joven al mismo tiempo, ¿sabe? Aún sigo sin entender cómo ella prefiere pasar tiempo conmigo que con otros niños de su edad. Supongo que le encantan las historias de este viejo spirit. —Meneó la cabeza y se pasó una mano por el cabello plateado como si acabara de recordar que había un desconocido en su casa—. Y bien, usted dirá.

Daval señaló a la calle a través de la ventana.

—La muerte de aquel joven. Me han dicho que usted lo vio todo.

El anciano lo miró y alzó una ceja.

—¿También le han dicho que estoy medio loco? —preguntó, y él asintió con la cabeza—. Y aun así ha venido.

—Supongo que necesito respuestas.

Trebur se encogió de hombros.

—De acuerdo. Pero, aunque se las dé, no significa que le vayan a gustar. —Daval asintió y Trebur señaló con una mano hacia afuera—. Me gusta pasar largos ratos en mi asiento bajo el árbol, desde ahí contemplo la rutina de las calles que, a mi edad, es de lo poco que me queda. Puede preguntar por ahí si quiere, aparte de mi supuesta ida de cabeza, todos me conocen porque, aún con todos mis miles de años, tengo la vista aguda y perfecta.

Daval no lo dudaba. Había toda una vida en aquellos ojos.

—Aquella noche yo estaba bajo mi árbol. Hacía frío, pero el frío me gusta. La calle estaba tranquila, apenas alumbrada por las luces de los faroles. —Sus orejas se mecieron de adelante hacia atrás—. Percibí movimiento y vi dos figuras en la calle, una pareja joven. Todo pasó rápido. Cuando volví a mirar en su dirección, la chica le golpeaba la cabeza contra el suelo. Parecía tener una fuerza feroz. Inhumana. —Entrecerró los ojos—. Nunca olvidaré el sonido de los golpes.

La nuez de Daval se meció al tragar saliva con dificultad.

—¿No había nadie más? Quizá un hombre se acercó y…

—Fue la chica. —El tono cortante no admitió discusión—. No había nadie más.

—¿Está seguro?

Trebur alzó una ceja.

—¿Por qué le importa tanto?

Daval se debatió, pero decidió ser sincero.

—Es mi hermana.

El viejo contuvo una inspiración y se pasó las manos por la cara. De pronto, pareció aún mayor y su expresión se hizo grave. Daval dedujo que intentaba ordenar sus pensamientos antes de seguir hablando. Al cabo de un instante, Trebur volvió la cara hacia él para tutearlo.

—No sé cómo explicarte esto, muchacho —dijo antes de enredar los dedos en su barba blanca—. No voy a darte una clase de historia ya que supongo que sabrás un poco sobre nuestro pasado.

Daval se encogió de hombros.

—¿Nuestro pasado? ¿El de Elania? Supongo que como cualquiera. Los principales líderes de cada raza se diseminaron y crearon los tres grandes reinos: Taman, Trisar y Tefalén. —Su respuesta casi autómata lo devolvió un instante a la infancia.

—No, no me refiero a eso. —Trebur negó con exasperación—. Olvida lo que te hayan enseñado. Eres joven aunque tus ojos digan lo

contrario. Hablo de la época oscura.

—Bueno, yo no había nacido. —Chasqueó la lengua sin entender a dónde quería ir—. Sé lo poco que me contaron. Era un tema que se tocaba poco dentro de mi familia al igual que en la mayoría. —Alzó una mano, exasperado—. Pero ¿qué tiene eso que ver con mi hermana?

—La impaciencia no es buena aliada, joven. Todo tiene su porqué. —El viejo spirit levantó las cejas—. En la época oscura de Elania, nos enfrentamos a las fuerzas del mal de Haya Donek. Sus servidores, los demonios, se extendieron por nuestra tierra llenándola con su violencia. El espectáculo fue horrible: cuerpos desmembrados, sangre bañando las pilas de muertos y el miedo; un miedo que te roía las tripas como un lobo hambriento. —Su mirada se ensombreció junto con el tono de voz—. Las guerras suelen mostrar dos aptitudes que van de la mano: la estupidez y la ambición. La ambición de Haya Donek no tenía límites, y nosotros pecamos de estúpidos al pensar que podríamos detenerlo con facilidad.

Daval asintió sin entender la supuesta conexión de su discurso.

—En fin, no voy a dejarme llevar por la melancolía. Había dos tipos de demonios que servían a los propósitos de Haya Donek. —Alzó un dedo con los ojos brillantes—. Los primeros, los asys, eran los más numerosos. Se reproducían con rapidez, como los conejos salvajes, pero, a pesar de su gran número, se combatían con facilidad con las armas adecuadas. Eran torpes y de inteligencia limitada, a excepción de cuando los dirigía algún demonio de rango mayor.

Daval intentó disimular su frustración y se frotó las manos. Puede que aquel viejo sí tuviera la cabeza perdida después de todo y solo fuera un pobre diablo anclado en el pasado.

—Los céfiros eran los demonios mayores —continuó Trebur bajando el tono—, algunos los llamaban cambiantes. Imagínate lo difícil que es combatir un ente volátil y sin forma. Su mera existencia se basa en conquistar un cuerpo ajeno y dominarlo a su voluntad de forma completa. Son entes destructores que arrancan cualquier rastro de vida anterior. —Lo miró con intención—. No soy un experto en el tema, pero creo que no me equivoco si digo que tu hermana ha sido invadida por uno de ellos.

No pudo evitar soltar una risa amarga, pero dejó de retorcerse las manos.

—No. Eso es imposible. Usted no… —Abrió las manos en el aire

—. Los demonios existieron. En el pasado. Ya no.

Trebur suspiró y miró al suelo antes de volver la vista hacia él.

—Puedes tomarme por loco, muchacho, ya estoy acostumbrado. Pero, por desgracia, sé reconocer a un cambiante. Le vi los ojos. La chica, tu hermana, pasó corriendo por delante. Su aspecto físico puede parecer el mismo, pero aquellos ojos… —Se pasó una mano por la cabeza como si los recuerdos le pesaran—. Fue como volver a aquella época. Sus ojos eran dos pozos negros, sin iris, solo oscuridad.

Daval se retorció un lado de la capa mientras buscaba la lógica a sus palabras. Su cabeza estaba ocupada en hallar una explicación alternativa de forma frenética. Pero una parte de él se resistía a tomar por loco al anciano spirit y sintió como si un ladrillo se colara en su estómago, apretándole las entrañas.

La tensión se acumuló en su cuerpo, en cada poro, en cada vello, y, al soltar aire por la boca, la ventana se abrió de un portazo. La estancia se inundó de una brisa fría y extraña. Los cabellos canos de Trebur se agitaron mientras fuera las hojas de los árboles gozaban de una quietud absoluta.

—Oh, no… —susurró el anciano y meneó la cabeza—. Sois silfos.

Él asintió.

—Mal asunto —dijo Trebur para sí—. Muy mal asunto. Un cambiante suele ser peligroso por sí mismo, el poder oscuro inflige cambios al cuerpo dominado. Si cualquier humano poseído tiene cuatro veces su fuerza física, no puedo imaginar lo que podría hacer con unas habilidades como las vuestras. —Los dedos le temblaban al posarle una mano en el brazo—. Se oyen rumores desde hace unas semanas. Alguien dice que vio a un asys. Han desaparecido varios pescadores. Ahora esto… Si tuviera que vivir todo de nuevo otra vez. La sangre, la oscuridad, los gritos… —Su tono fue volviéndose angustiado conforme hablaba—. Ojalá me equivoque.

Los ojos del anciano se empañaron y Daval no pudo quitarle la vista de encima mientras pensaba. La época oscura. Un periodo que después de tanto tiempo siempre había visto como una fábula fantástica desde los ojos de un niño ávido de aventuras. Y ahora aquel anciano loco quería que creyera que esas historias eran reales y vivían en su presente. «Es una locura». Y, aun así, la estancia se le antojó asfixiante ante la nueva información.

Aquel hombre no hablaba con ligereza. Por más que lo miraba no veía la locura en su discurso, por el contrario, hablaba con un

conocimiento consciente y certero. Cruzó la mirada con él, que parecía esperar pacientemente a que lo asimilara. Los spirits eran casi tan longevos como la raza alux, Trebur debería tener mucha más edad de la que aparentaba.

—No lo entiendo —dijo al fin—. Esto no parece cogerle por sorpresa. Si todo lo que me dice es cierto, ¿por qué no ha informado de sus sospechas? Envíe a alguien al norte de Tefalén para avisar al rey Tuso. Para avisar a todos.

Trebur soltó una risita irónica antes de mirarlo.

—¿Y crees que Tuso va a creer a un viejo spirit? Ni siquiera tú has llegado a creerme. Lo comprendo, para vosotros los jóvenes es complicado entender el peligro que podría estar acechándonos. —Suspiró y miró por la ventana—. No es culpa de nadie. Es increíble lo rápido que olvidamos cuando nos lo proponemos. Para poder seguir con nuestras vidas. Para sobrevivir.

Un ambiente melancólico había caído pesadamente sobre la estancia. Antes de darse cuenta, y movido por su tono desesperado, Daval le puso una mano en el hombro. Por piedad. Por consuelo. Trebur lo miró.

—Muchacho, debo serte sincero. Aunque te duela, debes creerme si te digo que tu hermana ya no está. Podrá parecerte ella, pero no es ella.

Apartó la mano con brusquedad.

—Tiene que haber alguna forma de sacarle eso. Algún poder o brebaje… —Y al decirlo fue consciente de que una parte de sí mismo ya había dado por posible las palabras de su interlocutor.

—Muchacho —cortó Trebur—, no se trata de un simple resfriado que tratar con unas hierbas. El ente invasor se va haciendo poco a poco con la consciencia de la persona. Si prefieres términos más místicos: absorberá su alma. Cuanto más tiempo pase dentro de ella, más la destrozará. Ese demonio ya ha firmado su sentencia de muerte. —Tragó saliva y bajó la cabeza con los ojos brillantes—. En el momento en que decida abandonar su cuerpo para infectar otro, solo quedará una masa grisácea y mancillada de lo que fue. Lo he visto. Igual que con mi Yule.

Daval negó con la cabeza. Sentía mil preguntas acumulándose en su boca, pero no quiso ahondar en el pasado del anciano. No. Se negaba a aceptar que había perdido a Tris. Su cuerpo aún deambulaba por algún lugar.

—¿Nunca nadie sobrevivió a un cambiante?

—Bueno, siempre hay historias. —El anciano se tocó la barbilla—. Oí un par de casos en Trisar. No sé qué hicieron. Ya se sabe que esos alux son bastante protectores con sus secretos. Dicen que uno de ellos murió a los pocos días de haber expulsado al demonio. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. No te aferres a falsos chismes. Lo mejor que puedes hacer para no torturarte demasiado es aceptarlo.

—Al menos tendré que intentarlo. ¿O acaso usted no lo intentó?

El spirit esbozó una sonrisa melancólica.

—Me recuerdas a mí. En mi juventud era tozudo como un caballo. —Se encogió de hombros—. Tú decides. Yo ya he hecho mi parte.

—Aquella noche, ¿hacia dónde se marchó?

—La vi correr hacia el norte y se perdió entre las calles. —Se quedó pensativo—. Buscará algún sitio oscuro donde ocultarse, quizá vaya al bosque. Puede que aún sea pronto, pero los céfiros despiden un olor a podrido cuando ya están muy arraigados al cuerpo que habitan. —Suspiró y se frotó las manos—. Aunque puede que te guíes mejor por la muerte que irá dejando a su paso. Tendrá que alimentarse. Y no dudes de que si la encuentras intentará matarte, por mucho que una pizca de ella siga dentro, el cuerpo lo controla su invasor. —Miró hacia la ventana—. No sé si fue casualidad que ese ser eligiera a tu hermana o quizás esto forma parte de un peligro mayor. Ten cuidado, muchacho.

Al salir a la calle, la pequeña Lily estaba en un lateral de la casa. Jugaba a amontonar piedrecitas y, al colocar la siguiente, todas cayeron al suelo. El día se había ensombrecido con unos densos nubarrones. No se había molestado en controlar un poco sus sentimientos para evitar influir en el tiempo. El cielo era un reflejo de cómo se sentía por dentro: oscuro y agónico. Poco le importaba si caía un buen chaparrón.

Y, cuando la brisa aletargada le acarició la cara, percibió una tensión viva en el ambiente, como un cordel tirante a punto de partirse.

9

El Gran Salón estaba rebosante de actividad.

Llegaba el final de una espléndida cena y los nobles alux esperaban el postre. Su murmullo animado se extendía por la sala a partir de la unión de las conversaciones a la luz de las velas. El olor de las flores, que esa noche eran rosas azules, impregnaba una estancia amplia decorada con estatuas de mármol y cenefas florales en las paredes.

El rey Edur removía los restos de su comida mientras observaba el reflejo que las velas despertaban en el borde del plato de cristal. Apenas oía la conversación que mantenía su esposa Emerit con su grupo particular de alux empoderadas. Levantó la vista para verla masticar con delicadeza, a la vez que admiraba el cabello rubio ondulado que le caía sobre los hombros. Este se mecía con la brisa nocturna que se colaba por uno de los ventanales, mostrándole que, aunque su esposa no era ya una adolescente, conservaba su figura atractiva enmarcada en unas alas violeta.

Considerada como la perfecta cónyuge por sus raíces puras y procedente de la familia de los Tulipanes, una de las razas nobles más antiguas de Trisar, se había unido a Edur poco después de que este comenzara su reinado. Ella compensaba su gran gusto por las relaciones sociales con la simplicidad de su esposo, menos dado a los eventos. Si por él fuera, se pasaría el día entre los jardines alejado de las intrigas de la nobleza, pero sus obligaciones como rey le presuponían ciertos comportamientos. Suspiró. Miró los trozos flotantes de verduras en la sopa y un coro de carcajadas le sacó de sus pensamientos. Emerit reclamó su atención con una sonrisa en los labios.

—Estás muy callado esta noche, querido. ¿Qué ocurre?

—Nada. Es solo que ya ha pasado la cena y Mirah…

Emerit hizo un ademán con la mano y sus alas se balancearon, siempre reflejo de su irritación. Junto a ella, una alux sumamente delgada soltó una risita mientras cuchicheaba con otras dos. No pudo evitar echar un vistazo en sus pensamientos, pero lo que encontró le resultó decepcionante. Críticas, chismes, reproches. Las cabezas de la mayoría de los presentes eran un nido de ideas de seres que parecían ver la vida tras un cristal de color azul turquesa. Un cristal que los encerraba en su propia burbuja, ajenos a las verdaderas preocupaciones de la vida.

—Ya la conoces —oyó que decía su esposa—. Se habrá entretenido, es especialista en saltarse todos los protocolos de puntualidad, además de muchos otros. —No le hizo falta mirarla ni leer en su cabeza para saber lo que iba a decir a continuación—: Ojalá fuera un poco como nuestra Lucy.

El tono ácido de siempre. Emerit no se molestaba en ocultar la exasperación que Mirah le producía. Eran tan distintas… La sombra de un recuerdo zumbó fugaz por su cabeza. Conforme pasaban los años y su hija mayor hacía más patente su rebeldía, la distancia entre ambas aumentaba. Y él se veía cada vez más cansado e incapaz de interceder entre ambas.

De pronto, los dos guardias que custodiaban la entrada abrieron la puerta y un silencio cayó sobre el Gran Salón. Suspiró aliviado y relajó los hombros. Mirah cruzó el arco de entrada como una exhalación mientras un Fury visiblemente incómodo intentaba seguirla unos pasos por detrás.

Todos los nobles alux habían interrumpido su cháchara para mirarlos desde detrás de las majestuosas mesas de roble. Un reguero de agua empapó la alfombra azul del centro de la sala mientras ambos la cruzaban con las ropas pegadas al cuerpo. Todas las alas de los espectadores se agitaron, un reflejo vivo de la curiosidad que manejaban sus dueños.

Emerit no tardó en levantarse con una sonrisa forzada para dirigirse a la sala.

—Bien. Ofreceremos unas bebidas para asentar el estómago antes del postre. —Hizo un gesto a un par de spirits encargadas del servicio que, al instante, regresaron cargadas con bandejas llenas de copas azules. Aunque todos estaban deseosos de enterarse de la conversación, acabaron diseminándose por la sala mientras fingían hablar entre ellos, sin dejar de mirar de reojo a los recién llegados.

—¿Cómo te atreves a presentarte así? —espetó Emerit cuando Mirah llegó hasta la mesa real.

Ella la ignoró y apoyó las manos en la mesa para mirarla. «¿Estás bien?». Edur la miró de arriba abajo mientras ambos hacían oídos sordos a la retahíla de Emerit.

—Sí, estoy bien —confirmó su hija, adivinando su primer pensamiento como si su poder hubiera invertido los papeles—, pero tenemos que hablar ahora mismo. —Miró a Emerit e hizo una mueca irónica. Edur vio que sus ojos negros centelleaban—. Y gracias por preocuparte, mamá.

La aludida se calló, pero la fulminó con la mirada. Sus alas se movieron con rapidez para canalizar su furia interior. Si sentía curiosidad por lo que Mirah tenía que hablar con él, no la mostró. Edur apartó la silla y le hizo un gesto a su hija.

—Vamos a un sitio más tranquilo. —Se giró hacia su esposa—. Entretén a nuestros invitados mientras tanto, querida.

Emerit asintió con una expresión de falsa normalidad. Sus dientes perfectos brillaban como un puñado de perlas fuertemente apretadas. El pensamiento de su hija se abrió paso en su propia cabeza. Vio con claridad cómo soñaba con tirarle un cubo de agua para borrar aquella mueca artificial. La miró, pero Mirah continuó.

«¿No la ves, papá? No le importa nada más que las apariencias».

* * *

La Sala de las Cuatro estaba desierta en ese momento, por lo que se convirtió en el escenario ideal para una conversación privada. El sonido del agua los recibió, mientras su padre los conducía a unos bancos de piedra en una esquina junto a la Fuente de las Rosas.

Mirah alzó la vista. El agua brotaba del centro de la rosa esculpida, lamiendo la piedra en su caída por las formas retorcidas de las hojas. Siguió con la mirada el recorrido del líquido que se perdía como un peregrino hasta llegar a la base de la gran fuente central.

Edur despidió a los guardias que se encontraban en el extremo opuesto de la sala. «Privacidad absoluta —pensó—. ¿Había husmeado ya su padre en su cabeza?».

Fury, que había intentado pasar desapercibido en todo momento, inspiró la fragancia nocturna de las flores mientras se revolvía el pelo. Aún con las ropas mojadas, la temperatura cálida de Trisar evitaba

que empezaran a tiritar.

Una vez solos, Edur los miró con expresión interrogante. Ella no se anduvo con rodeos.

—Sabemos lo que ha estado matando a las asrai. Lo hemos visto.

—Majestad —dijo Fury—, no es ningún ser mágico de Trisar, pero tampoco creo que pertenezca a Taman o Tefalén.

—Apareció de la nada. La ondina Eolia nos dijo que…

Entre los dos le contaron todo el episodio con Eolia y la criatura posterior, pero, al acabar, Mirah frunció el ceño. No había sorpresa en los ojos de su padre.

—Todo esto no te extraña —cortó—. Lo sabías. —Había un toque de enfado en su voz.

Las alas del rey, que solían mantenerse firmes, dieron un sutil aleteo para confirmar sus sospechas. Edur meneó la cabeza y se pasó las manos por la barba dorada.

—Me conoces demasiado bien, hija mía. Habéis visto un asys.

—¿Cómo que un asys? —inquirió Fury, atónito.

Mirah entrecerró los ojos. Justo lo que había pensado. Justo lo que había desechado por imposible. Un pensamiento que se le había antojado tan absurdo que ni lo había compartido con Fury.

—Un asys —repitió Edur—. Un demonio.

El silencio fue sepulcral. Fury negó con la cabeza.

—Majestad, será alguna raza desconocida.

El rey Edur meneó la cabeza con una sonrisa triste.

—Me temo que no es desconocido, Fury. Por desgracia, es una criatura que muchos conocimos muy bien. —Suspiró, perdido en sus recuerdos y las palabras salieron a trompicones—. He intentado ocultarlo… para no sembrar el caos en la población, pero el Bosque de los Suspiros… No sé cómo ha podido llegar uno de ellos hasta ahí. —Se agarró el puente de la nariz antes de continuar y los miró—. Hace dos semanas que hubo un par de avistamientos extraños en el Acantilado del Este, a varias leguas de aquí. Envié a una formación de exploradores para investigar la zona. Nos llegaron noticias de que habían descubierto un asentamiento de demonios asys en un hueco del acantilado casi impenetrable.

—Pero… ¿cómo? ¿Igual que en la época oscura? —dijo Mirah.

—Eso me temo. —Su padre frunció los labios.

Fury volvió a menear la cabeza.

—No lo entiendo. ¿No fueron todos erradicados? —Una sombra le

cruzó por los ojos y Mirah supo que pensaba en su padre, quien también había formado parte de las filas de contención en la gran guerra, en la que casi había perecido.

—Lo fueron —afirmó el rey—. Haya Donek hizo todo lo posible por traer la oscuridad a Elania. Casi lo consiguió. Casi. Pero todos luchamos con fervor hasta el final y redujimos sus ejércitos hasta mermar sus fuerzas. Lo dejamos débil, aunque aquello no fue suficiente. —Tomó aire antes de seguir—. Nada parecía serlo. Hicimos creer que Haya Donek fue derrotado, sin más. Pero no fue tan sencillo.

Ella abrió la boca. Quería hacerle muchas preguntas, pero solo fue capaz de mascullar:

—Pero los libros dicen que…

—Los libros dicen lo que nosotros quisimos que dijeran —la cortó su padre. Caminó por la sala distraído. Había un cariz en su voz que rememoraba las heridas abiertas del pasado—. Ninguno de los líderes de las razas más poderosas de estas tierras logró descubrir una forma de destruirlo completamente. Pero alguien tuvo una idea, unir a los más fuertes para encerrar a Haya Donek en una prisión insalvable, protegida con la magia de los líderes.

—¿Y cómo han aparecido esos asys entonces? —preguntó Fury—. Haya Donek… ¿ha logrado escapar?

—No, muchacho. Es imposible que haya logrado escapar. —Su mirada se paró un momento en la gran fuente central—. El caos y la oscuridad nos hubieran asolado en poco tiempo. Días. Horas quizás. No sé cómo han nacido estos nuevos demonios.

Edur bajó la mirada. Mirah, por su parte, luchaba con el remolino de pensamientos que giraban frenéticos por su cabeza. El mundo que conocía y la historia pasada del mismo habían resurgido como un puñado de cenizas olvidadas.

Hasta ese momento, la existencia de demonios solo había sido un pasaje más en sus libros de historia; libros que describían la tierra empapada con la sangre de distintas razas en una batalla larga y agonizante. La piel se le erizó y un escalofrío le recorrió la nuca. Darle un ápice de realidad a aquellas historias era tomar conciencia de un hecho sobrecogedor. Abrió la boca para tomar aire al sentir la lengua repentinamente seca.

—Supongo que habrás enviado a alguien para matarlos —dijo a su padre.

—Ojalá fuera tan fácil. —Una risa amarga acompañó al eco de los

caudales de agua—. Envié a un destacamento del comandante Miles para estudiar qué podemos hacer y contenerlos de alguna forma. Aún no hemos recibido respuestas. Por otro lado, ya he informado a Perenite para que nos provea de armas adecuadas para enfrentarlos. —Edur inspiró un momento—. No quería alarmar demasiado. Quizá solo eran unos cuantos desgraciados que lograron escapar.

Con su tono tranquilizador parecía intentar convencerse más a sí mismo que a ellos.

—Pero después del que hemos visto en el bosque crees estar equivocado —adivinó Mirah.

Él asintió.

—No es un hecho aislado. Mi intuición me dice que no somos la única región implicada.

10

Mirah nunca había visto a su padre sin saber qué decir.

Después de una larga época de magia segura y pacífica, se había materializado un peligro real y vivo que creía superado hacía miles de años. Los hombros del rey parecieron curvarse hacia adelante como si una carga invisible se cerniera sobre ellos. Ella se levantó y se acercó para apoyarle una mano en el hombro. Él miró su mano, había un vacío en su muñeca donde siempre llevaba el brazalete, el mismo que él le había regalado al cumplir sus primeros quinientos años, pero no preguntó. Apoyó su mano sobre la suya. Mirah le ofreció en su cabeza una ristra de pensamientos tranquilizadores.

—Podremos con ello —concluyó.

—No sé de quién has sacado esa fortaleza.

—Pues de ti —dijo ella con un guiño—. ¿De quién si no?

Edur la besó en la frente y levantó la vista a Fury.

—Pues podrías prestarle una poca a tu amigo. Ese ritmo frenético de pensamientos me va a dar dolor de cabeza.

El aludido dio un respingo y se pasó una mano por la nuca.

—Lo… lo lamento, majestad, pero es un asunto serio. —Tragó saliva—. Creo que debemos avisar al resto de reinos y comenzar a construir algún tipo de defensa, por si acaso.

—Toda la razón —dijo Edur. Siempre había respetado a Fury, y la admiración era común entre ambos—, pero no será fácil. Mañana Miles partirá con un segundo grupo de soldados por si todo se ha complicado allá arriba. —Suspiró—. Y entonces solo dispondremos de menos de doscientos guerreros para proteger el castillo. No puedo prescindir de nadie más para hacer de emisario. Hay pocos hombres, pero destinaré a todos los que pueda a construir barricadas lejos del perímetro del pueblo con alguna excusa. —Hizo una mueca—. Me temo que nuestro reino es rico en conocimiento, pero muy pobre en

formación militar. Supongo que porque nunca la hemos necesitado.

—Envíe una carta a Tefalén —sugirió Fury—. Es la región más cercana. Explique la situación al rey Tuso y seguro que él enviará más hombres para…

Edur soltó una risotada.

—Está claro que no conoces a Tuso. El rey de Tefalén no es, digamos, convencional. No se fía de la correspondencia. Bueno, realmente no se fía de nadie.

—¿Y si vamos nosotros?

Las palabras de Mirah hicieron que Fury abriera los ojos de par en par.

—Define *nosotros* —enfatizó, sabiendo la respuesta.

—Nosotros —repitió ella, señalándolos respectivamente—. Tú y yo. Quizá cuando el rey Tuso sepa lo que ocurre de una fuente fiable nos preste atención. Puede que todo esto sea un hecho aislado, papá, pero ¿no es mejor estar prevenidos? —Fury meneaba la cabeza, pero ella lo ignoró—. Trisar es mi reino y dentro de miles de años será mi responsabilidad gobernarlo. Esto también es mi responsabilidad. —Omitió para sí lo poco que parecía agradar al resto de alux que ella asumiera dicha responsabilidad en un futuro, pero vio cómo su padre esbozaba una sonrisa.

—Admiro tu tenacidad, pero Tuso es un hueso duro de roer.

—Oh, vamos. —Chasqueó la lengua—. Tefalén es la región más propensa a una invasión exterior por falta de barreras geográficas. Casi le hacemos un favor advirtiéndoles del peligro.

Su padre meneó la cabeza al advertir que lo decía en serio.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó a Fury.

—Que es peligroso. Y si hay algún peligro…, yo solo soy un spirit, majestad.

—Un spirit más diestro con la espada que muchos de mis hombres —aclaró—. Te he visto.

Mirah se puso delante con una mano en la cadera.

—Que no te engañen sus brazos. A él le va más el arco, pero sabes que yo soy la mejor con la espada. Si él no quiere venir, podría ir sola sin ningún problema.

Edur alzó una ceja.

—Mirah, hace años que tu madre te prohibió…

—¿Y cuándo le he hecho caso? He seguido practicando.

No le pilló por sorpresa. La conocía bien. Vaciló mientras

caminaba de un lado a otro por la estancia, pensativo.

—De acuerdo —concluyó al fin.

Ella abrió los ojos sorprendida.

—¿Confías en mí para ir?

Él le colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Qué remedio. Eres valiente y terca como un trol. Y confío en *vosotros*. —Recalcó el plural mirando a Fury—. No me quedan muchas más opciones. Incluso puede que allí estéis más seguros que por aquí, dado el caso. Daré ordenes de que os preparen dos caballos para el alba. —Se rascaba la barba, como siempre que ponía su cabeza a trabajar—. Llevaréis también algunos víveres y, por supuesto, ni una palabra a nadie. No quiero sembrar el pánico si es posible detener esto antes de que empiece. —La señaló con un dedo—. Hija, para el resto, has ido en mi nombre a cerrar un posible acuerdo comercial. Ya te he encomendado algunas tareas administrativas con anterioridad, ni tu madre ni tu hermana sospecharán. —Se volvió hacia el spirit—. Y, Fury, sobra decir que las armas que escojáis para vuestra protección corren de mi cuenta.

Fury asintió. Edur se acercó a él y le dio un apretón en el brazo. Los ojos del rey chispearon divertidos un instante al clavar la vista en él. Mirah meneó la cabeza. Otra vez fisgando en pensamientos ajenos. Su divertimento favorito. Fury tragó saliva al notar el poder del rey escudriñando en esa región privada de sí mismo.

—Si nos marchamos al alba, tengo que dejar cerrados unos encargos, majestad. Buenas noches. —No tardó en retroceder para hacer una reverencia rápida antes de escabullirse. Desapareció por el arco más cercano y ella puso los brazos en jarras.

—Espantas a la gente, ¿sabes?

Su padre se encogió de hombros con una mueca. A veces olvidaba que detrás de aquella fachada de monarca carismático se escondía un alux chispeante. Con los años, sus labores de rey se habían impuesto a ese punto de su carácter, pero a veces le regalaba una pincelada de lo que fue.

El banco de piedra le resultó frío bajo la tela húmeda de sus muslos al tomar asiento y Edur no tardó en acompañarla. Ambos se quedaron en silencio contemplando los reflejos azules del agua, que bailaban una danza ante sus ojos.

—Jamás pensé que oiría hablar de demonios fuera de la biblioteca. —Atrapó el mechón rubio solitario de su pelo y lo retorció

—. No imagino lo que debe ser para ti.

Él suspiró.

—Yo era aún un alux joven cuando vi el primero. Apenas había alcanzado mi adolescencia y me encontré inmerso en un comité de guerra para intentar salvar Elania. Por aquel entonces, era un muchacho, digamos, poco centrado. —Suspiró y se tocó la sien—. Tuve que madurar de golpe. La violencia, el olor de la muerte y los gritos te invadían, torturándote ante la duda de saber si pertenecían a algún conocido o no.

Se perdió en las imágenes del pasado antes de levantarse rígido, como si su carga fuera más pesada a cada momento que pasaba. Sus pasos lánguidos lo condujeron hasta el pie de la espectacular fuente central y le hizo un gesto para que se acercara.

El agua caía incansable por los pisos de la estructura, que dibujaba en la piedra las siluetas de hojas y pétalos de flores de forma minuciosa. Mirah se dejó llevar por la danza de los chorros, a la vez que sospechaba que su padre iba a contarle más. Con un autocontrol que le sorprendió a sí misma, aguantó obedientemente a que él rompiera el silencio.

—Aleph gobernaba Trisar en aquellos años oscuros —comenzó Edur—. Como la más ancestral de las alux, sus más de seis mil años comenzaban a pasarle factura, pero nunca vi a ninguna alux con un poder tan intenso. Controlaba el agua de una forma magistral, y, aun así, era insuficiente para derrotar a nuestro enemigo. —Edur pasó la mano por las aguas de la fuente y una oleada de ondas empañó la superficie—. Vamos, recuérdale a tu viejo padre qué dicen los libros sobre el final de Haya Donek.

Mirah parpadeó e hizo memoria.

—Que fue vencido gracias a la unión de fuerzas entre las tres principales razas de Elania. Aleph, Rugras y Perenite.

—Bien. Eso es cierto, pero debes conocer la historia completa. —Ella le hizo un gesto impaciente para que continuara—. Perenite, la reina de Taman, se encargó de que los principales líderes de cada raza dispusieran de armas impregnadas con esencia aharí, las únicas capaces de darles fin a un alma oscura. Con esas armas especiales, los demonios no podían regenerarse de sus heridas como con las armas corrientes.

»Eso marcó un antes y un después en esos años de lucha. Pero Haya Donek era distinto, no te puedes imaginar. Casi le arranca el

corazón de cuajo a Perenite, intentó corromperla. El resto la salvó y consiguieron dañarlo hasta debilitarlo, pero fueron incapaces de matarlo. Fue entonces cuando se decidió que lo enterrarían vivo. Lo trasladaron hasta las recónditas tierras del sur, pasando el Estrecho de las Cenizas.

—¿Por qué allí?

—Allí se encuentra la Cueva de la Hidra, un laberinto subterráneo apenas explorado. Muy pocos conocen cómo llegar a ella, pero se dice que tiene leguas y leguas de pasajes que recorren las entrañas de la tierra. El sitio perfecto para una prisión, ¿no crees?

—De acuerdo. Pero ¿y si encuentra la salida?

Su padre resopló.

—Señorita impaciente. La entrada a la cueva fue sellada y, en lo más profundo, donde fue enterrado Haya Donek, se crearon las cuatro puertas. —Alzó cuatro dedos y fue bajándolos mientras enumeraba—: Rugras creó la puerta del viento, le siguió Aleph con la del agua y después Perenite con la del fuego. Ninguno pensó que aquella creación supusiera tal despliegue de poder, pero todos volcaron sus habilidades para crear una llave que condensara su poder en un cristal mágico que cerrara cada puerta. —Tragó saliva, vaciló, su voz tembló y una nueva sombra que no pudo identificar cruzó por sus ojos—. Fue su fin. Todos murieron menos Perenite, quizás porque era la más joven.

—Siempre había pensado que Aleph…

—Las circunstancias de su muerte quedaron ocultas, Mirah. ¿Crees que la gente hubiera vuelto a la normalidad si supieran que Haya Donek no murió? Era parte del plan. —Miró a la fuente y murmuró—. Los líderes se habían sacrificado para devolver la paz a estas tierras. Teníamos que honrarlos rehaciendo nuestras vidas. Aunque algunos aún los recordemos.

Mirah leyó en su rostro nostalgia. Dolor. ¿Arrepentimiento?

—Aleph fue como una madre para mí —continuó él—. Me crio al morir mis padres, a pesar de que yo nunca fui un chico fácil. No se rindió conmigo; nunca se rendía ante los contratiempos.

El silencio fue casi tangible y el ambiente de duelo llegó hasta el agua, como si cantara canciones de muerte del pasado.

—¿Quién sabe todo esto?

—Pocos. De los que formamos la comitiva hacia el sur, la mayoría ya han fallecido. Pensábamos llevarnos el secreto de las cuatro llaves a la tumba. —Se encogió de hombros ante la mirada de reproche de su

hija—. No nos juzgues, Elania estaba rota después de tanta sangre. Necesitábamos empezar de nuevo y ahora me tortura pensar que todo lo que se hizo sea para nada. Estoy aterrado.

No sabía qué decir ante su franqueza, así que lo abrazó. No supo cuánto tiempo pasó, pero se sentía cómoda en el refugio de su pecho y las alas le hacían cosquillas en los antebrazos. Cuando se separaron, su tono había vuelto a ser el del padre de siempre.

—Tenéis que tener cuidado. —Le dio un beso en la cabeza—. Y piensa antes de actuar.

Lo siguió con la mirada mientras caminaba hacia la salida. Su mente bullía. Un caldero de secretos con la tapa abierta. Eso le hizo recordar. Arrugó la frente.

—¿Y la cuarta puerta? —preguntó alzando la voz. Su padre se detuvo de espaldas a ella—. Dijiste que había cuatro puertas. Fuego, viento y agua. ¿Cuál es la cuarta?

—La oscuridad.

—¿Oscuridad?

—La cuarta puerta fue sellada por el poder oscuro de un demonio. Un traidor a Haya Donek.

11

Ylara se apartó el pelo de la frente y suspiró.

Las tijeras brillaron con la luz de las dos velas encendidas sobre la mesa. Con cuidado, cogió el extremo del hilo y aleteó hacia arriba para tensarlo antes de cortar el extremo. Se pasó la lengua por el labio superior y alzó la prenda terminada con cuidado.

El vestido era una delicia; una de sus mejores obras. La seda violeta caía como bucles en los pliegues rizados de la falda, unida al cuerpo con una costura perfecta e invisible tras el lazo de la cintura. Las mangas cortas llegarían hasta el codo y se moverían de forma delicada ante los envites de aire cuando su portadora alzara el vuelo.

Se posó en el suelo de madera con un nuevo suspiro y se dedicó a crear los ojales donde irían trenzadas las lazadas de la espalda. Sin querer, se miró el bajo de su propio vestido y no pudo evitar hacer comparaciones. Y eso que aquella noche llevaba el mejor de su guardarropa, bastante decente si teníamos en cuenta que estaba hecho de retales sobrantes de lino y algodón.

Era frustrante saber que nunca podría ser ella la que llevara en público sus propias creaciones. Ylara se conformaba con admirar cómo las alux de la aristocracia paseaban por ahí el fruto de su trabajo, al menos el que les proporcionaba la comida que se llevaban a la boca ella y su hermana. Pero ¿vestirlos ella? ¿Una alux de clase baja?

«¿Qué se cree esa dichosa costurera? —Casi podía oír los comentarios.—. ¿Acaso piensa que no vemos los callos de sus manos con ese vestido robado? Si ni siquiera puede pagar la tela, es de la familia de las Margaritas».

No, la realidad era que no podía. Un par de palmos de aquel tejido suponían la comida de tres semanas, quizás un mes. Acarició la tela violeta con los dedos y uno de sus callos rugosos se enganchó. Zarandeó la mano distraída y un extremo del vestido acabó encima de

una de las velas de su mesa de trabajo. Ahogó un grito cuando la seda se ennegreció y lo apartó de un tirón, pero el daño ya estaba hecho. «Maldita inútil».

La seda era un tejido demasiado delicado. Frotó con los dedos la parte ennegrecida donde había salido un agujero. Estaba en la zona trasera de la falda y pensó esperanzada que quizás ni se notara. Solo había una forma de comprobarlo.

Aleteó para pasar por encima de las ramas que conducían a la habitación en la parte superior de su casa, erigida entre los brazos de un sauce. No era de los más frondosos, pero al menos su estructura fuerte las proveía de un hogar adecuado para vivir. A Ylara no le importaba vivir en un árbol humilde y joven.

Los alux adinerados de Trisar se habían adueñado de los árboles más altos, fornidos y centenarios, asegurándose además de forjar su hogar en los que ofrecían mayor espectacularidad como robles, hayas o castaños. El resto de alux de clase baja, como ellas, se habían conformado con los que esos aristócratas habían despreciado. Por lo menos no tenían que vivir a ras del suelo, en esas casitas redondeadas y asfixiantes de los spirits.

En la caprichosa sociedad de Trisar, la altura de las viviendas iba ligada al escalafón social, y los spirits habían quedado despreciados a la parte más baja. Aunque en los últimos quinientos años todo había cambiado y había algunos spirits que se habían labrado una buena fortuna, sus raíces aún los separaban mucho de los alux. Las aristócratas más viejas aún repetían ese dicho popular: «Sin alas para volar, junto a los gusanos de la tierra el spirit debe estar».

Tras volar por encima del pequeño hueco que usaban como cocina, la chica ascendió un poco más y abrió la cortina de ramas verdosas que caían lánguidas sobre la que era su habitación. Paseó la vista por la estancia que compartía para dormir con su hermana.

La vela encendida junto a la entrada le envió la imagen de la cama de Ymara revuelta, como siempre. Ylara observó el cabecero hecho de ramitas que su hermana coronaba con nuevas flores cada mañana y la almohada agujereada medio caída hacia un lado. Meneó la cabeza. Aun siendo también costurera, Ymara era incapaz de zurcir su propia almohada.

Era un desastre en todos los aspectos. Sus formas eran tan descaradas como para avergonzar a Ylara delante de cualquier clienta, y la insolencia de su lengua le hacía tener ganas de usarla más de una

vez como alfiletero. No era de extrañar que hubieran decidido que fuera Ylara la que se ocupara del trato con el público, mientras le repetía su frase favorita: «Tú, coser y callar».

Ymara siempre hacía una mueca, pero obedecía. No era muy dada a los tratos con la clase alta y aprovechaba cualquier oportunidad para buscarse un motivo de enfrentamiento y así poder desplegar todos sus argumentos sobre la opresión y la discriminación. A pesar de ello, y por mucho que la molestara, sabía que tenían que ganarse la vida.

Probablemente eran esas mismas palabras las que su hermana se repetía una y otra vez en un día cualquiera, sentada en la mesa de trabajo con la aguja en la mano y la boca tan fruncida que amenazaba con quedársele dentro; mientras ella atendía a una alux acaudalada que hablaba del último encuentro en el Café de los Destellos.

Posó los pies en la habitación y se dirigió a su cama, estirada a la perfección esa misma mañana. Tras apoyar el vestido sobre ella, se deshizo del suyo en un instante. Replegó las alas para pasarse la prenda por la cabeza y soltó el aire al sentir la caricia de la seda en la piel. Caminó con pasos torpes, lo que le ocurría a veces si llevaba mucho tiempo sin caminar, y se miró en el espejo del fondo.

Le quedaba casi perfecto a excepción del escote, donde la tela enseñaba casi demasiado. Normal si teníamos en cuenta que los atributos de su dueña verdadera eran mucho menos generosos. Se giró para observar la quemadura de la tela y suspiró con alivio, apenas se notaba entre los pliegues, y arreglarlo supondría otra pieza de tela que excedería los gastos de confección.

No, quizás podría apañarlo de tal forma que, en la prueba final, la clienta ni siquiera pudiera apreciar el fallo. Era hábil en las relaciones, e incluso algunas de sus clientas le caían bien, como la de ese vestido, la princesa Lucy. Aunque era igual de orgullosa y ególatra que el resto, al menos era simpática, e incluso a veces parecía escucharla con interés. Seguro que Ymara no podría opinar lo mismo. La imaginó soltándole un comentario ácido sobre aquella cabellera casi demasiado rubia.

«Si algún día yo faltase, no sé cómo se las iba a apañar con esa lengua envenenada».

El pensamiento le produjo un pequeño pinchazo en el pecho. Por mucho que la desquiciara la mayor parte del tiempo, nunca había estado separada de su hermana ni veinticuatro horas desde su nacimiento hacía ya mil seiscientos años. Por supuesto, cada una

gozaba de sus momentos a solas, pero estos no duraban más que unas pocas horas, como ahora, que Ymara se había ido a dar un paseo con su grupo de amigos, una mezcla extraña de spirits y algunos alux antisistema.

Ella no le reprochaba sus compañías. Nunca habían seguido los patrones sociales por excelencia, pero, aunque su hermana la había invitado a acompañarla en algunas ocasiones, ella no se sentía cómoda en esas reuniones rebeldes donde solo se condenaba tal o cual suceso racista y se hablaba de propuestas de cambio para el rey Edur. No, ella no estaba hecha para esas intrigas, prefería el orden y la tranquilidad de su rutina diaria.

Allí, al amparo de su sauce, se miró de nuevo con el vestido y las mejillas se le encendieron. Se veía guapa. Por un momento pensó en que le gustaría que él la viera así. Eso le hizo desviar la vista hacia afuera y observar la noche entre las hojas.

Las luces de las velas centelleaban entre los árboles y el perfume nocturno, una brisa entre floral y fresca, parecía impregnar el apenas imperceptible movimiento de las ramas. A su derecha, El Brillante se alzaba con sus torres hacia el cielo, apenas iluminado por las luces de las estrellas. Se mordió el labio, nerviosa.

«¿Vendrá hoy?».

En realidad, se mentía a sí misma. La otra razón de no querer acompañar a Ymara era él. Llevaba ya cuatro noches sin venir. Ni siquiera lo había visto en sus rondas por el pueblo y eso la preocupaba. Quizás se hubiera buscado otra compañía de más calidad. Quizás solo estaba ocupado. En cualquier caso, no pensaba dedicarle demasiado tiempo en su cabeza, ya había aprendido la lección.

Él se había ocupado de dejárselo claro una vez y ella no era estúpida.

«Compañía —había dicho él—. Es lo único que somos y lo único que puedo permitirme».

Esa era la forma en que él había zanjado el discurso desesperado de Ylara la última vez, cuando, tras pasarse seis días sin venir, ella le preguntó qué era lo que tenían juntos. La había escuchado en silencio, siguiéndola con la frialdad líquida de sus ojos azules. Aquella noche había aprendido que a veces era mejor no intentar ponerle un nombre a todo.

Y, aunque se repetía una y otra vez que no importaba, no pudo evitar sentir que le daba un vuelco el corazón al oír las ramas del

sauce agitarse más abajo y unos pies que se posaban en la entrada; zona que la infraestructura obligaba a que fuera también la de trabajo y recepción de clientes.

—¿Ylara? —Una voz masculina susurró su nombre.

Descendió hacia abajo con la intención de no mostrarse demasiado alegre por su presencia. Tras cruzar la gruesa rama que separaba el baño de la entrada, se dejó caer a la plataforma que hacía de suelo.

—Ah. Hola, Miles.

Su voz sonó calmada cuando le dirigió una inclinación de cabeza. Intentó centrarse en recoger unos retales de la mesa de trabajo como si la hubiera pillado trabajando, pero sus manos la traicionaron y envió una caja de alfileres al suelo. Él se acercó a ayudarla a recogerlos y sus miradas se cruzaron.

—Estás… distinta.

Ella recordó entonces lo que llevaba puesto.

—Ah, sí, es un encargo y tengo que hacerle unos retoques en… —mintió y se puso a examinar la cintura con aparente interés. Miles le levantó la barbilla con una mano para que lo mirara.

—Siento no haber venido antes.

—No tienes que darme explicaciones, Miles —lo cortó y volvió a toquetear las herramientas esparcidas por la mesa.

—Lo sé. —El tono orgulloso de siempre, por supuesto—. Solo quería que supieras que ha sido por un asunto importante, es complicado…

Paró para mirarlo al apreciar una leve chispa de preocupación. Miles era como un bloque de hielo y aquellos pequeños atisbos de emoción a veces la pillaban desprevenida. Se acercó.

—¿Es grave?

Él se pasó una mano por la cabeza como para estirarse la coleta de la nuca que ya de por sí tensaba bastante su pelo rubio. Sus alas estaban quietas y caídas hacia atrás.

—Mañana me marcho de misión.

—¿Otro intento de diálogo con los spirits de la Ensenada Tamaní? Vamos, sería el quinto ya, ¿el rey no se da cuenta de que no vais a conseguir nada? —Ylara meneó la cabeza—. Menos mal que no está aquí mi hermana, si no le estarías dando un motivo para iniciar una de sus peroratas sobre la esclavitud y la liberación.

—No, Ylara. Me voy a los Acantilados del Este.

Ella arrugó la nariz.

—¿A los acantilados? ¿Por qué?

—Una de nuestras tropas de exploración ha desaparecido. El rey nos manda a ver qué ha pasado. —La miró y tragó saliva. Algo se callaba—. Mis hombres son fuertes y responsables, están bien entrenados porque yo me ocupo personalmente de que así sea. Y no han vuelto.

La expectativa de haber perdido a algunos de sus hombres era un golpe a su orgullo. Lo conocía demasiado bien. Se acercó y le acarició la cara. En el fondo sabía que él no podía permitirse una relación más seria con ella porque su trabajo ya le ocupaba todo el tiempo. Como comandante, desde joven había llevado con satisfacción el peso sobre los hombros, y todo su aprecio vital se repartía entre sus soldados y el respeto ciego hacia el rey.

—No puedes controlarlo todo. Quizá los blemios se hayan desplazado más hacia el norte desde el bosque de Tefalén y…

La risa despectiva de él la molestó.

—Mujer, ¿de verdad piensas que una panda de blemios podría con mis soldados?

Ella apretó los labios. Ese Miles sí le era más familiar. El frío, el arrogante, el hierático.

—Cuidado, Miles. La vanidad no ayuda a ganar batallas.

Él frunció los labios, pero su mirada la recorrió de arriba abajo y sus ojos brillaron con esa mota encendida de deseo que ya había visto otras veces.

—Tampoco ayuda un vestido bonito. Sabes que no necesitas disfrazarte para mí.

Ella se puso las manos en la cintura antes de alejarse con un bufido. Se sintió ultrajada, primero, porque pensara que siempre estaba dispuesta para él, y segundo, por hacerle sentir que ella nunca merecería una prenda como aquella. Recordó que no había acabado de meter los alfileres en su caja y se puso a ello. En realidad, le apetecía más clavárselos a él.

—No sabía que esto era una batalla, pero, claro, contigo siempre lo es, señor comandante.

Él se movió para situarse a su espalda, rápido como un halcón. ¿Era ella su presa?

—No te enfades —dijo antes de pasarle una mano por una de las alas. Un punto sensible que conocía bien—. He venido a despedirme

porque la misión es delicada, Ylara.

Ella suspiró y asintió.

—Está bien. Enterramos el hacha de guerra hasta la próxima batalla —dijo sin mirarlo—, pero debes admitir que el vestido me queda casi mejor que a muchas de esas alux aristócratas con las que te codeas.

Él le acarició la espalda descubierta entre el trenzado de cintas sin atar. Antes de darse cuenta, sus manos ya le habían bajado las mangas y la obligó a darse la vuelta para quedar frente a frente.

—Para mí, tu mejor prenda es esta. —Y el vestido se deslizó hasta el suelo.

Ylara aguantó su mirada sin un rastro de timidez. Estaba enfadada con él, pero lo había echado mucho de menos. Se mordió el labio mirando su boca. Y ocurrió lo inevitable, como siempre. Antes de darse cuenta, se estaban besando con esa hambre voraz e inexplicable.

La ropa de él también cayó al suelo. Y, poco después, algunos objetos y herramientas de la mesa le hicieron compañía. Entre caricias y besos se entrelazaron mientras las alas de ambos se agitaban al compás de sus gemidos. Todo era así con Miles siempre. Complicado y excitante.

12

Ymara apuró su bebida y apoyó el vaso en la mesa con un golpe antes de lanzar una mirada triunfal a sus espectadores.

El spirit a su lado, un tipo moreno y delgaducho, tiró su vaso de mala manera sobre la mesa con un gruñido disgustado. El resto aplaudió a la alux, que hizo una reverencia acusada y teatral, llevándose una mano a la espalda.

—Adresto, espero que no te den ganas de volver a retar a beber a una alux —dijo ella con los brazos en jarras—. Y, ahora, mi recompensa, si eres tan amable.

El susodicho se levantó y resopló. No era muy alto, pero la cabeza casi le llegaba al techo de la casita donde estaban reunidos. Era una vivienda tranquila y apartada, cerca de la linde con la zona del bosque sur, lo suficientemente privada como para sus particulares reuniones y lo suficientemente pequeña como para estar muy juntos. Aunque pudiera resultar agobiante, ese día eran siete y al menos el aire era respirable. A ella le encantaba, aunque aquello supusiera salir de allí con una peste a vino y sudor impregnada en el pelo, en la ropa y en las alas. Su hermana pondría el grito en el cielo, tan correcta y cuadriculada como era.

Ymara intercambió una mirada con un alux joven, y los dos se pusieron en pie. Adresto era un spirit bastante resabido y ella estaba un pelín harta de él. Durante la charla de esa noche, se había mofado de los alux al decir que volar no tenía en realidad ningún mérito y que cualquiera podría hacerlo. Ivanho, el otro alux del grupo esa noche, le había dicho que no era tan fácil.

«Yo mismo grité las primeras veces que aprendí a tirarme en picado —aseguró Ivanho—. Es difícil controlar la posición de las alas para no estamparte contra el suelo».

El spirit se había reído y algunos lo habían acompañado en su

perorata.

«Eso es porque tú eres muy impresionable», había dicho.

Fue entonces cuando Ymara levantó una ceja y le preguntó:

—Y tú, Adresto, ¿cómo eres de impresionable? —le dirigió una sonrisa burlona—. Apuesto a que te tiro desde mil pies y te meas encima.

El spirit se había levantado. Aseguró al resto que eso era imposible y que no soltaría ni un grito, pero ya no sonreía. Ella lo retó a beber. Por supuesto, él se volvió a reír a carcajadas al ver a semejante preciosidad retándolo a un duelo tan masculino. Quizá, si hubiera prestado atención al resto de spirits que ya la conocían lo suficiente, habría sido más sensato. Aceptó. Y había perdido.

Ymara e Ivanho salieron a la calle y el resto los siguieron. Apenas había casas cerca y la brisa del bosque traía los ruidos de los insectos nocturnos que parecían tener sus propias conversaciones. Un poco más lejos de ellos, se veía una casita destartalada. Al pasar junto a ella, vio que alguien miraba tras una cortina con margaritas azules.

«Bien, el público merece un buen espectáculo».

—Bueno, Adresto, uno de nosotros te va a tirar y otro te recogerá abajo antes de hacerte papilla para bebés. —Miró a su espalda hacia una spirit de pelo corto y desordenado—. No queremos uno menos en nuestra causa, ¿verdad, Nessa?

La líder del grupo, Nessa, asintió con un esbozo de sonrisa. Aunque era mayor que todos, nunca rechazaba un buen rato de divertimento y, si era para poner en su lugar a ciertos individuos, mejor. Ymara agitó la cabellera, de un color meloso, y miró al spirit.

—Espero que no grites —le dijo—. ¿Y bien? ¿A quién escoges para recogerte?

Adresto miró a uno y a otro alternativamente.

—Ivanho.

Ella asintió y, sin darle tiempo a decir nada más, se acercó y lo cogió bajo las axilas antes de echar a volar. Endureció las alas para soportar su peso y las obligó a escalar en el aire nocturno. Adresto permaneció callado, pero ella bajó la cabeza para ver que tenía los ojos muy abiertos.

—¿Se ha desinflado tu orgullo masculino ya o subo más?

—Eres una maldita zorra estirada.

Ella meneó la cabeza cuando sobrepasó los dos mil pies.

—Puede. Pero esta zorra estirada tiene alas y tú no.

Lo soltó sin avisar y el cuerpo cayó en picado. Ymara contó:

—Uno, dos, tres, cua…

Ni cinco segundos tardó en desgañitarse gritando.

A pocos pies del suelo, Ivanho, ya preparado, lo frenó cogiéndolo por la cintura. Ymara descendió de forma elegante y levantó una nube de tierra cuando posó las sandalias sobre el terreno. Adresto estaba pálido y la frente le brillaba de sudor. Esperaba que las ganas de fardar se le hubieran acabado. Al acercarse al grupo, un par de spirits le palmearon un brazo. Nessa la miró y meneó la cabeza.

—No tienes remedio, niña.

Se encogió de hombros. Aunque Nessa lo intentara evitar, siempre había desarrollado una especie de instinto maternal hacia ella. Ymara e Ylara habían sido una sorpresa para su madre soltera a una edad muy avanzada. Nunca habían conocido a su padre, y su madre las había provisto de una educación aceptable dentro de sus humildes posibilidades. Una vez dejaron la niñez atrás, ambas se trasladaron al centro de Trisar por mediación de un contacto de su madre para trabajar de costureras, profesión que ya ejercían en su pequeña población al sur, en Luguv.

La separación fue complicada, pero su madre insistió en que era una excelente oportunidad para ambas y aceptaron. Su madre se quedó en Luguv junto a su tía, y ellas iban a visitarla cada dos semanas, cuando reunían monedas suficientes para tomar prestado un caballo. Mientras ahorraban para comprarse su propio corcel, era Nessa la que actuaba en calidad de madre allí.

—Ese idiota se lo merecía —dijo Ymara.

—No he dicho lo contrario.

La spirit ordenó a todos que entraran dentro antes de que alertaran a la patrulla nocturna.

—Yo me voy —informó Ymara—. Queda trabajo por acabar en el taller. Ylara me va a matar.

Nessa asintió con una sonrisa, pero la tomó del brazo antes de que se alejara.

—Quizás no esté aquí para la próxima reunión. Dentro de tres días voy a hacerle una visita a mi hermano Droimen al norte.

—¿El famoso Droimen? Uh, interesante.

—Sí, es hora de darle un informe detallado de cómo sigue el reino de la flor y nata del narcisismo, ¿no crees? —Sonrieron.

Tras despedirse del resto, le dio un beso en la mejilla a Nessa y se

encaminó entre los árboles del pueblo. Había una calma en las solitarias calles que le resultaba muy agradable. Su raza había conseguido erigir sus casas en pleno bosque, adaptándose al terreno. Cruzó a paso rápido por delante de una panadería, construida entre el hueco de dos troncos de encina. Apenas se cruzó con un par de niños spirits que correteaban entre los árboles en plena búsqueda de luciérnagas, aunque estas no siempre salían.

Cuando se cansó de caminar, emprendió el vuelo. Pasó por delante de un almendro en flor imponente, cerca del centro del pueblo, residencia de una de las familias más adineradas de Trisar. Creía recordar que pertenecían a la línea familiar de las Hortensias, o quizá fuera de los Tulipanes. Qué importaba, si todos eran iguales. Y ellas, de la familia de las Margaritas, serían iguales para ellos que todas las familias de clase baja.

Con curiosidad, intentó atisbar el interior entre la cortina de flores rosas, pero la estructura de madera de la casa estaba hecha para escapar de ojos ajenos y lo cumplía con creces. Aceleró el aleteo al recordar que no había acabado de arreglar las camisas militares. Si quería entregarlas mañana tendría que acostarse bastante tarde.

A la entrada de su sauce, se quitó las sandalias y las dejó a un lado. Le encantaba estar descalza en casa. Tras apartar las ramas, se coló en el área de trabajo. Alzó una ceja al ver a su hermana agachada, recogiendo todos sus útiles de costura: retales, bobinas de hilo, dedales…

—¿Qué ha pasado? ¿Un tornado?

Ylara se sobresaltó y se levantó con una mano al pecho.

—Maldita sea, qué susto me has dado.

Se giró y ambas se miraron. Sus nombres eran parecidos, pero ellas eran idénticas. Sin embargo, no había dos gemelas en toda Elania que tuvieran un espíritu más diferente. Ymara observó las mejillas encendidas de su hermana, un rubor que solo podía deberse a un motivo.

—Ah, ya. Un tornado llamado Miles.

Ella no contestó, pero sus mejillas se encendieron aún más. Meneó la cabeza.

—La próxima vez que retocéis en la mesa de trabajo al menos podría ayudarte a recoger, ¿no? Dile que no se preocupe, que no corre el riesgo de despeinarse.

—Ya vale. —Estaba de un humor extraño. Feliz pero preocupada.

La observó aletear para ponerlo todo sobre la mesa y colocó la caja de agujas frente a ella—. No te creas que te iba a hacer el trabajo. Venga, ya sabes…

Ymara puso los ojos en blanco.

—Sí, hermana, lo sé —dijo con retintín—. Coser y callar, ¿no?

13

«El olor de la sangre debe ser muy intenso», pensó Tris.

Miró las que fueron sus manos teñidas de sangre fresca. Sangre que se secaría encima de otros restos, formando un conglomerado sanguinolento y cronológico de la muerte que la acompañaba. «Como los anillos del corte transversal en un árbol —se dijo—. Artur, un hombre en el camino, una anciana que recogía bayas con su perro y, ahora, dos ciervos».

El ser que la poseía no parecía hacer distinciones, aunque tampoco podía decir que careciera de inteligencia. La presión que *él* ejercía en su cabeza era latente. Sentía un empujón que acompañaba cada pensamiento, una especie de masa oscura agazapada y paciente para saltar sobre lo que quedaba de ella.

Durante sus primeros asesinatos, solo había sentido que su cuerpo obedecía a un impulso violento e invasivo. Sin organización; sin plan previo. Como si la muerte fuera un nuevo sustento vital para su recién invadido cuerpo.

Había chillado con fuerza, horrorizada con las salpicaduras de sangre al abrirle el cráneo al hombre que recogía flores en el camino. Recordaba haber visto cómo un trozo de hueso caía sobre el ramo de flores recién cortadas de su mano. Flores que morirían en aquel lugar sin ser entregadas a su destinataria. Todo se había vuelto triste y complicado.

El ataque a la anciana fue diferente. Un cambio en el orden de actuación. *Él* se había parado a pensar en la mejor forma de hacerlo. Sin titubear un instante, su cuerpo se acercó primero al perro y le rompió el cuello con un chasquido sordo. La anciana apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que corriera una suerte similar.

«Si hubiera matado primero a la anciana, el perro le habría atacado o habría ladrado, alertando a alguien». Eso significaba que la

presencia oscura aprendía. No era un simple invasor volátil, podía desarrollar una mentalidad pensante a costa de la de ella. Y eso le infundía aún más temor.

Oía los sonidos de masticación de su propia boca mientras saboreaba la carne fresca de ciervo. Era el primer alimento que le había visto ingerir. Por desgracia, la vista y el oído eran los únicos sentidos que conservaba. Pensó en el aspecto que debería dar al chorrearle la sangre entre los labios.

—Lástima que no puedas saborear la carne. Es deliciosa.

Ahogó una exclamación de sorpresa al oír su propia voz, que le sonó ronca y deformada. Su invasor podía comunicarse con ella. Sus mentes estaban en un mismo espacio, pero era *él* quien la manejaba mientras ella solo podía limitarse a mirar. Lo maldijo, y el ente mordió la carne con regodeo. Luego dibujó una mueca burlona en los que fueron sus labios. No lo veía, simplemente lo sabía.

La carne blanduzca resbalaba entre sus manos, y ella se sintió incapaz de discernir qué víscera era. Si aún pudiera dar una arcada, vomitaría.

Un crujido cercano hizo que *él* levantara la mirada.

A lo lejos, entre los árboles, Tris alcanzó a ver una silueta pequeña con una enorme lazada color rosa. «Maldición, solo es una niña».

Y, aunque aún había bastante distancia, se dirigía hacia ellos. Sintió horror al anticiparse a lo que ocurriría y deseó con todas sus fuerzas que interrumpiera su camino. Su invasor pareció dudar sobre si continuar comiendo o seguir el impulso de acudir hasta ella. Aún parecía estar adaptándose al entorno que lo envolvía y a su nuevo cuerpo.

Tris hizo acopio de toda su fuerza. Su mente se concentró en desear que la pequeña no llegara hasta allí. Invocó a su poder, sin saber con exactitud si este le haría caso. Aún se sorprendía de que hubiera despertado, pensaba que ya a su edad sería una «silfo plana», nombre con el que se conocía a los que no desarrollaban las actitudes propias de la raza.

«Solo necesitabas un estímulo para expandirlo, Tris», pensó. Y ojalá hubiera sido otro. Una imagen fugaz del rostro de Artur la torturó. Pero no, no iba a perderse de nuevo en su lamento. «La niña», se recordó.

Cobijado en la sombra de los árboles del bosque, el invasor volvió a aguzar el oído. Ella sintió que la presión sobre su cabeza fluía hasta

desaparecer y no perdió un segundo. Se concentró.

Una ráfaga de viento comenzó a soplar sumisa en dirección a la niña.

Fue suficiente para que la pequeña se parara extrañada. Si Tris aún pudiera notar su sudor, sabría que este le empapaba la nuca en ese instante de tensión. Para su alivio, la pequeña se giró para cambiar el rumbo. Soltó un gemido, eufórica en su mente, consciente por primera vez de haber controlado su cuerpo en los últimos días de pesadilla. Pero no duró demasiado.

Él la obligaba a replegarse a una esquina como un animal asustado. Presión. Su invasor estaba meditando. ¿Acaso estudiaba lo que acababa de ocurrir? De repente, la presión sobre su mente se volvió atroz, ahogando los hilos de su pequeña victoria.

Más dominio. Más fuerza. Más intensidad. Y ella se hacía más y más pequeña.

Una corriente de aire meció débilmente unas hojas secas del suelo.

«Oh, oh, el maldito aprende demasiado rápido».

No le bastaba con utilizar su cuerpo como un arma mortífera, quería más. No podía permitir que controlara también el poder silfo de su mente o sería letal.

Iba a tener que prepararse. Pensó en Artur. Revivió su asesinato una vez más sin poder evitarlo. Calculaba que era la octava vez. Quizás la novena. Al menos ya no gritaba cuando las imágenes de sus últimos momentos se deslizaban por su cabeza. Él hubiera querido que luchara.

Ese ser diabólico no se conformaría. Querría seguir evolucionando, creciendo, aumentando su poder destructor. Tris no podía consentirlo.

Sus poderes habían aparecido hacía unos meses escasos. En un enfado había tumbado un par de sillas con una ráfaga de aire inesperada, pero eran aún débiles. Ojalá fuera como Daval. Seguro que su hermano lo habría evitado. Él había comenzado a jugar con el viento muy pronto, apenas siendo niño. Aunque no era lo común, Tris incluso lo había visto operar ciertos cambios en el clima. Era su secreto compartido.

«A estas alturas, puede que ya sepa invocar una ventisca».

Su mente viajó a una escena de su infancia. Ambos hermanos charlaban en el jardín trasero bajo las estrellas. Sus padres celebraban una fiesta y ellos habían huido de todos esos desconocidos de ropas

caras congregados en el salón principal.

—… Y cuando sea mayor, seré la silfo más fuerte de todos —dijo una pequeña Tris con las mejillas encendidas.

Su hermano rio y puso una mueca.

—Nada de eso, enana —le reprochó—. Como mucho dejarás caer a algún pájaro de un árbol. ¡Zas! Y muerto.

Ella lo miró horrorizada.

—¿Para qué querría hacer eso? Haría que fuera el pájaro más veloz del mundo con la fuerza de mi viento. —Se puso de pie y alzó los brazos para imitar el vuelo de un ave—. Y, poco a poco, me haré más fuerte, controlaré las nubes, los rayos, la lluvia, y hasta… ¡crearé una ventisca!

Corrió por el jardín y describió círculos sobre la hierba nocturna mientras reía. Su hermano se lanzó a perseguirla hasta que ambos acabaron rodando por el suelo, llenándose la ropa de fiesta de tierra y brinzas de hierba.

—Tris, ningún silfo ha llegado a eso nunca.

—¡Hasta ahora! Ya verás, seré la señorita Ventisca.

Su hermano le hizo cosquillas y ella le tiró del pelo.

—Señorita Brisa Suave, diría yo.

Un crujido le hizo volver a regañadientes de aquella escena del pasado. Su mano derecha hacía fuerza para separar el hueso de una de las patas del ciervo. El sonido sordo retumbó en el bosque como un eco y sus dedos pringosos se movieron con destreza para desprender los restos de aquel amasijo sanguinolento.

«¿Se habrá enterado Daval? ¿Me estará buscando?».

Decidió que era mejor esperar que no. No sería capaz de soportar más sangre querida empapando sus manos. Y, aunque aún pudiera controlar sus poderes, *él* parecía aumentar su capacidad mental poco a poco. De pronto, sintió un zumbido. No para ella, sino para *él*.

Llegó como un sonido lejano y abstracto que no pudo identificar. Pero el ser levantó la cabeza en un gesto de comprensión. ¿Qué ocurría? Su invasor se restregó la mano por los labios, saciado por el momento, antes de incorporarse. Caminó arrastrando los pies y adentrándose en el bosque. Su paso era decidido, y ella alcanzó a ver cómo uno de sus zapatos se desprendía y quedaba abandonado entre la alfombra de hojas.

Aquella zona era más frondosa y oscura, y estaba envuelta en un silencio absoluto que ponía los pelos de punta. La enagua de su

vestido amarillo hacía un característico fru, fru mezclado con el ruido de su pie desnudo, que avanzaba con el arañazo implacable de la maleza en la carne. El ser había dejado de presionar en su mente, distraído en otros asuntos.

Al rato se paró y miró entre la pared de árboles. Tris no pudo detectar con exactitud qué miraba, y solo alcanzó a vislumbrar un par de conejos muertos, con el pelaje gris manchado con los restos de sus entrañas.

Una sombra alta y fornida se acercaba a paso lento. Las ramas crujieron ante su avance. Aunque el miedo la atenazaba, su cuerpo no huyó. Al contrario, el lado de su cabeza que controlaba *él* parecía casi contento.

La figura del recién llegado se le antojó extraña. Era fuerte, no cabía duda, sus miembros eran grandes y rechonchos, aunque sus manos solo tenían tres dedos. La piel, cetrina, parecía desconchada y encallada en su mayoría, como si una leve brisa pudiera deshacerla en un aluvión de cenizas secas. Tenía una forma similar a la humana, aunque distaba mucho de pertenecer a esa raza.

Al acercarse más, el rostro le recordó a un grabado de un libro de la biblioteca de casa. Dientes grandes y amarillentos y dos pequeños cuernos retorcidos que le llegaban a la nuca. Pero lo que más la sorprendió fueron sus ojos; sin pupila. Debían de ser iguales a los que ahora tenía ella. Gritó en su cabeza y oyó un gruñido.

—Por más que grites no va a cambiar nada. No molestes o será peor.

La voz de *él* llegó con un tono de fastidio, aunque pudo percibir su toque cínico. Disfrutaba con su sufrimiento. Calló cuando la nueva figura se paró frente a ella como si obedeciera una señal invisible.

Pudo sentirlo. Una energía que salía de su cabeza y, de nuevo, esos sonidos abstractos y guturales. Oír su antigua voz pronunciando aquellas palabras desconocidas le resultó estremecedor. El otro demonio le respondió de forma similar y los hilos de baba entre sus dientes se movieron con su aliento.

«Se comunican».

Podía sentir el estado de ánimo de su invasor, que estaba complacido, y se sobresaltó cuando, de pronto, soltó un grito gutural que hizo eco entre los árboles. Sus labios, aún impregnados de sangre, temblaron un instante. Se hizo el silencio. Segundos después, otro grito se abrió paso entre la maleza. Le siguió otro más lejos. Y otro

más. En un instante, una multitud de gritos se fueron alternando. Tris se habría llevado las manos a la cabeza si hubiera podido.

El horror se abrió paso en su mente. Había muchos más.

En esa ocasión, su boca no había emitido sonido alguno. Ellos parecían gozar de una especie de conexión telepática entre sí. Y todos la obedecían. A ella. A *él*.

Era una especie de jefe. De nuevo, percibió que de su cabeza se transmitían sonidos y sus manos comenzaron a gesticular. Señaló en una dirección. El demonio frente a ella asintió y balanceó su gran corpachón para desaparecer en silencio.

—¿Qué tal un truco para recibir a nuestros hermanos, señorita Wicker?

¿Hasta dónde llegaba dentro de su cabeza?, se preguntó. Sabía su apellido. ¿Podía acceder a todos sus pensamientos? ¿A sus conocimientos? ¿A sus recuerdos?

La presión volvió sobre ella como un manto muy pesado y la pilló desprevenida. Su cuerpo alzó un brazo hacia unas ramas y estas se mecieron obedientemente. Gimió e intentó resistirse a esa sensación agobiante. En su cabeza, su invasor se cernía sobre ella; un lobo de grandes fauces que la cubría con su manto oscuro. Con todas sus fuerzas se concentró en bloquear esa presión y, tras un instante, las ramas se detuvieron.

Por toda respuesta, *él* soltó una carcajada. Ese sencillo esfuerzo la había agotado. Cada pensamiento le pesaba y, por un instante, la idea de dejarse llevar le pareció atractiva. Era un barco a la deriva engullido por la tempestad.

«Ni hablar».

Él le estaba echando un pulso. No iba a someterse a su control total. Se concentró en dejar la mente en blanco y extendió una tela indefinida sobre sus pensamientos, mientras un pedazo de ella se escapaba de sus garras. Quizás funcionara. Quizás no. Pero tenía que intentarlo.

Puede que no fuera tan perseverante como su hermano, pero se disponía a luchar.

«No se lo pongas fácil».

De acuerdo. Pelearía, pero ¿cuánto podría aguantar?

Sospechaba que su elección no había sido pura casualidad. Se vio a sí misma como aquella muñeca pelirroja que tenía de pequeña, cuyas manos y pies se movían con hilos. Un ser inanimado a merced

de la voluntad de otro.

Por desgracia, la voluntad de *él* aún era un secreto. Y Tris no quería que la utilizaran como un instrumento de destrucción. Debía intentar que alguien la matara lo antes posible.

14

Daval azuzó a su caballo y entró en el sendero hacia el norte.

No se había encontrado a muchos viandantes en el camino y no tenía una dirección clara. Nadie había visto a alguien con la descripción de su hermana y todo parecía seguir su curso normal en las poblaciones cercanas. Era frustrante.

Recordó a la señora delgada como un junco que le había asegurado que oyó ruidos extraños en las entrañas del bosque. La única que no se había intimidado al ver su gesto hosco, movida con toda seguridad por aburrimiento. Su casa solitaria era la única que se veía por la zona, y se la veía ociosa entre unas paredes limpias y ordenadas en exceso.

Haciendo caso al viejo Trebur, Daval contempló a su lado la ribera del bosque, que se alzaba imponente como un muro espeso de vida vegetal. El bosque solía ser seguro, a excepción de algunas partes donde había asentamientos blemios; aunque estos vivían en las zonas de meseta más oscuras, donde el territorio daba paso a los acantilados abruptos junto al mar de Ilis.

El bosque de Tefalén se extendía por la zona este de la región y su senda cruzaba por la frontera hasta Trisar, donde continuaba y se fundía con el territorio alux, zona que había oído que ellos llamaban el Bosque de los Suspiros. Meneó la cabeza.

«Esos dichosos alux y sus florituras».

Su olfato captó un perfume ácido e inspiró. El fuerte aroma le indicó que estaba cerca de Citronia, una de las poblaciones más famosas de Tefalén. En Citronia se extendía la mayor producción de árboles cítricos, una legua y media completa plagada del olor de naranjas y limones. Un verdadero placer para el olfato del viajero que respiraba su aire, y un real fastidio para los ciudadanos que convivían con él todos los días del año.

Más adelante, varias figuras cosechaban los que serían los árboles más alejados del pueblo, al límite con el bosque. Un par de mujeres clasificaban la fruta en unos grandes cestos, mientras un hombre encaramado a un árbol la recogía. De repente, un grito transformó la idílica escena. El hombre cayó del árbol y las mujeres se incorporaron de golpe.

Un puñado de naranjas rodaban por el suelo cuando, de entre los árboles, salió una figura menuda que corría con un vestido rosa. Daval se acercó al galope justo para detenerse y observar cómo la niña se lanzaba a los brazos de una de las mujeres.

—Tía, me he caído. —La pequeña se señaló la rodilla con voz chillona.

La mujer puso los ojos en blanco y estudió la herida. El corte apenas se apreciaba.

—¡Nos has asustado, niña! —la reprendió, dándole una palmada en la cabeza—. Lo extraño es que no te hayas roto la cabezota. Siempre vas corriendo por ahí, Mary.

—No estaba corriendo. —El mohín en su minúscula cara la hacía parecer una ardilla—. Andaba y me asusté al verlo. Era grande y olía fatal. —Arrugó la nariz.

El hombre aún se frotaba el trasero. Se acercó a la pequeña y le revolvió el pelo.

—Ya estás fantaseando de nuevo —le dijo—. No debí contarte la historia del blemio anoche para dormir.

—¡Eso es! Era un blemio, tío —aseguró ella.

—No hay blemios tan cerca, niña. —El tono cortante de Daval hizo que el resto enmudeciera, reparando de pronto en su presencia desconocida. Lo examinaron con recelo y él se aseguró de que sus ojos no mostraran ni una pizca de su color natural.

—Perdonen —se disculpó con fingida vergüenza. Agarró las riendas de su caballo y señaló a su espalda—. Venía por el camino, oí el grito y pensé…

Dejó la frase en suspenso para crear más golpe de efecto y funcionó. Parecieron conformarse con su escueta explicación y el ambiente se relajó. La niña se colocó detrás de una de las mujeres con las mejillas encendidas.

—Oh, no, perdone usted —dijo la más joven. Se desató el pañuelo anudado de la cabeza y se pasó la mano por la frente. Era guapa—. Esta niña…

—Me gusta el caballo —susurró la pequeña desde detrás de las faldas de la otra mujer.

—Puedes tocarlo si quieres —Sin desmontar, manipuló las riendas para que el caballo bajara la cabeza, sumiso, y ella se acercó para acariciarlo con una sonrisa vacilante.

—No creo que haya visto un blemio —supuso la mujer más mayor mientras se agachaba para recoger las naranjas esparcidas por el terreno—. Se habrá confundido con algún lobo.

—¡No era un lobo! —nego la niña con un mohín—. Me gustan los lobos. Son como perros del bosque. —Se pusieron a discutir, pero el ambiente era mucho más relajado.

Era el momento de intentar sacar un poco de información.

—Ustedes viven cerca. ¿Han visto algo raro en los bosques estos días?

El hombre se puso las manos en la cintura.

—Aquí solo trabajamos, caballero. No solemos salir de la zona de cosecha.

—A decir verdad… —cortó la mujer mayor—. En el pueblo estaba el ambiente caldeado ayer. Al parecer encontraron a una vecina de un pueblo cercano muerta en los bosques, más al sur. Decían que habían sido ladrones. Tenía el cuello roto. —Meneó la cabeza y soltó una plegaria en voz baja antes de agregar—: Era una pobre anciana, ¿era necesario esa muerte tan salvaje solo para robar?

—Sí, además el bosque está más silencioso que de costumbre —añadió la joven. Retorció el pañuelo entre sus manos—. Me gusta dar un paseo antes de dormir y la noche pasada no se oía nada. Ni el susurro de los insectos. Era… raro. ¿Sabe a lo que me refiero?

Daval asintió. El bosque era una pista. Se despidió de forma cortés y avanzó por el camino dejando atrás a la familia. La muerte de esa anciana… Puede que fuera Tris. O puede que no. Pero su hermana jamás se hubiera adentrado en el bosque sola. A pesar de su adoración por los animales, aquel mar verde le infundía respeto.

«Puede que parezca ella, pero no es ella». La voz de Trebur le hizo chasquear la lengua. Si el viejo spirit estaba en lo cierto, ella ya no podía decidir. Se sintió tonto y dobló las riendas para tomar un sendero que se hundía entre los árboles. Aprovecharía para ir a caballo hasta que el camino se volviera más angosto y lo obligara a desmontar. Alzó la mirada al cielo, bastante despejado. Calculó que quedaban unas cuantas horas de sol, aún le daría tiempo a echar un

vistazo.

* * *

Puede que su sentido de la orientación no estuviera tan desarrollado como creía.

Llevaba más de dos horas caminando y casi había perdido la noción del tiempo. El pequeño sendero por el que entró al bosque no había sido de mucha ayuda. Al poco se había desvanecido, dejándole un camino plagado de rocas y ramas huidizas. Sin embargo, había decidido continuar.

Las ramas de los árboles comenzaron a ser mucho más bajas, lo que lo obligó a bajar del caballo para poder avanzar. Los rayos de sol creaban un conglomerado de luces y sombras que bailaban entre los pliegues de las hojas. En esa pequeña soledad, la ansiedad por encontrarla volvió más fuerte que antes. Y si la encontraba, ¿qué haría? ¿Se resistiría? Probablemente. Enfrascado en su búsqueda ni siquiera había pensado en cuál sería el siguiente paso.

La realidad era que no tenía un plan.

Trebur había mencionado Trisar. Quizá fuera verdad que consiguieron sacar el céfiro a alguien. Pero la idea de acudir a ese puñado de estirados con alas no le apetecía en absoluto. Soberbios, falsos y egocéntricos. Aunque alardearan de ser una raza rica en conocimientos de salud, no merecía la pena. Le repugnaba demasiado mezclarse con ellos.

«¿Ni por la vida de tu hermana?», dijo una vocecita en su cabeza.

«Bah». Su maldita conciencia. Hacía mucho que había dejado de intentar que le hiciera caso, asumiendo que estaba demasiado desencantado de la vida como para darle lecciones de moralidad. Dormida en un rincón, a veces se despertaba para asestarle estocadas como aquella. Suspiró. Quizá tuviera que tragarse su orgullo por mucho que le costara.

Un sonido le hizo aguzar el oído.

Despertó de su debate mental y avanzó esperanzado. Ni siquiera reparó en los diversos cadáveres de animales diseminados por el suelo, aunque sí un poco en el olor. Se acercó a paso lento y las ramas crujieron bajo la suela de sus botas.

Llegó a un pequeño claro circular rodeado de densos árboles, justo para ver cómo un par de ciervos lo esquivaban y desaparecían en su

dirección. ¿De qué huían? Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando un fétido olor inundó su nariz, y una figura oscura emergió de la maleza.

Exhaló el aire con pesadez. No había percibido su olor hasta tenerlo casi encima, camuflado por los otros aromas del ambiente. El blemio dio un par de pasos y se le quedó mirando.

—Ciervos, ¿dónde? —Sus tres ojos se movieron curiosos, acompañados de una voz grave y carrasposa.

Daval se sorprendió. Nunca había tratado con ningún blemio, pero siempre los había visto como seres básicos con poca inteligencia para el manejo de palabras. Con todo el cuerpo verde cubierto de pelo, era curioso que su cabeza fuera completamente calva. Debía ser joven, porque, aunque lo superaba en altura, los blemios mayores eran mucho más altos.

—Se han ido —le dijo intentando sonar calmado—. ¿Qué haces por aquí? Vosotros no soléis transitar esta zona.

Hizo hincapié en la palabra *zona*, para darle a entender que era perfectamente consciente de las leyes. El blemio no pareció inmutarse, se hundió un dedo dentro de una oreja y lo lamió con intensidad antes de hablar.

—Comida.

La pequeña Mary tenía razón después de todo. No existía lobo que tuviera un olor tan fuerte.

—Te has alejado mucho de tu asentamiento, ¿no? —Retrocedió un paso por instinto.

El blemio lo miró y entrecerró los ojos. Después soltó un grito y por su derecha apareció otro que era casi el doble que él. Aunque Daval era alto, tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Los ojos del mayor lo observaron con un brillo astuto que no le gustó nada. No tenía pinta de tonto. Arrugó la nariz sin poderlo evitar, el olor de ambos juntos era nauseabundo, como una mezcla explosiva de carne descompuesta y heces melosas.

Había oído rumores de su hedor, pero había pensado que la gente exageraba. Un hombre le contó que había vomitado hasta las entrañas ante la sola presencia de uno. Daval se rio mucho aquella noche. Ahora que sentía cómo se le revolvían las tripas, se lamentó de haberle llamado blandengue.

—¿Qué quieres y qué haces en nuestros bosques? —La voz ronca del blemio era de una dicción casi perfecta a pesar de comerse algunas

eses. Su mirada no dejaba de recorrerlo, inspeccionándolo, mientras unas cuantas moscas revoloteaban entre su pelaje grasiento.

—Buscaba a alguien. —Daval intentó no amilanarse. Se concentró en hacer que soplara un poco de brisa a fin de aliviar el olor, pero eso quizá empeoró el efecto al sentir como si tuviera un trozo de pescado podrido atascado en la garganta. Apretó los dientes para controlar las náuseas.

—¿Te has perdido, silfo?

La pregunta intencionada le hizo tragar saliva. Sí, aquel blemio era listo, aquello pintaba mal. Intentó mantener la calma y mostrarse natural.

—No estoy perdido. Aún estoy en zona blanca. Y vosotros os limitáis a transitar zonas mucho más al este.

—Ya no —lo cortó él.

Hacía años que no se rompía el acuerdo. El rey Tuso había puesto fin a los enfrentamientos y asesinatos a manos de blemios, obligándolos a replegarse en una zona recóndita al este del bosque. La amenaza de extinguirlos creando muros con sus cabezas fue suficiente para que entendieran el mensaje. Las amenazas de Tuso no se tomaban a la ligera. Y, así, la paz había reinado en los últimos cincuenta años. ¿Por qué se exponían ahora esos dos?

—Las leyes no sirven si mi raza se muere de hambre —dijo el blemio. Miró al pequeño, que ahora se rebuscaba en el ombligo con bastante interés—. Mi hijo debe crecer, no morir.

Daval frunció los labios antes de asentir.

—Hemos tenido que desplazarnos más hacia esta zona. Hay una nueva criatura… —El blemio miró a su alrededor antes de volver sus ojos pequeños hasta él—. Se come toda nuestra comida. Cada vez son más. —Apretó un puño y el crujido de sus huesos fue un susurro de amenaza—. Si nos quedamos allí, moriremos.

Daval retrocedió. No le gustó la convicción de sus ojos. El pequeño blemio se acercó a su padre y ambos murmuraron en un tono casi inaudible. Después, el mayor asintió y se encogió de hombros.

—Sabes que no podemos dejarte marchar, silfo. El acuerdo está roto. —En su tono de voz casi se percibió cierto disgusto—. Lo siento. Dentro de poco tendréis otros problemas más graves que afrontar. Al menos tú no estarás para verlo.

Tragó saliva e intentó mantener la cabeza fría para pensar cómo ganar tiempo.

—No seas estúpido. Podemos aliarnos contra ese supuesto enemigo del que hablas.

—¿Aliarnos? ¿De verdad lo crees? —La carcajada del blemio sonó como un gruñido amargo.

Poner un pie en las propiedades del rey sería acabar con las tripas a la vista.

Daval se vio incapaz de rebatirlo porque tenía razón.

—Nosotros no somos vuestro problema —dijo el blemio, acercándose amenazante. El caballo de Daval se agitó ante el olor acusado—, pero intentamos sobrevivir. Cueste lo que cueste.

Retrocedió. Los ojos de la criatura no le quitaban la vista de encima. Se sobresaltó al percibir un movimiento a su espalda. Concentrado en el padre, apenas había visto lo cerca que estaba el otro de su caballo. El joven blemio se frotó una mano por la boca para después deslizar la lengua por los labios mugrientos en un gesto casi obsceno.

—No os conviene matarme. —Alzó la voz amenazante para dirigirse al mayor—. Ya sabes lo que soy.

Quizás ese par necesitaba una muestra para tomarle en serio. Inspiró hondo y se concentró. Sus ojos brillaron en un destello púrpura. Expulsó el aire hacia el pequeño con una mirada punzante y este salió impulsado hacia atrás. El impacto brutal de su cuerpo contra un tronco rompió la tranquilidad del bosque. Daval rogó para que se hubiera roto algún hueso mientras caía inmóvil al suelo como un fardo.

Su caballo negro se encabritó alterado y sus coces quedaron suavizadas por el manto de hierba. Un gruñido acompañó al rictus rabioso del padre antes de lanzarse contra Daval, que lo esquivó hacia un lado. El silfo volvió a soplar, concentrándose, y aquella mole peluda se vio detenida por una pared invisible que lo hizo retroceder. Las hojas se mecieron con violencia, dominadas de súbito por un poder superior.

El blemio golpeó el aire con los puños. Encolerizado, apretó los dientes para apartarse a un lado y arrancar sin esfuerzo una rama inmensa que se desprendió con un crujido. La blandió en el aire y la lanzó contra él.

Aunque Daval intentó esquivarla, le alcanzó en una pierna, haciéndole perder el equilibrio. Cayó de espaldas al suelo y una oleada de dolor lo asoló cuando uno de los ramales punzantes se le

hundió profundo en el muslo.

Se retorció para intentar escapar de debajo de la rama, pero solo consiguió abrirse más la herida. Sin darle tregua, el blemio se acercó a grandes zancadas y tuvo que volver a concentrarse. Sopló con fuerza y su cuerpo oloroso volvió a chocar de bruces contra un nuevo muro invisible, a apenas unos pasos de él.

Pero el dolor afectaba a su concentración. Intentando no perder el contacto visual, cogió la rama clavada e intentó sacarla. Tuvo que interrumpir su soplido para apretar los dientes y romperla tirándola a un lado. El muslo comenzó a chorrear sangre con un trozo aún sepultado como un cuchillo. Con esfuerzo logró incorporarse y se tanteó en el pantalón. Se alegró de haber comprado la arcóbriga.

—Blemio, puede que tu hijo no esté muerto aún —dijo, alzando el arma en la mano—, pero puedo asegurarme. Elige: o le corto el cuello o lo frío con un rayo.

El blemio gruñó. Hilos de babas se sacudieron entre sus dientes.

—Trucos de silfo.

Pero, a pesar de sus palabras, Daval notó su duda y aprovechó la ocasión. Aún no había aprendido a controlar los rayos, eso exigía un poder mucho mayor que el suyo, pero eso el blemio no lo sabía. Se irguió y desdobló su esfuerzo en mantener el obstáculo invisible y concentrarse a la vez en el cielo.

Perlas de sudor se deslizaron por su frente por el esfuerzo. El tiempo casi se detuvo y su visión especial le mostró con claridad las dos corrientes de aire opuestas antes de hacerlas chocar entre sí. Esperaba que eso bastara y que un poco de lluvia diera más énfasis a su amenaza. El sol aún se colaba por las copas de los árboles y él aumentó su concentración.

El paraje comenzó a ensombrecerse por las nubes. Ya saboreaba el éxito cuando un golpe feroz en la cabeza lo tumbó. Un pitido siguió al impacto, acompañado por unas manchas negras en su visión que acabaron por descolocarlo. Aturdido, oyó pasos a su alrededor y, acto seguido, le taparon los ojos. Sintió la humedad de las primeras gotas de lluvia sobre la piel.

—Pensaba matarte aquí, silfo. Rápido y sin dolor; pero te has pasado de listo. —El aliento putrefacto del blemio le acarició la cara y le dio una palmada en la mejilla—. A mí me da igual si la comida está viva o muerta, pero el resto la prefiere viva, dicen que es más jugosa. Démosles esa satisfacción.

15

Fury le dio una patada a una piedra con el ceño fruncido.

No había dejado de mirar a su alrededor a cada paso que daban desde que salieran de Trisar. Tras haber recorrido la mayor parte del camino y pasar dos noches en alguna de las posadas tranquilas del camino, el tercer día se habían puesto en marcha al alba antes de cruzarse con demasiados desconocidos. Hasta que no pusieron los pies en el sendero tranquilo del bosque, no se relajó. De pronto, pegó un bote al cruzarse con una figura. Un conejo pardusco. Mirah puso los ojos en blanco.

—Por Aleph, estás neurótico.

Pero, antes de seguir reprochándole su actitud, ella soltó una exclamación y se acercó a examinar un matorral que crecía al borde del camino. El caballo blanco la siguió dócil mientras él observaba el contraste de su crin blanquecina con la figura oscura de ella. La vio agacharse para tocar las flores, ataviada con aquellos pantalones holgados. *Sus* pantalones.

«¿Cómo voy a moverme bien si nos ataca alguien?», le había dicho señalando su vestido. Él se había negado a prestarle uno de sus pantalones —teniendo en cuenta que solo tenía tres si contaba el que llevaba puesto—, pero esa alux podía ser muy persuasiva. Y muy pesada también.

Mirah no se había molestado en ocultar su entusiasmo. Para cualquier otro, aquel viaje era solo una obligación, para ella era más. Un respiro. Esa gloriosa bocanada que te hace rebosar los pulmones. Porque se estaba ahogando, aunque no lo dijera a viva voz.

La vida de palacio no estaba hecha para ella. Fury lo sabía. El egocentrismo y el narcisismo de los nobles les repugnaban a ambos a partes iguales. Pero él sabía llevarlo mejor, y tenía la ventaja de vivir fuera de allí, aislándose en su sencilla herrería. Ella no. Se veía

obligada a despertarse todos los días en ese ambiente corrompido a pesar de ser una de esas almas salvajes que no puedes encerrar en una jaula. Por muy brillante que sea.

—Puedes ir con tu arco preparado si te sientes más seguro —dijo, acercándose con una mueca divertida—. Quizás tengas suerte y consigas traumatizar a algún grupo de pájaros.

—A mí me traumatiza ver a la futura heredera con el pie hundido en esa boñiga descomunal.

Ella bajó la vista y gruñó al ver su pie impregnado de una plasta marrón. Luego anduvo por el sendero a la vez que refregaba la bota por el suelo y dejaba la huella perfumada de su descuido. Él se rio al ver su lucha particular. Esperaba que fuera la única lucha de aquel viaje.

Estaban más que equipados si se presentaba algún grupo de bandidos, aunque estos no fueran su principal preocupación. Cargaba su arco y una veintena de sus mejores flechas en el carcaj. Deslizó los dedos por la espada del costado, embutida en su vaina de cuero, una creación de acero perfecta con muescas en el filo que la hacía ligera y flexible. Era una espada corta, pequeña y manejable de la que se enorgullecía especialmente. Su empuñadura era recta, rematada por un pomo circular donde se escondía un árbol labrado en plata, similar a la que portaba ella.

Sin embargo, tenía una espada favorita, una de las primeras que hizo y que le había regalado a Mirah. Perfecta y ergonómica para unos dedos pequeños y de una aleación más ligera que el acero, Fury se ofreció a guardársela cuando la reina le prohibió practicar, pero ella se negó con un brillito en los ojos y le dijo que ya tenía su escondite. Nunca le había preguntado dónde.

Mirah también llevaba el puñal, otro de sus regalos. Frunció el ceño.

Quizá era hora de que dejara de regalarle objetos punzantes a una princesa.

El sendero parecía tranquilo e inspiró, llenándose la nariz de un olor cítrico. Recordó una vez, tiempo atrás, que había viajado hasta Citronia para entregar un pedido. Conoció a una humana de cabello negro que regentaba una posada de forma eficaz. También era bastante eficaz en otros aspectos. Su mirada se ensombreció, como siempre. Porque después de compartir el lecho con una desconocida siempre se sentía vacío.

—El sendero que continúa hasta Citronia es bastante enrevesado —dijo, y se apoyó una mano en la barbilla—. Si fuéramos a través del bosque, ahorraríamos una cuarta parte del camino, pero también podría ser peligroso…

Mirah se señaló la cadera con la espada colgada y alzó las manos.

—Para ti el peligro empieza en un conejo, así que, dime, ¿podríamos llegar hasta el rey Tuso antes de que anocheciera del todo? —Asintió a regañadientes—. Por el bosque entonces.

Frunció los labios contrariado y ella se acercó con los brazos en jarras.

—Mira, me parece estupendo que seas precavido, pero no va a pasar nada. —Le dio un toque en el brazo—. Oh, vamos. Si lo que te preocupan son los asys, están muy lejos de aquí. Y, precisamente por ellos, es importante que nos demos prisa. Si hay un atajo es nuestra obligación tomarlo.

—De acuerdo. —Suspiró. Discutir con ella era perder el tiempo.—. Pero iremos a paso rápido. Y nada de pararse a examinar plantas ni animales. Ninguna distracción.

—Prometido. —Asintió de forma inocente, pero él apostaba que no tardaría ni diez pasos en incumplir la promesa.

* * *

Mirah inspiró el aroma cítrico y casi notó el sabor en la lengua mientras dejaba vagar la mirada por los árboles. Ya se conocía a la perfección el Bosque de los Suspiros; las zonas donde vivían los animales, la parte con las especies de plantas más raras y, por supuesto, la forma de usarlas. Pero nunca había pensado que, a pesar de que el Bosque de los Suspiros y el de Tefalén estaban unidos en la frontera entre ambos reinos, fueran tan diferentes. En aquella zona boscosa, los árboles crecían juntos, ahogándose los unos a los otros en un manto denso y oscuro.

Menos mal que había cogido la capa. El clima, más húmedo y frío que en su tierra, hacía posible el desarrollo de especies que ella solo había visto en los libros. No imaginaba las maravillas que podría encontrar más al sur con la influencia de la brisa marina.

Abrió los ojos al advertir la planta de hojas moteadas que crecía en el tronco de un árbol.

«Crisanda. Mezclada con palo de rosa es muy práctica para el

mareo. ¿Qué podría tener de malo pararse un segundo a cortar un tallo?».

En ese instante, Fury, que caminaba delante, giró la cabeza y alzó una ceja como si le adivinara el pensamiento. Ella se encogió de hombros y enfatizó su mirada angelical. Justo cuando desvió la mirada de nuevo al frente, arrancó un tallo con destreza y lo metió en su saquito. Sonrió con picardía mientras él se agachaba para esquivar una rama.

De espaldas, nadie diría que era un spirit. Aunque apenas era un palmo más alto que ella, el trabajo intensivo desde su adolescencia le había esculpido un cuerpo más parecido a un soldado. Y, aun así, con su tono muscular envidiable, él siempre mantenía las distancias con casi todos, oculto en su taller y en ese estúpido muro de precaución que parecía acompañarlo siempre.

Eso no significaba que fuera un cobarde. Sabía que, al igual que todos los de su generación, Fury había crecido en un ambiente donde los spirits no podían aspirar a mucho más que a comerciar o servir a razas *superiores*. Un clasismo obsoleto, ya que eran muchos los spirits que demostraban su valía más allá de esos roles. Miles de veces había solicitado a su padre derribar esas barreras sociales, pero Edur le aseguraba que esa tarea era un proceso largo que vendría con el tiempo. Y, sí, los alux tenían mucho tiempo. Se conformaba con pensar que, si dentro de muchos cientos de años, cuando fuera reina, eso no se había solucionado, tomaría medidas al respecto.

—¿Qué pasa? —Fury se había detenido de repente.

Su pregunta no tuvo respuesta y él siguió mirando entre los árboles. Alzó una mano para que guardara silencio. Ella aguzó el oído y percibió un ruido seco al que siguieron otros más. Eran pisadas y, por la vibración del suelo, dedujo que era un ser grande.

—Sea lo que sea, lo rodearemos —dijo él.

Asintió, su tono no daba lugar a discusión. Conforme avanzaban, el bosque se le antojó más oscuro que hacía unos instantes a pesar de que el sol estaba fuera. Una gota le cayó sobre la nariz y, unos cuantos pasos más adelante, una lluvia perezosa comenzó a salpicarle la cara.

—Será mejor que nos apresuremos —dijo Fury—. Calculo que llegaremos en…

Un grito seco lo interrumpió. Ella abrió los ojos con sorpresa y giró la cabeza hacia la izquierda. No era ningún animal. Intercambiaron una mirada y él meneó la cabeza.

—No. Ni se te ocurra —la advirtió.

Lo miró con los labios fruncidos.

—¿Y si alguien está en peligro? —Comenzó a atar las riendas de su caballo blanco al tronco más cercano.

—Si alguien está en peligro, se lo habrá buscado.

—Yo voy a echar un vistazo. Quédate tú si quieres.

Fury echó la cabeza hacia atrás y soltó el aire con pesadez mientras ella desaparecía entre los árboles. Sin dejar de menear la cabeza, ató su caballo al tronco de al lado.

—Maldita alux —murmuró.

La alcanzó en unas cuantas zancadas sin dejar de refunfuñar por lo bajo. Anduvieron un buen trecho guiados por el oído. Fury balbuceó algo y ella chistó para que se callara. Tras sortear algunos árboles, ya lejos de los caballos, percibieron un nuevo olor, mucho menos agradable que el cítrico, que les invadió las fosas nasales.

En medio de la débil lluvia, se retiró el pelo húmedo que se le pegaba a los ojos, y avanzó más deprisa al oír un nuevo grito. Fury la empujó hacia el suelo para agacharse y le señaló un hueco entre la intimidad de unos arbustos. Mirah apartó las hojas para mirar entre ellas.

En un claro del bosque, dos blemios discutían. Uno de ellos cargaba a uno más pequeño al hombro. El otro había atado los pies de una figura a una cuerda y lo izaba sobre la rama de un árbol. Con los ojos tapados, la silueta se retorcía con las manos atadas al frente, como un gusano en su crisálida. El blemio lo alzó con una mano, tan liviano como un conejillo, y lo afianzó con un nudo.

—¿Blemios aquí? —preguntó en voz baja y Fury se puso un dedo en los labios—. Oh, vamos, no son criaturas de muy buen oído.

—Me da igual. Y bien, ya lo has visto. Vámonos. —Le tiró del brazo.

En ese momento, el blemio agarró un trozo de rama clavado en la pierna del hombre y lo arrancó de cuajo. Él gruñó de dolor y la sangre comenzó a correr hacia abajo surcando su ropa de hilos rojizos.

El otro blemio, más grande, se acercó y le propinó a su compañero un golpe en la cabeza.

—¡Estúpido, así morirá más rápido!

Mirah alzó las cejas ante su lenguaje perfecto. Parecía el jefe.

—Pero tengo hambre —dijo el otro, rascándose la cabeza en el lugar del golpe—. No quiero esperar al resto.

Comenzaron a discutir entre ellos y Mirah se mordió el labio antes de mirar a Fury.

—No podemos dejar que lo maten.

—Adoro tu buena voluntad. Pero son dos blemios. Dos sin contar al *pequeño*. —Sus orejas picudas se movían inquietas y se pasó una mano por la frente—. ¿Puedes explicarme qué posibilidad tenemos aparte de una muerte segura?

Ella lo ignoró y estudió la escena con los ojos bien abiertos. El supuesto jefe le hizo un gesto al otro blemio en dirección a un árbol donde permanecía quieto un caballo negro. El animal olfateaba el terreno a su alrededor con agitación.

—Cómete al caballo —dijo el jefe al otro.

El hombre colgado se revolvió con más fuerza para escupir una sarta de maldiciones. El blemio se acercó al animal sin demasiada ceremonia y se relamió mientras este retrocedía hasta donde su atadura se lo permitía.

Mirah entrecerró los ojos cuando escuchó el ruido sordo del golpe. El magnífico animal cayó con todo su peso en el suelo y la criatura repitió el golpe. De un par de impactos le había roto el cráneo y yacía con los últimos espasmos de la muerte. Sus patas se sacudieron unos instantes interminables hasta que se abandonaron a un eterno reposo.

El hombre maniatado también se quedó quieto, visiblemente abatido. La lluvia comenzó a amainar y un leve rayo del sol de la tarde se deslizó entre las hojas. El blemio no tardó en morder una pata trasera del animal y, mientras la sangre le empapaba la boca, la desgarró de forma ruidosa.

El jefe inspeccionaba al blemio más joven en el suelo, al parecer intentando determinar si respondía a algún signo vital. Mirah no se iba a quedar con los brazos cruzados para ver cómo moría también el hombre. Miró a Fury.

—Seamos astutos. Tenemos armas.

El spirit negó con la cabeza.

—Las armas no lo son todo.

—Lo liberamos y nos vamos. Sencillo. —Hizo una pausa, pensativa—. Lo más rápido será con la espada, pero hay que distraerlos. —Su mirada se iluminó—. Claro, eso es. Usa tu fuego.

—Ni quiero, ni puedo —dijo él—. El terreno está mojado, no prenderá.

—Vale, pues dispárales una flecha.

Él levantó una mano para que se callara.

—No. No voy a arriesgarme por un desconocido. Sería mejor que volviéramos a…

Ella estalló en voz baja.

—¿Y qué si es un desconocido? ¡Dispara una maldita flecha! Llevas toda tu vida escondido en la herrería jugando con tus armas. Ahora que tienes la oportunidad de utilizarlas para salvar a alguien, te acobardas. —Apretó los puños y le dedicó una mirada despectiva—. ¿Sabes? No eres tan diferente de esos alux de clase alta. Un egoísta más que solo piensa en salvar su trasero.

Él frunció los labios y cerró los ojos. Sabía que le había tocado un punto sensible. Y funcionó. Afectado y sin mediar palabra, asintió con la mirada encendida. Ella ya se detendría luego a pensar en lo ruin de su método. Intercambiaron unas indicaciones con las manos y cada uno gateó entre los árboles en una dirección. Fury se situó más cerca del blemio que estaba comiendo.

Mirah avanzó hasta la zona más cercana al prisionero. Se arrastró con cuidado y tuvo que tumbarse sobre el suelo, al amparo de un ridículo matorral. Esperaba que Fury se diera prisa. Y que hiciera honor a su legendaria puntería tampoco estaría mal.

Ella también tenía que ser rápida. Sentía el corazón bombeándole deprisa en una mezcla de emoción y miedo. Adrenalina. Una sensación que le resultó estimulante. Con destreza, logró desenvainar la espada que pareció vibrar excitada en su mano.

Aguzó la vista para intentar ver la silueta de Fury al otro lado del claro, pero los árboles allí eran más densos y solo vio un tambaleo en unas ramas. Aunque su nariz ya se estaba acostumbrando al hedor de aquellas criaturas, al inspirar entrecerró los ojos. El olor era más acusado. Al abrirlos, descubrió que el blemio jefe se acercaba al hombre y, por tanto, a ella. Unos pasos más y aquel arbusto no sería un refugio suficiente. Tragó saliva. El tiempo pareció detenerse hasta que una flecha cruzó los árboles.

El blemio que comía vio cómo su boca quedaba atravesada, clavándose a su vez en la carne muerta del animal. Gimió, echando la cabeza hacia atrás y desgarrándose aún más los labios. El jefe se volvió alertado para acercarse a él en dos zancadas. Cogió la flecha y con un gruñido se la extrajo, trayéndose en la afilada punta un colgajo de carne sin saber si era del caballo o de su propio compañero.

Miró la flecha en su mano un instante. El otro seguía gimiendo

con la boca húmeda por la sangre. Una nueva flecha silbó en el aire directa al líder, pero él se movió y le impactó en el hombro. No dudó en arrancársela y soltó aire con pesadez por la nariz. De un empujón, obligó al otro a levantarse y los dos se metieron entre los árboles. Fue entonces cuando ella salió de su escondite.

Corrió para acercarse y asestó una estocada a la cuerda, pero esta solo se peló un poco. «Maldita sea». En su cabeza aquello había sido más sencillo. Miró de reojo entre los árboles para comprobar que seguía sola. Fury se escondía bien. O eso esperaba. El hombre se revolvió un poco al notar su presencia, pero ella le mandó callar. Apretando los dientes, asestó otra estocada y la cuerda se rompió.

Cayó con un golpe sordo al suelo y soltó un quejido. Mirah lo cogió de un brazo para ayudarlo a ponerse de rodillas, pero él se tambaleó mientras la sangre circulaba de nuevo por sus extremidades inferiores. Ella sacó el puñal del tobillo y, cuando le iba a cortar las cuerdas de las manos, alzó la vista. El blemio jefe emergió de entre los árboles y no parecía nada contento. Sus tres ojos analizaron la escena con rabia. Mirah dejó caer el puñal y se irguió con rapidez para coger la espada.

—¡Quítame la venda de los ojos! —La voz del hombre sonó ronca a su espalda.

De pronto, se sintió paralizada. El blemio avanzaba hacia ella, el suelo temblaba y las gotas de lluvia le empapaban los ojos.

—¡Vamos, quítamela!

Reaccionó para obedecer su orden, justo en el momento en que aquella mole peluda se cernía sobre ella. Cogiéndola del pelo, la lanzó contra el suelo con una fuerza inmensa.

Todo se volvió oscuro.

16

La luz cegó a Daval.

Cerró los ojos un instante hasta que se acomodaron a la molesta luminosidad. Aunque notaba la humedad del pantalón empapado en sangre, apenas tuvo tiempo de concentrarse en el dolor. Cuando volvió a abrir los ojos, miró a su alrededor. Mientras el blemio lanzaba a una mujer contra el suelo, Daval captó el destello plateado de un puñal a su lado. Bajó los brazos atados y se deslizó sobre el trasero para asirlo. Sus dedos lucharon por cortar las ligaduras.

—Chica tonta. Solo serás más comida —oyó que decía el blemio.

Daval consiguió liberarse y alzó la mirada, frotándose las muñecas entumecidas. Ella miró de reojo hacia un lado, esquivó al blemio y se alejó. El cabello negro se le pegaba a la sangre que le manaba de un corte en la sien, y sus ojos parecían evaluar si le daría tiempo a darle alcance a una espada tirada en el suelo.

El blemio se agachó para cogerla, pero ella gateó rauda entre sus piernas y se movió hacia un lado, haciéndole perder el equilibrio. Él trastabilló, y ella se lanzó gateando a por el arma. Casi la tenía en la mano cuando la criatura se abalanzó para sujetarle una pierna.

—La comida difícil se disfruta más —dijo.

Pero una barrera de aire lo detuvo. Ella miró hacia el blemio desconcertada y luego miró en su dirección. Sus ojos oscuros se abrieron con sorpresa al cruzarse con el destello púrpura de los de Daval. Él intentó aguantar la corriente de aire, pero sus fuerzas se agotaban. Había perdido mucha sangre y los pulmones le ardían del esfuerzo. Aun así, se obligó a darle tiempo a la mujer para que llegara hasta la espada. Cuando vio que la cogía y se levantaba en posición de ataque, dejó de soplar.

La mujer no dudó. Con un movimiento de muñeca certero, hizo un tajo en el vientre del blemio, pero su piel era dura y la herida fue solo

una línea rosácea que se llevó algunos cabellos por delante.

Daval se levantó con dificultad del suelo, se guardó el puñal y miró la pelea. Meterse por medio sería tremendamente estúpido. Ya le había dado una oportunidad y parecía que sabía arreglárselas sola. Cogió el zurrón donde llevaba sus pertenencias, que había quedado tirado junto al árbol, y se lo colgó de un hombro. Cojeando, se alejó, pero, antes de escabullirse, le asaltaron las dudas sobre si hacía lo correcto.

«No la conozco. No es asunto mío. Tris, recuerda a Tris».

Y, mientras ella se agachaba para esquivar al blemio de nuevo, sus miradas se cruzaron. Casi sintió la puñalada de sus ojos negros antes de hundirse entre los árboles.

«Sí, mujer. Soy un desgraciado».

Ella también era una inconsciente por haberse arriesgado así. Le estaba agradecido, pero él no era igual, no se iba a jugar el pellejo por una desconocida cuando tenía asuntos más importantes que atender. Hacía mucho que la vida le había enseñado a ser un egoísta. Y le iba bien. No iba a cambiar eso ahora.

Caminó sin mirar atrás. Arrastraba la pierna herida entre las piedras y por primera vez tomó conciencia del dolor intenso y de la pérdida de sangre. El escozor se extendió por su extremidad de forma gradual, como un cuchillo untando mantequilla. Buena señal. Su padre siempre le decía que donde había dolor había vida. Aunque esa frase no servía mucho de consuelo después de una buena azotaina por la niñería de robar un pastel de la cocina.

Su mareo se intensificó y tuvo que apoyarse en un árbol. Recordó el vistazo fugaz a su caballo muerto. Había sido un gran ejemplar. Una expresión se le vino a la cabeza.

«Trueno infernal». Sí, hubiera sido un nombre perfecto: dramático y misterioso. Tris habría estado de acuerdo.

Oyó un grito a lo lejos. La mujer. Se obligó a seguir adelante.

«Tris, encuentra a Tris».

Avanzó como ebrio apoyándose en los troncos, sintiendo la cabeza pesada como una piedra. Su mano se deslizó por la corteza rugosa de uno de los árboles y desprendió un trozo. Al mirar cómo caía al suelo, vio un zapato. Ver el cuero amarillo fue como darle una bofetada y la vista se le nubló antes de desplomarse.

* * *

Con un crujido viscoso, Fury arrancó la flecha del ojo central del blemio y se la guardó.

Tragó saliva antes de salir corriendo entre los árboles. Ni siquiera se detuvo a pensar al oír un quejido femenino. Sacó su espada y cortó las ramas bajas que se interponían en su camino.

Emergió como una exhalación, pero ninguna de las dos figuras advirtió su presencia, afanados en la pelea. Mirah, con media cara ensangrentada, se movía rápida, esquivando los intentos de aquellas manazas por darle alcance.

Fury se permitió un leve instante de admiración al ver que ella se giraba y, cogiéndolo por la espalda, le abría un corte en el costado. El gruñido del blemio resonó en el bosque, antes de llevarse una mano a la zona. La herida no parecía profunda, pero ella aprovechó ese momento para lanzarse entre sus piernas. Con un chillido, le clavó la punta de la espada en el pie.

El blemio soltó un aullido de rabia y, pillándola por sorpresa, la asió por el pelo y la alzó sin que pudiera recuperar la espada aún clavada en el pie. Fury se acercó para atacarle las rodillas, pero sus envites solo eran arañazos en la piel peluda.

La criatura apretó a Mirah contra él. Con los ojos entrecerrados de furia, abrió la boca mostrándole los dientes. Ella le dio un puñetazo en la cara. Fury volvió a arremeter con la espada, pero su piel era demasiado dura y el pelo amortiguaba los cortes. Podrían tardar horas hasta conseguir que se desangrara. Tenía que encontrar un punto débil. Miró la cabeza y el cuello del blemio, las únicas partes de su cuerpo totalmente calvas, y supo lo que hacer.

Situándose a su espalda, trepó sobre el blemio ayudándose con la espada. El olor fuerte de la criatura quedó oculto tras la energía que le bullía por las venas. El blemio se agitó con cada punción, pero no soltó a Mirah. Aunque intentó retroceder, la espada en el pie debía dolerle demasiado. Fury esquivó su mano libre que quería atraparlo, se encaramó sobre sus hombros y con una mano hizo fuerza para cogerle la barbilla. Con la otra, hundió la hoja de la espada y le rebanó el cuello. Sin el pelo, la piel cedió y el tajo escupió una lluvia de sangre nauseabunda.

El blemio se derrumbó hacia delante y una nube de hojas se vio impulsada hacia arriba. Mirah soltó un grito ahogado cuando el cuerpo le cayó encima. Fury se bajó de su espalda y la cogió de un brazo para ayudarla a salir de debajo. Cubierta de sangre, y con el

pelo pegado al cuello, era casi una alegoría de la muerte.

Los dos miraron el cuerpo inerte del blemio mientras un charco rojo se derramaba por el terreno, regándolo con aquel olor enmohecido. Ella se limpió los ojos y arrugó la nariz.

—Lo tenía todo controlado.

Fury la miró y resopló. Todo aquello había sido una soberana estupidez.

«El rey te va a matar, maldito idiota».

Mirah se agachó para arrancar su espada del pie inmóvil del blemio y él se revolvió el pelo, mirando a su alrededor.

—¿Y el prisionero?

Ella desvió la vista y le dio una patada al cuerpo del blemio, que ni siquiera se meció.

—Ha huido. El muy desagradecido.

—Alguien razonable. —Fury puso los ojos en blanco y la imitó con voz chillona—. *Tenemos que salvarlo*. ¿Qué esperabas? —Se posó una mano en el puente de la nariz e invocó a la diosa paciencia—. Casi nos matan. Y no iba a ser una muerte agradable.

Miró los cuerpos del suelo. Una figura se agitó un poco más allá. Ambos se habían olvidado del blemio pequeño, quien se revolvió aún inconsciente. Mirah alzó la espada en alerta.

—Déjalo. —La cogió del brazo—. Es muy joven, puede que hoy ya haya perdido suficiente, incluso puede que no llegue a despertar. Vámonos. No sabemos si hay más.

Ella suspiró, pero guardó la espada. Los dos se internaron entre los árboles hasta considerar que había distancia suficiente como para estar a salvo. La oscuridad creciente los amparaba y se esforzaron en adaptar la vista a la penumbra.

—Ese tipo era silfo —dijo ella—. Nunca había visto a ninguno.

Él dibujó una mueca despectiva.

—Entonces sí es un malnacido. Ninguno de esa raza es de fiar. Son demasiado cambiantes. Como el tiempo.

—Me ayudó a coger la espada antes de irse. Fue… increíble.

Hizo un ademán enfadado con la mano. Haber arriesgado sus vidas por un silfo era demasiado para su paciencia. No necesitaba oír también cómo él había utilizado sus poderes para escabullirse tras salvarlo.

—Vamos, está anocheciendo. Los blemios son otro asunto a discutir con Tuso. No le va a gustar nada que estén por aquí. —Al

mirarla, meneó la cabeza—. Pero, mírate, ¿quién va a hacerte caso así? Pareces una granjera desquiciada en época de matanza más que una princesa.

Mirah alzó los brazos y bajó la mirada para echarse un vistazo. El pantalón oscuro de Fury, que le quedaba un poco grande y había ceñido con una cuerda por las caderas, estaba lleno de barro. Pero era su camisa la que había corrido peor suerte. La sangre había empapado toda la parte delantera, dejando apenas unos lamparones de su color original. Se echó a reír y su risa le revoloteó por dentro de tal forma que acabó riendo con ella. La tensión se esfumó junto a su enfado.

—El río está cerca de la residencia del rey —continuó—, avanzaremos hasta él. Descansamos, te adecentas un poco y al amanecer estaremos allí. —Le guiñó un ojo—. No has luchado mal.

Ella esbozó una sonrisa.

—Podría haber sido mejor, pero era difícil planear estocadas con ese horrible olor. —Se tocó la cabeza—. Creo que me ha llegado hasta el cerebro, voy a tardar semanas en quitármelo de encima y… —Se detuvo tan bruscamente que chocó con ella y siguió su mirada.

Una figura estaba desplomada en el suelo. Entrecerró los ojos. «Oh, vaya».

El silfo no había llegado muy lejos. Yacía de lado, con la cabeza vuelta hacia la derecha y una de las piernas extendidas. Su zurrón se había caído hacia atrás y algunas de sus pertenencias se habían dispersado por el suelo. Observó un saquito gris del que se habían escapado algunas monedas y brillaban entre las hojas mojadas. «Robadas con toda seguridad», pensó tras echar un vistazo a su sencilla indumentaria.

—Vámonos —dijo, adelantándose.

Pero ella no lo siguió y él se volvió enfurruñado, poniéndole una mano en el brazo.

—Mirah, no me hagas arrastrarte —la amenazó y lo señaló con un dedo—. Ha huido después de que lo salvaras. No lo conocemos, y por ahora solo sabes que es un maldito cobarde. Puede que hasta sea un ladrón.

Ella lo ignoró quitándole la mano de encima para agacharse junto al hombre.

—Me da igual lo que sea —insistió—. No podemos dejarlo aquí. Y está malherido.

Fury resopló y se apoyó en un árbol cercano. Tenía ganas de

cargársela a la espalda como un saco de patatas e irse. Pero no era buena idea porque acabaría con la espada de ella sobre alguna parte del cuerpo. Respiró e intentó contar hasta diez para serenarse.

—Si lo dejamos aquí, arriesgarnos no habrá servido para nada —siguió ella—. Oh, vamos, tú lo has dicho, puede haber más blemios. No hagas esto más difícil, Fury.

Se apartó del árbol y comenzó a farfullar.

—¿Y a quién le va a tocar llevarlo? —Se agachó y, cogiéndolo por un brazo, se cargó al desconocido a la espalda—. Al idiota de Fury, por supuesto. —Empezó a caminar—. No hay pastelillos capaces de pagarme esto, princesa.

17

Mirah había perdido la noción del tiempo.

Temió que no encontraran la zona donde dejaron a los caballos o, peor aún, que estos ya no estuvieran allí, devorados por el resto del grupo de blemios. Pero sus temores se calmaron cuando, a pesar de la oscuridad, alcanzó a distinguir una figura blanquecina más adelante.

Acarició la piel tersa de su caballo y suspiró con alivio. A su espalda, Fury gruñó al tropezar con una piedra e hincar una rodilla en el suelo. El cuerpo del silfo se meció como un pájaro muerto sobre sus hombros, y ella se acercó para ayudarlo a subirlo a uno de los caballos. Fury respiró hondo para recuperar el aliento mientras montaba con él.

El camino fue lento. La oscuridad, junto a los obstáculos del bosque, les hacía más difícil avanzar. Sortearon raíces que serpenteaban por el suelo, junto a los restos óseos de algunos animales. Ellos eran los únicos que rompían el silencio con el monótono ruido de cascos de los caballos y eso, más que tranquilizarlos, les despertaba cierta inquietud.

Se sentía cansada, pero se negó a dejarse vencer por el sueño. Notaba la piel tirante por la sangre seca y el olor enranciado del blemio aún impregnaba su nariz. Debía reconocer que la visión desarrollada de una alux era una ventaja. Sobre todo, en momentos como aquel.

Las alux poseían una visión especial por una razón meramente práctica quedada ya en el olvido: debían reconocer el terreno desde las alturas. Las primeras alux habían establecido sus asentamientos en los árboles más altos de los bosques, por lo que su visión se desarrolló para permitirles desenvolverse en terrenos poco lumínicos. Por supervivencia. Era una virtud que muchas de su especie estaban perdiendo con el paso del tiempo, malcriadas por una vida donde no

tenían que hacer nada por sobrevivir. «Al menos de momento», pensó con un estremecimiento.

Espoleó al caballo como un acto reflejo, y tuvo suerte de que el terreno comenzara a ser más uniforme. Al poco, oyó un ruido familiar. El fluir incansable del agua.

No había notado hasta ese instante lo mucho que lo echaba de menos, como una vibración que formaba parte de ella. Apenas habían pasado unas cuantas horas, pero, cuando vio el río, sintió que se relajaba. Descendieron de los caballos y ella se acercó casi corriendo a la orilla.

No era el agua de Trisar, pero la sintió como una bendición mientras borraba los restos sanguinolentos de la muerte que la marcaban. La sensación de euforia fue instantánea. La adrenalina de la lucha, las sangres mezcladas de ella y de su oponente y la libertad. Respiró hondo y cerró los ojos antes de volver a echarse otro soplo de agua con las manos.

Cuando los abrió, los ojos de Fury estaban clavados en ella. Él desvió la vista con las mejillas encendidas rápidamente y ella se encogió de hombros.

Improvisaron una cama con la capa del silfo y su zurrón a modo de almohada antes de posarlo encima con cuidado. Seguía desmayado y aprovechó para examinarle las heridas mientras buscaba entre su índice mental de libros de medicina alux. Tenía una pequeña brecha en la ceja, pero el mayor problema era su muslo.

La herida era una línea irregular del tamaño de un dedo, pero parecía profunda. Al menos no le había tocado una arteria, si no habría muerto desangrado en poco tiempo. Se acomodó en el suelo junto a él y rompió la tela del pantalón, cerca de sus partes íntimas.

—Puedo hacerlo yo si quieres —dijo Fury a su espalda.

Ella negó con la cabeza e hizo presión con los dedos en un borde. No parecía que hubiera disminuido el riego sanguíneo a pesar de tanta pérdida de sangre. Eso era bueno, pero habría que curarlo antes de que se le infectara. Arrancó un trozo de tela de la capa donde yacía, y volvió a hacer presión para absorber el exceso de sangre.

—¿Podrías presionarle la herida mientras yo preparo lo necesario?

—Supongo.

Él la observó moverse por la zona concentrada. Olió, tocó y arrancó aquí y allá. Al poco, paseó la vista por los diferentes brotes que había acumulado en el suelo. Sobre una hoja grande a modo de

recipiente, vertió un poco de tierra mojada junto con algunos brotes machacados. Había abrótano, lavanda y romero, perfectas por sus propiedades antisépticas y astringentes; además de otras especies más raras como el hamamelis, un estupendo coagulante. Partió otro brote por la mitad y lo agregó a la mezcla. Después lo amasó todo con las manos hasta que quedó una pasta de textura arcillosa.

Satisfecha, se acercó y aplicó la cataplasma con sumo cuidado.

Pocas veces había tenido la oportunidad de poner en práctica los conocimientos de sus libros, y se sintió poderosa manejando aquel mejunje. El silfo seguía inmóvil y lo observó con cierta curiosidad a la vez que trabajaba. El cabello oscuro le caía por detrás de las orejas en mechones arracimados por el sudor. Le apoyó la palma de la mano en la frente. No, no había indicios de fiebre. La barba cortada de forma minuciosa enmarcaba un rostro serio y atractivo. Podría serlo, pero no parecía un bandido.

Intentó ocultar un poco su fascinación. Su posición de futura heredera del trono de Trisar le había hecho conocer otras razas. Pero los silfos eran distintos, con un carácter independiente y voluble, que era un secreto a voces, no se relacionaban mucho con el resto de seres vivientes de Elania. Una suerte para la raza alux, teniendo en cuenta que su carácter tranquillo y pausado era todo lo contrario a ellos. Aunque siempre había excepciones. Esbozó una sonrisa. Dudaba que alguien que la conociera la definiría a ella como «tranquila y pausada».

En realidad, la actitud de vida de su raza tenía cierta lógica. El tiempo trascurría para ellos mucho más lento que para otros. La media de edad de los alux, al igual que en los spirits, era de unos siete mil años tirando a lo bajo, aunque no superaban a los salamantinos, a los que algunos llamaban inmortales, a pesar de no saberse a ciencia cierta la edad que podían alcanzar.

Cien años en la vida de un alux era una nimiedad. Un silfo de esa edad, si es que no moría antes, estaría ya esperando la llegada de la compañera muerte. Quizás por eso parecían vivir todo con más intensidad. Una vida caótica y corta frente a una tediosa y larga. Se mordió el labio y tuvo que reconocer que sentía envidia.

Las labores de sus territorios también eran muy distintas. La gente de Trisar basaba su vida en el estudio tácito de la madre naturaleza, buscando los intrincados poderes de las plantas, y todo lo que el agua y la vida animal podía ofrecerles. Esta premisa les había generado la

fama de raza sanadora por excelencia.

Por su parte, los tefalinos eran cultivadores. Aunque no todos eran silfos, los que sí lo eran aprovechaban su poder para manejar el tiempo, lo que les aseguraba unas cosechas casi siempre fructíferas y rentables. Los mejores alimentos que daba la tierra crecían en sus campos, de ahí que fueran los principales exportadores de comida para el resto de territorios, desde Taman hasta las islas del Cieno.

Ordenó a Fury que arrancara un trozo de corteza y lo colocó tapando la herida, para luego ponerle por encima unas cuantas hojas. Se irguió para contemplar el resultado y asintió para sí misma. Aquello cortaría la hemorragia y aceleraría la cicatrización.

—Voy a lavarme. Haz guardia mientras tanto.

Él asintió y se alejó para tomar asiento en un tronco tumbado en el suelo. Desvió la vista hacia los árboles antes de que Mirah se sacara la camisa por la cabeza sin un rastro de pudor. Caminó hasta los juncos que crecían en la orilla y pasó la mano sobre ellos, que se mecieron dóciles ante su contacto. Tras comprobar que gozaba de cierta intimidad, se despojó del resto de su ropa y se introdujo en el agua clara. Los pies acariciaron las piedras redondeadas del fondo dándole la bienvenida.

Una media luna iluminaba el arroyo, la misma que iluminó su piel, desprendiéndola de los restos sangrientos y esculpiéndola como una figura plateada. Observó su brazo distraída al sentir un escozor. Ni siquiera se había dado cuenta de esa pequeña herida que ahora escupía lo que quedaba de sangre. Acababa de echar en falta su brazalete. Su cabeza le recordó que Lucy se lo había cogido unos días antes. Era como si hubiera pasado una eternidad desde entonces.

Se hundió más y el agua se tiñó, volviéndose turbia. A pesar de todo, se sintió más viva que nunca y sonrió de placer. No se había dado cuenta de cuánto necesitaba un distanciamiento de la corte hasta ese exacto momento.

18

Daval tragó saliva y sintió la boca tiesa. La cabeza le pesaba como una maza de hierro mientras los pensamientos se arremolinaban en un baile de imágenes inconexas.

«Su caballo muerto. Blemios. Unos ojos negros. Un zapato. Un zapato de Tris».

Aún con los ojos cerrados, una imagen fantasmal de su hermana con esos zapatos se formó en su confusa cabeza. Quizás fue por llevarle la contraria a Cirae, empeñada en que una chica de su posición solo debía utilizar colores oscuros, o quizás solo fue porque era su color favorito. Pero un día Tris apareció ante los Wicker calzada con aquellos zapatos de cuero amarillo cerrados con una lazada. Daval apostaría el cuello a que era el mismo que había visto. O puede que estuviera volviéndose loco. Desde luego se sentía demasiado desorientado como para evaluar su cordura.

Comenzó a prestar atención al entorno y el suave ronroneo de un caudal de agua le envió una bocanada de relajación. Respiró hondo y aguzó el oído para intentar situarse. Al poco, percibió otros sonidos mezclados con la corriente. Una conversación de dos voces que soltaron una risita en voz baja.

Se obligó a abrir los ojos, aunque no le apeteciera demasiado. Tardó un poco en acostumbrarse a la oscuridad, prácticamente absoluta, a excepción de la luz de la luna que se reflejaba en el riachuelo. Se descubrió tumbado a ras del suelo, cerca de dos caballos que investigaban con parsimonia el terreno junto a él.

Al girarse hacia un lado, el mundo se revolvió a su alrededor sacudiéndose sobre sí mismo. Estaba mareado. Cerró los ojos para acostumbrarse y, al enfocar mejor la vista, distinguió dos figuras en la orilla. Pestañeó obligándose a quedarse quieto y entonces la vio.

La mujer.

Todo lo ocurrido le acudió de golpe a la cabeza. La había dejado allí, luchando por su vida después de que ella la hubiera arriesgado por salvarlo a él.

Sintió el muslo caliente y fresco al mismo tiempo, y se llevó los dedos hasta la zona para tocar por encima. El ardor de la herida parecía haber disminuido. Al alzar la vista, se permitió examinar a ambos desde el amparo de la oscuridad. Vislumbró un poco el perfil del hombre y advirtió la forma picuda de sus orejas. Un spirit. Lo observó coger el brazo de la chica para examinarlo y ella se apartó el pelo hacia atrás. Sus orejas tenían también ese final puntiagudo, pero más alargado. Como los alux. Pero no tenía alas. Frunció el ceño.

No, de su espalda no brotaba nada, nada en absoluto. Eso no era común. Su pelo tampoco era el común de los alux. Y aún menos común era que hubiera tenido el coraje de arriesgarse para salvarlo.

«¿Valiente? ¿Insensata? —pensó—. Puede que ambas».

Contempló la escena desde la oscuridad mientras el spirit seguía las indicaciones de ella para curarle una herida. ¿Su sirviente? No. La confianza entre ellos tampoco era normal, y la intimidad del momento le incomodó hasta que desvió un poco la mirada. En ese instante, ella soltó un comentario y, al reír, se calló al sorprenderlo mirándolos. Sus ojos negros se abrieron y el spirit siguió su mirada.

—El señor Viento Durmiente ha despertado.

El tono de él fue duro y ella se levantó del suelo para aproximarse. De cerca, Daval vio que el pelo oscuro le goteaba sobre el pecho, enmarcando una cara de rasgos dulces y sencillos. Aunque sus ojos estaban lejos de ser dulces y se le clavaron con fiereza como dos carbones encendidos.

—No hemos querido dejarte ahí tirado en el bosque, aunque supongo que tú lo hubieras hecho. —Su tono fue casi un latigazo—. ¿Se te da bien escabullirte o eres simplemente un cobarde?

Él se encogió de hombros y ella meneó la cabeza. La paciencia no parecía ser una de sus virtudes, al ver como daba golpecitos con el pie al suelo.

—No te pido un agradecimiento, pero al menos podrías haberme ayudado a escapar.

Daval se incorporó sobre los codos y alzó una ceja.

—¿Y no lo hice? —Puso un rictus burlón—. Si eres demasiado lenta, es tu problema.

No pudo evitar sentir cierta diversión al verla resoplar. Parecía

que su actitud se salía de todos sus códigos morales y eso la encrespaba. La oyó farfullar mientras él la analizaba con la mirada. Su destreza con la espada lo había sorprendido, pero no le apetecía regalarle los oídos. Y menos si era una maldita alux, estuvieran donde estuvieran sus alas. La idea de sacarla de sus casillas le resultaba terriblemente tentadora, pero se frenó antes de dar el toque de gracia.

Esos dos vendrían de Trisar. Pensó un instante en su hermana, en el céfiro y en todo aquel embrollo. Quizás le conviniera dejar su lado hosco castigado hasta más tarde y sacar un poco de información. De reojo miró al spirit, que permanecía detrás en silencio. Los brazos cruzados en el pecho le daban el aspecto de un coloso de mármol. Parecía más un guardia personal que un criado; nunca había visto a un spirit semejante. No, no iba a poder ganarse a aquel tipo.

Ella era mejor opción. Alzó las manos e intentó suavizar el tono.

—Perdóname. Creo que todo lo sucedido esta tarde me ha puesto un tanto irascible. Me perdí y… —Se tocó la herida de la frente y exageró una mueca antes de mirarla—. Gracias por salvarme. A estas horas podría ser parte de una digestión de blemio. No debe ser agradable.

Ella lo miró con ojos inquisidores. Aunque desconfiaba, al poco, suspiró y le tendió la mano.

—Soy Mirah.

—Daval.

Se obligó a sonreír, aunque no le costó demasiado. Mejor así. No necesitaba más problemas de los que ya tenía. Dio un respingo al sentir sus dedos sobre la piel del muslo, muy cerca de su entrepierna. Ella tocó la herida sin un ápice de timidez.

—Todo correcto. Aunque puede que te quede cicatriz.

—Mejor —dijo el spirit a su espalda—, así se acordará de lo cobarde que fue.

Daval frunció los labios. Confirmado que aquel tipo era duro de roer. Los spirits que conocía eran esmirriados y de rasgos aniñados. No podría llamar esmirriado a aquel tipo, no cuando sus brazos eran más anchos que los de muchos hombres que había conocido. Sus ojos verdes lo examinaron con una abierta antipatía y él no pudo evitar volver a su habitual tono arisco.

—Disculpa, spirit. No entraba en mis planes encontrarme unos blemios hambrientos el día que deciden saltarse las leyes.

—Has tenido suerte. Demasiada, diría yo —respondió él,

revolviéndose el pelo—. Deberías controlar mejor tus truquitos de viento si vas a meterte solo en el bosque.

Entrecerró los ojos buscando una buena respuesta a su comentario, pero ella preguntó:

—¿Sabes qué hacían los blemios por aquí?

—Al parecer han tenido que emigrar de su zona por falta de alimento. Están hambrientos. Unos seres les están quitando la comida.

A Daval no se le escapó la mirada cómplice que ella y el spirit intercambiaron. La alux se mordió el labio. Al parecer no era el único que guardaba algún secreto. Eso le hizo concentrarse en sus asuntos. Tenía que encauzar la conversación hacia lo que le interesaba.

—Venís de Trisar, ¿verdad?

—No es asunto tuyo.

—Oh, vamos, Fury. —Mirah le dio un manotazo en la pierna antes de tomar la palabra—. Sí, nos dirigimos a ver al rey Tuso. —Su mirada se desvió a un punto interesante sobre su cabeza antes de añadir—: Asuntos burocráticos.

No debía estar muy acostumbrada a mentir, porque Daval lo captó al instante. No se paró a meditar el motivo de su embuste, solo se limitó a asentir. Su trabajo servía para curtirse en muchos ámbitos, uno de ellos era reconocer las mentiras de forma eficaz.

Volvió a analizarla con disimulo. Joven y fuerte. Pelo negro y rizado con pinta de no ver un peine en varios días. Ropa sencilla. ¿Llevaba pantalones? Espada al cinto. Postura altiva. Barbilla alta. Su actitud no concordaba con su indumentaria. No era una alux de clase baja por mucho que deseara aparentarlo. Sus ojos se cruzaron y ella pareció preguntarse por qué la estudiaba con tanta atención.

—¿Tú vas a Trisar? —le preguntó.

Daval se encogió de hombros.

—Sí. Asuntos burocráticos. —Si imitar su respuesta la irritó, no dio muestras de ello.

El spirit resopló a su espalda.

—En tu estado y sin caballo, si llegas en una semana será un milagro. Aunque quizá puedas invocar a tus poderes para que un puñado de pajaritos te lleve por el cielo. —Su tono irónico vino acompañado de una risotada, pero, de pronto, una ráfaga de aire lo atizó en la cara como un puñetazo invisible. Abrió los ojos con una mano en la mejilla.

—Lo de los pájaros no lo he probado, pero puedo hacer eso.

Su mueca socarrona se borró al percibir el tufo a quemado. Rodó hacia un lado al ver una llama sobre el zurrón donde antes estaba su cabeza. Miró el fuego y al spirit.

—Un spirit con poder ígneo, ¿y qué más?

Era más peligroso de lo que parecía. Ella se levantó y, con los ojos en blanco, extinguió la llama de un pisotón antes de poner los brazos en jarras.

—Os recuerdo que podría haber blemios cerca. Así que guardad los desplantes masculinos para otro momento y callaos de una maldita vez. —Cruzó los brazos y los miró alternativamente—. Intentemos descansar en paz y armonía el tiempo que quede hasta el amanecer. Luego cada uno por su lado. ¿Quién hace la primera guardia?

Fury se ofreció voluntario. Daval dedujo que se fiaba menos de él que de los blemios. El spirit se apartó hasta la orilla para sentarse con la espalda apoyada en un tronco. Sacó su arco y lo posó sobre las rodillas. Daval no estaba acostumbrado a que le dijeran lo que tenía que hacer, así que, cuando ella se acercó a examinar a los caballos, no pudo contener su comentario.

—Se te da muy bien dar órdenes, como a todos los de tu raza.

Adiós a sus posibilidades de conseguir alguna información de provecho. Ella giró la cara hacia él, seria. Por sus ojos negros desfilaban un aluvión de emociones y notó que apretaba los dientes.

—Y, por lo que parece, a ti se te da bastante mal obedecer, silfo.

Esos malditos alux. Eran todos iguales. Pensar en recurrir a ellos le ponía de muy mal humor. Se recostó sobre su brazo y la vio moverse por el rabillo del ojo. Suspiró. Parecía afectada. Podría haber sido más amable. «Bah, para qué». No parecía que fuera a sacar nada de provecho de aquel par. Quizá solo fueran comerciantes. Tendría que ir a Trisar e indagar por sus propios medios. Pero ¿cuánto tiempo tenía? ¿Quedaría *algo* de Tris? ¿Y si no encontraba una forma de expulsar al céfiro?

El ritmo de sus pensamientos hizo que volviera a sentir la cabeza pesada. Tumbado hacia un lado, vio cómo ella se tumbaba cerca de la orilla. Su respiración no tardó en ser acompasada. El spirit aprovechó entonces para desprenderse de su capa y cubrirla antes de volver a su posición.

Qué relación más rara.

Desde que él tenía uso de razón, los spirits solo servían a otras razas. Suponía que había algunas excepciones, por supuesto. Se rascó

la cabeza. La alux viajaba con él no como sirviente, sino como un igual. Como un amigo.

Toc, toc. La curiosidad lo llamó. Ella había dicho que se dirigían a ver al rey Tuso. Casi toda Elania conocía su reputación. Tuso era un ser solitario e implacable. Y él podía añadir el concepto «desagradable» a esa lista.

La posición de la familia Wicker hacía que se codearan con los principales mandamases de Tefalén. Tuso era uno de ellos. El monarca había acudido a algunos eventos y reuniones en la residencia de sus padres, y Daval no lo recordaba especialmente como un solícito invitado.

Tenía trece años y se celebraba una fiesta en el jardín. Otra de tantas. La alta sociedad silfo se diseminaba entre los árboles, acompañando sus indumentarias bien estudiadas con el color dorado de las copas de vino. Un hombre con un pergamino en las manos logró colarse entre la multitud para hacerle llegar una petición al rey Tuso y quedó reducido al instante por sus hombres. Se agitó. Al parecer, llevaba pidiendo audiencia durante mucho tiempo sin que el rey lo recibiera. Tuso hizo gala de una particular generosidad aquella noche, haciéndole un gesto a sus hombres para permitirle hablar delante de todos.

—Por favor, su majestad —imploró—. Reduzca el alquiler de mis campos. Soy mayor. Con el importe desorbitado del impuesto, soy incapaz de alimentar a mis seis hijos.

Tuso lo escuchó con la mirada fija mientras tomaba sorbos de su copa con los labios fruncidos. Su contestación fue seca.

—Te ayudaré con tu problema, humano —dijo con una medio sonrisa—. Quizá lo desorbitado es la capacidad de concepción de tu esposa. —Levantó una mano hacia el soldado principal al mando y ordenó sin rastro de compasión—: Córtenle el miembro.

Su orden fue acatada esa misma noche.

Tuso infundía respeto. Un respeto forjado a base de miedo. Nadie en Tefalén con un mínimo de aprecio por su cuello se atrevía a cuestionarlo. Era innegable que había convertido el reino en una comunidad serena y fructífera, pero sus métodos eran de todo menos diplomáticos.

«¿Por qué querrían una alux y un spirit acudir ante él?».

Sea cual fuera su intención, Tuso se la pasaría por la suela de las botas.

Encogió la pierna para acomodarse y se sorprendió al comprobar que apenas le dolía la herida. La medicina de esos remilgados parecía ser efectiva. Si los rumores no eran infundados, puede que sí hubiera posibilidades para su hermana.

Agotado, sintió cómo la pesadez de la cabeza llegaba hasta sus ojos y se abandonó al sueño.

19

Fury abrió los ojos sobresaltado.

Molesto, se dio un par de palmadas en la cara por haber cedido al sueño. Esperaba que solo hubiera sido un rato. Con los ojos bien abiertos, comprobó que todo estaba en orden a su alrededor y asió con fuerza el arco que se le había resbalado de entre los dedos.

Suspiró para relajarse un poco, pero su tensión no disminuyó, más bien al contrario. Alzó la vista al cielo y el tono satinado de la noche le anunció que faltaba poco para el amanecer. El corazón le latió con fuerza y casi sintió cómo le zarandeaba el pecho. Sus orejas se mecieron en un vaivén inquieto.

«Oh, oh. Mala señal».

Cuando sus orejas se movían así, señalaban un mal presentimiento. Y pocas veces se equivocaban. Con el paso del tiempo, ya sabía reconocer las señales de su especial percepción, pero no siempre lo había comprendido. De pequeño se frustraba, no entendía esa sensación que lo obligaba a ser cauto y quedarse el último del grupo mientras los otros spirits corrían por el bosque. Lo tenían por un cobarde y se burlaban de él.

Por supuesto, eso cambió al crecer y heredar la herrería; no era muy lógico mofarse de alguien que se llevaba todo el día forjando objetos punzantes. Sin embargo, los malos presentimientos no se esfumaron con la adolescencia.

Recordó a su padre, que le revolvía el pelo para consolarle mientras le decía que había heredado su «olfato para los problemas». Aunque al principio esa capacidad le resultaba un fastidio, con el paso del tiempo comprendió que podía ser útil. Su padre parecía haberla tenido mucho más desarrollada que él, quizás por las circunstancias, ya que había jugado a su favor en las batallas durante la época oscura.

Pero Fury, anclado a una vida pacífica, sentía que esas sensaciones

que él llamaba presentimientos se estaban perdiendo con los años. Normalmente, solo lo asolaban cuando su cuerpo percibía un peligro inminente. Un pensamiento le inundaba la cabeza, sin forma ni imagen, solo una mala sensación.

Y ahora, como si le manipularan un engranaje oxidado, la piel se le erizó en una advertencia. Pestañeó para sacudirse los restos del sueño e intentar atisbar movimiento entre los árboles, pero todo parecía tranquilo. Giró la cabeza. El silfo dormía. Mirah también.

La vibración del suelo fue leve, pero la sintió.

Extrañado, se quedó quieto pensando que quizá fuera parte de su propia paranoia. Volvió la cabeza a Mirah y solo oyó su respiración. Y, de pronto, una nueva vibración, más fuerte esta vez.

«¿Los blemios?».

Las vibraciones comenzaron a ser constantes. A lo lejos oyó un grito seguido de un gruñido. Se levantó de un salto para acercarse a Mirah y zarandearla. Ella pestañeó soñolienta y frunció el ceño en una pregunta muda.

—Alguien se acerca —anunció—. Tenemos que irnos ya.

Asintió. Y mientras él se acercaba a soltar los amarres de los caballos, ella despertó al silfo.

Intercambiaron una mirada tensa y, sin mediar palabra, se pusieron en movimiento. Daval se levantó y ayudó a Fury con los caballos. Pudo comprobar que, aunque apenas había descansado un par de horas, estaba mucho más repuesto. Sus ojos violáceos destellaron, tensos y en alerta.

Un golpeteo rítmico se colaba entre los árboles, haciéndose cada vez más audible. Alguien corría hasta allí. Mirah estaba agachada recogiendo las capas y demás pertenencias del suelo. Él montó en su caballo y la apremió. Un movimiento salvaje mecía las hojas de los árboles.

—¡No hay tiempo, Mirah! —gritó.

Ella dudó un momento antes de dejar caer todo al suelo. Corrió mientras Daval subía con agilidad al caballo restante y le tendía una mano. Un blemio emergió de la espesura corriendo y la embistió haciéndola caer al suelo. La criatura se detuvo un instante y jadeó frente al riachuelo.

Ella arrugó la frente y se llevó una mano a la sien. Fury reconoció al blemio joven que habían dejado con vida y le sorprendió la mirada de pánico en sus tres ojos. De repente, un gruñido gutural entre los

árboles les erizó la piel.

—¡No! ¡Ni se te ocurra…!

Soltó una maldición al ver que Mirah se levantaba y sacaba la espada. Una figura robusta salió de entre la maleza para cernirse sobre el blemio. Solo al ver la forma de los cuernos, Fury supo que era igual que el que habían visto en el Bosque de los Suspiros. El ruido atroz de la carne desgarrada casi superó al de la corriente. Ella volvió a llevarse una mano a la sien, entrecerrando los ojos, pero afianzó la espada en la mano y la blandió. Con un giro de muñeca, asestó un tajo al brazo de la criatura. Una sangre negra salpicó la espada, pero el ser no soltó al blemio, cuyos chillidos de horror eran insoportables.

Ella volvió a darle un nuevo tajo. La carne de la espalda se abrió con más sangre negra, pero ante sus ojos volvió a cerrarse como por arte de magia. El demonio dejó caer el cuerpo muerto del blemio y giró la cabeza hacia ella. Sus ojos eran totalmente negros.

Fue el silfo quien reaccionó. Agachándose en su montura, la agarró del brazo y le ordenó que subiera. Ella pareció reaccionar y, aunque se debatió un momento, aceptó su mano y subió a su espalda. Justo en ese momento, otro demonio aparecía entre los árboles. Fury obligó al caballo a avanzar, con Daval y Mirah a sus espaldas, pero el terreno era angosto y no podían ir tan rápido como querían. El ruido de violencia y los gruñidos se alzaron como un coro.

«El rey estaba equivocado. Han llegado también aquí».

Y, como para corroborar su pensamiento, otra boca de dientes prominentes y ojos negros lo obligó a esquivarlo al aparecer por la derecha.

Los primeros rayos de sol se colaban entre los árboles más adelante. De pronto, su caballo recibió un golpe brutal en el pecho. El animal se dobló y sus patas delanteras cedieron. El asys le asestó otro golpe, y el impulso del caballo hizo que Fury se viera lanzado hacia delante y cayera en el suelo.

El demonio se apresuró a alcanzarlo, pero se paró en seco.

Frunció el ceño. Estaba en un sendero amplio y despejado, iluminado por los primeros rayos de sol. El demonio lo contempló un instante desde la oscuridad de los árboles mientras él se levantaba. En ese momento, el otro caballo apareció y Mirah se agachó desde la montura para blandir la espada contra el demonio. Lo alcanzó en el cuello, pero la criatura solo gruñó. Después, se dio la vuelta y desapareció entre los árboles.

Fury recuperó el caballo, que parecía ileso, y montó a la vez que oía el avance tranquilizador del otro corcel a su espalda. En los flancos del sendero, unas cuantas siluetas oscuras corrían en dirección contraria, haciendo que los árboles se agitaran; huían hasta la parte más recóndita del bosque. ¿Cuántos había?

En medio de un aluvión de pensamientos, notó que alguien gritaba. Era Mirah.

20

La perezosa luz del alba los envolvió al final del bosque.

Avanzaron sin descanso, como si cualquier distancia de por medio con esas criaturas fuera insuficiente. Una vez dejó de gritar, Mirah sintió la boca seca y con un regusto amargo. Aguantó las náuseas que le removían las tripas y, cuando no pudo más, pidió al silfo que parara. Descendió del caballo, se alejó unos pasos y vomitó sobre la hierba.

Un sudor frío la humedecía. Se apoyó en el suelo mientras intentaba serenarse, sintiéndose casi ebria. Había sido desgarrador. Miles de voces en una jerga de sonidos desconocidos. Todas chillando a la vez, abriéndose paso en su cabeza. La presión insoportable en las sienes había sido como manos invisibles que pugnaban por aplastarle el cráneo. Aturdida, se había llevado las manos a la cabeza en un intento de aliviar la sensación, obligando al silfo a sujetarla con un brazo para que no se cayera del caballo.

Fury se arrodilló junto a ella. Le cogió la cara para apartarle el pelo húmedo y pegajoso hacia atrás y sus ojos la observaron con preocupación. Daval también había desmontado y la miraba con expresión seria. Jamás había conocido a alguien tan difícil de descifrar. Imposible saber qué le rondaría por la cabeza.

Se mantuvieron en silencio, temerosos quizá de que al pronunciar una palabra apareciera una de aquellas criaturas entre los árboles.

—No nos han seguido.

La frase del silfo fue más un intento de romper el hielo que una afirmación. Fury asintió mientras ella se incorporaba. Se limpió los labios con la manga, en un gesto poco refinado con el que se habría ganado un gesto despectivo de su madre.

—¿Qué te ha pasado con esos seres? —preguntó Daval mientras la analizaba con los dedos, mesándose la barba. Su tono fue directo. No

parecía ser un tipo de irse por las ramas.

—Esos seres eran asys —le corrigió Fury.

El silfo lo miró, pero no hubo ningún reflejo de sorpresa en sus ojos. Eso la extrañó.

—¿Demonios asys? —repitió. En su mirada solo captó un destello fugaz de agitación antes de que se oscureciera, escondida por una máscara. Su fingido tono de sorpresa fue casi perfecto y solo hizo despertar aún más su curiosidad.

«Este tipo sabe algo».

Pero, aunque le apeteciera hacerle preguntas, se sentía demasiado mareada para indagar. Ya estaba ocupada intentando no vomitar otra vez. Tomó nota mental de dejar las pesquisas para más tarde si tenía oportunidad.

Cruzó una mirada con Fury. No hacía falta que hablara para saber qué pensaba. Los demonios habían llegado también allí y eso convertía su visita al rey en aún más urgente. ¿De dónde habían salido? Aunque no había entendido nada de los extraños sonidos, sí había sentido el deleite de la violencia y la muerte en el asalto de sus gritos. Había compartido un cúmulo de sensaciones que habían explotado como miles de agujas cosiéndole el cerebro.

—Estaban en mi cabeza —susurró, llevándose una mano a la frente—. Los sentía aquí dentro. Sus gritos me quemaban. No sé cómo…

Un pájaro cantó para llenar el silencio y crear un ambiente aún más extraño. Como si lo que habían visto hacía un momento fuera solo una pesadilla.

—Eso es muy raro. —Fury se revolvió el pelo. La miraba con extrañeza. El perfecto spirit intentaba encontrar una explicación, pero no debió encontrarla—. Luego hablaremos de eso. No podemos distraernos, tenemos que llegar lo antes posible ante Tuso.

Ella asintió y miró al silfo.

—Supongo que te harás millones de preguntas, Daval. —Él se encogió de hombros. Era el tipo más raro que había conocido. La había abandonado. Y también la había salvado. El funcionamiento de su cabeza debía ser un secreto de los milenarios. Decidió ser sincera—. En el noreste ya hemos tenido alguna visita de esas criaturas; es cuestión de tiempo que lleguen a Trisar. Viajamos para pedir ayuda al rey en caso de que…

Fury chasqueó la lengua a su lado.

—No creo que le importe mucho lo que pase en nuestro reino.

—En eso tienes razón, spirit. —Se acercó a Mirah y se metió la mano en la cintura del pantalón para darle el puñal—. Creo que esto es tuyo. Yo continuaré mi camino.

—Pero no tienes caballo —dijo ella.

—Encontraré otro. —Caminó unos pasos y se giró—. Ah, y suerte, la vais a necesitar. Tuso no hace caso a nadie.

—No será tan estúpido como para ignorar a la primogénita del rey Edur —dijo Fury.

Daval se paró en seco. Con el ceño fruncido y sin disimulo, la miró de arriba abajo.

—¿Tú? ¿Tú eres la heredera alux? —Alzó una ceja, escéptico.

Ella sintió que se sonrojaba. Era bastante frustrante que todos la vieran como «la hija de». Ese peso la acompañaba desde pequeña y a veces la incomodaba. Muchas eran las ocasiones donde había deseado ser una alux normal y pasar desapercibida. Al parecer, por una vez, lo había conseguido. Se miró las ropas sencillas y dio gracias por haberse cambiado la camisa llena de sangre. Soltó una risita de satisfacción al ver la cara desconcertada del silfo.

—Prefiero ser Mirah, sin títulos.

Él asintió, perplejo. Esperaba algún comentario burlón o que se diera la vuelta con un simple: «Suerte, princesa». Por eso le sorprendió que, justo cuando iba a montar en su caballo, su mano le agarrara las riendas.

—Voy con vosotros. Tuso estará más receptivo si os respalda uno de su propia especie.

Frunció el ceño por su cambio brusco de opinión. Fury blasfemó por delante. Antes de darse cuenta, ya estaba montado tras ella. Meneó la cabeza.

«Fury tiene razón. Estos silfos son tan cambiantes como el tiempo».

* * *

En realidad, Daval dudaba que su presencia ante Tuso marcara diferencia.

El rey no parecía hacer distinciones para despreciar a casi todo el mundo, fueran de una u otra raza. Casado con una noble de raza humana, Daval se extrañaba de que hubiera alguien que soportara su

presencia a largo plazo. Y más aún le extrañaba que fuera humana. O bien había grandes sumas de dinero de por medio, o algún tipo de chantaje.

No le apetecía en absoluto someterse a la mirada escrutadora del rey de Tefalén, pero había visto una oportunidad y había tenido que tomar una decisión rápida.

Ser una simple alux y ser la heredera alux era muy distinto para sus intereses.

Al igual que en el bosque había intuido que ella le mentía, en esta ocasión, supo que decía la verdad. Mientras el caballo galopaba, y conforme dejaron de mirar a su espalda por miedo a una nueva visita demoníaca, se relajó y estudió a la alux. Procuraba no rozarse con él más de lo necesario, pero tampoco parecía estar incómoda a pesar de ser un desconocido. Y allí estaba, agarrado a la cintura de quien algún día ocuparía el trono de Trisar.

Por primera vez se permitió ceder a su curiosidad y comenzó a hacer elucubraciones.

«Es de locos. Una futura reina debería viajar con una comitiva mayor y debidamente escoltada más allá de un simple spirit, por poco simple que fuera». Meneó la cabeza.

El supuesto Fury no era su vasallo, pero tampoco parecía soldado a pesar de su corpulencia. No había relación de servidumbre. «Son… ¿amantes?». Podía ser, aunque no había visto ningún gesto que lo confirmara.

El camino comenzó a descender, y ella, mucho más serena, hizo fuerza para frenar al caballo. Daval se alegró de ir detrás y que no pudiera ver su cara de desconcierto. La heredera alux había interrumpido su camino para salvarlo, demostrando una entereza y valentía mayor que muchos. Una aristócrata valiente y moral. Tuvo ganas de reírse ante la imposibilidad de juntar esos dos conceptos. Una casualidad muy conveniente para él, al fin y al cabo.

Había estado pensando en Tris toda la noche y ver a los asys había sido un puñetazo en el estómago. Admitir su existencia era admitir al céfiro que dominaba a su hermana. Y, aun sintiéndose inquieto, percibía que todo aquello iba más allá de ella y de él.

«Algo se está cociendo, Davy», dijo la voz de Morty en su cabeza.

La frase se repitió varias veces.

Quizás aparecer por Trisar junto a la hija del rey lo ayudara en sus propósitos. Quizás Mirah supiera cómo ayudar a su hermana. Quizás

el spirit conociera a alguien que le fuera de ayuda. Eran muchos quizás, pero su instinto le decía que había tomado la decisión correcta.

—¿Siempre estás tan callado? —Ella lo miró sobre el hombro—. Si vamos a compartir caballo, esperaba un poco más de conversación. ¿Al huraño silfo le impone saber quién soy?

—¿Imponerme? —Su risa estaba acompañaba de esa arrogancia habitual—. No ha nacido aristócrata que haya conseguido eso. Solo pensaba. ¿Alguien como tú no debería ir por ahí embutida en un vestido de precio prohibitivo con una amplia custodia de alux lacias y remilgadas?

—¿Has oído, Fury? —Le sorprendió ver que, en vez de ofenderse, ella se reía. Una risa fresca que le gustó más de lo que iba a admitir—. No sé qué adjetivo añadir a esa descripción; estoy entre falsas o narcisistas. —Volvió a reír y Fury mascullό por lo bajo. Su caballo la seguía con un andar calmado. —No te falta la razón, Daval. —Llevó las riendas a la derecha para sortear una piedra del terreno—. Las alux somos más que eso. O lo éramos. La gran mayoría de nuestra aristocracia se ha asegurado de ganarse esa reputación durante miles de años, no pretendamos cambiarla ahora.

«No. Definitivamente, esta alux no es común».

—Mi raza tiene una conexión innata con la naturaleza, ya que nacimos en el corazón de los árboles y aún vivimos en ellos —continuó ella—. Por eso sabemos todo lo que la tierra puede ofrecernos, nos dedicamos a sacarle el máximo partido y nuestros conocimientos llenan ya varias salas. ¡Algún día tendrías que ver la Gran Biblioteca del reino! —Empezó a enumerar las secciones de la biblioteca ilusionada. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que era uno de sus temas favoritos.

—¿Lo salvaste para matarlo de aburrimiento? —Fury puso los ojos en blanco.

—Oh, cierra el pico. —Se echó el pelo hacia atrás y continuó—: La realidad es que sé lo que aparentamos fuera de nuestra región. La culpa es de mi generación; está olvidando la grandeza de nuestra especie. La clase alta se limita a socializar y todo se reduce a fiestas, eventos y a quién lleva la ropa más acorde a sus alas. Pero no todos somos así, ¿sabes?

21

Daval la oyó sentenciar y alabar a su raza a partes iguales. Guardó silencio, se encontraba demasiado desconcertado como para iniciarse en un debate sobre una raza que siempre había despreciado. Era la primera vez en su vida que alguien se escapaba de su juicio personal. Solía juzgar bastante bien a la gente de un solo vistazo, pero, en ese momento, se volvió a sentir descolocado. Ella siguió despotricando y pudo sentir la rabia que la encendía por cómo asía las riendas. Por sus palabras, la heredera parecía un animal perdido dentro de su propia manada. Las palabras se deslizaron por sus labios sin apenas darse cuenta.

—Sé lo que es sentirse fuera de lugar junto a un puñado de personas a los que solo les importan los estándares sociales —dijo y se sorprendió a sí mismo. Le debía de quedar una pizca de moral en algún lugar escondido para hacerle sentir mal por cómo la había tratado.

Ella se giró con el ceño fruncido.

—No pareces ser un tipo que se deje llevar por estándares, más bien pareces tener los tuyos propios. Y bastante férreos, me atrevería a decir.

—No hay mayor verdad que la vida misma.

El spirit resopló a su lado.

—No me digas que también eres poeta.

Daval le clavó la mirada.

—He visto mucho, spirit. Eso me da una idea clara de cómo son determinadas razas. La realidad es que no puedes confiar en ninguna. —Desvió la vista al camino—. Ni siquiera en la mía.

—No me digas más. Eres de esos que van de duros e independientes —dijo Fury—. De los que piensan que todo sigue un patrón blanco o negro. Siento decepcionarte, pero en la vida siempre

hay matices.

—¿Y qué sabrás tú? —Su tono se volvió frío y soltó una risita—. Probablemente nunca has salido de tu región. Dime, ¿qué eres? ¿Panadero?

Su risotada se congeló cuando, en un abrir y cerrar de ojos, el spirit había desenvainado la espada y le apuntaba al gaznate.

—Hago espadas. Como esta.

Alzó las cejas, sorprendido. Fury guardó la espada. Aquello explicaba que la acompañara, pero, aun así… ¿un spirit herrero? Era de chiste.

—Es el mejor herrero de Trisar —agregó ella sin mostrar sorpresa alguna—. Es más, sabe reconocer y clasificar cualquier objeto con una punta afilada. —Bajó la voz en un falso susurro—. Aunque la verdad, a la hora de manejarlas, gano yo.

El spirit contraatacó con un comentario ofendido y los dos se pusieron a charlar. Prefirió quedarse en silencio, pero captó la mirada de advertencia del tipo. No le caía bien y sospechaba que no le iba a quitar el ojo de encima. Lógico, se había portado como un cretino. Como siempre.

Se tocó la arcóbriga enfundada en el muslo. Quizás ese tipo podría decirle si era realmente verdadera o no, pero eso implicaría preguntas, justo lo que él quería evitar. En cualquier caso, y después de lo que había visto, su daga podría ser muy necesaria. Esa y cien más quizá. Se encontró pensando si quedaría alguna más perdida por Elania o él había tenido una magnífica suerte.

—¡Eh! Creo que hemos llegado.

Mirah detuvo el caballo. El camino descendía más empinado desde aquel punto y los tres contemplaron aquella estructura cuadrada y perfecta que parecía anclada al terreno. La residencia del rey Tuso solo podría describirse como una bestia arquitectónica.

Daval se puso la mano sobre los ojos. El edificio, de grandes dimensiones, estaba recubierto en su totalidad por lo que parecían placas de metal. Aquella caja metálica reflejaba el sol produciendo un efecto cegador. El carácter austero e inexpugnable de su estructura se acompañaba de unos muros sin resquicios al mundo exterior.

Comenzaron a descender la pendiente con cuidado de que los caballos no tropezaran. Daval oyó cómo la alux soltaba una exclamación sorprendida. Él ya había visto esa construcción en algunas ocasiones, pero debía reconocer que seguía siendo

impresionante, sobre todo, por su ubicación. Tuso se había asegurado de situarse a los pies de una llanura redondeada, un método de camuflaje bien estudiado.

—Es curioso —dijo Fury.

—No es curioso, es astuto —lo corrigió Daval—. La mayoría de estrategas de guerra te dirían que las posiciones altas son las idóneas para identificar un ataque enemigo, pero, desde que Tuso construyó La Ratonera, dejó claro que había otras formas de partir con ventaja.

—No es un nombre muy elegante para una residencia real —señaló Mirah.

Él se encogió de hombros.

—Ya, pero está todo calculado para que sea como tal. Mira ese lateral. —Señaló con el brazo una barra alargada que sobresalía por el techo—. Aquel poste suele pasar desapercibido y es uno de los puntos fuertes de este lugar. Es un visor rotatorio. Permite ver a quien se acerque por la ladera en cualquier dirección. Así controlan todo el perímetro. Ya nos deben haber visto.

Su comentario le hizo retroceder al pasado. Era la hora del té en la residencia Wicker, y el arquitecto de Tuso, un gordo seboso con expresión lasciva, desvelaba ese detalle a un par de jovencitas aristócratas con el fin de procurarse calor en el lecho para esa noche. Obligado a asistir, un joven Daval se dedicaba a espiar las conversaciones de los invitados con el fin de combatir el aburrimiento. También oyó al arquitecto asegurar que el rey había instalado su propia cámara de tortura en algún lugar escondido de aquel edificio. Eso solo quedó en un rumor, pero Daval no dudaba de que el monarca tenía la sangre fría para eso y para más.

El camino se ensombreció cuando llegaron abajo. La propia colina creaba un juego de sombras en la llanura a pesar de que el sol brillaba con todo su esplendor.

—¿Qué son esos agujeros? —Mirah alzó un brazo para señalar—. Parecen pequeños ojos.

—Sí —dijo Daval—. Tienen el tamaño justo para introducir el extremo de una flecha. En caso de ataque, el enemigo se vería reducido en un instante a tiro de arco. Si a eso sumamos la huida por esta empinada ladera, el conjunto es como…

—Una trampa —concluyó Fury.

Asintió y se rascó la cabeza. Qué raro. Ya debería haber salido alguien a recibirlos, pero las puertas permanecían cerradas como dos

gigantes desafiantes.

«¿Es la hora del desayuno y no hay nadie vigilando?», pensó.

Una vez superada la ladera, el camino hasta la entrada era llano. A su lado, Fury espoleó al caballo. Mirah y Daval apenas tuvieron tiempo de seguirlo cuando el cuerpo del spirit se sacudió con violencia hacia un lado.

Fue entonces cuando el silbido de una flecha cortó el aire hacia ellos. Daval le gritó a Mirah que se agachara justo cuando la flecha les pasaba sobre la cabeza. Ella llamó a su compañero con la cabeza gacha, azuzando a su caballo para ponerse a su altura.

Daval presintió otro ataque y ella se tensó frente a él. Inspiró hondo y se concentró. Sin perder tiempo, soltó aire y las flechas perdieron velocidad. Cuando ya estaban muy cerca, volvió a soplar y cayeron al suelo laxas, como una panda de pájaros malheridos. Cinco flechas. Solo cinco.

Fury estaba pálido, quizás más por el susto que por la herida. La flecha le había impactado en el hombro y, aunque la sangre le manchaba la camisa, no parecía profunda.

—Menudo comité de bienvenida —se quejó con un gruñido. Hizo ademán de quitarse la flecha, pero hizo un gesto de dolor.

—¡Ni hablar! —protestó Mirah—. Si la quitas, sangrarás más. —Espoleó al caballo hacia la entrada y, una vez delante, se apresuró a aporrear la inmensa puerta con el puño—. Espero que tengan una enfermería en condiciones.

Daval oyó el ruido de sus golpes insistentes.

—¡Abrid ahora mismo! —gritó ella.

Aquello era impropio hasta para Tuso. Debía haber algún problema. Sin saberlo, casi asesinan a la heredera de los alux. Un mal desenlace habría llevado a una enemistad entre razas, a una guerra tal vez. Meneó la cabeza.

Un crujido rompió el silencio.

Las puertas, casi camufladas en esa fachada de metal liso y reluciente, comenzaron a abrirse. Esperando a que saliera una ingente cantidad de soldados, Daval alzó las cejas al ver solo dos siluetas recortadas contra el marco.

Uno de ellos les hizo señales para que se dieran prisa. Fury abrió la boca para protestar, pero el más robusto lo silenció y lo animó a cruzar las puertas con rapidez. El otro miró alternativamente a ambos lados para confirmar que no hubiera nadie más. Las puertas se

cerraron tras ellos con un ronroneo metálico y descendieron de los caballos.

Daval miró la habitación cuadrada y austera, iluminada por docenas de lámparas de fuego que colgaban del techo y de los travesaños de las paredes. La estancia precedía un corredor amplio que se extendía hasta donde alcanzaban sus ojos.

Uno de los soldados, de actitud igual de fría que el lugar, llamó a un par de sirvientes para que se ocuparan de los animales. Daval nunca había cruzado esos muros, pero siempre se había imaginado su interior en constante actividad. Por el contrario, apenas vio unas cuantas personas caminando por el corredor y perdiéndose como fantasmas a uno y otro lado. El ambiente era silencioso, casi demasiado para su gusto. A su lado, Mirah tragó saliva.

—¿Esperabas un castillo, princesa? —le susurró. Ella se encogió de hombros.

El soldado más robusto se acercó. Era un humano musculoso y macizo, aunque más bajo que ellos. Sin embargo, su altura no amilanó sus ojos marrones, que los miraron con frialdad. Se pasó una mano por la cabeza, rapada a los lados y donde ya se observaba el inicio de una sombra de pelo castaño. Parecía incómodo.

—Lamento nuestro pequeño error, señores.

—¿Pequeño? —espetó Fury.

El soldado alzó la barbilla y desvió la vista de él, como si no mereciera su atención. Su mirada se perdió en algún punto en el pasillo antes de hablar.

—Ha sido una noche… complicada. —Se irguió antes de presentarse—. Soy el jefe de primera guardia Rowel. Por determinadas circunstancias que no voy a referirles, hoy estaba a cargo del visor exterior uno de nuestros novatos. Parece que se ha precipitado al dar la voz de alarma.

—Precipitado —repitió Fury con sarcasmo.

El hombre no lo ignoró esta vez. Sus ojos lo miraron con arrogancia, visiblemente molesto porque un spirit se atreviera a recriminarlo. Una vena en su sien se acentuó. Abrió la boca para replicar, pero Mirah dio un paso al frente y puso los brazos en jarras.

—Espero que tengáis a alguien que no sea tan inepto para curar el «pequeño error» sufrido por mi acompañante, o ¿debo hacerlo yo misma?

El tono autoritario de la alux fue tan potente que hizo que Rowel

pestañeara desconcertado. Sus ojos oscuros se habían clavado en el soldado de la misma forma que se habían clavado en Daval antes de marcharse del claro. Aquel semblante imponía mucho viniendo de un cuerpo tan menudo. Rowel la miró al percibir un halo de autoridad que no parecía saber descifrar y su nuez se meció de abajo arriba.

—Aún no sé quiénes son. Ni qué quieren.

—Cierto, discúlpeme —dijo ella. Irguiéndose y echándose el pelo hacia atrás se aclaró la garganta—. Soy Samirah, hija mayor del rey Edur de Trisar. Princesa descendiente directa de la antigua familia de las Rosas, heredera legítima del trono alux y del reino norte azul de Elania. Y ahora, señor… —fingió no recordar su nombre—… Rowel, ¿podría mover el trasero de una maldita vez y avisar al rey de nuestra visita?

No hubo vacilación alguna en su voz. Aún vestida con esa indumentaria masculina y sencilla, emanó de ella un torrente tan decidido que Daval tuvo que bajar la cabeza para ocultar un esbozo de sonrisa. Esa alux sí sabía hacerse respetar.

La perorata adornada en exceso surtió el efecto deseado y el hombre se quedó plantado sin saber muy bien qué decir. Daval lo vio llevarse una mano a la barba, antes de dar un vistazo fugaz por encima del hombro de la mujer. Ella alzó las cejas, desafiante. El tipo parecía preguntarse lo mismo que Daval tiempo antes, pero fue lo bastante listo como para no mencionar el tema de las alas. Una chispa de reconocimiento se encendió al fin en su mirada.

—Nosotros… no… no sabíamos que venía, princesa.

—Porque no hemos avisado. ¿Dónde está el rey?

—Le haré saber de inmediato que está aquí. —Rowel señaló a Fury con una mano—. Llevaremos a su sirviente a la sala de curas mientras la conduzco hasta…

—De sirviente nada —le cortó ella—. Fury es uno de los miembros más destacados de mi consejo personal y será tratado como tal.

—Pero es un…

—Será mejor que no acabe la frase. Y, como no me fío del trato que se le vaya a dar, no veremos al rey hasta que me asegure personalmente de que lo curan de forma adecuada.

Rowel los miró a ambos y luego a Daval. Abrió la boca para hablar, pero la cerró. En Tefalén, los spirits siempre habían sido sirvientes. Para los tefalinos y aún más para los silfos, con sus fuertes convicciones, reconocer a un spirit como igual era, cuando menos,

complicado. Casi se podía ver el humo que salía de la cabeza del jefe Rowel.

—Así será. —Vaciló un instante—. Disculpen un momento, daré órdenes para que lo organicen.

Se alejó e hizo señales a un muchacho que pasaba por el vestíbulo. Vestido con un peto de cuero oscuro, este crujió al dirigirse al chico en voz baja. El joven los miró de reojo antes de perderse por el extenso corredor. Rowel volvió hasta ellos y les hizo un gesto para que lo siguieran.

Todos se internaron en aquel gran pasillo, similar a la columna vertebral de un gigante dormido, mientras pasaban delante de incontables puertas que se abrían como costillas a otras estancias. Los recién llegados se quedaron un poco detrás, admirando las entrañas de aquel lugar. Daval se echó a un lado al estrecharse el corredor.

—Usted delante, gran princesa Samirah —susurró en tono mordaz. Ella torció el gesto—. ¿No decías que nada de títulos?

—A veces es necesario utilizarlos —dijo ella antes de abrir la boca con fingida sorpresa—. Resulta que el silfo huraño tiene sentido del humor.

22

La Ratonera era un lugar curioso.

Habían cruzado aquel pasillo inmenso y sombrío como si se internaran en el mismísimo centro de la tierra; sin apenas un resquicio de comunicación con el exterior. Para alguien acostumbrado a vivir en espacios diáfanos y amplios, la sensación era agobiante.

Mirah aún estaba decidiendo si se sentía más maravillada que acobardada. Aquel lugar era colosal. En su recorrido no se había resistido a mirar de reojo algunas de las estancias que no tenían puertas. En una de ellas, tras un arco de piedra, unos hombres charlaban en voz baja en un ambiente solemne. Todos callaron de súbito al ver pasar a los desconocidos.

Desde el fondo del pasillo se acercaban dos spirits cargados con cubos de agua. Ataviados con ropas sencillas de tela de saco, uno de ellos, el más joven, se paró de forma abrupta al identificar a Fury de su misma raza. Hubo extrañeza en sus ojos antes de derramar un poco de agua a los pies de Rowel. Este soltó una blasfemia antes de darle un empujón. El joven spirit cayó y todo el contenido del cubo empapó la piedra del suelo.

—Estúpidos criados —masculló el jefe de guardia.

Fury apretó los puños a su lado, y Mirah le contuvo con una mano el brazo, aunque ella misma sentía ganas de cruzarle la cara a aquel imbécil. No era el mejor momento para una reivindicación. La tensión se unió al ambiente tenso general, y contuvo la respiración.

Rowel torció hacia la izquierda para cruzar un arco. Los faroles luchaban por insuflar un poco de vida a unas paredes desnudas e impersonales. Mirah perdió la cuenta de las puertas que cruzaron, todas las estancias y pasillos eran igual de mustios. Al fin llegaron a otra estancia más grande, con varias camas repartidas de forma ordenada. Un olor fuerte impregnaba el ambiente, una mezcla de

sudor, sangre y plantas aromáticas.

Aunque los catres, apenas un amasijo de madera deforme, no parecían ser demasiado cómodos, todos estaban ocupados. Incluso había un par de hombres sentados en sillas en una esquina más apartada. Abrió los ojos para ojear una pequeña estantería a la derecha con algunos útiles de medicina, unos cuantos frascos sin etiquetar y varios libros. Pero al poco las lesiones de los enfermos acapararon toda su atención. La apacible atmósfera de Trisar hacía que pocas veces viera heridas y afecciones reales. Sin poder evitarlo, dio un par de pasitos atraída por la herida en la cabeza del hombre más cercano. Recibió un empujón de Fury como advertencia.

—Pórtate bien. —Asintió con los labios fruncidos. Debía continuar con su papel de princesa recatada y déspota si quería que allí la respetaran.

Rowel se dirigió al fondo, donde un tipo delgaducho toqueteaba la pierna de un hombre con suma delicadeza. Habló con él, y el tipo les dedicó un asentimiento tras recolocarse sus minúsculas gafas. El jefe de guardia los condujo a un pequeño despacho situado al fondo y entornó la puerta.

—Collins vendrá en un instante. No creía conveniente que la princesa Samirah permaneciera en esa sala mucho tiempo.

Puso los ojos en blanco exageradamente. Lo que ese Rowel no sabía es que ella ardía en deseos de poder curiosear todas las lesiones mientras levantaba sábanas de aquí y allá. Bufó para ocultar su frustración.

—¿Conveniente para mí o conveniente para usted, Rowel? No soy yo la susceptible, créame.

Su comentario volvió a descolocar al soldado, que, sin saber qué decir, salió de la estancia con un asentimiento.

—De acuerdo. Ya me he decidido —declaró ella una vez solos—, no me gusta este sitio. —Aunque estaba en un lugar ajeno, no resistió el impulso de acercarse a la mesa para examinar los frasquitos diseminados sobre ella. Algunos eran remedios demasiado rudimentarios.

—Tantos heridos… —dijo Daval de pronto—. Deben de haber sufrido un ataque, de lo contrario esta sala estaría vacía.

Los tres intercambiaron una mirada y una pregunta muda quedó flotando en el aire.

—Imposible —negó Fury—. Este lugar parece impenetrable. Los

asys no habrían podido entrar aunque quisieran.

La puerta se abrió y el supuesto Collins irrumpió en el despacho con una sonrisa afable. Le gustó en cuanto lo vio. Se frotaba las manos con una sustancia aceitosa de olor fuerte que identificó como extracto de laurel. Levantó una ceja. Hacía siglos que en Trisar no se utilizaba el laurel como desinfectante, era poco eficaz y ya existían preparados mucho más efectivos. ¿Acaso su raza no compartía sus conocimientos con el resto? Recordar la conversación con el silfo le hizo morderse el labio. Probablemente no.

La actitud cálida de Collins contrastó con todo el trato frío recibido hasta el momento. Era tan diferente a la de todos con los que se habían cruzado en aquel lúgubre lugar que, antes de darse cuenta, le estrechaba la mano con demasiado ímpetu.

—Qué energía —dijo él—. Bienvenida, princesa. Es un placer conocerla.

—Llámeme Mirah, por favor.

Él asintió y se acercó a la mesa para limpiarse las manos con un trozo de tela.

—Tú no eres de Tefalén —comentó Daval de pronto.

Collins se volvió hacia él con una mueca.

—Bueno, como siga rodeado de hombres y silfos huraños me temo que me volveré igual que ellos. —Fue entonces cuando vio el color púrpura en sus ojos—. Disculpa.

Fury se rio.

—Os tiene bien calados, silfo.

—Bueno, llevo más de ocho años aquí, conozco bien la raza. —Collins se sentó tras la mesa y comenzó a rebuscar entre los cajones. Se detuvo para examinar el letrero de un bote de cristal con los ojos entrecerrados tras las gafas—. Soy humano, aunque tengo un porcentaje de salamantino. Mi madre era de Taman. Aunque no he heredado nada de ella. —Volvió a recolocarse las gafas—. Me quedé como un decepcionante humano corriente. Caprichos de la genética.

Collins cerró el cajón antes de acercarse y, con ayuda de un cuchillo pequeño, cortó un trozo de manga a Fury. Acercándose a la herida, la examinó con dedos hábiles.

—Bien, no es muy profunda y se puede extraer sin mucho destrozo —dijo antes de aplicar un poco de líquido de un frasco por los bordes sangrantes—. Me ha dicho Rowel que uno de nuestros soldados se precipitó. No se lo tengáis en cuenta. Ha sido una noche

muy dura para todos.

Arrancó la flecha del hombro de un tirón y Fury gruñó en una mezcla de sorpresa y dolor. Mirah vio que se agarraba al asiento y entrecerraba los ojos.

—Lo siento —se disculpó el doctor.

—¿Ha habido un ataque? —preguntó Daval.

Collins se subió las gafas y lo miró un instante.

—Sí, podría decirse que sí.

—¿De qué? —preguntó Mirah. Advirtió que lo lógico habría sido preguntar «de quién». Daval le clavó la mirada y ella se encogió de hombros—. ¿Cómo han logrado entrar? Este sitio es una fortaleza.

Collins comenzó a untar un líquido viscoso sobre la herida que debía escocer por cómo Fury fruncía los labios.

—Es una fortaleza —dijo el sanador—, pero su seguridad no vale de nada si el ataque viene de dentro.

—¿De dentro? ¿Cómo?

—Uno de nuestros soldados, Weck. Era buen tipo. Un poco callado para mi gusto. —Collins pugnó con sus gafas, que amenazaban con deslizarse de nuevo por su afilada nariz—. Hacía la ronda en el patio interior del ala este y, de pronto, comenzó a atacar a todo con el que se cruzaba.

Hizo una pausa mientras ensartaba una aguja pequeña. Ella alzó una ceja, no parecía tener intención de ponerle ninguna sustancia calmante. Collins pareció leer su pensamiento.

—Me temo que nos hemos quedado sin esencias anestésicas, amigo. Demasiados heridos. —Fury asintió y Collins hundió la aguja en la carne mientras seguía hablando. La cháchara era un buen método de distracción—. Weck fue abatido. Fue la única forma de pararlo. Y antes de conseguirlo se llevó por delante a once compañeros. —Tragó saliva, afectado—. Los que sobrevivieron dicen que no reconocía a nadie. Atacaba sin armas, solo con las manos poseía una fuerza descomunal.

Qué extraño. La curiosidad de Mirah aumentaba conforme el sanador hablaba.

—El patio quedó hecho un asco —dijo Collins, y la aguja ensartó la siguiente puntada—. Los sirvientes aún siguen intentando quitar las manchas de sangre del suelo. El mismo Rowel fue testigo del momento en que arrancaba un brazo de cuajo de uno de ellos. El pobre está en la sala de al lado. No creo que pase de esta noche.

—No lo entiendo. ¿Qué le pasó? Alguien no decide matar a sus compañeros así de pronto.

—No lo sé. ¿Locura? Hay muchos recovecos del cerebro que desconocemos. —Inspiró hondo—. Los soldados comentaban que sus ojos estaban vacíos. Vacíos y oscuros.

Daval dio un respingo casi imperceptible que a ella no se le escapó. Continuaron la conversación, pero la alux observó que el silfo permanecía callado con la vista fija en algún punto en la pared. Cuando la descubrió mirándolo, desvió la vista a un lado y preguntó:

—¿Qué ocurrió después? Me refiero, ¿alguien más tuvo una actitud parecida o fue un hecho aislado?

El hombre apartó la vista de su tarea para mirarlo. Carraspeó.

—Bueno, lo cierto es…

—¿Queda mucho, Collins? —interrumpió Rowel—. El rey está esperando.

—Dame un momento.

Rowel asintió y se quedó a un lado, dando golpecitos en el suelo con el pie en actitud apremiante. Collins había perdido todas las ganas de hablar. Los chivatos por allí no debían estar muy bien vistos. Dio las últimas puntadas a la herida para después cubrirla con un ungüento y dio por finalizada su tarea. Rowel hizo un gesto para que lo siguieran y se despidieron del sanador. Ella se quedó la última en salir y susurró:

—Infusiones de olegaria con laurel y un toque de melaza. Para el dolor de los heridos.

23

Cómo picaba esa maldita pasta. Fury se intentó rascar los bordes de la herida mientras cruzaban por un patio interior.

Dos mujeres pararon de hablar entre ellas para mirar a los desconocidos sin un mínimo disimulo. El patio era sencillo, pero al menos había algún rastro de vida. Sintió que respiraba una bocanada de aire fresco al ver algunas plantas diseminadas en parterres a los laterales. Miró al cielo sobre su cabeza y cerró los ojos un instante. Pero ese instante no duró demasiado y suspiró cuando Rowel cruzó un pórtico para meterse en otro espacio cerrado y oscuro.

Aquel lugar era un laberinto asfixiante. Su sensación no mejoró cuando entraron en una sala de tonos ocres, iluminada apenas por las lenguas de fuego en los faroles que pendían de los maderos. Al menos sus paredes no eran impersonales y tenían motivos ornamentales. Repartidos por ellas, se alzaban diferentes tapices tejidos en lustroso terciopelo, la mayoría representando escenas bélicas. Un caballero a lomos de un león lo miraba desde el tejido más cercano.

Era la sala de audiencias. Aunque no hubiera visitado mucho la de El Brillante, supo enseguida que nada tenía que ver la una con la otra. Frente a la frescura de los mármoles y los canales líquidos de Trisar, esta no parecía una estancia digna de un rey, o al menos no de un rey al uso; pues seguía el patrón tosco y oscuro del resto de sus dependencias. Tampoco había flores ni ningún elemento natural, y el olor predominante era el de la madera corroída de los muebles con muchos años entre sus junturas.

Una figura los escudriñó desde el fondo, tras una mesa amplia de roble macizo. Frente a ella, tres sillas; desnudas y separadas. Mientras recortaba la distancia hasta allí, se sintió más bien como un condenado a prestar declaración que como un invitado a la residencia de un rey. Había una pulsión en el ambiente que imponía y erizaba el

vello.

El rey Tuso apoyó las manos en la mesa para mirarlos de arriba abajo y el cuero del sillón negro donde se sentaba crujió con su movimiento. Por la fama que le precedía, se lo había imaginado muy distinto.

El hombre que les devolvió la mirada era de complexión delgada, casi escuálida. La escasa iluminación dejaba entrever unas facciones duras y rígidas con unos pómulos prominentes casi tallados en mármol. Flanqueado por un soldado a cada lado, rígidos como estatuas, sus ojos pequeños descendieron levemente hasta las sillas en una orden muda para que tomaran asiento.

Mientras obedecían, vio que la sombra oscura bajo sus ojos se acentuó y se preguntó si aquel también sería un rasgo característico. Con lentitud, el monarca cogió una copa de la mesa y bebió. No se molestó en levantarse ni en ofrecerles una bebida. No hacía falta ser muy listo para ver que no le apetecía en absoluto recibirlos.

—Una visita extraña. —Su voz sonó glacial.

—Y un recibimiento más extraño aún. —Mirah amoldó su tono al de él y señaló a Fury. Tuso clavó la vista en ella, la cual inclinó la cabeza en un gesto educado pero comedido, aunque su mirada era la de alguien que no pensaba dejarse intimidar por unos cuantos soldados y una fortaleza decepcionante.

Tuso abrió los ojos. Eran del mismo color que los de Daval.

—Ah, eso. —Hizo un ademán señalando a Fury—. Me han informado. Lamento lo sucedido con vuestro lacayo.

Ella resopló. Le faltaba poco para perder el control. Antes de que le soltara alguna blasfemia, le dio un toque en la pierna. Estaba acostumbrado a los comentarios despectivos contra su raza, pero ella no. Sin embargo, no podían cometer ese error, aquella reunión era vital.

—Yo te conozco —dijo Tuso. Sus ojos pequeños se convirtieron en dos rendijas oscuras al observar a Daval.

—Es probable. Soy de la zona. —Evitó de forma deliberada el «majestad» y eso debió de irritar al rey al acentuarse las arrugas junto a su boca. De pronto abría los ojos en un gesto de sorpresa

—Oh, sí. Wicker. Eres el hijo desertor de los Wicker.

Fury vio que el silfo fruncía los labios. El rey soltó una risotada sardónica.

—¿Por eso abandonaste a tu familia? —continuó—. ¿Para escoltar

a princesas alux?

Daval apretó los puños mientras él volvía a reírse.

—No creo que mis míseros asuntos sean de su interés.

Tuso se inclinó por encima de la mesa, clavándole la mirada. Apenas tenía los labios abiertos, pero una brisa amenazadora removió el cabello de Daval. Mirah se levantó del asiento para atraer su atención y se cruzó de brazos.

—Majestad, como comprenderá, dada mi posición tengo mejor motivo para estar aquí que charlar sobre la vida personal del señor Wicker. —Chasqueó la lengua, exasperada—. Y, aun así, debo señalar que es él quien nos ha salvado de un ataque fortuito, producto de la absoluta incompetencia de sus hombres.

El rey Tuso se mordió el labio. Fury desconocía si su osadía le divertía o le irritaba.

—Descuide, el responsable será debidamente castigado. —La forma de pronunciarlo no dio lugar a dudas de que lo cumpliría—. Y bien, princesa, ¿a qué debo su excelentísima visita?

—Vengo en calidad de portavoz del rey Edur para advertirle de que existe un peligro creciente. —Hizo una pausa e intercambió una mirada con Fury antes de continuar—: Majestad, los demonios asys han vuelto.

Tuso permaneció imperturbable a excepción de una de sus cejas, que se alzó, escéptica. Soltó una carcajada que resonó entre las paredes. Crispada, ella colocó los brazos en jarras y alzó la voz.

—Tiene que creerme. Tienen un asentamiento en el acantilado del este. Es cuestión de tiempo que lleguen hasta mi región. —Caminó decidida hasta la mesa que los separaba—. Trisar no dispone de los hombres suficientes para combatirlos. ¡Necesitamos su ayuda, maldita sea!

Los ojos púrpura del rey centellearon con una nueva carcajada, lo que acabó con la paciencia de ella, que golpeó los puños sobre la mesa. El vino de la copa del rey se derramó por las vetas de madera. Tuso se alzó con desprecio para mirarla a un palmo de distancia.

—Jovencita, eres una…

—Puede cometer la estupidez de no creerme —cortó ella—, pero nos hemos topado con más de esas criaturas en sus tierras, a menos de una legua de aquí.

Tuso calló y le sostuvo la mirada. Una parte de él debió admirar su desplante porque suspiró y volvió a sentarse. Con una mano sobre

los ojos, al ver que su copa se hallaba vacía, mandó a uno de sus soldados a llenarla. Bebió y se limpió los labios antes de hablar.

—¿Un grupo de demonios puede campar por mis bosques y no enterarme? —Bajó la mirada, ensombrecida, y pareció hablar consigo mismo—. No puede ser, creí que lo controlaba y… —Arrugó la frente. Sus ojos ahora estaban perdidos en algún punto al fondo de la sala—. Demasiada oscuridad en un mismo día.

—Sé que todo esto es perturbador, majestad —continuó ella—. Pero Trisar y Tefalén tienen que estar unidos para enfrentar esto. Solo le pido que me dé su palabra de que mandará hombres para ayudarnos si estamos en peligro.

Él la miró y meneó la cabeza con una mueca amarga.

—Ya estamos en peligro, princesa.

* * *

Mirah pestañeó al bajar las empinadas escaleras.

Sin apenas mediar palabra, el rey les había pedido que lo acompañaran. Los tres le siguieron en un desfile inmenso de pasillos y puertas, intercambiándose alguna mirada extrañada de vez en cuando. Al llegar al último peldaño, se obligó a volver a pestañear para adaptar la vista. La iluminación allí era mucho más escueta y el aire la envolvió con un aroma rancio.

Mientras caminaba casi por inercia, siguiendo la llamarada débil de las antorchas, miró hacia atrás. Los ojos del silfo brillaban con más intensidad en la oscuridad. Se encogió de hombros, no parecía saber mucho más que ella.

El angosto pasillo era solo dos muros de piedra desnudos que conducían hasta un recinto al fondo, donde percibió varias siluetas oscuras casi inmóviles. El corredor terminaba allí y cuatro hombres se erguían en silencio, armados y en perfecta formación. Apenas le dedicaron una mirada con la vista fijada al frente.

Tuso hizo un gesto para que se apartaran y una puerta de hierro apareció tras ellos. Mirah la observó embelesada. Estaba cerrada no con una, sino con tres cerraduras.

«¿Qué necesita ocultar con tanto empeño?».

Uno de los hombres sacó una llave del bolsillo y abrió la cerradura superior. Otro lo imitó produciendo un sonoro chirrido metálico cuando descorrió la cerradura del medio. Después, ambos se apartaron

y fue Tuso el que se hundió una mano por el cuello de la chaqueta oscura. Extrajo una cadena fina de la que pendía una llave cobriza y oxidada. Abrió el último cerrojo y empujó la puerta cuyo angustioso gemido resonó en el pasillo.

Tuso se hizo a un lado para que ella pasara primero. Dentro, el clima era aún más agobiante y tuvo que inspirar un par de veces para acostumbrar los pulmones. Su mirada descubrió una estancia oscura, de cuyas paredes colgaban cadenas a diferentes alturas, rematadas por unos grilletes ennegrecidos por el paso del tiempo. Se sintió agobiada por el techo bajo que convertía el espacio en un cubículo asfixiante.

Avanzó y el olor intenso del óxido y del moho azuzó su nariz. A la luz de las dos únicas fuentes de luz, dos antorchas grandes enfrentadas, llamó su atención una mesa baja dispuesta a la derecha. Sobre ella reposaba un auténtico alijo de instrumental que jamás había visto.

Deslizó los dedos cerca del primero de una hilera de puñales colocados de forma diligente. Las hojas de sierra, las agujas alargadas y otros elementos cuya función desconocía brillaron con el llamear del fuego.

—Yo que tú tendría cuidado —advirtió Tuso a su espalda—. Todo está bien afilado aquí.

—Los rumores son ciertos. Una cámara de tortura.

El comentario de Daval la tomó por sorpresa y alzó las cejas. ¿Tortura? Una estancia así en su hogar era simplemente impensable. Retrocedió y los ojos del rey la siguieron; con aquella luz su gesto fue casi cadavérico.

—Los rumores siempre tienen un poco de verdad —dijo el rey, volviéndose hacia Daval—. Soy un ser práctico, muchacho. Hay lecciones que solo se aprenden con una buena dosis de dolor.

Mirah intercambió una mirada con Fury, justo cuando este daba un brinco. Ella también lo había oído. Un gemido. Allí en la semioscuridad ni siquiera habían advertido que había alguien más.

Abrió los ojos y una forma se perfiló. Al fondo, apostado con la espalda pegada a una viga de madera, había una figura pequeña. Apenas se movía, unas cadenas le paralizaban brazos, piernas y cintura. Fury soltó una maldición con la mirada baja.

—¡Pero si es un niño!

Sus voces activaron a la figura maniatada que, con los ojos vendados, comenzó a agitarse con fuerza. Sus pies pequeños se

retorcieron y las uñas rechinaron por el suelo. Otro gemido. Mirah se tocó la sien y tragó saliva.

Tuso se acercó con paso decidido y retiró la venda.

—Mi hijo.

Un escalofrío la recorrió al verle los ojos.

24

El vacío de la sala se llenó con los gemidos del niño.

A Daval sus ojos negros y vacíos se le antojaron un presagio de muerte. Sin pupila, el brillo del fuego de las antorchas se reflejaba en ellos como si el fuego brotara de su interior para achicharrarlos con una mirada. Las cadenas gruñeron con sus envites y, a pesar de su cuerpo menudo, en su boca se dibujó un rictus burlón que poco tenía de infantil.

—Sucedió deprisa —dijo Tuso. Su mirada estaba fija en su vástago, pero su cabeza estaba lejos de allí—. Ya habréis oído el incidente con mi soldado Weck. No sé cuántas puñaladas recibió antes de morir, pero fueron muchas. ¿Locura? —Soltó una risotada amarga —. Collins no es malo en su trabajo, pero su explicación fue insatisfactoria. No sé cuánto tiempo pasó hasta que oímos nuevos gritos en el patio sur. Mi hijo le había arrancado un trozo de cuero cabelludo a una sirvienta. —Suspiró y su pecho se elevó de forma casi imperceptible, tieso como una columna—. A diferencia de Weck, su complexión es pequeña y pudieron controlarlo. Diez hombres fueron necesarios.

—¿Y alguien más…? —preguntó Daval.

Él negó con la cabeza mientras daba un paso hacia la figura de su hijo.

—No quería reconocerlo, pero sé lo que es.

—¿Algún tipo de enfermedad? —sugirió Fury—. En Trisar…

Tuso se volvió hacia él con una mueca de desprecio.

—¿No me escuchas, spirit? Los de tu reino siempre pensáis que tenéis solución para todo. —Meneó la cabeza—. No es una enfermedad. Mi hijo ha sido invadido por un céfiro. El mismo que poseyó a Weck.

Daval se encontró apretando los dientes. «Tris no ha sido la

única».

Las palabras se repitieron en su cabeza una y otra vez. De pronto, el niño se esfumó y casi pareció verla a ella atada a aquel poste, con el pelo castaño claro ennegrecido y esos ojos de muerte. Le atenazó una presión en el pecho y quiso gritar.

—Pero… eso significa… —vaciló Fury.

—Significa que estamos de mierda hasta el cuello. —Las aletas de la nariz del rey se dilataron al hablar—. No sabemos si hay más céfiros, pero ya ha logrado llegar uno hasta aquí.

«Dos, en realidad».

Se pasó una mano por el pelo. Esperaba que ese número no aumentara. El recuerdo de la charla con el viejo Trebur y el horror en su rostro no ayudó a calmarlo. El silencio era pesado y se alegró de que Fury volviera a hablar o todos notarían que necesitaba salir de allí de inmediato.

—¿Hay alguna forma de sacárselo?

Tuso miró a su hijo antes de volver la mirada a él.

—Por supuesto. Matándolo.

El spirit pareció encenderse.

—¡Es solo un niño! ¡Y es su hijo! ¿Cómo puede…? —Apretó los puños. Una llama rojiza prendió cerca de su pie y él la extinguió con un pisotón. El rey no dio muestra de sorpresa alguna mientras él continuaba—. Puede que exista una manera. Un método que usted desconozca y…

El monarca lo aferró del cuello de la camisa y lo empujó hacia delante. Costaba creer que la figura escuálida del rey pudiera con la corpulencia del spirit, pero este se dejó, quizá por el simple respeto que infundía.

—¡Míralo! —La figura del niño se sacudió con violencia—. ¡Ya no es mi hijo! Ya no es nada. —Lo soltó y caminó por la habitación—. He leído los diarios de mis antepasados, contaban cómo quedaban los cuerpos de los infectados en el momento en el que el céfiro los abandonaba. La carne se les caía a trozos como si ya no tuvieran nada dentro que proteger. Su invasor nunca se saciaba. Nunca.

»Y, cuando ese ser decidía que tenía que abandonar el cuerpo, la mayoría moría al instante tras la separación. Algunos aguantaban más. Incluso los libros de la época oscura hablan de que un puñado de desgraciados intentaron conservar a sus familiares encadenados, aferrados a la existencia de ese supuesto método del que hablas. Qué

ironía que muchos de ellos acabaran asesinados por esos mismos familiares, ¿no crees?

Daval sintió el sabor de la sangre en la lengua. De forma inconsciente se la había estado mordiendo con fuerza. Miró a Tuso. No había duda en su mirada, creía firmemente que solo había un final. Se debatió consigo mismo mientras pensaba en sus palabras.

—¿Y será capaz de mancharse las manos con la sangre de su propio hijo? —recriminó Fury—. Han pasado miles de años desde entonces y puede que…

—No hay alternativa posible —cortó él—. Rucuh solo es una amenaza.

Daval se giró. Entonces reparó en que la princesa alux había permanecido extrañamente callada durante la conversación. La miró. Mirah tenía la vista clavada en el niño y apenas pestañeaba. ¿Qué le pasaba? Con el ceño fruncido, la vio avanzar hacia adelante como un espectro. Parecía perdida, hipnotizada. Le puso los pelos de punta de tal forma que se acercó a cogerla del brazo. Ella pestañeó antes de mirarlo. Durante un instante, no parecía saber dónde estaba. Se dedicó a oír a Fury y al rey mientras discutían hasta que volvió en sí.

—Puede que Fury tenga razón —intervino ella—. Leí en un libro algo sobre una separación de un demonio usurpador… —Aunque lo intentaba, se le notaba que seguía aturdida y los ojos le brillaban. Se dio un toque en la frente—. Qué estúpida, si lo hubiera sabido…

Tuso negó con la cabeza.

—Imposible.

—¿Y si fuera verdad? —la apoyó Fury—. Su hijo aún está ahí dentro.

Daval dejó de mirar a la alux para dirigirse al rey.

—Yo en su lugar agotaría hasta el último ápice de esperanza.

Una risotada los sobresaltó. El niño encadenado lo miraba a él directamente. Una nueva carcajada, adulta y diabólica, resonó en la estancia.

—No hay esperanza para nadie. —Su tono de voz levantaba escalofríos—. Ni para Tris.

25

El rey de Tefalén no parecía sorprenderse con nada. Sin embargo, en aquel momento en que una voz que conocía tan bien habló con aquel cariz oscuro, su boca se abrió de par en par.

Mirah intercambió una mirada con Fury, que había abierto los ojos y se revolvía el pelo, como siempre que estaba nervioso y no sabía qué hacer con las manos. El pequeño Rucuh no volvió a emitir frase alguna, su estado volvió a los gemidos y sonidos de antes. Pero fue el silfo el más afectado. Aunque no dijo nada, tenía la cara desencajada.

Fury, que se negaba a un asesinato de tal calibre, volvió a intentar hacer entrar en razón al rey, pero Mirah no prestaba atención. Desde que había visto al muchacho, había una conexión que la empujaba hacia él. Un magnetismo que había disimulado junto con una nueva presión en las sienes; más leve esta vez que en el bosque, pero, aun así, molesta y extraña. Comenzó a sentirse más ligera conforme se acercaba a la figura menuda.

Las muñecas laceradas por el roce de los grilletes sangraban describiendo un reguero a lo largo del brazo. Con el pelo alborotado, el cuerpo seguía estremeciéndose ante la fuerza de una violencia ciega. Se mordió el labio con curiosidad, a la vez que intentaba entender cómo funcionaba aquello.

¿Conservaba la vista? ¿Podía sentir? ¿Oía cómo su padre hablaba de matarlo?

Si la respuesta era afirmativa, probablemente ya habría renunciado a su cordura con sus once o doce años. No reparó en que estaba muy cerca hasta que él dirigió sus ojos negros hacia ella, más como si la oliera que como si la viera. La punzada en su sien cobró intensidad, pero intentó relajarse.

La mente se le quedó en blanco junto al cántico de una serie de

sonidos guturales, pero no duró mucho. Como si abriera una puerta recién descubierta, tomaron forma en su cabeza una sucesión de imágenes. Inconexas y caóticas, su visión ahogó cualquier otro pensamiento del presente.

Un bosque plagado de sombras. Charcos de sangre. Viento meciendo los árboles.

Eran tan vívidas que sintió que podía tocar y oler el entorno si alargaba una mano. Los sonidos parecieron cobrar intensidad y esta vez sí encontró algún sentido.

«La Wicker… Ella podrá…».

Las palabras se cortaron de súbito cuando tiraron de ella hacia atrás.

Pestañeó aturdida tras romper el contacto visual y se encontró con los dedos de Fury enroscados con fuerza en su brazo. La miraba extrañado. Ella le apartó el brazo con un ademán y tragó saliva. Había sido tan real que casi ni se acordaba de estar allí.

Daval la observaba en silencio desde un lado, perdido en sus propios pensamientos. Tuso se había alejado hasta la puerta. Había una mujer menuda hablando con él.

—No bajes más —ordenó el monarca.

La mujer echó un vistazo hacia el fondo de la sala, luego le tomó una mano.

—Déjame que le dé un poco de agua al menos —rogó en un susurro. Demacrada, con los ojos hinchados y enrojecidos, era casi un fantasma errante de aquel lugar.

—Vivalis, no me lo hagas más difícil. Ya te lo he dicho. Ni el agua ni la comida van a devolvernos a nuestro hijo. —La mujer llevó sus manos entrelazadas entre el pecho de ambos en una súplica, pero Tuso meneó la cabeza en una negativa. Ella respiró con fuerza—. ¡Ya no está, hazte a la idea, mujer!

Su arranque de furia hizo eco en la estancia de forma salvaje y una bocanada de aire tiró todos los instrumentos de la mesa al suelo. Ella lo ignoró y le asestó una bofetada.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Eres un monstruo! ¡Ojalá hubieras sido tú!

Tuso frunció los labios en una mueca de desprecio y le agarró las manos antes de que ella le asestara otra bofetada. La miró a los ojos.

—¡Ojalá…! —dijo con tono amargo—. Pero no ha sido así, y hay que acabar con esto. Al alba ya no quedará nada de él. Yo lo liberaré.

Ella gritó una sarta de maldiciones mientras sus mejillas se humedecían por las lágrimas. Tuso curvó los labios y, con un pequeño soplo, la pesada puerta de la sala, antes entornada, se abrió con obediencia. Tras una orden, dos de sus hombres tomaron a la mujer y se la llevaron. El ruido de sus sollozos se desvaneció por el pasillo.

Una calma agria se asentó en la sala, haciendo el aire aún menos respirable que antes.

El rey suspiró con los ojos cerrados. Al abrirlos, se había escudado de nuevo en aquel rictus firme y desagradable. No se le veía acostumbrado a romper sus emociones delante de desconocidos. Quizás delante de nadie.

—Ni se os pase por la cabeza darle esperanzas a mi esposa sobre tonterías de un estúpido libro. —Sus ojos se clavaron en Mirah—. Por vuestro bien.

Ella le sostuvo la mirada y asintió. Su tono amenazante no era más que un mecanismo para volver a tomar el control de la situación. Para un líder acostumbrado a llevar el mando de todo con mano firme, aquello debía de ser un golpe duro. No iba a insistirle más sin estar segura. En ese instante, deseó estar en la biblioteca y buscar con urgencia información, sin embargo, recordó el propósito de aquel viaje.

—¿Y qué pasa con los asys? —preguntó—. Trisar no tiene los suficientes soldados como para detenerlos, necesitamos…

—Lo que necesitamos es valentía —la cortó Tuso—. Valentía para lidiar con lo que se nos aproxima. —Miró a su hijo—. Dile a Edur que por aquí ya tenemos nuestros propios demonios como para ocuparnos también de los vuestros. Asunto zanjado.

Ella apretó los puños con rabia. Ese hombre era duro como una pared de piedra.

Y ella había fracasado en su único cometido.

* * *

Daval removió la carne con desgana.

Al pincharla con el tenedor, observó ensimismado el jugo rojizo que llenaba el plato. Se llevó el trozo a la boca y masticó. No estaba mal, quizás un poco dura.

Tuso no había accedido a los propósitos de la alux, pero les había ofrecido cena y descanso antes de partir al día siguiente. Una spirit

jovencita los había conducido a una sala grande con varias mesas donde les habían servido la cena: carne, patatas y un poco de pan, nada de florituras.

Daval paseó la vista por el resto de mesas. Junto a ellos se sentaba un grupo de soldados con aspecto cansado y taciturno. De vez en cuando intercambiaban algún comentario, pero sin ánimos de iniciar una conversación aceptable. Qué distinto del jolgorio y las risas de las mesas de clase alta. Apostadas cerca de la gran mesa real, los nobles silfos de la corte personal del rey bebían ajenos a todo. Se mordió el labio, tentado de probarse a sí mismo.

«Un rayo y adiós a sus cínicas sonrisas», fantaseó.

Pero no podía, aunque quisiera. Sentía la mente burbujeando como un guiso a fuego fuerte. Tuso bebía de su copa en silencio desde la altura de su trono. Las sillas vacías a ambos lados no habían despertado la curiosidad de los asistentes, o quizá no se atrevían a preguntar. La mirada del rey parecía calmada y perdida. La mirada de alguien sin esperanza, la actitud más fácil de asumir.

¿Y él? ¿Iba a rendirse?

«Ni para Tris».

Las palabras del niño se le habían clavado hondo. Su primer pensamiento fue que aquel mismo céfiro había sido el de su hermana. Casi la imaginó inerte y fría en algún paraje del bosque. Pero una parte le decía que estaba equivocado. Ese demonio era distinto y parecía que ambos se comunicaban.

Pensó en bajar con su daga y hacerle hablar sobre el paradero de Tris, pero eso supondría muchas explicaciones y tampoco aseguraba el éxito. La alux había abierto una posibilidad encerrada en un libro. La certeza de que fuera posible era mínima, pero era un leve rayo de esperanza.

Tenía que hablar con ella.

Como si le oyera, los ojos de la chica se desviaron de su plato intacto hacia él. Por sexta vez desde que habían salido de aquella celda infernal, lo escudriñó sin mediar palabra. ¿Qué se callaba? El spirit tampoco estaba muy charlatán, comía como un autómata mientras vagaba en sus pensamientos, que, por su expresión, no debían ser nada agradables.

Distraído, se tocó la pierna herida por encima del pantalón. La tela rugosa de la prenda, que un sirviente de Tuso le había ofrecido, no le permitió sentir nada más que un poco de tirantez. Se sintió

impresionado por la habilidad sanadora de la alux. Para un tefalino como él, aquello era todo un descubrimiento.

Los soldados a su lado se levantaron de la mesa. Algunos de sus platos estaban llenos, no solo él tenía poco apetito esa noche. Mirah los siguió marcharse de reojo y luego se inclinó hacia él.

—Sé lo que escondes. Tu hermana también está poseída por un céfiro, ¿verdad?

Dio un respingo. La frase quedó en suspenso en el ambiente y sintió que la sangre le calentaba las mejillas. Fury lo miró con el ceño fruncido antes de volverse hacia ella.

—¿Cómo has…? ¿Desde cuándo…? —Con las palmas abiertas sobre la mesa abrió los ojos sorprendido—. ¿Tienes la habilidad de tu padre?

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Por Aleph! ¡Claro que no, Fury! —Daval sintió cierta curiosidad ante el comentario, pero no preguntó. Ella lo miró con intensidad antes de posar una mano sobre la de él. Su primer impulso fue retirarla, pero la calidez era reconfortante—. ¿Es así? —insistió.

Suspiró. Mentir era tentador. Callarse también. Pero acabó asintiendo en silencio. Fury meneó la cabeza, mirándolo a él y a la alux alternativamente.

—¿Y tú cómo has…?

Mirah se encogió de hombros.

—Ha sido al mirar a ese niño ahí abajo. Como si hubiera una conexión de imágenes, sonidos… —Miró a Daval—. Han nombrado tu apellido y la he visto. Solo un segundo. Se parecía mucho a ti, pero sus ojos… eran los del hijo de Tuso. Sentí que nos mirábamos y luego todo se… desvaneció.

Daval tragó saliva. No se paró a pensar en esa extraña capacidad de la alux. No vio necesidad de seguir ocultando nada. Si quería tener una mínima posibilidad de que lo ayudaran, debía ser franco.

—Tris se escapó con un muchacho humano hace unos días. Llegaron hasta Feris y ella desapareció.

—¿Y el humano? —preguntó Fury.

—Muerto. Dicen que fue ella quien lo mató. Alguien me habló de los céfiros. —Se masajeó la frente—. Casi tenía la esperanza de que fuera solo una fábula, pero… —Volvió la cabeza al rey—. Su hijo me ha confirmado que esto es real. No quiero… no quiero tomar la decisión que ha tomado Tuso.

Mirah le apretó la mano. No vio nada en sus ojos negros más que empatía y determinación. Se sintió más ruin que nunca después de cómo la había tratado.

—No tienes por qué hacerlo. Ya lo has oído. Puede que exista una forma, solo tenemos que buscarla. Aunque no puedo asegurarte que funcione.

Fury carraspeó a su lado.

—No confío en ti, silfo, —se cruzó de brazos—, pero supongo que serías aún más estúpido si lo das todo por perdido.

—Exacto —dijo ella y se apoyó una mano en la barbilla—. Vas a venir con nosotros a Trisar.

Los dos guardaron silencio. Daval negó con la cabeza. Fury también.

—Una cosa es ayudarlo y otra es meterlo en el reino.

—Y si la encuentra, ¿qué va a hacer, Fury? —Entornó los ojos con un mohín—. ¿Le pedirá con amabilidad al demonio de dentro que se esté quieto hasta que descubramos cómo sacarlo?

Hizo ademán de protestar, pero sabía que llevaba razón.

—Quizás pueda controlar el asunto con ese poder suyo de mover las hojitas. —La expresión de Fury fue burlona, pero luego empalideció—. Un momento, ¿si tu hermana es silfo, el demonio también controla sus poderes?

Su pregunta quedó suspendida en el ambiente, rota por la risa estridente de una mujer regordeta en la mesa de los aristócratas. Daval echó un vistazo de reojo hacia allí antes de volverse hacia ellos.

—Tris no tiene apenas desarrollados sus poderes. —Sacudió la cabeza—. Espero que no…

—Esperemos —dijo Mirah—. Y está decidido. Mañana vienes con nosotros.

26

Era ya entrada la noche, pero sus nuevos ojos oscuros veían a la perfección.

Tris estaba agotada. Aquel esfuerzo sobrehumano le estaba quitando la poca consciencia que le quedaba. A veces sentía que se quedaba como aletargada, observando un espectáculo del que era ajena. Otras veces se sorprendía y se repugnaba a partes iguales al ver la fuerza implacable que el demonio imponía a su cuerpo y cómo lo utilizaba. Si bien su mente había vuelto a tomar el control de su masa en ciertos momentos, cada vez las victorias eran menos. Muchas menos.

Había aprendido a estudiar cómo funcionaba y a saber cuándo iba a asaltarla un nuevo ramalazo de control. Aunque intentaba no dejarle mucho margen para aprender a controlar sus cortos poderes, *él* era fuerte y cada vez era más complicado.

El resto de demonios trataban a su cuerpo con respeto y seguían sus órdenes. Aquella fuerza oscura que la poseía no era un demonio más en aquel rebaño salvaje. Era un líder y creía haber oído que lo llamaban Tolek. La presión que ejercía sobre su autocontrol era implacable. Cada día le robaba un poco más, haciéndole perder otro fragmento de sí misma.

«Aunque ya me siento rota a pedazos».

La muerte no había dejado de manchar sus manos, que habían empezado a tomar un tono grisáceo. Como si la misma muerte fuera su invasora, su piel se secaba, sembrada de erupciones purulentas. Sangre y pus. Esa era su vida ahora. Miró ajena a las que fueron sus manos, que forcejeaban, haciendo que la piel se tensara llenándose de grietas ondulantes.

Apenas había conseguido crear una especie de coraza donde escapar a ratos de aquella pesadilla. Suspiró antes de romper su

barrera para echar un vistazo.

—Te estabas perdiendo el festín, querida.

Su antigua voz le dio la bienvenida. El invasor ya sabía cuándo ella estaba y cuándo no. Sería cuestión de tiempo que liquidara también ese pequeño hueco de paz que había conseguido. Le bastó un pequeño vistazo para ver la carne húmeda entre sus dedos.

Comía. Otra vez. Un conejo. Un ciervo. Qué más daba. Ya había perdido la cuenta de todos los animales que habían pasado por su boca. *Él* sabía que sufría y eso parecía gustarle, empeñándose en hacerlo todo de forma mucho más repugnante y sardónica.

«Tris, esa sensibilidad extrema hacia cualquier bichejo no puede ser buena». Las palabras de su hermano revolotearon por su cabeza. No, no había nada bueno. Había sufrido cada muerte casi igual que la de Artur.

Pensó en Daval. Casi creía haberlo visto de forma fugaz en el bosque, pero entonces todos aquellos demonios habían empezado a correr como un enjambre de ratas huyendo de la luz. No podía estar segura, quizá solo fueran fantasmas de su pasado; una invitación de la locura a dejarse llevar. Y el descanso resultaba atractivo. *Mucho.* Dejar de resistir y que el control de *él* fuera pleno. Pleno y mortal, porque lo poco que quedaba de ella moriría del todo.

«Puede que sí fuera Daval, no una alucinación».

El susurro de su intuición fue bajito, escondido en un recóndito lugar de su ahora complicada cabeza. Sí, conociendo a su hermano, la estaría buscando. Y, a pesar de que hacía mucho que no se veían, él lo había dejado todo para encontrarla. Sintió ganas de abrazarlo.

—Probablemente le romperías el cuello —dijo *él.*

Había bajado la guardia. Advirtió que su cuerpo botaba con su risa, expuestos los dientes rosados por la sangre reciente. Cómo lo odiaba. Se odiaba a sí misma y en lo que la había convertido. Ese ser lo mataría. El resto también lo matarían. No había otro final posible a aquel reencuentro idílico.

La idea la hizo desfallecer y se obligó a concentrarse en otro asunto. Había notado que el céfiro podía acceder a alguna parte de su cabeza, a alguna idea, a algunos recuerdos; como si se mimetizara con la antigua Tris. Y, aun así, sospechaba que aquel proceso de dominación total aún no se había completado. A pesar de su presión insistente, se lo estaba poniendo difícil.

Además, había comenzado a entender un poco aquel lenguaje

hosco y gutural entre sus congéneres, lo que significaba que él también necesitaba compartir una parte de sí mismo con ella para completar aquel proceso.

De pronto, oyó pisadas a su derecha. Su cuerpo arrojó con desgana un par de huesos al suelo antes de girarse. Tris se fijó en su tamaño distraída.

«Ni conejo, ni ciervo —dedujo—. Jabalí tal vez».

El árbol se meció con violencia cuando un asys apartó las ramas para acercarse. A pesar de que todos tenían casi el mismo aspecto fiero y repugnante, lo reconoció. Las escalas de poder de los demonios parecían ser igual de complicadas que en cualquier raza de Elania y, por lo que había visto, aquella figura era la mano derecha de su invasor.

Miró la nariz chata que se dilataba por el movimiento de su respiración. El asys, de facciones duras y pronunciadas, enseñó los dientes amarillentos en su totalidad. En su papel de espectadora prisionera, los observaba. Ya casi los distinguía a todos.

Era curioso. Cuando comenzaron a aparecer, todos seguían un mismo patrón de conducta. Desgarbados y torpes, corrían por atrapar algo comestible que llevarse a la boca. Más de uno tropezaba con sus pies, cegado por un instinto salvaje, y sus presas se alejaban raudas para escapar ante sus ojos.

Pero fueron cambiando. Ya pocas escapaban. Como si estuvieran llegando a la madurez de la pubertad, ya controlaban sus cuerpos y había más seguridad en sus movimientos. También parecieron atender a su entorno y a comunicarse entre sí.

«Razonan. Y eso es aún más peligroso».

El recién llegado se paró frente a ella y comenzó a hablar. Oyó su voz contestándole con calma. Una calma fría. Puso atención para intentar seguir la conversación. Decían que alguien estaba listo.

«¿Listo para qué?».

Su curiosidad aumentó al oír hablar sobre una llave. La idea de uno de ellos forcejeando con una llave entre los escasos tres dedos que tenían en las manos le resultó hasta cómica. Le faltaba información para encajar las piezas, pero fue entonces cuando advirtió que llevaban en el mismo lugar mucho tiempo. Como si esperaran a alguien.

Si aún pudiera controlar sus reacciones, bufaría de frustración y se daría una palmada en la cabeza. Se arrepintió de no ser buena

estudiante y de no prestar atención en clase de historia antigua. Quizás pudiera conocer algún detalle que la ayudara a entender qué planeaban esos seres.

El asys se hurgó con un dedo entre los dientes y nombró Trisar.

«El reino de los alux».

Siempre había querido visitar el reino vecino, ya que compartía parte de su nombre. Pero Cirae nunca le había permitido viajar por Elania, bueno, en realidad ni siquiera dentro de su región. Llegar a Feris había supuesto un verdadero logro para Tris, afincada toda su vida en la residencia Wicker. Sintió cierta emoción al pensar en que quizás vería Trisar.

De pronto notó que *él* se removía inquieto. Giró la cabeza hacia un punto desnudo a su lado. Tris no vio nada, pero el invasor pareció que sí. Se quedó allí, mirando en silencio con la vista clavada en el aire. Notó su sorpresa y agitación como si fueran propias.

—Qué curioso —dijo *él*.

Y Tris supo que sus antiguos labios, los mismos que habían besado a Artur en aquella noche trágica, ahora se curvaban en una sonrisa.

27

Otra vez esa sensación.

Fury se removió en la cama, cogió la almohada y se la puso encima de la cara. La apretó exasperado para intentar ahogar la ansiedad que comenzaba a extenderse por su cuerpo y que le impedía conciliar el sueño. Un tufo a quemado le invadió la nariz.

Chasqueó la lengua y con una maldición tiró la almohada al suelo. Con un par de manotazos extinguió las llamas que habían prendido la tela. Su bufido resonó en el espacio austero y sin ventanas que aquellos tefalinos llamaban *habitación,* y que él llamaría *prisión*.

No era spirit de lujos, pero echaba de menos una mísera ventana. No sabía si todas las dependencias de La Ratonera seguían aquel patrón, pero sospechaba que la habitación del resto no distaba mucho de la suya.

El candil de la mesa, cerca de la cama, iluminó las paredes con pereza. Todo parecía tranquilo y controlado. «Eres estúpido, Fury». Su especial percepción del peligro había fallado. Quizá era hora de darle la razón a Mirah y admitir que se estaba convirtiendo en un paranoico.

Se tumbó de nuevo para ponerse las manos bajo la nuca y mirar al techo. Sentía la cabeza como una bola girando a toda velocidad mientras todo lo ocurrido se mezclaba en cada movimiento. Si todos esos demonios llegaban, Trisar debía estar preparada, o, aún más, Elania al completo debía estarlo.

Nadie iba a ayudarlos si esas criaturas atacaban. Eso le hizo meditar. ¿Y para qué? ¿Qué quieren esos demonios? Se preguntó si habría más céfiros. La perspectiva de un puñado de demonios dominando cuerpos y respaldados por los asys era mala y espeluznante. ¿No deberían partir de inmediato a Trisar?

Meneó la cabeza en una negativa. Recordó cómo había

retrocedido el asys que le perseguía con la luz del sol. No. Aquellas criaturas se movían en la oscuridad, quizá porque procedían de ella misma. Partir de noche sería casi firmar una sentencia de muerte.

Su cabeza pasó a otro tema, ya resignada a no pegar ojo. Pensó en Mirah. Apenas había ocultado la decepción por fallarle a su padre, pero después había visto esa mirada que conocía. Ese destello de sus ojos negros. Había ahogado sus autorreproches con una nueva meta: ayudar a un desconocido.

Sintió ganas de prender fuego a lo que estuviera más cerca, una sensación que se había convertido en constante desde el momento en que se habían topado con ese tipo. No confiaba en él. ¿Y cómo hacerlo? Esos silfos eran demasiado caóticos. Y, sin embargo, allí estaba ese Daval, colándose como tercer corcel en su viaje de vuelta. La princesa había perdido la razón. ¿Acaso había olvidado cómo ese tipo había huido tras salvarlo? El mismo tipo con el frente abierto de una hermana perdida y poseída por un ser demoníaco.

«Maravilloso. Si no teníamos suficiente con el regreso de una raza extinta, ahora también tenemos que cargar con el asunto de una hermana demonio».

Las orejas puntiagudas le temblaron y se incorporó en la cama de súbito. Le hormiguearon las entrañas. Un mal presentimiento. Se colocó la camisa por encima y abrió la puerta para asomarse a uno y otro lado del pasillo. No había movimiento alguno. Iba a cerrar la puerta cuando un grito retumbó entre las paredes.

Se quedó atónito, sintiendo cómo se le erizaba el pelo de la nuca. ¿Nadie más lo había oído? Era bien entrada la noche y todos parecían estar durmiendo. Bueno, al parecer, no todos. La sensación se acentuó. Alarmado, caminó por el pasillo. La habitación del silfo era la más cercana y dio tres toques enérgicos en la puerta. Cuando levantaba el puño para una nueva llamada, la puerta se abrió. Le sorprendió ver la mirada despierta de Daval, aunque su pelo estuviera revuelto.

—Aún no ha amanecido, ¿no? —dijo él y alzó una ceja de forma burlona—. ¿O vienes porque te da miedo dormir solo?

Su mueca se borró con el eco de otro grito agónico en el pasillo, seguido de pasos. Daval intentó sacar la cabeza para mirar, pero lo empujó dentro y, metiéndose junto a él, entornó la puerta.

—¿Qué pasa? —La respuesta de Fury fue darle un codazo en las costillas y ponerse un dedo en los labios. Los ojos del silfo brillaron como si percibiera el peligro y se acercó junto a él para observar por

la rendija entornada.

Un soldado cruzó corriendo. Se agarraba el brazo, doblado en una posición poco natural. Apoyándose en la pared frente a la puerta, resopló. Otra figura apareció en su campo de visión y Fury ahogó una exclamación.

«No puede ser».

El hijo de Tuso caminaba con paso vacilante y enérgico. Su cuerpo menudo zigzagueaba, como si aún no supiera controlarlo del todo. Aun así, se lanzó sobre el soldado y lo tiró al suelo con una fuerza salvaje. El hombre dejó escapar una aspiración ante el impacto.

El niño dejó vagar sus ojos negros para estudiar el entorno. El soldado gimió e hizo esfuerzos para desenvainar la espada. La duda nubló los ojos del hombre en un instante, debatiéndose entre su lealtad al rey y la mera supervivencia, pero ganó la segunda opción y clavó la espada en la pierna del niño. Rucuh chilló.

Daval y Fury intercambiaron una mirada. Para su sorpresa, sin el mínimo rastro de dolor, el pequeño extrajo la espada húmeda de la herida y el céfiro dentro de él tomó la iniciativa.

Como si alguien le hubiera descrito lo que hacer, cogió la espada del soldado y le asestó un tajo en la garganta. No hubo vacilación en aquel gesto mortal, como si matar fuera más fácil que caminar con aquel cuerpo infantil. La sangre manó como un torrente por el suelo, mezclándose con la suya propia. El demonio la pisó con los pies desnudos antes de volver a su caminar torpe que, conforme se alejaba, dejaba pequeñas huellas sanguinolentas por el corredor.

Fury expulsó el aire de forma abrupta al darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Podrían haber ayudado a aquel hombre, pero la sorpresa inicial los había dejado descolocados. ¿Cómo había…? Miró por el pasillo para asegurarse de que se hubiera marchado. El silfo le sobresaltó tomándolo de la camisa.

—Bajemos. Quizás quede alguien con vida.

Meneó la cabeza.

—No. Tenemos que dar aviso.

—No tardarán en darse cuenta si es que no lo saben ya —dijo Daval y lo empujó fuera. Antes de salir, pareció recordar algo y volvió a entrar en la estancia. Tomó una daga enfundada de entre sus pertenencias. Justo cuando emprendían el camino hacia la parte más recóndita de La Ratonera, comenzaron a oír los gritos de alarma por el pasillo.

Llegaron antes que los soldados. La percepción especial de Fury había hecho que fueran los primeros espectadores de una macabra escena. El pasillo que conducía a la cámara de tortura del rey seguía alumbrado por el destello intermitente de las antorchas, pero el olor rancio era aún más intenso que en su visita anterior.

Caminaron a paso rápido y se cruzaron con una figura desplomada en el suelo. Fury lo reconoció a duras penas como uno de los que custodiaban la puerta. No hizo falta comprobar sus constantes vitales, el cuerpo estaba boca abajo y su cráneo, hundido con unas líneas irregulares, era lo más parecido a una cáscara de huevo quebrada.

El otro soldado no había corrido mejor suerte. Yacía de lado con una especie de varilla de metal clavada en el ojo. Con toda seguridad, uno de los hierros punzantes de la mesa de la celda de tortura. El ataque los había pillado desprevenidos. La mirada vacía del hombre los observó mientras Daval se dirigía a la puerta. Estaba abierta.

Dentro reinaba la calma. El aire aún era denso y agobiante. Desviaron la vista hasta el fondo, donde horas antes había estado el muchacho maniatado. Los grilletes descansaban solitarios y vacíos. Daval levantó las cejas al acercarse. Los de los pies parecían haber sido arrancados, pero los de las manos no presentaban señales de fuerza. Fury frunció el ceño al divisar un reflejo metálico en el suelo. La llave de Tuso.

Un gemido lo sobresaltó. En un lateral, bajo la mesa y casi desapercibido en la oscuridad de la lúgubre estancia, había otro cuerpo. Su vestimenta femenina y elegante confirmó lo peor. Junto a un cuenco desparramado por el suelo y más sangre, la reina Vivalis reposaba de costado con las piernas encogidas en el pecho. Al acercarse, Fury descubrió el mango de un cuchillo que sobresalía de la espalda encajado hasta la empuñadura. La mujer soltó un gemido débil. Daval se arrodilló en el suelo y ella abrió los ojos con pesadez. Unos ojos febriles y dementes.

—Mi pequeño… —gimió.

Al fondo del pasillo comenzó a oírse movimiento.

—El doctor vendrá enseguida.

Ella tosió y pequeñas gotas de sangre llovieron sobre el suelo.

—Yo solo quería alimentar a mi pequeño. —Se pasó la lengua por los labios—. Él… él… me habló… «Mamá, desátame. Tengo hambre». Era su voz, era él.

Diez soldados irrumpieron en la estancia en oleada. Tras un breve

vistazo, uno de ellos corrió en busca del doctor Collins. Aquel agujero infecto y escondido se llenó de pronto de voces y de gritos de alarma.

Se pasó una mano por el pelo y tragó saliva. Que aquellos seres también pudieran hablar complicaba todo. El valor para luchar con las súplicas envenenadas de un amigo, padre o hermana debía ser horrible. Miró de reojo al silfo, pero este no parecía más afectado de lo que estaba él y le oyó preguntar:

—¿Y el niño? ¿Lo habéis encontrado?

El soldado, un muchacho joven de piel bronceada, negó con la cabeza.

—Es imposible que el pequeño Rucuh… —comenzó a decir.

—Ojalá lo fuera —lo cortó Daval—. Hay que encontrarlo. ¿Dónde está el rey?

—Uno de nuestros hombres ha ido en su busca. No está en su habitación.

28

Mirah despertó con una presión leve en las sienes.

Soñolienta, se incorporó en el lecho de plumas y apoyó los pies en el suelo. Se revolvió la melena negra dejándola más desordenada que de costumbre sin reconocer el espacio donde se encontraba. La luz de las velas le hizo caer en la cuenta. Estaba en una de las habitaciones de la nobleza del rey Tuso. Recordó haber resoplado con fastidio al advertir que le habían asignado una habitación muy alejada de sus compañeros. La spirit de servicio, una joven pelirroja con pecas, se había encogido de hombros ante sus protestas, insistiéndole en que era la estancia destinada a los nobles como ella.

La vista le devolvió la imagen de las paredes de piedra, deteniéndose en un retrato de un hombre de aspecto afable con ojos violeta. Llevaba una capa púrpura que ondeaba elegante con la brisa de la colina. Lo envidió por estar al aire libre y ella allí encerrada.

Aparte del cuadro, no había ni una mísera flor que diera un toque fresco al ambiente. Aunque, bien pensado, cualquier vegetación encerrada en La Ratonera estaba destinada a la muerte ante la falta de luz natural. Se mordió el labio y deseó por un instante percibir el aroma dulce de las flores de su hogar. ¿Era el recuerdo de Trisar lo que le impedía dormir?

De repente, fuera de la estancia oyó el inconfundible ruido de pasos. Arrugó la nariz extrañada. Aún era madrugada. Se levantó de la cama y caminó descalza hasta abrir la puerta. Al asomarse, un soldado entró en su campo de visión.

—Métase dentro y no salga —le ordenó con fastidio, sin apenas reparar en quién era. Después lo vio desaparecer junto a otro compañero por la esquina del pasillo.

«Oh, no», susurró para sí, llevándose una mano a la frente.

Otra vez las voces. La presión en su cabeza era difusa esta vez y

los gritos guturales se entrecortaban. Rogó por que los asys siguieran en el bosque y que aquello no fuera más que un eco de esa especie de conexión con ellos. Sin embargo, una nueva oleada de sonidos le hizo ir a investigar.

El corredor estaba sumido en un silencio electrizante. Giró hacia la derecha y luego hacia la izquierda; una, dos veces. Los sonidos cobraron intensidad en su cabeza y, sin poderlo explicar, supo exactamente qué camino debía tomar.

Llegó hasta uno de los puestos de vigilancia. Una sala austera con un par de sillas y una especie de artefacto circular en el centro que se perdía en el techo. Los allí presentes apenas advirtieron su presencia, demasiado sumidos en el peligro acechante. No le hizo falta mirar por aquel visor para saberlo. Los asys se acercaban. Uno de los soldados salió corriendo con expresión asustada y ella se pegó a la pared para dejarle pasar. Sus gritos resonaron en el pasillo dando la voz de alarma. La Ratonera despertaba.

Se volvió, decidida a avisar a Fury y Daval. Al llegar a otro cruce de pasillos, se retorció las manos y maldijo al arquitecto de aquel lugar. Todos parecían iguales. Le divirtió pensar que quizá los de allí tenían un mapa para orientarse hasta que aprendieran los caminos. Hizo memoria y tomó el corredor de la izquierda. No recordaba que estuviera tan oscuro y un par de antorchas se habían apagado. De pronto, resbaló.

Cayó de bruces e hincó una rodilla en el suelo. Había olvidado que iba sin calzar y sintió los pies húmedos. En la semioscuridad, se pasó la mano por uno de ellos antes de acercarse los dedos a la nariz. Hizo una mueca de asco al reconocer el olor inconfundible de la sangre.

¿Qué estaba pasando?

Fue entonces cuando vio la silueta de un cuerpo apoyado contra la pared. Retrocedió para coger una antorcha y dirigió la luz hasta la figura para ver el rictus mortal de una de las criadas spirit. Se arrodilló en el suelo con rapidez y le tomó el pulso. Muerta. Había tanta sangre a su alrededor que dudaba cuál de sus heridas era la mortal.

Su primer pensamiento fue que algún asys había logrado colarse en la fortaleza. Se le erizó el vello de la nuca y una nueva oleada de voces la invadió. La presión volvió a instalarse en sus sienes; un eco molesto e insistente que le chillaba como un graznido al oído.

¿Quién la había asesinado? Se giró a ambos lados del pasillo, con miedo de que el responsable saltara sobre ella desde la oscuridad, pero no había nadie.

Echó un último vistazo al cuerpo de la criada con tristeza. Nadie merecía una muerte anónima en un pasillo solitario. En la lejanía, oyó el ruido de las voces de los soldados mezclado con la letanía de su cabeza. Comenzaba a sentirse pesada cargando con todos aquellos sonidos.

Caminó y caminó hasta que perdió la noción del tiempo y de sí misma. Los sonidos la envolvían, la llamaban, la atraían.

Aturdida, llegó hasta el final de un pasillo. Ante ella se abría un arco inmenso y, tras cruzarlo, pestañeó sorprendida al ver el cielo nocturno salpicado de estrellas. Era uno de los patios exteriores de La Ratonera, un espacio cuadrado con el techo abierto. Aunque sus paredes seguían siendo altas, la apertura cenital daba un respiro a la arquitectura milimétrica del rey, como los pulmones de un organismo vivo. Avanzó.

Había una hilera de cinco árboles al fondo, cuyas copas se elevaban por encima de los muros. Trastabilló hacia un lado para no tropezar con una fuente, situada en medio y cubierta por una enredadera. Seca y agrietada, la piedra que la conformaba estaba desgastada, como si el fluir del agua hubiera sido una utopía de otros tiempos.

Giró la cabeza a un lado para ver otro arco, idéntico al que ella había cruzado. Al deslizar los pies desnudos por el suelo de piedras, recibió el arañazo implacable de los hierbajos que crecían entre las junturas. En esa especie de oasis escondido, casi esperó ver figuras espectrales en los dos bancos enfrentados más adelante.

—Qué impropio de una princesa andar de madrugada por casa ajena.

La voz pastosa le hizo dar un respingo. Del amparo de los árboles emergió una figura y ella casi creyó ver un verdadero fantasma, hasta que la luz de la luna le hizo reconocer las facciones escuálidas y duras del rey.

Tuso apuró la copa de vino que llevaba en la mano y desvió la vista al cielo. Después avanzó hacia ella con paso vacilante y señaló con la mano una zona del suelo. Unas manchas rojizas teñían la piedra.

—Prohibí la entrada a este lugar después de lo sucedido, pero

supongo que no puedo negársela a la futura reina de los alux. —Hizo una reverencia burlona con una mano antes de fruncir el ceño—. Haré azotar a esas estúpidas criadas, han sido incapaces de quitar las manchas de sangre.

Se acercó a él intentando ignorar el sonido de voces que aumentaba cada vez más.

—Pero ¿qué te ha pasado, mujer?

Siguió la mirada del hombre sobre sí misma. Ni siquiera había reparado en su aspecto. El camisón claro que le había dado la spirit pelirroja tenía ahora el bajo teñido de rojo y sus rodillas asomaban por debajo, llenas de sangre. Recordó vagamente que había caído en el suelo húmedo del pasillo, como si hubiera pasado mucho tiempo y no solo unos instantes. Al graznido irritante de su cabeza se unieron sus propios pensamientos. «¿Dónde están los soldados?».

Abrió la boca para hablar, pero Tuso no le prestaba atención. Una mueca de horror cubrió su rostro al mirar el arco de entrada de la derecha. Antes de que ella pudiera girar la cara, una fuerza salvaje la estampó contra el suelo.

La antorcha voló de su mano a la vez que ella caía en la piedra. El golpe en la cabeza fue duro y la vista se le perdió en una maraña de manchas blancas. Pestañeó dolorida y, al incorporarse sobre las manos, sintió la sangre en la frente. Un cuerpo menudo se acercaba al rey con paso decidido. El niño se tambaleó como si estuviera igual de ebrio que su padre.

Tuso retrocedió con un brillo de ojos febril y negó con la cabeza.

—Rucuh…, no…

El céfiro ordenó al cuerpo del pequeño acercarse.

—¿Dónde está? Sabes a lo que me refiero, viejo. —Mirah sintió que se estremecía ante aquella voz infantil pero amenazadora.

Tuso parecía estar tan sorprendido como ella, aun con el peso del alcohol nublando sus facultades. Guardó silencio y negó con la cabeza. Rucuh soltó una exclamación. Con la fuerza de varios hombres, lo agarró del hombro y lo tiró al suelo. Acto seguido, se agachó y lo obligó a enfrentarse a la oscuridad de sus ojos.

—Contesta.

Tuso intentó ponerse de pie, pero él le asestó una bofetada e insistió. El rey se pasó una mano por los ojos y sopló. Sin apenas esfuerzo, el niño salió despedido y cayó con el trasero al suelo.

Levantándose con un gemido colérico, corrió hacia el rey, quien lo

volvió a repeler hacia atrás. Chocó con uno de los bancos de piedra. Hubo un crujido y el brazo se le dobló. Debía habérselo dislocado, aun así, no se inmutó y volvió a arremeter contra el rey. La imagen se repitió hasta cuatro veces y Rucuh apretó los dientes con rabia. De pronto, cambió y su voz se hizo más dulce.

—Papá, haz que pare. —Una de sus manos se curvó para arañarse la cara a sí mismo trazando varias líneas sangrantes—. Dile dónde está la llave, y yo viviré.

La inocencia de su voz era un recurso fingido con maestría, pero pareció funcionar con el rey, que vaciló. Rucuh se acercaba dócilmente. Ella se llevó una mano a la cabeza y cayó en la cuenta de que los gritos ya no estaban solo allí, sino que comenzaban a oírse desde el exterior.

—Lo siento, hijo mío. Yo no sé… —comenzó a decir el rey. Por el rabillo del ojo ella vio el reflejo plateado. Cruzaron una mirada y advirtió que su embriaguez había desaparecido de golpe. El destello de un arma afilada sobresalía escondida en su bolsillo trasero. Tuso lanzó una puñalada, pero el niño la detuvo y comenzaron a forcejear.

Ella resopló. Sin su espada, era una inútil. Solo se le ocurrió levantarse y embestir al niño. Los tres cayeron al suelo, pero el céfiro fue más rápido. Tomándola del pelo la arrastró y le golpeó la frente con el borde de la fuente. El golpe la dejó noqueada, y dejó escapar el aire de los pulmones de forma abrupta.

—Sabes de lo que hablo, viejo. ¿Dónde está la llave? —Se había acercado de nuevo a su padre, que, de rodillas, pugnaba por soltarse de su agarre. Tuso meneó la cabeza en una negativa y él le dio una patada antes de cruzarle la cara con el puño. Una bofetada. Y otra. Y otra más. Perdió la cuenta de los golpes. La cara de Tuso, hinchada y deformada, intentaba atraer el puñal tirado a unos palmos de ellos.

Aspiró y atrajo el arma por el suelo llevada por un cordel de viento invisible. No tuvo mucha suerte. El puñal se clavó en la pierna del niño. Tuso boqueó, sabía que su error acababa de firmar su sentencia de muerte. El demonio se arrancó el puñal y le aferró de la camisa con violencia. La prenda del rey no aguantó y se rasgó, haciéndolo caer al suelo. Se hizo el silencio cuando los iluminó un resplandor violeta.

Aún mareada por el impacto, entrecerró los ojos al observar el pecho descubierto del rey, cubierto por una piel blanquecina bajo la que se adivinaban los huesos. En un lado, bajo el pectoral y a través

de la piel, un círculo púrpura destellaba en la oscuridad del patio.

29

Mirah imaginó lo que era, pero fue la expresión de espanto del rey lo que acabó de confirmar su sospecha. Todo sucedió muy deprisa. Intentó levantarse, pero el mundo se tambaleó a su alrededor. Tuso soplaba para impedir que el niño se cerniera sobre él, pero ya era tarde y su barrera no tardó mucho en flaquear. Estaba agotado.

El céfiro se situó sobre el rey con una sonrisa sardónica. Sin mediar palabra, alzó el puñal en la mano y lo clavó en la zona de resplandor del pecho. Entrecerró los ojos con deleite mientras rajaba la carne y abría un tajo más amplio de lo que era necesario. Cuando hundió los dedos en el interior, los alaridos de Tuso eran estridentes. Sacó los dedos ensangrentados de su padre con la piedra entre ellos. Fuera de su cuerpo, la gema brillaba aún con más intensidad.

—Gracias, papá —susurró antes de dejarlo caer al suelo.

Tuso se desplomó laxo con una inspiración húmeda. De pronto, el ruido inconfundible de pasos resonó por el corredor de la derecha. Rucuh guardó la gema a buen recaudo y se giró hacia ella, como movido por una orden. Lo supo. Todos juntos debatían en su cabeza. ¿Sabían que los oía?

Se agachó junto a ella y curvó las comisuras de los labios delgados en una sonrisa estremecedora. Paralizada, casi como si funcionara a cámara lenta y todo a su alrededor siguiera una velocidad superior, solo alcanzó a oír:

—Nos servirás más adelante, como todas. —Deslizó un dedo por su rostro—. Mientras tanto, te dejaré un recuerdo de que pudimos matarte y no lo hicimos.

No entendió nada y, antes de que pudiera adivinar sus intenciones, le agarró la pierna a la altura de la pantorrilla y ejerció un golpe fatal. El chasquido seco resonó en el patio, seguido de su aullido, que se extendió como una oleada de ecos en la oscuridad.

El dolor fue una bofetada de realidad. Recibió las punzadas que recorrían su sistema nervioso como una sensación nueva y electrizante que la hizo encogerse en el suelo. El niño corrió hasta el fondo, trepó por uno de los árboles y lo oyó saltar sobre el tejado colindante.

Tenía la vista desenfocada. Sentía la pierna caliente y el dolor le llenaba lo ojos de lágrimas. Sin atreverse a mirar la pierna, jadeó para arrastrarse hasta el cuerpo del rey. Apretó los dientes por el esfuerzo, era como arrastrar un saco roto y mancillado y cada movimiento era un nuevo latigazo. Tuso abrió levemente los ojos al sentir su presencia.

—Habla con tu padre —dijo antes de toser. Sus labios se mancharon de sangre.

Quizá era el miedo en sus ojos. La soledad. La derrota. Pero aferró su mano y lloró.

—Llévate a la… mitad de mi… ejército. —La voz de Tuso era un siseo y se perdía en la herida abierta del pecho entre gorjeos de sangre —. Dile a Rowel… dile… que yo te lo ordené.

No contestó. Se quedó allí, cogiéndole la mano hasta que quedó lacia, como el resto de su cuerpo. Había voces, voces que se aproximan. Cerró los ojos y se dejó caer junto a él. Los gritos guturales parecieron amainar y dejarla descansar al fin. Las nuevas voces a su alrededor intensificaron la pesadez de su cabeza. Tuvo ganas de gritar que se callaran poco antes de abandonarse a la inconsciencia.

* * *

Daval frunció el ceño a la vez que se frotaba una mancha de sangre del antebrazo.

Alzó la vista para ver cómo Collins volvía a ajustarse las gafas mientras trabajaba en silencio. Ella seguía desmayada. Había sangre en su ropa y una herida en la frente que aún no había tratado, pero el principal problema era su pierna.

Fury deambulaba nervioso por la habitación con los brazos cruzados, dedicando de vez en cuando una mirada al doctor. Por primera vez, Daval sintió que sus pensamientos sintonizaban con los suyos. Ojalá hubieran llegado antes por aquel pasillo.

Pero los acontecimientos se habían desarrollado rápido y de forma tortuosa. Una vez fuera de las entrañas subterráneas de La Ratonera, y tras dejar a la esposa de Tuso en manos de Collins, se vieron

arrastrados por los gritos de alarma. Apenas se dieron cuenta cuando ya estaban junto al resto de soldados mirando el exterior.

Los agujeros de uno de los puestos de vigilancia les devolvieron la imagen de un grupo de asys que aporreaban las paredes con violencia. Enseñaban los dientes de forma amenazadora con aquellos ojos negros, una concentración del mal más puro que levantaba ampollas de un pasado que creían extinguido. Los soldados que hacían guardia mandaron a avisar a los que estaban de descanso, y, en poco tiempo, todos estaban equipados con arcos y flechas.

Daval y Fury se quedaron a un lado, espectadores hipnotizados de una formación planificada y milimétrica, aun cuando algunos nuevos soldados aparecían con legañas en los ojos y el cabello revuelto. En un par de órdenes, las primeras flechas salieron disparadas por la estructura. Algunos asys se quejaron, pero solo para arrancar las flechas como el simple rumiar de un insecto molesto.

Pero, fuera, la formación demoníaca no era tan caos como hacía parecer. Alguien los comandaba y, de una orden, las bestias se agruparon. En poco tiempo, crearon una especie de escalera, los unos sobre los otros, para que pudieran ascender hasta el techo.

El jefe Rowel soltó una maldición. Los orificios de salida cubrían la pared hasta la mitad, preparada para los hombres más altos y para un disparo óptimo de los proyectiles. Ordenó traer las lanzas y la actividad se volvió frenética mientras intentaban acertar con las puntas afiladas para destruir su estrategia. Daval meneó la cabeza y cogió del brazo al spirit.

—No son muchos. Había más en el bosque, ¿verdad?

Fury asintió.

—Quizá se han dividido —sugirió. Se pasó una mano por el pelo revuelto y su mirada se ensombreció—. Todos los soldados están conteniendo el ataque, espero que alguien haya encontrado a Rucuh, pero…

Comprendió su expresión de inmediato.

—Mirah.

Se pusieron en marcha sin mediar palabra. ¿Estaría durmiendo sin percatarse de nada? Debían comprobar que estaba bien y buscar al céfiro antes de que matara a más gente. Palpó la daga en el cinto con un gesto inconsciente.

Le sorprendió comprobar la extrema quietud de los pasillos, donde resonaba el clamor de los soldados que defendían el exterior. Una vez

llegaron hasta la habitación de Mirah, Fury empujó la puerta hasta casi sacarla de sus goznes y la madera crujió.

La habitación estaba vacía.

Intercambiaron una mirada antes de enfrentarse al pasillo. Vagaron con cautela por los corredores a la espera de alguna pista. Tras haber visto lo que podía hacer el demonio que poseía a Rucuh, no les apetecía abandonarse a un ataque en la semioscuridad. Y cruzarse con un par de cadáveres de ojos turbios no hizo más que aumentar la necesidad de encontrar a la alux.

Al doblar por una esquina, una silueta caminaba hacia ellos. Fury suspiró aliviado al distinguir a Rowel. El hombre los miró con una expresión áspera.

—Se retiran —anunció—. Sean lo que sean.

—Son asys.

Rowel volvió su figura compacta hacia él, incrédulo.

—¿Asys? ¿Como los de los libros?

Daval asintió y volvió a mirar al hombre con otros ojos. Debajo de aquella barba oscura dedujo que era unos años más joven que él; su gesto serio le había llevado a pensar que era mayor. Al igual que Daval, pertenecía a una generación que desconocía cómo enfrentarse a un enemigo que creían olvidado. Repuesto de la sorpresa inicial, los ojos del jefe de guardia brillaron. Daval admiró su entereza para digerir la información. Carraspeó antes de hablar.

—Bien. En cualquier caso, se marchan. Aún no hemos localizado al rey.

—¿Acaso ha decidido todo el mundo dar un paseo nocturno con un céfiro por ahí suelto? — Fury acompañó su tono sarcástico con un resoplido. El término hizo que Rowel levantara una ceja y se quedara pensativo. Buscaba el significado de la palabra *céfiro* en su cabeza.

—Rucuh, ¿verdad? —Abrió los ojos al encajar las piezas. No esperó a que le respondieran—. Por supuesto, por eso lo encerraron. Es lo que le pasó a Weck… Era un buen hombre, no era posible…

—El demonio ha poseído al hijo del rey y puede matar a quien se ponga por delante —dijo Daval—. No entiendo por qué no has dado orden de buscarlo cuando ya tenéis el peligro en vuestro propio suelo.

Rowel le clavó la mirada y abrió la boca para responder, pero Fury los mandó callar con un siseo. Sus orejas puntiagudas temblaron un momento y luego oyeron un grito lejano, mezclado con las voces amortiguadas de los soldados.

—Es ella. —Echó a correr antes de que pudieran seguirlo. Cuando lo alcanzaron, estaba jadeando y miraba alternativamente la bifurcación a derecha e izquierda.

—Por aquí —indicó Rowel.

Cruzaron el arco de piedra como una exhalación. Apenas pudo admirar el espacio semiabierto al exterior, su mirada se detuvo en los dos cuerpos tumbados en el suelo. No había señales de nadie más. Fury se arrodilló para tomar a la alux por los hombros, su cuerpo se meció y Daval se sorprendió buscando con la mirada alguna herida mortal entre la sangre de su camisola blanca.

A su lado, Rowel, con las manos llenas de sangre, apartó los dedos del cuello del rey.

—Ha muerto.

Miró a Tuso. Su cara estaba hinchada y desfigurada. Tenía el pecho descubierto y un enorme tajo sanguinolento le cruzaba el lado derecho, donde la sangre había manado libre, empapando lo que quedada de su ropa. Sus ojos morados se habían oscurecido para perder ese brillo astuto que los caracterizaba y ahora estaban inmóviles, fijos en el cielo.

«Ahora hay otro céfiro suelto».

Aquel niño había matado a su padre. A su padre. La realidad volvió a cernirse sobre él asfixiándolo. Tris ya no estaba. Tuso tenía razón. Intentaría matarlo si la encontraba. Fue en ese instante cuando tomó una decisión. Si la posibilidad de encontrar un método que la salvara en Trisar se truncaba, él pondría fin a su pesadilla. Merecía morir a manos de alguien que la quisiera.

«¿Y la fuerza para hacerlo? —dijo la voz de Morty—. ¿La tendrás si es necesario, Davy?».

No lo sabía. La voz de Collins lo trasladó de nuevo a la enfermería.

—Pronto despertará, muchachos. —Daval lo vio atar la última de las cuatro cuerdas en la zona del tobillo, alrededor de las dos tablillas que había colocado previamente en la cara externa e interna de la pierna.

—Ya llevo un rato despierta.

Abrió los ojos aturdida y se tocó el lado de la frente morada con una mueca.

—Espero que tenga preparada esa infusión de olegaria con laurel, Collins.

El doctor esbozó una sonrisa y se recolocó las gafas.

—Me temo que no me ha dado tiempo, princesa.

Ella asintió. Fury la ayudó a incorporarse. Era evidente que se estaba conteniendo para abrazarla y reprenderla al mismo tiempo. Ganó lo segundo.

—Eres una inconsciente —repuso indignado—. Tu padre me va a descuartizar. ¿Cómo se te ocurrió…? —Ella se encogió de hombros, luego miró al resto.

—¿Tuso…?

—Su majestad ha fallecido —le confirmó el doctor, frunciendo los labios—. La reina aún vive, aunque no tenemos muchas esperanzas. —Señaló con la cabeza a una cama al fondo que permanecía con las cortinas corridas.

La puerta de la enfermería se abrió. La expresión cansada de Rowel era la única señal de su complicada posición en aquel momento. Casi se compadeció de él al ver la sombra oscura que ceñía sus ojos. Hizo una leve reverencia.

—Princesa, ¿cómo se encuentra?

—Dolorida, pero sobreviviré. ¿Verdad, doctor?

Collins comenzó a frotarse las manos con un líquido blanquecino.

—Fractura de tibia severa, princesa. Es muy probable que le quede cojera. Al menos está viva, es mucho más de lo que pueden decir muchos.

—¿Cuántos…?

—Nueve. Seis soldados y tres de servicio.

—Y podrían haber sido más —continuó Rowel—. Logramos detener el ataque de esos… demonios. —Pronunció la palabra como si aún no lo creyera del todo—. Pero no pude llegar a tiempo para su majestad.

—Señor Rowel, si hubiera llegado a tiempo serían diez los cadáveres —dijo ella. Meneó la cabeza y les relató todo lo ocurrido—. Tuso quería ganar tiempo. Yo estaba aturdida, y entonces su camisa se rasgó y vimos esa luz púrpura saliendo de su pecho.

—¿Luz púrpura? ¿En su pecho? No sé a qué se refiere. —Rowel frunció el ceño.

Mirah se giró hacia Collins.

—Y usted, ¿no la había visto nunca?

—Nunca traté a su majestad. Ni siquiera lo exploré jamás. —Se encogió de hombros—. Siempre tuvo una salud de hierro. Envidiable.

Ella meneó la cabeza.

—El céfiro sí sabía lo que era. Ni siquiera dudó al apuñalarlo. Era lo que buscaba.

Daval los oyó hablar mientras se frotaba la barbilla, pensativo. Todo lo sucedido esa noche era extraño. Un conjunto de casualidades. ¿O puede que no fueran casualidades? Una mecha de comprensión se encendió en su cabeza.

—Estaba planeado.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—¿Cómo que estaba planeado? —inquirió Rowel—. ¿Con quién?

—Pensadlo. Un céfiro podría haber elegido cualquier lugar para poseer a alguien, pero se cuela aquí. *Ellos* necesitaban algo. —Conforme hablaba supo que iba en la dirección correcta—. No ha sido pura casualidad. El ataque de los asys era absurdo. Era muy poco probable que tuvieran éxito contra esta fortaleza… Sin embargo…

—Nos distrajo —dijo Fury—. Fue una distracción para todos. Una maniobra para ganar tiempo y descubrir dónde estaba esa gema.

—Es decir, que en realidad no ganamos —corroboró Rowel. Tiró de su peto de cuero hacia abajo con nerviosismo—. Se retiraron justo cuando habían conseguido lo que querían.

—¿Pero por qué es tan importante? —preguntó Collins—. ¿Y cómo sabía ese ser de su existencia?

Todos comenzaron a hablar. Había demasiados interrogantes. Sin embargo, había alguien que no participaba en la conversación. Observó a la alux de reojo, que fruncía los labios. Parecía vacilar.

—Los demonios quieren liberar a Haya Donek —dijo al fin, y el peso de aquel nombre cayó en la estancia, silenciándola.

Un nombre que rozaba el mito y que ellos, demasiado jóvenes en su mayoría, no concebían más que como un espejismo. Haya Donek. Su figura se había degradado con el paso de los años, y lo que conocían de él ya solo era un conjunto de historias susurradas que contaban los mayores para que los niños se durmieran.

Rowel se volvió a recolocar el peto en un gesto que a Daval comenzaba a desquiciarle.

—Pero… Haya Donek… —el hombre vaciló al pronunciarlo—… murió.

—Sí… —confirmó Collins—. Aunque siempre hubo rumores.

Mirah suspiró sonoramente, miró a Fury y luego carraspeó antes de contarles una historia. Una historia de muerte, puertas y cuatro

llaves.

—Entonces…, allí abajo… ¿puede que siga vivo? —preguntó Rowel.

Collins negó con la cabeza.

—Demasiado tiempo ha pasado. No puede quedar nada de él, al menos… físico. —Se puso a recoger distraído sus útiles de encima de la cama antes de mirar a la alux—. En cualquier caso, princesa, lo que usted llama la llave del viento ya no está aquí.

—¿Tuso se escondió esa llave en el pecho? —Fury estaba incrédulo—. ¿No podría haber elegido un baúl? ¿Un hueco bajo la cama? ¿Tirarla al mar?

Rowel se aclaró la garganta y le dirigió una mueca. El desprecio impregnó de nuevo sus facciones al mirarlo.

—¿De verdad te extraña eso, spirit? —Alzó la barbilla—. ¿Te extraña de alguien que creó este lugar? Nunca juzgues a Tuso a la ligera porque era muy superior a ti. A cualquiera de tu raza.

El spirit le clavó la mirada. Al cruzarse de brazos, pareció aún más grande y amenazador. A su lado Rowel no era más que un muchacho musculoso. Daval miró a la alux.

—¿Nadie pensó en destruir esas llaves? ¿Todos los líderes las conservaron?

Ella se encogió de hombros, renqueó por la cama para bajar y arrugó la cara dolorida por el esfuerzo, pero el dolor no ocultó la decisión de sus ojos.

—La llave del viento existe. Y ellos ya la tienen. Tenemos que irnos porque…

—… quieren la llave del agua —adivinó Fury.

—Sí. —Mirah asintió—. Y sé exactamente dónde está.

30

Fury pestañeó sorprendido al analizar el terreno.

Al igual que en los alrededores de La Ratonera, el sendero del bosque les descubrió algunas zonas de naturaleza devastada. Desde que la comitiva había salido, apenas alumbrados por un sol perezoso que intentaba colarse entre las nubes, no habían dejado de ver rastros del paso de los demonios.

Las zonas amarillentas se intensificaron conforme se adentraban en el bosque. Lo que antes fueron flores, ahora yacían muertas y crujían bajo el peso de sus pies como un lamento de destrucción. Y a ello había que unirle el cementerio improvisado de diversos cadáveres animales que salpicaban el terreno. Aquellos seres extendían su oscuridad como una infección.

Algunos soldados de Tuso también se habían mostrado nerviosos ante el espectáculo. El paso de los mil hombres que los acompañaban levantaba un eco sordo en el sendero. La mayoría iba a pie, pues la formación improvisada había hecho imposible proveer de corceles a todos. Los estandartes púrpuras apenas se movían ante la ausencia de viento y precedían a todo aquel enjambre de hombres armados con la incertidumbre clavada en los ojos.

Fury los había oído cuchichear en voz baja. Tenían miedo. Algunos habían sido convocados de sus puestos en poblaciones cercanas y aún estaban poniéndose al día con la nueva situación. Veía sus caras de desconcierto al seguir a un caballo montado por una alux y un spirit, quizá echando en falta a su líder. Algunos ni sabían quién era Mirah, y a los que lo sabían, les importaba más bien poco. Pero no los seguían a ellos, por supuesto; seguían a Rowel.

El general humano cabalgaba un poco por delante de ellos, con una nueva coraza de metal que sustituía el peto de cuero, única muestra quizá de que había ascendido de rango después de los

acontecimientos. Rowel parecía tener un papel más importante en las filas del difunto rey del que había pensado y aquella nueva protección le daba un aspecto aún más voluminoso y compacto. Aunque le causara cierto respeto, Fury frunció los labios. La mirada de censura que le había dirigido cuando Mirah había insistido en que montara con ella había sido como un cuchillo. Podía ser un gran militar, pero como persona le parecía ruin, a juzgar por cómo trataba a todos los de su raza.

Rowel había logrado reunir a todos aquellos hombres antes del amanecer, y ahora se dirigían hacia Trisar, bajo el rumor de una amenaza que la mayoría creían inventada, solo por su respeto y obediencia hacia el rey. Cuando Mirah había transmitido la última voluntad de Tuso en la enfermería, Fury había esperado que aquel tipo fortachón se riera de ella. Pero no, Rowel había asentido sin vacilar con expresión grave.

Avanzaron en silencio entre la maleza, sin parar, pero con cautela. Fury miró a Daval, que cabalgaba a su lado. Parecía pensativo, perdido en sus propias cavilaciones. Comparado con Rowel hasta despertaba cierta simpatía en él, pero tampoco demasiada.

Apenas había amanecido mientras ayudaba a Mirah a montar y el silfo había soltado un comentario desafortunado: «¿Por aire no sería más rápido?». Fury le habría dado un puñetazo con mucho gusto, pero se conformó con pisarle de forma *accidental*. Oyó a Mirah suspirar en silencio, sabía que ella ya se torturaba por sí misma, no necesitaba un idiota que aumentara su desazón.

Oyeron un crujido en un lateral y Rowel levantó una mano. Todos pararon en seco, pero, al tratarse de uno de los sonidos del bosque vivo, o lo que quedaba de él, se reanudó el ruido de la comitiva.

Mirah se había asegurado de que los acompañaran el mayor número de hombres. Tras extender unas pautas de seguridad para la población y dar sepultura a los restos de Tuso, Rowel había dejado a la otra mitad de su ejército en Tefalén. Al igual que Fury, Rowel se debía preguntar sobre el destino de su reino, con la esposa de Tuso malherida y sin herederos, el futuro de Tefalén era incierto, pero en ese instante solo era un problema mínimo en comparación con lo demás.

Habían enviado una misiva a Trisar para informar de la situación, solo esperaba que no fuera tarde. Después de haber visto a aquellas criaturas, Trisar no tenía posibilidades de repeler un ataque de esa

magnitud. Desvió la vista, pensativo, y le llamó la atención el arma enfundada que llevaba el silfo al cinto. Era la misma que había corrido a buscar la noche anterior. La funda no se amoldaba a ella, lo que significaba que había perdido su cubierta original. Un trozo de la hoja salía a la luz a través del cuero ajado. Ahogó una exclamación.

—Déjame ver tu daga.

Él lo miró con el ceño fruncido. También captó la atención de Mirah, quien siguió su mirada curiosa. Al final, cedió y la desenfundó. Una neblina dorada onduló alrededor del metal.

—¿Qué es eso? —preguntó ella. Sus ojillos negros miraban el arma, expectantes.

Daval abrió la boca para contestar, pero fue Fury el que habló.

—Mantra de esencia aharí.

Acercó el caballo y Daval se la tendió con cierto recelo. Estudió los bordes y la situó cerca de los ojos para observar el acabado del metal. El halo que flotaba a su alrededor se hacía más intenso con el tacto de sus dedos.

—Es muy antigua, y tiene los bordes muy mal acabados, pero es auténtica. Mi padre me contó que hizo algunas espadas antes de enviarlas a las Rocosas para impregnarlas de esa sustancia. Pensaba que todas habían sido devueltas por ley a Taman.

—Está claro que alguien no cumplió dicha ley. —Daval se la arrebató de las manos como si tenerla lejos le produjera cierta ansiedad. Luego levantó las cejas al adivinar sus pensamientos—. Y no, no soy un ladrón si es lo que estás pensando. Se la compré a un mercader.

—Me he perdido —dijo Mirah dándole un golpecito en la pierna para atraer su atención. Fury la miró de reojo—. ¿Qué la hace diferente?

—Corría el rumor de que solo las armas con esa esencia pueden dar fin a un demonio.

Ella meneó la cabeza.

—No he leído nada de eso en…

—Los libros no lo dicen todo —la interrumpió—. No es un detalle conocido por la mayoría. Mi padre me decía que cualquier arma podía producir una herida a un demonio. Pero ellos siempre se levantaban. Siempre. A excepción de si se herían con un arma impregnada con aharí o, evidentemente, si lograbas separarles la cabeza del cuerpo.

Notó que ella se revolvía en el caballo.

—Pero en Trisar solo hay armas comunes… ¿Cómo vamos a…? —Su pregunta delató una creciente ansiedad. Una ansiedad que ya albergaba él. No terminó la frase, pero le gritó a Rowel que los que iban a caballo se adelantarían al resto. Fury vio el gesto contrito de algunos soldados, claramente en desacuerdo. El grupo de los corceles comenzó un galope intenso. Le preocupó el ruido y frunció el ceño

—Quizá no se acerquen a la luz del sol, Mirah, pero no llamaría a esto pasar desapercibidos, y hay zonas del bosque…

—¿No te das cuenta? —dijo ella a su oído—. Las voces. No oigo nada. Solo oigo las voces cuando están cerca.

Decidió guardarse sus pensamientos y un escalofrío le recorrió la nuca. Esa conexión tan extraña no podía traer nada bueno. Pero no pudo encontrar nada malo al sentir su cuerpo pegado al de él, meciéndose al compás del movimiento del caballo. Se pasó una mano por el pelo. «Relájate, imbécil». Dio gracias por que no viera cómo la sangre le encendía las mejillas.

Pero era incapaz de relajarse. La parte de su cabeza que no estaba disfrutando del momento solo creaba imágenes de muerte y alas goteando sangre.

31

No hicieron noche hasta la segunda jornada a pesar de que el cansancio ya comenzaba a afectar a los animales y fue un descanso breve de unas pocas horas antes de ponerse en marcha de nuevo. En ningún momento Mirah dio muestras de oír las voces. Al alba, galopaban por el sendero del bosque mientras los cascos de los caballos levantaban un reguero de polvo. Si hubieran optado por ir entre los árboles, quizá hubieran estado más protegidos, pero el camino hubiera sido más lento al tener que sortear los desniveles del terreno. Ninguna criatura sería tan estúpida para enfrentarse a semejante ejército. Y, si Fury llevaba razón, los asys no saldrían a plena luz.

El día estaba un poco oscuro y el sol pugnaba por salir entre las nubes algodonosas. Mirah se acomodó sobre el caballo y sintió la pierna pesada como una losa. Al menos el dolor había remitido, aunque de vez en cuando le asestaba una punzada que le perlaba la frente de sudor.

Apretó un puño para canalizar su furia. Se odiaba a sí misma. Dedicó una mirada fugaz al silfo y admitió que tenía razón. Podría haber llegado más rápido volando. Sin embargo, su propia cobardía se lo impedía.

«¿Cobardía o pudor?». A diario se escudaba en un fingido desinterés por lo que pensaran de ella, pero se mordió el labio ante la sola perspectiva de mostrarse al completo.

«Serás vulnerable».

«Vulnerable».

«Vulnerable».

La palabra se repitió en su cabeza hasta que Fury le tocó la pierna. Ni siquiera se había dado cuenta de que le preguntaba si estaba bien. Asintió. Daval se adelantó para romper con el hilo de sus

pensamientos. Se descubrió analizándolo. Seguía siendo un misterio. Callado, hosco y retraído. Las circunstancias habían propiciado que se encontraran por algún motivo.

«El destino es caprichoso, hija», diría Edur.

Pero su padre era más dado al misticismo que ella, lo que la había puesto nerviosa en muchas ocasiones. Ella prefería perderse en lo tangible, como las plantas. Y, aun así, pensó en el concepto *destino* desde un nuevo punto de vista. Puede que sí hubiera un motivo para su encuentro. Ella tenía que ayudarlo con su hermana y la biblioteca debería ser su primera parada.

«Quizás nos sirvas más adelante…». El eco de la frase pronunciada con voz infantil le puso los pelos de punta.

Se miró la pierna. Collins le había recomendado una inmovilización completa durante cuatro o cinco semanas, pero en Trisar ella esperaba encontrar un método para aligerar el proceso. Se apartó hacia atrás el mechón de pelo rubio que pugnaba siempre por ocultarle los ojos.

«¿Qué quieren de mí? ¿Oirán lo que pienso igual que yo los oigo a ellos?».

Tuvo el impulso de soltar una sarta de blasfemias para comprobar si había algún tipo de reacción, pero solo se encontró con más preguntas internas. De repente, hubo una exclamación a su espalda. Un cuerpo grande y fornido descansaba boca abajo sobre un lado del sendero.

—¿Un blemio? ¿En esta zona?

Rowel le hizo un gesto para que callara y se acercaron a examinar el cuerpo. El tufo podrido les atacó las fosas nasales sin piedad. Mirah elevó las cejas. Agarró la camisa de Fury con fuerza para ocultar su horror. Era el blemio pequeño, o lo que quedaba de él.

Estaban cerca de la zona donde pernoctaron y sintió como si hubiera pasado mucho tiempo desde aquello. Fue incapaz de decidir si el hedor de la criatura era mejor muerta que viva, pero le dio pena. Había sangre de color pardusco y le faltaba un brazo. Varias moscas revoloteaban sobre los ojos inmóviles.

La comitiva continuó el camino con un ambiente más lúgubre, ocultando la tensión en el paso rítmico de los caballos. El grupo a pie debía llevarle unas horas de diferencia. Ya atardecía, y las nubes tomaban un color anaranjado suave que impregnaba el sendero de una calidez insospechada.

El rastro de naturaleza muerta desapareció y los jinetes se relajaron al pasar junto a la única posada de aquel tramo. Aunque su entrada apareció ante ellos un tanto descuidada, la visión de un par de caballos apostados en un lateral acompañados del ruido de voces en el interior suavizó los ánimos. Se apresuraron a bajar de las monturas para pagar por unos caballos de refresco y dar una tregua a los pobres animales que tan rápido habían realizado la mayor parte del recorrido. Mientras cambiaban los animales, Mirah se mordió el labio. ¿Y si los asys habían tomado otro camino?

Notó que Fury se masajeaba el hombro con una mano.

—¿Y la herida?

Él se encogió de hombros.

—No me preocupa mi herida —respondió con amargura—. Me preocupa más qué espada preferirá tu padre para rebanarme el cuello cuando vea cómo vuelve su heredera.

Ella meneó la cabeza.

—Ni que fuera tu culpa.

—No llegué a tiempo. Si hubiera…

La frase se cortó y sus dedos aferraron las riendas del nuevo caballo mientras su espalda se tensaba. Montó tras él. Lo conocía. Podría haber decidido no acompañarla, pero allí estaba. Había luchado, lo habían herido, había sufrido humillaciones, y él continuaba junto a ella a pesar de todo. Se sintió afortunada.

Aunque su vocabulario era rico tras devorar una infinidad de libros, no encontró las palabras y se limitó a apretar los brazos alrededor de su cintura. Apoyó la cara de lado en su espalda y disfrutó de un instante de tranquilidad. Sospechaba que a partir de ese momento habría poca.

Él se removió inquieto.

—Spirit gruñón.

Casi siempre huía de sus gestos de cariño. Quizás le incomodara que alguien pudiera extender la idea de una relación idílica entre ellos. Casi se echó a reír. Jamás le había visto interés alguno en ella como mujer, y más de una vez había bromeado con él sobre sus escarceos de cama esporádicos. Él siempre se limitaba a callar y poner aquel gesto indiferente antes de cambiar de tema. Como ahora.

—La rata Valeria —le oyó murmurar con tono vacilante.

Ella alzó la cabeza y levantó una ceja.

—¿No vas a dejarlo nunca?

—No. Fue nuestro combate con final más inesperado. —Sin verle la cara supo que sonreía—. Hacerle su propio funeral fue excesivo, ¿no?

Ella le dio un puñetazo en el brazo y él se quejó. Los dos compartieron una risa mientras la última huella naranja de la tarde se desvanecía.

Al poco de anochecer, las primeras luces llenaron el horizonte de motas, junto con el leve rumor del agua que, en la oscuridad, comenzó a cobrar intensidad. El canto del río Mel le daba la bienvenida.

Estaba llegando a casa.

* * *

Daval nunca había pisado la tierra de los alux.

Con gesto pétreo, intentó ocultar su admiración al ver la ciudad por primera vez. Cruzando un puente de piedra erguido sobre el río, pudo ver el tono centelleante del agua a pesar de la poca iluminación. La noche era apacible, y la brisa le trajo una amalgama de notas florales que le envolvieron con su perfume.

En cuanto cruzaron la entrada, un grupo de soldados alux se preparó para colocar unas barricadas de madera en la linde con el bosque. Observaron su perfecta formación en el aire al descender para colocar las que serían las únicas barreras defensivas del valle. Más arriba, sobre sus cabezas, otras tantas figuras aladas trazaban círculos para inspeccionar la zona.

Al poco apareció el pueblo. Las casas de techos bajos y redondeados estaban mezcladas con las residencias en los árboles, cuyas bases salpicadas de flores parecían observarlos en la semioscuridad nocturna. No había risas ni charlas animadas. El ambiente era tenso y solo se percibía el ruido de pisadas. Fueron pocos, pero algunos rostros comenzaron a salpicar las ventanas, mientras algunos, más valientes, se atrevieron a salir a la entrada de sus hogares.

El batir de las alas rompió el silencio de la calle cuando una niña se escapó de la mano de su madre y voló hasta alcanzar a Mirah. Sin una pizca de timidez, la pequeña le preguntó quiénes eran todos esos hombres.

—Amigos —le dijo ella con una sonrisa.

La madre se acercó y, tomando a la niña de un brazo, la arrastró

con ella. Ambas se metieron precipitadamente en las entrañas de una encina. A excepción de los soldados apostados en las calles, que volaban a unos palmos del suelo en actitud vigilante, todo era solitario y fantasmal.

—El rey ya debe haber informado al pueblo —susurró Fury.

Daval se rascó la cabeza. Eran muchas las veces que se había imaginado aquel reino, pero de una forma muy diferente. Había pensado en Trisar como un reino ostentoso, sin embargo, sus ojos solo le devolvieron la imagen de un pueblo humilde enclavado en pleno bosque, cuyos habitantes tenían miedo.

—Espero que tu padre tenga un plan, princesa.

Ella lo miró con semblante serio, era la primera vez que la llamaba «princesa» sin un tono mordaz. No pudo evitar pensar que esa alux era diferente a todo lo que había conocido. Por supuesto, no acabaría con una vida completa de repulsión a su raza, pero se veía abierto a conocerla un poco más. A su raza y a Mirah.

«¿El viejo Davy se está ablandando? —dijo la voz de Morty en su cabeza—. ¡Que me parta un rayo!».

Al poco, la hilera de casitas dio paso a un camino de piedra pulida flanqueado por árboles a sendos lados. El Brillante se extendió en el cielo nocturno como una construcción colosal y él abrió la boca, admirado.

—Es bonito, ¿verdad?

Mirah le dedicó una sonrisa justo en el momento en el que una docena de soldados se ponían en movimiento más adelante. Sus corazas de plata pulida refulgieron mientras los flanqueaban hasta la entrada. Uno de ellos aleteó hasta arriba de la torre para dar una orden.

La puerta, alta y ornamentada con la forma de hojas entrecruzadas, se alzó hacia arriba con facilidad. Aún admiraba las torres del castillo, cuando cruzó el pórtico.

La había oído a ella decir que entrarían por el Jardín de las Azucenas, y ahora, tras mirar a su alrededor, entendió que no era un nombre figurado. El perfume de miles de flores los invadió. A su lado, Rowel también cerró los ojos un instante, embriagado. Daval aspiró permitiéndose un momento de placer. Dos figuras esbeltas se acercaron a ellos. No había duda de quién era el rey.

Ambos se parecían físicamente, y, sin embargo, un carisma emanaba de la figura de la izquierda, que revelaba su posición. A su

lado, el otro alux parecía incluso pequeño, a pesar de que era más alto que cualquier humano. Con el cabello rubio recogido en una especie de coleta, la postura firme y recta le indicó que debía de ser uno de los generales al mando.

El rey Edur no siguió ningún protocolo, separó la distancia hasta el caballo de Mirah y la ayudó a bajar. El cabello de la chica se meció ante el aleteo agitado de las alas del monarca mientras la colocaba con suavidad en el banco de piedra más cercano. Después la examinó de arriba abajo, parándose en la pierna.

Daval miró el jardín. Los colores de las flores creaban un espacio único e íntimo, arrulladas por el susurro de una fuente cuya agua parecía brotar de las entrañas del muro. El spirit había dicho que aquel sería el espacio más privado para su llegada, y Daval se extrañó de que un lugar tan magnífico no estuviera abarrotado.

Rowel y Daval hicieron una reverencia. Oyó al rey hablar con el jefe de guardia de Tuso y presentarle a la figura de su lado como el comandante Miles. Allí, juntos, no pudo más que comparar a ambos. Dos militares aparentemente notables, pero tan diferentes: uno moreno, bajo y fuerte; el otro rubio, alto y fibrado. Podrían formar un dúo bastante curioso en una batalla.

Los dos oficiales intercambiaron unas palabras con el rey Edur antes de que este diera órdenes. Su voz fue suave pero autoritaria. Fury se revolvió el pelo por enésima vez a su lado. Daval estaba a punto de espetarle que parara cuando el rey volvió sus ojos claros hacia ellos. Avanzó meneando la cabeza.

—Ya basta, Fury —ordenó antes de poner una mano sobre su hombro—. No voy a culparte de nada excepto de darme un nuevo dolor de cabeza.

Daval frunció el ceño confuso. Recordó vagamente la conversación de la noche anterior y una chispa de entendimiento le hizo sospechar cuál era la habilidad del rey. Justo en ese momento, Edur volvió su atención a él y levantó una ceja al advertir su mirada intensa.

—Su nombre es Daval —dijo Mirah a su espalda. Titubeó antes de añadir—: Ha accedido a acompañarnos por si necesitamos más ayuda.

Daval cruzó una mirada con ella. En su interior le agradeció no mencionar el asunto de Tris. No estaba muy familiarizado con los protocolos y, en cualquier caso, aunque lo estuviera, tampoco los cumpliría. Se limitó a un gesto de cabeza tenso a modo de saludo.

—Relájate, amigo. —El rey Edur no pareció ofendido y le dio una

palmada en la espalda—. No acostumbro a leer la mente a los invitados, es de mala educación.

—Majestad, hay que revisar nuestro plan de defensa. —La voz de Miles los interrumpió.

El rey asintió.

—Nos vemos en una hora en mi despacho —ordenó y se acercó a Mirah para tomarla entre los brazos—. Tú te vienes conmigo, señorita. —Sus alas se agitaron y él encogió las piernas al iniciar el vuelo. Fury se acercó a él, y le dio un toque en el hombro.

—Vamos. Para los que no tenemos *transporte aéreo*, el despacho del rey está retirado. —Señaló el alto de un torreón que se alzaba imponente hacia el cielo y luego se giró hacia él—. ¿Podrás soportarlo o necesitarás que te lleve en brazos?

Daval puso los ojos en blanco y masculló:

—Malditos alux y malditos spirits.

32

El destello púrpura resplandeció y *él* tuvo que cerrar los ojos.

Tris lo imitó desde dentro. Como reflejos de un espejo, cada vez estaban más conectados. El hueco que ella ocupaba en su cabeza se hacía más pequeño conforme pasaba el tiempo, mientras una nube oscura de pensamientos ocupaba el espacio restante sin vacilar.

«Es un parásito. Un parásito que me roba todo lo que alguna vez fui».

Miró sus manos, ahora convertidas en un amasijo de carne putrefacta. Sostenían aquella piedra púrpura con los dedos pringosos, viciando su resplandor. La acarició y ella sintió la lascivia que emanaba del demonio casi como propia. No sabía qué era, pero la presencia oscura le decía que era muy valioso.

Oyó un quejido a su derecha y observó al nuevo integrante de su selecto grupo de compañeros demoníacos. Agazapados en el bosque habían permanecido hasta que su curiosidad sobre a quién estaba esperando quedó satisfecha. De entre los árboles había aparecido un chico.

Era muy joven, no más de unos doce años, con el cabello rubio desgreñado y salpicado de mechones rojizos; en la oscuridad era incapaz de discernir si eran manchas de sangre o su pelo era así de forma natural.

Sus ojos negros se cruzaron con otros idénticos. Otro demonio invasor.

Le inundó la desazón al imaginar que alguien de tan corta edad estuviera sufriendo lo mismo que ella. ¿Cuánta muerte habría provocado aquel cuerpo menudo? No quedaría mucho de cordura en su mente infantil, aunque su cuerpo sí presentaba mejor aspecto que el suyo. Aún tenía una apariencia relativamente sana. El céfiro debía haberlo invadido hacía poco tiempo.

Miró la piedra que el muchacho había traído consigo, intentando discernir qué era. En contraste con su piel cenicienta, el color púrpura pareció más intenso. Odiaba ese color. Lo odiaba con todas sus fuerzas a pesar de ser el color de su raza. Y, de pronto, supo que tenía que ver con ella, con los silfos. ¿Pero qué? Se sentía agotada en extremo como para hacer conjeturas. Mantener aquella barrera de intimidad en sus pensamientos era cada vez más complicado.

Él entonó un grito. De entre los arbustos emergieron los asys, uno a uno, desde muchas direcciones. Una horda de despreciables insectos que acudían a la miel. Lástima que a estos no se les pudiera aplastar.

Siguió la mirada del demonio y la maleza crujió mientras todos formaban. Las briznas de hierba parecieron gritar ante su contacto antes de amarillear y convertirse en una alfombra seca y muerta.

Oyó cómo de su boca salían nuevos sonidos. El resto la miraban. Se dedicó a contarlos, no debían llegar a trescientos, pero le habían parecido más. Se sobresaltó al sentir que gritaba y su mano alzaba la piedra púrpura sobre su cabeza.

Tris alcanzó a entender una frase de júbilo: «… nuestra primera victoria».

El resto expusieron los dientes amarillentos en aprobación y ella sintió un escalofrío, mezcla de horror y de excitación. Quisiera o no, formaba parte de aquello y se corrompía como una manzana sana en un huerto de putrefacción.

Menuda repugnancia. A ellos. A sí misma. A todo.

«… y la llave del agua será…». Entendió otra tanda de palabras.

Una llave. ¿Qué querían abrir aquellos desgraciados?

Hubo movimiento a su alrededor al ponerse todos en marcha. Hacia el norte el único destino solo podía ser Trisar, reino famoso por sus aguas. Llave. Agua. Su mente se distrajo tratando de conectar ambas palabras, pero los que estaban conectados eran todos aquellos demonios, moviéndose a la par como un solo ser.

—Ahora será nuestro turno. Yo estoy impaciente, ¿y tú?

Su antigua voz mancillada la sobresaltó. Supo que *él* curvaba las comisuras y paseaba la lengua por los labios húmedos. Quería tentarla. Quería que ella sucumbiera. Romper su última barrera y fundirse con su oscuridad. Tris bajó la tela de sus pensamientos.

«Ya sabes que lucharé —le dijo—. Hasta el final».

Oyó su propia risa con un tono burlón y despectivo.

—¿Y de qué te valdrá? Tu cuerpo ya es *mío*. —Lo vio deslizar una

mano lasciva por su cuello en una caricia hasta llegar a la mejilla. Luego clavó las uñas en la piel y la desolló hacia abajo. Un trozo de carne se desprendió como una costra seca—. O lo que queda de él.

Una oleada de rabia la invadió. Deseó matarlo. *Matarse*. Pero no. No gastaría energía en sus provocaciones. La guardaría para el momento adecuado, si es que lo encontraba.

Extendió su barrera mental durante el resto del camino. Los asys se movían a su alrededor, rápidos, pero aún torpes. Uno de ellos tropezó y cayó de lado, aplastando unos tallos ya de por sí marchitos, incapaz de controlar su cuerpo a la perfección.

Se preguntó de dónde habían salido. Según lo que sabía de la época oscura, todos habían perecido, pero allí estaban. De haber sobrevivido alguno tanto tiempo, habrían advertido su presencia, ¿no?

«No. Estos asys son nuevos».

El céfiro alzó la cabeza, permitiéndole ver un destello de claridad del cielo que enseguida quedó oculto. Huyendo de la luz directa del sol, andaban amparados por la sombra del bosque por las noches. Tris supuso que el sendero que conducía a Trisar era un camino despejado y la comitiva demoníaca debía andar entre los árboles para esquivar la luz.

El tiempo transcurría lento.

Unas horas después, el asys que andaba justo a su lado se desplomó. Convulsionó antes de expulsar un reguero de babas de color verdoso y quedó inerte con los ojos oscuros abiertos hacia un lado.

Tris notó la sorpresa de *él* como si fuera propia, pero, tras una mirada fugaz, continuaron su camino. El suceso se repitió varias veces. No podía más que sentir alivio por cada uno de los demonios que caía y reducía su número.

El invasor apretó la piedra púrpura en una mano haciendo que los nudillos se le pusieran blancos. Su enfado iba en aumento y ella se sintió valiente como para dedicarle un pensamiento burlón.

«Ahora sí que estoy impaciente por ver cuántos llegan vivos a nuestro destino».

Él apretó los dientes. No hubo respuesta por su parte. Comenzó a parlotear en su jerga con el asys que le hacía de mano derecha. Ella puso atención hasta quedarse con una frase: «Los nuevos son débiles por su raza de origen».

Si aún pudiera se habría mordido el labio. Desconocía absolutamente el sistema reproductivo demoníaco, por lo que poca luz

arrojó ese comentario a sus cuestiones.

Era de noche cuando descubrieron las primeras luces en la lejanía. Para entonces habían dejado atrás unos ochenta demonios muertos. Sin embargo, el plan parecía seguir adelante. No pensaban desistir. Los observó agruparse para hablar. *Planear.* El sentido de ese concepto le provocó un temblor interno. Aquello pintaba mal.

Tras un nuevo intercambio de sonidos, su cuerpo dio órdenes al resto. Tris estaba cansada, no se había permitido desconectar mucho y su conciencia rogaba por una pausa. El céfiro, por su parte, no necesitaba descansar más que unas horas durante el día. Momentos que ella aprovechaba para intentar hacer algún avance en el control de su antiguo cuerpo. Pero cada día era más complicado. *Él* tenía razón. Estaba perdiendo la batalla.

Los asys formaron dos grupos separados antes de alejarse en direcciones opuestas. Derecha e izquierda. Se quedó sola con el niño.

«Qué mala sensación».

Se alegró de no sentir el peso en el estómago que se habría instalado en él.

Al poco, el niño comenzó a toser y arrugó la nariz. Escupió sobre la hierba y después clavó las rodillas en el suelo. Vomitó de forma ruidosa. Se incorporó con dificultad sin molestarse en limpiar los restos brillantes que le corrían por la barbilla. En unas pocas horas, su aspecto había empeorado de forma notable.

Él meneó la cabeza, mirándolo.

—Tu contenedor ya solo es una molestia, Riledek. Demasiado joven. Busca a otro que sea más útil.

Acto seguido, empujó al muchacho contra el suelo y le rodeó el cuello con las manos. Un sonoro crujido hizo eco entre los árboles. Cuando su cabeza quedó lacia, la boca se abrió de forma forzosa y de ella comenzó a salir un humo oscuro. Tris recordó fugaz el momento, noches atrás, cuando había visto ese humo frente a ella. Ojalá todo hubiera sido diferente.

Observó el humo, convertido en una especie de nube espesa que se alejaba hacia el cielo en busca de alguien nuevo. Alguien a quien le esperaba un infierno igual al suyo.

33

El rey Edur entrecerró los ojos con una mano sobre la barbilla.

Una vez concluido el relato de lo ocurrido en La Ratonera, Mirah se removió inquieta en la silla, como si su trasero no estuviera nada contento con la postura. Acostumbrada a verla en constante movimiento, esa pasividad obligada la tenía que estar poniendo de los nervios. Fury ahogó una sonrisa para sus adentros.

—… curioso escondite el de Tuso… —decía Miles con gesto grave. Habían guardado silencio unos segundos para digerir la nueva información.

El rey meneó la cabeza y se levantó del sillón.

—Sí. Y le ha costado la vida.

—Hubiera muerto de todas formas —afirmó Mirah—. Pero el asunto ahora es otro. —Se retorcía las manos sobre el regazo y miró directamente a Edur—. Papá, la llave del agua está en la Sala de las Cuatro, ¿verdad?

El rey calló y sus ojos resplandecieron con imágenes de un pasado lejano.

—Siempre lo ha estado, hija.

Fury lo entendió entonces. Si hubiera prestado más atención al entorno, lo habría visto, igual que Mirah. Aunque no solía rondar demasiado por el castillo, sí recordaba el fulgor azul encerrado en la esfera de cristal que coronaba la fuente central de la Sala de las Cuatro.

La llave del agua. Había estado frente a sus narices toda la vida.

Todos enmudecieron. Había demasiado que procesar. Advirtió el gesto nervioso del comandante Miles al pasarse una mano por el pelo, bien sujeto en la nuca. Apenas se había cruzado con él unas cuantas veces, pero no parecía muy mayor. Quién sabía; la propia Mirah, que aparentaba ser una adolescente, tenía casi tres mil años. Todos eran

demasiado jóvenes para lo que se les venía encima.

—Majestad, tal como usted ordenó, hemos habilitado el subterráneo del castillo como refugio. —Miles movió las alas grises, las manchas púrpuras que las adornaban parecieron fundirse con su coraza metálica al hablar—. Su esposa ya ha establecido el orden de entrada. Rosas, Azucenas y demás clases altas primero, y Margaritas, Amapolas y el resto de clases medias y bajas después. Tras ellos, los spirits.

Mirah frunció el ceño.

—Es injusto e insuficiente, no hay tanto espacio para todos ahí abajo, y lo sabes.

Edur asintió y se apoyó la mano en el puente de la nariz.

—Lo sé, pero intentaremos proteger al máximo de gente posible. No puedo hacer más por ahora, hija. Confiemos en que las barricadas sean suficientes para ganar tiempo. Si atacan será de noche, ya habéis comprobado que no se exponen al sol. —Se giró hacia su comandante —. ¿Has reforzado todas las entradas al reino, Miles?

—Sí. —Miles miró a Rowel, que permanecía en silencio en un lateral. Al igual que con el resto, el alux no parecía despertarle una especial simpatía—. Las barricadas ya están colocadas en todo el perímetro del bosque. Apostaré tres docenas de arqueros en cada flanco de las dos entradas al reino, junto a doscientos hombres en cada una repartidos por aire en varios escuadrones. —Señaló a Rowel —. Si al señor Rowel le parece bien, quinientos de sus hombres formarán dos escuadrones de tierra en cada punto. El resto se repartirá entre centinelas del refugio, oteadores y cuerpo defensivo en la Sala de las Cuatro, que entiendo que exige máxima protección. —Edur asintió.

Mientras intercambiaban unos cuantos comentarios sobre la planificación militar, Fury recordó:

—¿Qué ha ocurrido con el asentamiento del acantilado?

—Muertos —dijo Miles. Si estaba afectado su tono de voz no dio muestras de ello—. Encontramos muertos al primer grupo de exploración, una auténtica sangría. Pero también habían muerto todos los asys, una veintena. —Una de sus comisuras se torció. Estaba contrariado—. Los asys no estaban heridos. Ni un solo rasguño, lógico si tenemos en cuenta que se regeneran. Era extraño, todos parecían haber perecido de forma repentina.

—¿Repentina? ¿Cómo? —preguntó Mirah.

—No lo sabemos. —Admitió con un encogimiento de hombros. Miró a Edur—. Y bien, majestad, creo que con esta organización será suficiente.

Una risa sarcástica retumbó en el despacho. Daval les daba la espalda con la vista perdida por el arco de la ventana.

—Usted ya sabe que no será suficiente, ni aquí ni fuera —dijo antes de girarse—. No pueden morir con armas normales. Está mandando a más de dos mil hombres a una muerte segura.

El rey Edur pestañeó. Fury no supo descifrar su expresión, pero el brillo de sus ojos le dijo que esta vez sí había ahondando en su cabeza. Ambos se miraron un instante. Edur meneó la cabeza.

—No puede ser, todas fueron destruidas, muchacho. He intentando contactar con la reina de Taman para que forjara una remesa, pero… —Se cortó, alzó las cejas sorprendido y añadió—: Enséñamela.

Daval sacó la daga y se la entregó. Edur la examinó arrugando la frente y sus alas se agitaron creando una corriente de aire que acentuó el olor nocturno del bosque. Pareció buscar las palabras adecuadas a aquel detalle inesperado.

—El destino te ha traído aquí, sea cual sea el motivo. —La intensidad de su mirada le daba más parecido a su hija—. Nos has dado una posibilidad.

Fury se revolvió inquieto. Por primera vez tomó conciencia de sus pocas esperanzas, pero fue Mirah quien se adelantó a sus propias preguntas.

—Pero ¿por qué solo pueden morir con esa esencia? ¿Y por qué fueron destruidas las armas? —Volvió a revolverse con inquietud desde su asiento, como una amenaza de arrastrarse hasta sus libros si no respondían todas sus dudas.

Edur paseó la mirada por la estancia con su tempo lento habitual. Aunque Fury llevaba toda la vida con los alux, su especial parsimonia le resultó un poco exasperante con la amenaza que tenían encima. Por el rabillo del ojo vio a Rowel mecerse hacia adelante y hacia atrás. Aún le faltaba mucho para acostumbrarse a los tiempos alux. Puede que no lo lograra nunca.

—En las Rocosas de Aharí había dos volcanes. Con el paso de los años y el movimiento, uno de ellos se separó de la cordillera y formó las islas del Cieno. El otro se quedó en Taman y de sus entrañas nació la esencia más pura de esta tierra. —Edur se posó una mano en el

pecho—. Es como el sustrato del corazón de Elania, una sustancia no corrompida ni mancillada por nada. Y solo los salamantinos pueden acceder a ella y manipularla.

—¿Y eso qué tiene que…? —Edur la calló con un gesto de la mano.

—Un demonio tiene un corazón oscuro, hija —continuó—. Por muchas heridas físicas que le provoquemos, su corazón sigue latiendo, pero es incapaz de soportar la pureza de la esencia aharí. Muere de forma instantánea si la esencia toca su espíritu. Como es lógico, también mueren si se separa la cabeza del cuerpo, pero esa no es una opción.

—¿Por qué? —Se atrevió a preguntar. Él mismo se había planteado esa posibilidad.

—En los primeros años de la época oscura, comenzamos nuestra lucha centrándonos en la decapitación de esos seres. Por desgracia, nos dimos cuenta demasiado tarde. No ocurría con todos, pero, en los más fuertes, su espíritu continuaba vivo y se desprendía de sus cuerpos podridos en forma de humo. Supongo que sabéis lo que son los céfiros.

Silencio. Algunas miradas se entrecruzaron.

—¿Los céfiros nacieron por vuestra culpa? —preguntó Rowel con brusquedad.

—Supongo que podría decirse así, jefe Rowel.

El rey se encogió de hombros y tragó saliva. Les mostró la daga de Daval sobre las manos.

—De ahí lo de buscar otro método, pero este tampoco era perfecto. Taman casi se consumió creando armas, sacrificó la esencia vital de su reino y de sus salamantinos para salvar Elania. De ser una tierra fructífera, pasó al terreno agreste y seco de la actualidad. —Edur le devolvió la daga a Daval antes de caminar con los brazos a la espalda—. Por ese motivo, cuando llegó el fin de la época oscura, la reina Perenite obligó a todos a devolver las armas como esta para ser destruidas en su lugar de origen e intentar devolver la vida a su reino. Las armas de esencia aharí ya eran inútiles y un poder tan fuerte no podía guardarse en un baúl para siempre.

Fury se preguntó cuántas más cosas del pasado desconocían.

—Aunque su reino está a más distancia de aquí que Tefalén, ya mandé una misiva a Perenite. Hay rumores de que ella conservó algunas armas. Nuestro plan es principalmente defensivo, tenemos que

ganar tiempo hasta que nos envíe ayuda. —Edur miró a Daval—. Y tienes razón. Cualquier número de hombres será insuficiente si no tenemos con qué darles fin. Pero tú… todo demonio que ataques no se volverá a levantar. Debes quedarte en el castillo por si se acercan demasiado y…

Daval negó con la cabeza.

—Destruya esa llave. Sin llave, no tendrán nada por lo que atacar.

Edur frunció los labios.

—Creo que no entiendes las implicaciones de la magia más antigua. Las llaves solo pueden ser destruidas por su creador y… —Un chirrido tras la puerta le cortó y puso los ojos en blanco antes de alzar la voz—. Lucy, ¿alguna vez oiré un pensamiento tuyo que no sea una queja?

Se abrió la puerta. La hija menor del rey apareció con su cascada de pelo rubio empujando una especie de silla con ruedas. Se detuvo para poner los brazos en jarras.

—¿Y qué esperabas, padre? No estoy acostumbrada a andar tanto.

Sus ojillos azules miraron a los allí congregados. Aunque vio a varios desconocidos, no dio muestra alguna de timidez. Sus ojos se iluminaron al ver a su hermana. Aleteó hacia ella y se fundieron en un abrazo. A Fury no se le escapó el mohín mal disimulado de Daval. Se mordió el labio divertido, Lucy era el típico prototipo de alux que el silfo parecía despreciar.

La recién llegada comenzó a parlotear de forma incansable. Fury casi agradeció su aparición como un soplo de aire fresco frente a todos aquellos acontecimientos. Tras agacharse para ver la pierna de Mirah, la alux se cruzó de brazos y miró a su padre, elevando una cadera e importándole más bien poco recriminar al rey delante de todos.

—El muy canalla no nos dijo nada del verdadero motivo de tu viaje hasta que te fuiste —explicó mirando a su padre—. Aún cree que soy una alux joven y alocada como para compartir cierta información conmigo. —Se tocó la cabeza con un dedo—. Espero que puedas oír bien clarito todo lo que pienso de la misión suicida a la que la has mandado.

Sonrió para sus adentros. Aunque Fury no solía aprobar la actitud de Lucy cuando estaba envenenada por la presión social de otras alux, sola, era casi otra persona. A veces dejaba de importarle lo que pensaran los demás y, sin saberlo, eran esos momentos donde parecía más auténtica. La llegada de un puñado de demonios aparentemente

extintos no parecía preocuparla, como si no fuera suficiente amenaza para ella. Vivía en su propio mundo idílico para bien y para mal.

El rey Edur chasqueó la lengua exasperado. Se acercó a Mirah y la alzó para colocarla sobre la silla que había traído. El invento, una silla normal remodelada con unas ruedas para tal fin, le sorprendió por su singularidad. Edur se agachó para hablarle en voz baja, pero en aquel despacho la intimidad era difícil de conseguir.

—He mandado construir esto de forma temporal. Ya sé que no… —Se cortó—. Bueno, no vamos a obligarte a hacer lo que no quieras y así podrás desplazarte hasta que tu pierna se recupere. —Su hija le dedicó una mirada de agradecimiento—. Ahora deberías ir a que te vea tu madre. —La voz de Edur titubeó un instante—. No ha podido acudir, estará ocupada, ya sabes.

Mirah frunció los labios. Fury sabía que estaba más que acostumbrada a los desaires de su madre. Era por todos conocido que no era una madre devota, al menos con su hija mayor.

—Yo te llevaré —dijo Lucy con un meneo de su melena rubia. Acostumbrada a ser el centro de atención, aquellos desmanes recargados le salían con una naturalidad pasmosa. Antes de que Mirah pudiera decir ni una palabra, las dos desaparecieron. Su voz parlanchina resonaba en el pasillo mientras asediaba a su hermana a preguntas.

34

El Gran Salón estaba casi vacío cuando llegaron.

Los nobles alux que quedaban charlaban en un tono más bajo de lo habitual. Algunos se interrumpieron al ver entrar a Lucy empujando la silla que la transportaba. Mirah no había caído en gracia nunca a la aristocracia, pero creyó percibir un atisbo de respeto al pasar ante ellos. A saber los rumores que habían corrido por palacio.

«Demasiado tiempo libre para crear chismes», pensó. Aunque en el fondo sentía cierta curiosidad por saber lo que se había cocido por allí, también percibió una nueva tensión en el aire.

Era la primera vez que se amenazaba la paz y seguridad del reino y no era para tomárselo a la ligera. Miró a los nobles. Un par de alux mayores con el pelo rubio platino le hicieron un gesto con la cabeza antes de volver a su conversación. Sus expresiones eran más serias que de costumbre, y, sin embargo, sabían con seguridad que sus traseros tendrían un sitio de honor en el refugio.

Maldijo para sí. Su padre intentaba hacer lo correcto, pero era inevitable que hubiera una revuelta cuando todos los spirits y demás clases se quedaran a las puertas del refugio, abandonados a su suerte. Pensó en las casitas redondeadas, construidas solo como un lugar donde dormir, pues la población se pasaba casi todo el tiempo fuera de ellas: trabajando o disfrutando de la deliciosa naturaleza. No, poco podían esconder esas edificaciones.

Su angustia le hizo enrollarse un mechón de pelo entre los dedos.

Miró a su madre en lo alto de la gran mesa real. La única que al parecer conservaba la calma. La habían encontrado en la sala de té rodeada de sus damas de confianza, y Emerit le había dedicado una bienvenida falsa y rápida. Después, sin detenerse demasiado en nimiedades como preguntarle por qué tenía la pierna embutida en un amasijo de tablas nada elegante, había continuado su charla con el

resto mientras se dirigían a cenar.

Mirah había decidido comer en la parte inferior, pues el acceso a la mesa real implicaba una barrera arquitectónica de siete escalones para su silla. Eso ya le valió una mirada acusadora de su madre, como si su negación a usar sus alas fuera una vergüenza para ella. La ignoró. Ojalá esa fachada de alux perfecta de manual se resquebrajara como un cristal.

Suspiró al verla retirarse con un aleteo grácil tras darle una palmadita en la espalda a modo de buenas noches, como si se fuera a su mullida cama y no a un hueco bajo tierra para pasar la que sería una noche muy muy larga. La acompañaron sus dos alux de confianza, Portia, de pelo corto y liso, y otra de pelo largo y rizado de la que Mirah no recordaba el nombre. Actuaban con una normalidad que la ponía de los nervios. La sensación de regocijo por haber vuelto a Trisar se desvaneció de un plumazo, enranciada por lo mismo de siempre.

Quiso soltar todo su arsenal de blasfemias, pero se contuvo con un suspiro quejoso que hizo que Daval, sentado a su lado, la mirara de reojo. El silfo destrozaba un trozo de pan entre los dedos y con el plato de estofado casi intacto a pesar de que el aroma era delicioso. Fury, por el contrario, había rebañado su plato con rapidez antes de marcharse a toda prisa. Al parecer quería dar un vistazo al taller tras su ausencia. Meneó la cabeza. A esas alturas no podía engañarla. A él le preocupaba lo mismo que a ella. Se recorrería el pueblo repartiendo armas entre los vecinos y conocidos que no pudieran encontrar un hueco en el refugio.

«Un préstamo», les diría con esa medio sonrisa.

Los alux tenían la ventaja de unas alas en caso de huida, pero no todos las tenían en perfectas condiciones. Aunque las alux envejecían con mucha más lentitud que otras razas, eso no quitaba que hubiera alux ancianas. Llegada a una cierta edad, aquellas falanges comenzaban a volverse débiles y quebradizas como una hoja seca, lo que les imposibilitaba el vuelo. Y al margen de las alux estaban los spirits, aún más vulnerables.

Daval tiró el trozo de pan desmenuzado a un lado antes de coger otro, distraído. Habían hablado sobre la vida de su raza, pero el silfo tenía su propio concepto sobre la aristocracia alux y, si bien no iba mal encaminado, desconocía mucho. Retiró unas cuantas migas de pan de la mesa antes de retomar la conversación para hacerle un par

de preguntas sobre su padre. Sus ojos brillaron con respeto mientras ella hablaba; al parecer su padre había conseguido sorprender a aquel tipo taciturno. Lo vio fruncir el ceño al beber de su copa.

—Te desquicia no llevar la razón, ¿no?

Él la miró con una ceja levantada.

—Prejuicios —continuó ella con tono ácido—. Cargas con un saco repleto de prejuicios, y ya tiene un agujero. Cuidado que se te escapan, silfo.

—Bah… —Él hizo un gesto con la mano, quitándole importancia —. Reconozco que tu padre parece un buen tipo, pero para mí solo sois un grupo de remilgados y orgullosos de voz chillona.

—Mi voz no es chillona.

En ese instante, Lucy, que caminaba hacia ellos, se despidió de su amiga Yuter con una frase seguida de un chillido. La otra la imitó antes de desaparecer aleteando por una de las ventanas. Daval la señaló y se encogió de hombros, y ella no pudo evitar reírse.

—Me mandan llevarte al refugio —informó su hermana al llegar junto a ellos.

El refugio. Era curiosa e inquietante la normalidad con la que Lucy trataba el asunto, cuando ella misma le había descrito a esos seres en su encuentro en el bosque. Intercambió una mirada con Daval y fue suficiente para recordarle lo que tenía que hacer.

—No voy a ir, Lucy. Tengo un asunto que tratar con nuestro invitado en la biblioteca.

Su hermana se apoyó las manos en las caderas. Su brazalete seguía en una de sus muñecas, pero Mirah no hizo ademán de pedírselo. Le gustaba que tuviera algún objeto de ella consigo.

—¿Estás loca? —dijo Lucy—. No puedes quedarte sin protección si… —calló. ¿Era un punto de nerviosismo eso que había visto en su mirada? Quizá todo era fachada. Su madre le había enseñado bien, no había lugar a dudas.

—Tranquila, en cuanto acabemos, será él mismo el que me lleve al refugio, ¿verdad?

Daval se encogió de hombros y asintió. Lucy pareció estudiar el color violáceo de los ojos del silfo antes de volverse a su hermana. Para un espectador menos acostumbrado a la raza alux, la preocupación en su semblante habría pasado inadvertida.

—Tú sabrás —dijo, bajó la voz y le tomó la mano—. No tardes, Mirah.

Asintió. Pero antes de que se fuera, sintió un repentino nudo en el estómago.

—Ten cuidado —le gritó.

Sospechaba que iba a ser una noche complicada, pero eso no aliviaba la sensación vacía que le quedó cuando la vio marcharse por la ventana.

* * *

Daval estaba sobrecogido ante la belleza del castillo.

Los pasillos eran inmensos y no había un recoveco por donde no asomara una hoja verde o una tímida flor. Mirah, como buena anfitriona, le había explicado que el agua de Trisar corría por la estructura del lugar, dándole una vida oculta entre los bloques de piedra. Allí no existían los cristales. La meteorología típica de la región les permitía crear construcciones donde la brisa nocturna corría a su antojo a través de los ventanales desnudos, impregnando el espacio de los olores naturales, pero sin perturbar el parpadeo cálido de las velas.

«Aquí rara vez llueve», había explicado ella al cruzar un nuevo pórtico.

Un dato curioso si tenía en cuenta la majestuosa vegetación que crecía sin apenas una leve llovizna que empapara las hojas. El agua que vivía bajo las tierras de Trisar debía ser un verdadero tesoro.

Cruzaron un amplio puente colgante que conducía a la Sala de las Cuatro. Solo unos alux podían enclavar semejante construcción en el centro de un castillo. Sujeto con cadenas en toda su estructura, estas creaban filas entretejidas ancladas a cada lado de los muros de piedra. Sin embargo, aún pendiente en el aire, no se movía ni un ápice. La distancia hasta abajo le hizo tragar saliva, pero no se sintió inseguro, resguardado en los laterales por un vallado de madera sin un mínimo resquicio.

La Gran Biblioteca se encontraba pasada la Sala de las Cuatro, y ambos se toparon con una multitud de soldados apostados en la entrada. Mirah no titubeó para dar indicaciones. Obedecieron. Parecida a su padre, entre audaz y carismática, casi tenía el perfil perfecto de líder para el futuro, pero había un toque salvaje en ella que hacía zozobrar el resto de cualidades.

Pronto confirmó que la descripción de la alux no había sido

exagerada. La Sala de las Cuatro se abría ante ellos como un espectáculo para los sentidos. La humedad del agua que corría obediente por los rieles del suelo daba al ambiente un toque fresco. Se quedó boquiabierto al advertir las dimensiones de la fuente del centro, erigida frente a ellos como una criatura colosal.

A su alrededor, enfrascados en su preparación, los soldados apenas les dedicaron una mirada. Algunos soldados alux aún se ajustaban las armaduras brillantes en el aire mientras una multitud de humanos, los hombres del jefe Rowel, preparaban la formación a seguir. Sin pronunciar palabra, empujó la silla a través de la sala, esquivando los caminos de agua turquesa por el suelo y a los presentes. Ambos echaron una mirada a la esfera de cristal que coronaba la fuente principal y que ahora cobraba un nuevo sentido. Como si se supiera liberado de su secreto, el resplandor azul del interior centelleó.

—¿No puede coger alguien esa maldita gema y llevársela lejos de aquí?

—Si fuera tan fácil, ¿no crees que mi padre ya lo habría hecho antes de exponer a tanta gente a una batalla?

Daval empujó la silla con rapidez y se coló por la otra única puerta de la sala tras dejar atrás el rumor del agua. Ella le indicó que se metiera en un pasillo a la derecha. Llegaron hasta un arco robusto labrado en filigrana de plata. No tenía puerta, no era necesaria; el conocimiento se abría ante cualquiera que quisiera recibirlo. Allí estaba, la famosa biblioteca de Trisar.

Las estanterías los recibieron ya entrada la noche, con baldas y baldas de libros hasta el techo. Y más libros en baúles apostados alrededor de la sala, algunos incapaces de cerrarse con los lomos que sobresalían a través de la tapa, casi deseosos de que alguien los escogiera para abandonar un rato su hogar.

También había más libros desperdigados sobre la mesa de madera maciza, rodeada de unas sillas polvorientas, que, junto al olor seco del ambiente, le confirmó que no era un espacio muy frecuentado por el resto de habitantes.

—Antes solía venir más gente por aquí, ahora somos pocos. —Se señaló con una mueca—. Bueno, en realidad solo vengo yo.

Daval asintió. Sus ojos recorrieron los libros hasta las alturas y tuvo que echar la cabeza hacia atrás. Ayudó a Mirah a encender las velas de la mesa y meneó la cabeza. Buscar allí les llevaría tiempo.

Ella no había mentido, seguro que era la biblioteca más grande de toda Elania.

* * *

Fury se pasó una mano por el pelo, ya de por sí bastante alborotado.

A petición expresa del rey, había ayudado a prender fuego a las barricadas, lo que había aligerado considerablemente el proceso. Recubiertas con aceite vegetal y azúcar para facilitar el prendido de la madera, deberían ir alimentándola con troncos durante el transcurso de la noche, pero constituirían una barrera considerable para sus enemigos.

Sintió el calor a la espalda conforme se retiraba de la última. Andando por las calles del pueblo, vio unas cuantas personas que eran arrastradas por varios soldados mientras gritaban. Otros caminaban con las miradas tristes a refugiarse en sus humildes casas, donde pasarían la noche aterrorizados.

Como era de esperar, una muchedumbre encolerizada se había revelado a las puertas del Jardín de las Rosas, donde un pasadizo conducía al refugio subterráneo. Los soldados habían cerrado las puertas cuando fuera quedaban muchos más de los que Fury había calculado. Un soldado, con voz mecánica y volando sobre sus cabezas, había repetido a voz en grito: «La capacidad del espacio ya ha sido cubierta. Vuelvan a sus hogares y esperen a que pase el momento de peligro».

La turba, encolerizada, se había enfrentado a ellos. Hubo golpes, sangre y un par de spirits salieron malparadas. Los soldados de Miles no se movieron. Algunos ciudadanos habían vuelto a sus casas con la mirada gacha, pero los más luchadores permanecerían allí, clamando por un espacio libre. Fury frunció los labios. Seguro que todo había sido obra de los aristócratas que no habían querido sentirse agobiados con tanta *chusma* a su alrededor y habían dado quejas para que se cerrara el lugar.

Y ahora corría a su taller, ante el reflejo de la noche teñida con las llamas rojas de las barricadas, con la idea de repartir cuantas armas tuviera entre todos los que se habían quedado fuera. Volvió al taller ya bastante entrada la madrugada y se sentó un minuto a recuperar el aliento. Una parte de su mente le decía que sus esfuerzos eran en vano, pues sus armas, por muy perfectas que fueran, no iban a ser

letales para esos desgraciados. «Pero al menos ayudará a sus espíritus a tener un hálito de esperanza». Tomó unos cuantos sorbos de agua e hizo un repaso mental. De pronto, se dio una palmada en la frente.

«Quera. La he olvidado, maldición».

Cruzó el taller veloz. Había repartido todas las espadas terminadas y echó un vistazo al resto, que aún estaban en bruto, ni siquiera afiladas para cortar una brizna de hierba. Meneó la cabeza con fastidio, sus ayudantes habían estado demasiado ociosos en su ausencia.

En el barreño de enfriamiento de metal sobresalía el mango de una espada aún sin pulir. El agua despedía vapor ante el cambio de temperatura. La tomó con cuidado y examinó la hoja. Era una espada corta, un regalo para el hijo de algún noble a la que aún le faltaban un par de revisiones. Serviría. La enfundó para no quemarse y el calor le llegó hasta el muslo.

Después descolgó su arco predilecto antes de encajárselo en el hombro junto al carcaj. Cogió un puñado de flechas, deteniéndose un instante a estudiarlas, y asintió satisfecho. Al menos esos holgazanes habían hecho un buen trabajo con ellas.

Salió deprisa, encajando la puerta tras de sí. Un silencio tenso impregnaba el ambiente en las casas oscuras y en excesiva quietud. Se avecinaba una noche larga en la que nadie podría pegar ojo.

«Quera». ¿Cómo no había pensado en ella antes?

Quera era una spirit de apenas doscientos cincuenta años, aunque aparentaba menos. La niña vivía sola en una de las casas más alejadas del centro de la vida diaria, a pocos pasos de la frontera con el bosque sur. Sus padres habían fallecido por un envenenamiento cuando la pequeña solo tenía ciento treinta años.

La madre de Quera había cocinado un guiso con setas anolinas. Aunque esta especie de hongo solía ser inofensiva por regla general, una plaga virulenta de araña con especial gusto por ella había infectado el género en aquella época. El comunicado de palacio llegó a todas partes, pero nadie se acordó de avisar a la casita de la frontera. La niña encontró a sus padres convulsionando al llegar de jugar. Ella tuvo suerte de llegar más tarde al almuerzo, si no hubieran sido tres los cuerpos enterrados aquella tarde.

Al contrario de lo que pudiera parecer, Quera no se quedó como una spirit huérfana y desvalida. Se negó a abandonar su casa y, supervisada por el resto de la comunidad, comenzó una vida

independiente a su corta edad.

Durante esos veinte años, Fury la veía merodear por su taller. Se sentaba en el alféizar de la ventana para verlo trabajar con los ojitos bien abiertos. No podía evitar sonreír cuando ella le pedía una espada. «Por seguridad, señor Fury», le decía seria con esa vocecita adorable. Él se negaba diciéndole que era demasiado pequeña y ella bufaba disgustada. Era como una versión infantil y contestona de Mirah. Esbozó una sonrisa al pensar en juntar a aquellas dos cabezotas.

La luna se reflejaba en las piedras del suelo. A grandes zancadas se había plantado en la zona más alejada del centro, y las casas comenzaban a diseminarse más distanciadas las unas de las otras. Al poco, vio la casita. *Casita* porque llamarla casa era mucho decir. Era un cuadrado irrisorio donde apenas cabía lo indispensable. Las paredes tenían algunos agujeros que Quera había solventado colocando retazos de una tela salpicada de margaritas azules. La puerta de entrada se limitaba a unos tablones desnivelados que hacían que esta no cerrara bien. Aquel detalle nunca fue importante para nadie porque en Trisar la seguridad era perfecta.

«Perfecta hasta que llega una horda de demonios».

El pensamiento le hizo acelerar el paso y miró más allá de los primeros árboles, tras las barricadas llameantes, con la sensación de ver siluetas oscuras de un momento a otro. Llegó a la puerta de la casita y la abrió.

El chirrido de la madera antigua y medio podrida no fue muy discreto. No había mucho donde mirar, así que sus ojos se posaron directamente sobre el catre junto a la ventana. Miró a la mesita y se concentró hasta que la vela prendió en una llama rojiza.

Un par de ojos verdes le devolvieron la mirada. Quera estaba acostada de lado hecha un ovillo y lo examinó antes de hablar, sin cambiar la postura. No pareció sorprendida.

—Señor Fury, ¿viene a darme una espada?

—Esta vez sí, pequeña.

35

Al soplar sobre el libro, una nube de polvo impregnó el aire.

Leyó el título y arrugó la nariz: *Criaturas de la noche y otras leyendas para alux adolescentes.* Pasó al siguiente. Las dos sillas donde se alzaba se tambalearon un instante e intentó mantener el equilibrio. Una escalera hubiera sido mucha más práctica, pero estaba en el reino de las alux y no parecía ser un elemento que utilizaran, por lo que habían tenido que apañarse para alcanzar los tomos más altos.

Casi se compadeció de Fury y del resto de su raza; ser un simple spirit en aquella comunidad debía ser complicado. No imaginaba con cuántas barreras arquitectónicas y sociales debían lidiar. Ningún alux se debía haber parado a pensarlo. O quizá no les preocupaba en lo más mínimo.

Daval había suspirado tras dirigirle a Mirah una mirada significativa. No era tonta, y aunque aparentó estar sumida en la lectura, le ignoraba conscientemente. ¿Por qué no utilizaba esas malditas alas para hacer la búsqueda más fácil? Le miró la espalda, que tenía un aspecto bastante normal. Aún se maravillaba de que la genética les permitiera replegarlas tras la piel y el músculo, pero pocos alux las llevaban ocultas, orgullosos de su origen. ¿Por qué la princesa de las alux las guardaba con tanto ahínco?

No era momento de centrarse en los secretos ajenos. Se pasó una mano por los ojos ante ese auténtico festival de conocimiento infinito que le había maravillado al principio y que ahora, harto de aspirar el polvo y de leer miles de títulos, le exasperaba. La mesa del centro estaba repleta de tomos entreabiertos, al igual que el suelo. Y, entre tanta información, no habían encontrado nada de lo que buscaban.

Unos libros les habían conducido a otros, perdiendo un tiempo precioso para solo llegar hasta un nuevo callejón sin salida. Muchos trataban el tema de los demonios, más incluso de los que Daval había

imaginado, pero unos se centraban más en el aspecto informativo y el resto se dejaba ir en cuentos con más ficción que realidad. Sus renovadas esperanzas se estaban evaporando a toda velocidad.

Bajó con cuidado de las dos sillas y observó a la alux. Una leve oscuridad se había instalado bajo sus ojos para mostrar su cansancio. Imaginó que él no tendría mejor aspecto. Demasiado estrés en tan poco tiempo. Apenas habían pegado ojo en los últimos días.

Levantó la vista hacia el arco de la ventana y contempló el resplandor débil de la luna en el cielo despejado. Quedaba poco para que amaneciera y no había rastro de los asys. El castillo permanecía en calma. El tipo de calma que enmascara un nudo en el estómago. Una calma que ponía los pelos de punta. Lo sentía en el viento.

Olvidó esa sensación al oír a Mirah soltar un gritito triunfal. Ella leyó para sí, moviendo los labios con rapidez, y luego se dio una palmada en la frente.

—¡Claro, eso es! ¡Qué estúpida! —Lo miró y le enseñó el libro que sostenía entre las manos: *Apuntes sobre historia antigua: La época oscura VI*—. Estamos buscando sobre los demonios, pero en realidad no queremos información sobre ellos.

Se encogió de hombros sin entenderla y ella comenzó a leer mientras seguía la página con el dedo: «… con diversos intentos de sacar a un demonio céfiro del cuerpo infectado, los fracasos fueron incontables y…». «El alux Banyoli era estudiante avanzado de Medicina y fue el único en tener éxito en su extracción al cuerpo profanado de su mujer».

—¿Y…? —inquirió Daval—. ¿Cómo lo hizo? —Se acercó y orientó el libro hacia él—. ¿Ya está? ¿No hay nada más?

Mirah le sonrió y palmeó las manos con entusiasmo.

—Claro que hay, pero no hemos buscado en el sitio adecuado. Apuesto mi espada a que hay algún libro de Banyoli en la sección de Medicina.

Daval siguió la mano hacia donde ella apuntaba. Señalaba la estantería de una esquina, una casi más amplia que todas las anteriores. Su mirada se perdió en las baldas de arriba y soltó un suspiro.

—Orden alfabético, ¿verdad?

—Exacto. De arriba abajo —dijo ella y él soltó una maldición.

* * *

Miles alzó la mirada al cielo, que ya empezaba a clarear.

Con gesto serio, repasó la formación perfecta y bien planificada de sus hombres. Cientos y cientos de alas se agitaban, algunas nerviosas, otras hastiadas por una noche en vela sin acción. El brillo plateado de sus corazas creaba una barrera en el cielo mientras permanecían rígidos y alerta. En tierra, dos formaciones de los hombres de Rowel esperaban con las lanzas apoyadas en el suelo. Había incertidumbre en los ojos de todos.

En un lugar rebosante de tranquilidad como Trisar, sus tareas como soldados se limitaban a patrullar para que esa paz no fuera perturbada. Los spirits solían ser los más problemáticos; los más pobres robaban los huertos de sus vecinos para llevarse alimento a la boca. Algunos de sus hombres solían hacer la vista gorda, pero él no; nunca. Su fama de implacable llegaba a todos los huecos del reino, y mejor así, tenía que hacerse respetar. Pero sus soldados no estaban preparados para aquello, puede que él tampoco. La mayoría eran jóvenes e inexpertos. La mayoría nunca habían salido del reino.

«La mayoría morirá sin las armas adecuadas», se recordó.

Casi se alegró de que los demonios no hubieran atacado esa noche. Se encogió de hombros y deseó que todas esas criaturas murieran fritas por el sol. Era improbable, pero eso le hizo recordar el inicio de todo con la muerte de las asrai. ¿Cómo había tardado tanto en verlo?

Pensó un instante en Ylara. Una vez planificada la posición de todos los hombres, se había saltado la cena para ir a verla a su sauce. Su hermana lo había recibido con una mueca y un comentario sobre la tensión excesiva de su pelo recogido, pero mucho más comedida de lo habitual. Ellas también tenían miedo.

—He dejado dicho a los hombres que tenéis entrada preferente al refugio —le dijo a Ylara. Ella lo miró con una expresión seria y los labios fruncidos. Estaba guapa.

—*Preferente*. ¿Y el resto qué, Miles? —espetó Ymara con desdén desde un lateral, apoyada en una rama—. Si ninguno tiene la suerte de contar con la preferencia de algún pez gordo como tú, más les vale ir despidiéndose de este mundo, ¿no? Yo paso. —Manoteó en el aire—. Hay muchas spirits ancianas, alux embarazadas y niños que merecen más ese espacio. Dales preferencia a ellos, espabilado.

Ylara miró a su hermana con el ceño fruncido, pero a él no se le escapó cómo bajaba la mirada después. Ambos sabían que la lengua

afilada de Ymara tenía razón. Le hizo un gesto y los dos aletearon fuera del sauce para escapar de la mirada asesina de su gemela.

—Intentaré convencerla.

—Y si no es así, tienes que ir tú.

Ella lo miró y suspiró. La conocía bien. Jamás dejaría a su hermana. Abrió la boca para insistir, pero ella lo calló con un dedo en los labios.

—Ten cuidado, Miles.

Se besaron. Un beso demasiado fugaz antes de que él se marchara.

Se pasó una mano por la boca ante el recuerdo. Ahora, casi fuera de peligro, solo pudo pensar en ir a verla y mantener esa conversación que tenían pendiente y él solía eludir. Quizá podían iniciar una relación más estable. Pensativo, se dejó caer en el suelo desde el cielo para examinar la formación de tierra y establecer cómo los organizaría de cara al resto del día.

A su espalda, las barricadas, con las últimas llamas perezosas, aún agitaban sus lenguas de fuego en la frontera con el bosque. De pronto, uno de sus soldados más cercanos arrugó la frente al mirar a su espalda. Se giró justo para ver una silueta que había trepado por la parte ya consumida de la barricada de la derecha y caía al suelo.

La figura menuda, vestida de amarillo, avanzó sola por el camino.

Como una aparición, la falda de su vestido se mecía a paso lento, deteriorada y salpicada de manchas amarronadas. Había perdido un zapato, y su pie desnudo se arrastraba por la tierra, magullado y gris.

Vacilante, intercambió una mirada con algunos de los hombres y, llevado por su instinto, ordenó a la primera línea adoptar posición de ataque. Obedecieron desconcertados ante la figura femenina, tan diferente al enemigo al que esperaban. Miles alcanzó a ver su piel, que solo podía describir como mustia y marchita. El pelo sucio le caía sobre la cara ocultándole el rostro. Una bocanada de aire le llevó hasta la nariz el olor putrefacto que despedía. Olor a muerte.

Casi hipnotizado, observó que ella levantaba los brazos al cielo. El movimiento hizo que su piel seca crujiera como la corteza de un árbol y le erizó todo el vello del cuerpo.

Un viento frío le azotó la cara; el mismo que agitó el cabello de la chica y descubrió una cara demacrada. Sus ojos, negros como un pozo, sonrieron con un rictus burlón. Asió la espada justo cuando pareció amainar la corriente. Ella gruñó y se mordió el labio inferior hasta hacerlo sangrar, invocando a una fuerza que escapaba a su

comprensión.

El cielo comenzó a ensombrecerse para cubrirse con unas nubes densas y opacas. Jamás había visto el cielo de Trisar así. Ordenó a todos ponerse en guardia y levantó su propia espada. La figura de amarillo comenzó a gritar y apretó los puños hacia el cielo. Las nubes la obedecieron y el sol del amanecer de Trisar quedó preso entre los dedos esponjosos de las nubes.

Primero fue una lluvia lánguida que pronto se convirtió en un aguacero. La chica bajó los brazos, que colgaron inertes por el esfuerzo. Sus ojos negros se clavaron en él. Miles nunca había creído en las leyendas, pero un escalofrío le recorrió la nuca. El mal existía, era tangible y real.

La lluvia consumió el fuego de las barricadas en apenas unos segundos, y ella soltó un chillido femenino en una jerga extraña.

—¡En formación! —gritó a su vez él, reconociendo un grito de guerra, aunque no lo comprendiera. Y fue entonces cuando una maraña de figuras comenzó a trepar y a destrozar las barricadas.

Los asys habían llegado.

—¡Arqueros, disparad!

Una lluvia de flechas barrió el aire y los lanceros humanos se prepararon para el enfrentamiento. La chica se quedó quieta un poco por detrás, deleitándose con la perspectiva de la muerte. No se había borrado la sonrisa de sus labios.

36

Rowel alzó la vista y las gotas frías le lamieron la cara.

Un graznido ronco impregnó el amanecer. El aviso sonoro agitó a los alux que volaban en formación sobre sus cabezas. Intercambiaron unas cuantas frases entre ellos antes de que el líder de los escuadrones descendiera para dirigirse a Rowel. Le tendió un shoram, un artilugio alargado y rizado con una boquilla.

—Avisad si hay movimiento por aquí —le dijo el alux—. La lucha ha empezado. Están atacando por la parte central y necesitan refuerzos. —Rowel asintió. Miró a las barricadas que hacía ya una hora que se habían consumido. El bosque estaba tranquilo.

—Llevaos a la mitad de mis hombres. El resto cubriremos esta zona un tiempo y después nos replegaremos para defender el castillo.

El alux asintió y se marchó junto al resto de sus soldados. Tras una orden de Rowel, sus hombres los siguieron para atravesar el pueblo a la carrera. La ausencia del sonido vibrante de las alas batientes que lo había acompañado durante la noche fue un alivio para sus oídos. La zona se quedó ahora absurdamente silenciosa, aunque no por mucho tiempo. A su alrededor, el resto de hombres habían comenzado una charla desganada al estar fuera de la línea de batalla.

No estaba muy acostumbrado a recibir órdenes, porque en La Ratonera era él siempre el que las daba. Se había tenido que morder el labio mientras el jefe alux organizaba a todos. Miles lo había mirado un instante para decir: «Supongo que no tiene nada que aportar a mi perfecta planificación, jefe Rowel». Tuvo que esforzarse para no atizarle a aquel imbécil. Pero si de algo estaba orgulloso era de saber cómo funcionaban los rangos militares. Miles era el comandante de aquel reino y, por poco que le gustara, Rowel tenía que callar y acatar.

Entre sus soldados y los de Trisar, sumaban más de dos mil hombres. Miles podría haberlo colocado en la zona central, la más

probable para comenzar un asedio por la cercanía directa al castillo, pero no. Ese pajarraco comandante los había relegado a la peor posición porque no disponían de alas, como si sus años de servicio militar no significaran nada. En aquel reino, ese apéndice antinatural parecía ser un elemento diferenciador. Se enfurruñó y lamentó haber accedido a ayudarlos.

«Todos son igual de insufribles».

Se repitió a sí mismo que estaba allí por motivos más importantes, aunque quisiera despotricar a viva voz sobre las capacidades bélicas de aquel repeinado. El susodicho había pasado por allí a medianoche para comprobar que todo estaba en orden. Había llegado pavoneándose por el cielo y, sin haber puesto un pie en tierra, había dado un par de vueltas por el perímetro para luego desaparecer.

Aguzó el oído para intentar percibir los sonidos de la pelea, pero solo pudo oír el chiste obsceno sobre un spirit y un alux de Solem, uno de sus hombres. Todos prorrumpieron en una carcajada y él les chistó para que se mantuvieran en silencio. ¿Acaso se olvidaban de que estaban de servicio? El ambiente tenso de un principio había ido menguando con la inactividad.

Levantó la vista y pestañeó ante aquella repentina lluvia. Apenas una leve luz había teñido el cielo, este se había oscurecido. «Qué extraño». Perdido en sus pensamientos, se limitó a asentir cuando uno de sus soldados más jóvenes se levantó y le dijo que iba a orinar. El hombre se alejó hasta un árbol y se bajó los calzones con dificultad por el peso del peto de cuero.

Apenas tuvo tiempo de ver el movimiento por el rabillo del ojo, pero ya era tarde.

Una silueta oscura tiró al hombre al suelo en un placaje y le asestó un golpe brutal con una piedra. El crujido del cráneo al romperse resonó en el paraje silenciando toda conversación.

Antes de que todos se repusieran de la sorpresa, el asys los miró y aprovechó para asestarle un segundo golpe fatal. El cuerpo medio desnudo del joven emitió un par de espasmos secos antes de morir. Rowel no necesitó mirar al suelo para saber que la vegetación estaría muerta también, aderezada con la sangre fresca. Sacó su espada con rapidez y el resto lo imitó.

Ellos no eran alux, y casi todos eran mestizos o simples humanos, pero Tuso se había asegurado de que su ejército recibiera la más exquisita formación de guerra. Era el momento de demostrarlo. El asys

les dirigió una mirada jocosa, abrió la boca y le dedicó un chillido gutural.

No habían esperado la posibilidad de un ataque diurno dado el aparente rechazo de los demonios al sol. Su pensamiento se hizo añicos al ver que salían nuevas siluetas de entre los árboles. El cielo encapotado le dio la respuesta. No había rayo de sol que pudiera colarse por aquel manto de algodones grises y amenazantes. Antes de adelantarse e hincar la espada en el asesino de su soldado, supo que sus posibilidades de ganar eran escasas. Podían herirlos, pero ninguno moriría. Y ahora eran muchos menos. Esos asys habían sido lo bastante astutos como para dividirse.

—¡A las piernas, atacad la zona inferior! —gritó.

Uno de ellos se abalanzó por su derecha y él le asestó una cuchillada en el muslo. Aunque fue profunda, la herida en esa piel apenas fue un rasguño que comenzó a cerrarse sin apenas verter sangre.

Chilló para dar indicaciones. Organizados a la perfección en forma de triángulo, avanzaron contra los demonios.

Esquivó aquí y allá. Cortó y cercenó la piel de varios de ellos. Pero, aunque sus ataques fueron certeros, uno de los asys logró romper su formación y tumbó a Solem, que ya había perdido las ganas de contar chistes. Era el hombre más alto y fuerte del ejército de Rowel, pero aquella criatura había tirado su corpachón al suelo sin esfuerzo.

El asys le arrebató el casco a Solem, lanzándolo lejos antes de agarrarlo del pelo y alzarlo hacia arriba. El cuero cabelludo se desprendió de un lateral, pugnando por aguantar su propio peso, pero la carne se despegó en un amasijo de hilos sangrantes. El hombre gritó de dolor y, para sorpresa de Rowel, el demonio le agarró la barbilla con la otra mano para mantenerle la boca abierta. La respuesta a aquel gesto llegó descendiendo del cielo y se materializó en un humo negro de fuerte olor que no dudó en colarse por su boca.

El resto de los hombres aún rechazaban los envites de los otros asys que enseñaban sus dientes afilados como una promesa de muerte. Cuando el humo inundó todo su cuerpo, el asys soltó a Solem y este cayó al suelo. Al cabo de unos segundos, en medio del caos, el soldado volvió a levantarse, pero ya no tenía ojos, solo dos pozos oscuros. Rowel se temió lo peor. Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando el céfiro obligó al cuerpo de Solem a tomar la espada y atacó a uno de

sus soldados.

Toda su planificación se derrumbó.

Solem comenzó a atacar uno a uno a sus propios hombres. El factor sorpresa dejaba margen a los demonios para que se cernieran sobre ellos. Había comenzado una matanza, y ellos eran la carne. Caían uno tras otro y, al poco, Rowel se vio casi rodeado. Tuvo que ingeniárselas para esquivar y retroceder.

Cuando su espada arañaba el brazo de uno de sus enemigos, Solem le atacó por un costado. El dolor fue intenso, pero intentó no dejarse llevar por el ardor. Uno de sus hombres se adelantó para enfrentarse con su antiguo compañero, salvándole de otra nueva estocada. Con una mano en el costado, Rowel consiguió salir del centro de esa masacre y cayó al suelo.

Se arrastró sobre la tierra. Por suerte o por desgracia, el resto estaba demasiado concentrado en la lucha como para prestarle atención. Sus hombres caían por docenas, pero su enemigo, apenas unos cincuenta integrantes, no reducía su número. Y Rowel sospechaba que vendrían más. Los soldados tefalinos peleaban hasta su último aliento, tropezando con los cuerpos de sus compañeros y sabiendo que pronto ellos también yacerían en una hierba ahogada en regueros de sangre.

Se apretó el costado con la mano para intentar reducir la humedad que le empapaba los dedos. Admiró la valentía de uno de sus hombres cuando un asys le dislocó el brazo sin haber soltado el arma. Dudó, pero no había opción, quedarse era una muerte segura.

Tenía que dar aviso. Se levantó y corrió. El nudo de la traición al abandonar a los suyos era un dolor más fuerte que el de la herida. Pero no las tuvo todas consigo. Una de esas criaturas lo seguía. Aceleró el paso, pero la prisa le hizo caer al suelo hincado de rodillas. La herida le escoció como un latigazo, pero se levantó y corrió, llevándose el shoram a los labios. El sonido reverberó en el aire, un poco apagado por la fuerza de la lluvia, mientras sentía las zancadas del demonio cada vez más cerca. Una casita diminuta apareció ante sus ojos al alzar la vista. Estaba llegando al pueblo. Y eso significaba que ellos también. Las barricadas no serían un obstáculo.

Resbaló con una piedra y cayó de nuevo con las manos en la tierra. Suspiró con desesperación y lo único que pudo pensar es que la supuesta planificación perfecta de ese maldito alux había fallado. Lástima que no fuera a sobrevivir para reprochárselo.

Cogió su espada con firmeza y consiguió ponerse de rodillas, dispuesto a no morir sin antes haberle dejado un recuerdo a aquel malnacido. Demonio y humano se sorprendieron cuando una flecha se le clavó en el pie al primero. Este se giró, visiblemente confuso. De pronto, otra flecha impactó en su otro pie. El demonio gimió, medio inmovilizado, y una tercera flecha le impactó en un ojo.

Una figura agazapada aprovechó para acercarse hasta Rowel. El jefe levantó las cejas al reconocerlo. El spirit. ¿Cómo podía un spirit manejar tan bien un arco? No, era improbable. Confundido, se dejó levantar por Fury sin reparar en que había dejado su espada en el suelo. Intentó hacer el amago de ir a recuperarla, pero el agarre del spirit era firme. Corrieron hasta la casita que había visto desde lejos.

Fury llamó a alguien. Una niña pequeña bajó los escalones con una espada en el cinto, casi más grande que ella. Muy seria, movió las orejitas puntiagudas al ponerse al otro lado de Rowel y no vaciló al pasarle una mano minúscula por la cintura.

—Vamos.

La pérdida de sangre le hacía ser un poco menos consciente de lo que ocurría a su alrededor, pero ordenó a sus piernas adaptarse al paso rápido de los otros e iniciaron una carrera rápida hasta el castillo.

—Dejadme aquí… —Su voz le sonó pastosa—. Será más rápido.

—Puede que tú lo hubieras hecho —dijo Fury—, pero yo no.

Le avergonzó admitir que tenía razón. Después de más de ocho años al servicio de Tuso, había adoptado sus ideales casi tan fácil como respirar. Y allí estaba aquel spirit, arriesgando la vida por salvar a un soldado al que apenas conocía. Sintió un renovado respeto hacia él.

Fury echó un vistazo a su espalda y apretó el paso. El demonio, todavía con la flecha clavada en el ojo, los seguía. Y no iba a venir solo. Era cuestión de tiempo que invadieran el pueblo.

A plena carrera cruzaron la zona oeste del valle, pasando por delante de casas con las puertas y las ventanas tapiadas de algunos de los muchos desgraciados que no habían encontrado un hueco en el refugio del castillo.

—Vienen los malos, señor Fury. —La voz de la niña tembló, aunque intentara ocultarlo—. ¿Saco ya la espada?

—No, Quera. Solo… corre.

Los jadeos por el esfuerzo acompañaron al eco de sus pasos.

Habían dejado atrás más de la mitad del trayecto a toda prisa. Rowel no se acordaba de la última vez que había corrido tanto, pero los pulmones le escocían. Un grito abandonado a su espalda les instó a acelerar el paso aún más, llevándolos al límite de sus fuerzas. Los gritos se fueron sucediendo unos a otros mientras el camino de entrada al castillo se abría ante ellos a lo lejos, cruzando uno de los puentes de piedra sobre el río Mel.

Al fondo, un grupo de alux claramente insuficientes flanqueaban la puerta. Ese Miles había sido un necio. Se llevó el shoram de nuevo a la boca para soplar y todos se pusieron en alerta para acercarse a ellos con las espadas desenvainadas.

—¡Se han dividido! —gritó Rowel—. ¡Vienen también por la parte suroeste!

Los soldados alux miraron al curioso trío que llegó sin aliento hasta ellos. En ese instante, el suelo tembló y un puñado de siluetas se movieron en el horizonte. Abrieron la pesada puerta para que los recién llegados entraran justo cuando todos los alux montaban formación a unos palmos del suelo. Los de los flancos tensaron los arcos, y los de primera línea afianzaron las espadas en las manos. Aún con todo ese despliegue, Rowel se negaba a quedarse a ver otra carnicería.

Cruzaron el pórtico como una exhalación al terminar de abrirse la puerta. El Jardín de las Azucenas les recibió de nuevo, horas después de haberlo visitado. Con todos los alux avanzando al ataque, estaba desierto a excepción del soldado encargado de la puerta. Era muy joven.

Fury se arrodilló en el suelo y apoyó a Rowel para tomar aliento después de la carrera. Por el rabillo del ojo, Rowel vio las flores diseminadas por el patio que, en aquel momento, se le antojaron un elemento funesto. Agotado, dedicó un breve pensamiento a sus hombres abandonados. Su posición le impedía ser amigo de ninguno, pero sabía que ellos siempre le habían respetado como jefe. Ya no quedaría ninguno con vida. La pequeña se le acercó con paso tímido.

Tenía el pelo dorado recogido en una trenza desaliñada que se toqueteaba a un lado del hombro. Sus ojitos verdes lo miraron con intensidad y él se descubrió esforzándose por dedicarle una sonrisa a esa cara angelical en medio de aquel caos.

—Tienes sangre —murmuró ella señalándolo.

Se tocó la herida, la parte desnuda de su coraza no escondía la

mancha escarlata del costado. Sabía que era profunda, pero sobreviviría si la cosía pronto.

—Me curaré —respondió. El pico de sus orejas infantiles se movió inquieto de adelante hacia atrás. La lluvia comenzó a amainar, pero el cielo seguía negruzco.

—Sé que son tus órdenes, pero cierra la puerta —dijo Fury al soldado.

—Pero nuestros hombres… —vaciló.

—¡Pueden volar! ¡Que cierres la puerta!

—Yo no puedo recibir órdenes de un…

—¡Cierra la maldita puerta, alux!

Su voz retumbó por encima de los primeros gritos de la batalla y el joven obedeció. La pesada puerta de madera descendió, pero se quedó encasquillada a un trecho del suelo. El joven alux manipuló la polea, pero una figura se deslizó por el hueco de la puerta y lo embistió. Rowel ahogó una exclamación al reconocer a Solem.

Aunque la invasión había sido muy reciente, el demonio manejó a la perfección aquel cuerpo robusto y encajó la espada en el estómago del joven alux. Este recibió la muerte con una serie de gorgoteos. La niña soltó un quejido más atrás. Rowel se levantó y con gesto instintivo la empujó hacia su espalda.

Solem se volvió hacia Fury, quien retrocedió por la sorpresa. No fue lo bastante rápido y el céfiro lo empujó contra el suelo. Su barbilla rebotó en la piedra y le abrió la carne. El demonio se colocó sobre él para darle el golpe mortal. Rowel no lo pensó, desenvainó la espada de la niña y atacó al que fue su compañero. Falló. Las espadas chocaron con un chirrido y el demonio acabó tirándolo al suelo con fuerza. Las espadas cayeron al suelo también.

Sin arma, Solem se conformó con rodear el cuello de Fury con las manos y apretar.

Esta vez Rowel no falló. Cogió la espada del suelo y con un grito la clavó en la espalda del demonio. El cuerpo cayó hacia un lado manando sangre y su antiguo compañero se agitó. Fury tosió y se llevó las manos al cuello. Rowel le tendió una mano. Miraron el cuerpo aún con vida del humano. Era cuestión de tiempo que el céfiro decidiera abandonarlo y buscar a alguien nuevo a quien invadir. Ninguno quería estar ahí cuando eso ocurriera.

Fury se detuvo y clavó la mirada en la puerta. Tras apretar los puños con esfuerzo, la cuerda de la polea ardió y la puerta terminó de

caer para cerrarse con un golpe seco. Rowel no se detuvo en sorprenderse porque ese spirit fuera toda una caja de sorpresas. Los demonios iban a entrar de todas formas, pero eso arañaría un poco de tiempo. Y era la única baza que tenían.

37

Mirah se frotó los ojos tras cerrar un nuevo libro.

La búsqueda estaba siendo más complicada de lo que ella creía. Observó a Daval, allí subido y leyendo los lomos con la cabeza inclinada hacia un lado. Un mechón de pelo oscuro le tapó uno de esos ojos de color extraño y él sopló para apartarlo.

Debía admitir que era atractivo. O quizá solo era diferente. Acostumbrada a convivir con el prototipo de belleza de la raza alux, había perdido el interés por cualquiera que perteneciera a ella. Aunque al inicio de su adolescencia sí había explorado los placeres que otro cuerpo le podía ofrecer, pronto había decidido que los de su propia especie no le interesaban. Su raza veía el sexo como un elemento liberalizador y de poco compromiso; vivir tantos años te permitía explorar muchas formas de deseo y de cariño. Era un recurso que muchos usaban para calmar sus inseguridades, y, aunque estaba a favor de eso, los rumores sobre las bacanales aladas habían corrido siempre por todos los rincones de Elania.

Ya más mayor y como princesa heredera, muchos deberían haber intentado seducirla, aunque fuera por mero interés en su posición, pero su supuesta excentricidad había frenado a la mayoría. Esto le hacía la vida mucho más fácil. Sin embargo, a veces sentía que la vida se le escapaba sin haber sentido esa pasión que te corroe las entrañas y de la que tanto había leído en algunos de los libros presentes.

Distraída, cerró el libro con el que estaba. Ese silfo despertaba en ella una nueva sensación, pero no era momento de pararse a meditar sus emociones. Al dejar vagar la mirada hasta la ventana, descubrió un cielo negro completamente encapotado. Frunció el ceño y se pasó una mano por los ojos, como si estos la hubieran engañado. Estaba lloviendo.

—Llueve —dijo, desconcertada.

Él no pareció prestarle mucha atención mientras recitaba nombres para sí. Mirah sintió el primer pinchazo en la sien. Tragó saliva. Hizo esfuerzos para acercarse con la silla a la ventana y notó otro pinchazo. Justo entonces él alzó un libro pequeño con gesto victorioso y gritó: «¡Nicol Banyoli!».

—¡Están aquí! —gritó ella a su vez, llevándose una mano a la cabeza.

La expresión de Daval se congeló. Una corriente traspasó el arco de la ventana y le movió el pelo. Bajó de un salto de las alturas y una sombra le cruzó la mirada antes de menear la cabeza.

—Tengo que irme. —Puso el libro sobre su regazo y se agachó—. Lo siento, es demasiado tarde para llevarte al refugio. Yo… haré todo lo posible… aquí estarás a salvo.

Antes de que él desapareciera lo llamó:

—Lo encontraré, Daval. Lo prometo.

* * *

Cerró los ojos un instante para intentar darse un respiro. Los pensamientos de todos los presentes se mezclaban en su cabeza desenfrenados: miedo, urgencia y preocupación. El ataque era inminente. Silenció los pensamientos de los soldados mientras oía hablar a Tomen frenético a su lado, rodeado a su vez de otros miembros del consejo.

«Su hija está a salvo en la biblioteca. Ya vienen». Ese nuevo pensamiento desbancó al resto, que pululaban como pájaros en su mente y alzó la mirada. El silfo había entrado en el Gran Comedor y sus miradas se cruzaron un instante. Edur asintió. No preguntó por qué no estaba en el refugio, la conocía lo suficiente. Tres figuras abordaron la sala. Un Fury agitado se acercó a grandes zancadas hasta ellos y el resto se apartó para dejarle paso.

—Están… entrando. —Jadeó sin aliento con la barbilla sangrante —. Hemos hecho una pequeña barricada…, pero no durará… mucho.

El jefe Rowel estaba tras él y se agarraba el costado con una mano. La otra permanecía apoyada en el hombro de una niña spirit de expresión asustada.

—Son rápidos, majestad —dijo Rowel—. No creo que haya posibilidad de…

—Nosotros nos ocupamos. Id a la enfermería —lo cortó. No

necesitaba que alguien bajara más el ánimo general. Los quería a todos bien concentrados.

—Yo estoy bien, majestad —afirmó Fury y se limpió con la manga la sangre de la barbilla antes de señalar al jefe humano—, es él quién lo necesita.

Rowel gruñó, pero obedeció, era lo bastante sensato como para saber que en su estado no sería más que un estorbo. No hubo forma de hacer que la pequeña se despegara de su pierna.

—Tomen, acompáñalos. —Se dirigió a dos soldados—. Vosotros dos, escoltad la puerta de la enfermería. El resto, una mitad de refuerzo en el refugio, y la otra, uníos a las tropas en la Sala de las Cuatro. ¡Vamos!

Mientras los soldados se marchaban a ocupar posiciones, comenzó a oírse un tañido metálico. Cobró intensidad hasta que las paredes parecieron temblar al ritmo de su sonido. Todos se taparon los oídos y Edur sintió que empalidecía. ¿Dónde diablos estaba Perenite?

—El aviso de retirada —dijo Fury.

Daval les dedicó una mirada de incomprensión.

—Significa que todas nuestras defensas han sido destruidas —le explicó—. El tañido se encuentra en lo alto de la gran torre. —Señaló sobre sus cabezas—. Una placa metálica inmensa que solo un alux puede hacer sonar con el batir de las alas.

«Se repite —pensó Edur con amargura—. Todo se vuelve a repetir».

Se acercó a contemplar por la ventana para intentar ver qué ocurría desde la posición privilegiada del castillo. Oyó gritos mezclados con el viento junto a una multitud de figuras que corrían entre las calles. Gritos de su pueblo. Gritos de demonios.

El caos había estallado, y él no podía hacer mucho más. Su poder era inútil ahora. En el pasado, cuando era el mejor guerrero de Trisar, sí lo había considerado una ventaja. Su capacidad de leer a sus contrincantes le permitía anticiparse a sus reacciones, convirtiéndolo en letal.

Claro que podía luchar, y lo haría, pero el tiempo había pasado y, aunque le doliera admitirlo, su destreza y su agilidad habían menguado para hacerle hueco a la sabiduría y a la sensatez. Pero el poder que encerraba esa gema turquesa escapaba de su control. Él no tenía, ni de lejos, la fuerza de su mentora. Solo la fallecida Aleph podía destruirla sin que la puerta se destruyese también.

¿Cómo habían vuelto los asys?

Creyó liquidarlos a todos tras las milicias de limpieza. Durante tres años se encargaron de dar muerte a los demonios supervivientes e incinerar a todas las asys hembras con el fin de extinguir la especie. Los céfiros eran arena de otro costal, demasiado escurridizos. Creían haber matado a todos. Craso error.

Alguien importante entre las filas de su enemigo había sobrevivido y quería despertar a Haya Donek. Eso sería el fin. No estaban preparados. La época dorada de reyes había pasado. Perenite era muy mayor, Tuso estaba muerto y él mismo no era Aleph. Una sombra le cruzó la mirada.

—Su pueblo está muriendo. Espero que tenga un plan mejor que mirar por la ventana.

La voz de Daval sonó fría a su espalda. Edur se giró y el silfo lo escrutó con ojos acusadores. Meneó la cabeza y suspiró; oía todo el abanico de reproches que escupían sus pensamientos.

—Aún eres joven, Daval. —Dio un paso hacia él—. Pero llegará el día en que la vida te obligará a hacer sacrificios por una causa mayor. Antes de luchar, piensa siempre en lo que estás dispuesto a perder.

Una figura alada les distrajo al colarse por el ventanal. El comandante Miles volaba torcido hacia un lado cubierto de sangre oscura. Se dejó caer en el suelo, jadeante. La expresión en sus ojos claros era fría y guardaba la compostura a pesar de tener un desgarro de casi un brazo de ancho en el ala derecha.

—He dado el aviso.

Se arrodilló junto a él y Edur lo ayudó a incorporarse.

—Majestad, casi todos nuestros hombres han muerto. Los que quedan aún defienden la entrada al castillo, pero no durarán demasiado. —Se pasó una mano por el pelo; su cabello tirante apenas se había despeinado con la lucha—. Son más listos de lo que creíamos; están prendiendo fuego a las casas para obligar a la población a salir. —Edur frunció los labios y él continuó—: No son muchos, unos trescientos quizá, pero su carne se regenera y es imposible detener su avance. Saben cómo atacar porque los dirige un céfiro en el cuerpo de una chica. —Hizo una pausa y señaló a Daval—. Una de su raza. Ha oscurecido el cielo para poder atacarnos de día.

La expresión de Daval había acaparado su atención. El silfo había apretado los puños con fuerza y se había quedado blanco. Se metió en su mente sin permiso. Toda su verdad se le mostró en un aluvión de

emociones y entendió el motivo de su presencia allí. Volvió su atención a Miles.

—Han arrasado con la mayoría de población que no pudo entrar en el refugio, majestad, aunque están dejando vivas a algunas alux, solo hembras jóvenes.

—¿Por qué? —preguntó Fury.

El comandante se encogió de hombros.

—No lo sé. Les cortan las alas para evitar su huida. Los gritos son estremecedores. Intenté poner a salvo a… —No acabó la frase.

Edur percibió un cariz triste en su habitual tono hermético y le apoyó una mano en el hombro. Él sí sospechaba por qué estaban dejando a las alux con vida, pero decirlo solo aumentaría la desazón de todos. Un nudo se apretó en su estómago mientras, bajo sus pies, el sonido de la lucha era cada vez más estridente, colándose entre los muros de piedra como un fantasma. Comenzó a distinguir los chillidos. Unos, los de sus últimos soldados dejándose la piel en una lucha por una victoria utópica. Otros, los de los demonios, victoriosos tras dar muerte a alguien más que los separaba de su objetivo.

—Llegados a este punto, lo primordial es la llave —dijo y levantó la mirada. Hizo un gesto para que todos los de la estancia se acercasen y se elevó sobre sus pies—. Les tenderemos una trampa en el puente colgante que antecede a la Sala de las Cuatro. Usaremos la estrechez del mismo a nuestro favor. —Edur se sintió joven durante un instante, como cuando solo era comandante y daba órdenes para luchar—. Miles, dispón dos formaciones de arqueros volando a los flancos y otra tanda detrás, a ras del puente, pegados al arco de entrada a la Sala de las Cuatro. El resto de soldados juntos y organizados en la entrada. No quiero ni un hueco donde pueda colarse esa chusma. —Se dio un toque en la frente—. Y dos parejas de soldados a cada lado para retirar cuerpos, nada que nos pueda estorbar. Fury, te quiero atrás demostrando tu fama de arquero que tanto admira mi hija. Daval, te colocarás junto a él, cada demonio que logre cruzar la barrera debe morir a manos de tu daga. Hay que convertir ese pasillo del puente en un embudo a nuestro favor.

Miles carraspeó.

—Pero, majestad, ¿el puente resistirá?

—Eso espero. Muchos estaremos en el aire y…

—¿Estaremos? —repitió él, frunciendo el ceño—. Majestad, no creo que deba estar presente.

Negó con la cabeza y lo miró a los ojos.

—Soy el rey, pero no voy a quedarme mirando por la ventana.

38

El grito agónico le llenó los oídos.

Sus ojos no la obedecieron y permanecieron abiertos, grabando en su cabeza unos ojos azules empapados en lágrimas de dolor. El pelo dorado le caía en ondas sobre la cara, teñido de un poco de sangre tras un golpe en la mejilla. Una mejilla clara, como el resto de su piel, que irradiaba una blancura pura y perfecta. Apretaba los dientes para aguantar el nuevo ramalazo de dolor que seguramente le recorría toda la espina dorsal.

Un ala cayó al suelo, tiesa y quebradiza como una hoja. Sin vida que la alimentara.

Tris dio gracias porque *él* diera la espalda a la escena y le ahorrara el suplicio de ver cómo le arrebataban la otra falange a aquella alux. Aunque los gritos…, nada taparía los gritos.

Su razón estaba débil, al igual que su cuerpo, que comenzaba a dar señales de debilidad explotado por ese demonio hasta el agotamiento. Trastabillaba por la tierra al andar cuando sus pies perdían un poco el equilibrio.

El cuerpo de Tris desfiló por delante de una docena de alux. Dos asys les ataban las manos, unidas las unas a las otras. Allí, en la linde con el bosque, algunas lloraban y otras permanecían agazapadas con gesto ausente. A sus espaldas, el fuego se extendía por el pueblo, marchitando la perfección del lugar con el humo negro que impregnaba el ambiente. El aire de Trisar, con su habitual perfume floral, estaba viciado por un nuevo olor a quemado.

«Aunque quizá el olor a sangre y muerte lo superan».

Daba gracias porque su sentido del olfato hubiera sido anulado, ya estaba demasiado presa con la vista y el oído. Esa mañana había visto Trisar por primera vez. Un lugar que siempre había soñado con pisar tras las historias que su padre le contaba antes de dormir. Ella lo oía

emocionada, antes de abandonarse a un sueño donde tenía alas y surcaba los cielos para admirar el paisaje desde las alturas. Un paisaje abandonado al caos en ese instante.

Ver y oír era una maldición dadas las circunstancias. Oírlo a *él*, aún más.

—Disfruta. Tu poder traerá la muerte a este lugar.

Era lo único que ese desgraciado le había dicho antes de convocar esas nubes oscuras que ocultaron el sol. Su pugna por controlar sus tardíos poderes falló y, cuando se dejó ganar, casi compartió la admiración hacia la fuerza de ese poder escondido. Pero su orgullo fue sustituido por rabia; *él* había descubierto cómo explotar su potencial mejor que ella. Imaginó la mirada despectiva que le habría dirigido Cirae: «Eres una vergüenza a nuestra raza».

Los soldados alux habían luchado de forma encarnizada, sorprendidos por un ataque inesperado. Los vio caer, poco a poco, mientras ella permanecía de pie, espectadora de la muerte. El jefe, un alux alto y rubio, había intentado llegar hasta ella sin éxito. Con una rápida orden mental, una fila de asys se había colocado frente a ella para proteger a su líder.

La muerte se había convertido en una compañera más de los últimos días, y Tris sintió que miraba esa masacre sin apenas emoción, impasible a la sangre, los gritos y a los cuerpos destrozados que se mezclaban en una escena salvaje.

El céfiro obligó a su cuerpo a permanecer en la entrada del pueblo para disfrutar de los gritos que comenzaron a teñir el amanecer. Lo oyó susurrar con su voz, en un tono oscuro, como si compartieran un secreto: «Buen trabajo». Ella lo maldijo en su cabeza con una sarta de palabras malsonantes y supo que *él* se reía, elevando las comisuras de los labios secos y agrietados.

Más tarde, los asys comenzaron a traer a las primeras alux, que, por sus indumentarias, dedujo que no eran de las clases más altas. El céfiro las inspeccionaba. Desconocía qué intenciones tenía con aquel desfile lúgubre de muchachas asustadas, pero sabía que todas verían a una chica de amarillo que decidía quién vivía y quién no.

Una chica con su aspecto que ya no era ella. Tris Wicker.

Tras privar a las elegidas de sus alas en un espectáculo estremecedor, las colocaban en el suelo, maniatadas y cegadas por el dolor, esperando el momento de marcharse.

«¿A dónde?». Tuvo el impulso de preguntarle a *él*, pero sabía que

sería inútil.

Nuevas siluetas entraron en su campo de visión. Dos asys transportaban cada uno a una alux. La de delante era arrastrada por el suelo cogida por debajo de un brazo. Pataleaba y luchaba con uñas y dientes, regalando al asys algún que otro codazo. La de detrás caminaba obediente, el asys le agarraba el brazo con fuerza, hincándole los dedos en la piel.

Cuando llegaron hasta ella, Tris vio que eran idénticas. Mismos rasgos, pelo y complexión. Gemelas. Ambas con un puñado de pecas que les salpicaba la nariz y las mejillas. Sobre sus alas de tonos pastel, les caía el cabello de color miel, pero en la expresión de sus ojos azules sí percibió cierta diferencia. Una desprendía fiereza; la otra, una tristeza absoluta.

El céfiro se acercó a esta última y dio una vuelta a su alrededor. Se sobresaltó al oír su voz dirigiéndose a alguien que no fuera ella misma o los asys.

—Qué estúpido haber intentado salvarte. Aunque haya escapado, sabes que lo mataremos, ¿verdad? —Tris no sabía a quién se refería, pero vio cómo le levantaba el mentón con una mano y la estudiaba con más empeño. Los ojos de la chica se pusieron brillantes y se mordió el labio para contener el llanto—. Y para qué. Eres débil. —La bofetada la tumbó, le sangraba el labio—. Matad a esta.

Su gemela comenzó a patalear con salvajismo, gritando. La aludida bajó la mirada, resignada a su destino. Pero el desprecio en el tono del céfiro despertó a una impasible Tris en su interior. Su impotencia se tornó en cólera líquida para recorrer de nuevo sus venas.

Chilló en su cabeza y se concentró. Se arrepentiría si no intentaba salvar a alguna de ellas.

Tal y como había practicado los últimos días, hizo acopio de fuerza y concentró cada parte de su cerebro en ahogar aquella masa oscura que se expandía dentro de ella. Tuvo un momento de suerte al pillar al invasor con la guardia baja y tomó por un instante el control del que una vez fue su cuerpo. Lo aprovechó sin titubear.

Empujó al asys que sujetaba a la chica al suelo, fijó su poder en una piedra cercana y consiguió que el viento la hiciera impactar contra su mandíbula. El sonido de los dientes al partirse fue como un detonante.

—¡Corre! —El grito de su hermana pareció hacer reaccionar a la

alux, que, sorprendida, se había quedado paralizada en el sitio.

—¡No sin ti, Ymara! —Una lágrima resbaló por su cara.

—¡No seas estúpida, lárgate!

Pero cuando reaccionó y comenzó a correr había perdido su oportunidad. El asys que sujetaba a su gemela soltó a esta y cazó a la otra antes de que echara a volar, lanzándola contra el suelo y rasgándole un ala casi por la mitad.

La otra alux sí aprovechó su oportunidad. Al verse libre, echó a correr y esquivó las manazas que intentaban atraparla. El tiempo pareció detenerse un segundo cuando le dedicó una última mirada a su hermana antes de volar.

Tris sintió una sensación asfixiante que la anuló por completo. El céfiro volvió a tomar su posición. Gruñendo, *él* asestó una corriente de aire a la fugitiva, quien tuvo que afianzar sus alas para resistir, pero salió victoriosa. Al poco, se perdió entre la masa de nubes.

—Te vas a arrepentir de eso —amenazó *él*.

Tris lo ignoró. Al menos había salvado a alguien. Celebrando su pequeña victoria, el hueco en su cabeza pareció reducirse. El demonio ahondó en ella, asfixiando su conciencia en un mínimo espacio. Ya no bajaría la guardia.

Ahora solo podía abandonarse a sus designios oscuros hasta que *él* decidiera que su cuerpo ya no le servía. Como el niño. Ojalá fuera pronto. Mientras tanto, Tris se quedaría como un animal que se lame las heridas, intentando no mirar demasiado el espectáculo donde era la protagonista.

—No la matéis —dijo señalando a la alux con resignación—. Aunque sea débil, no nos podemos permitir perder a más. —Después dio una orden mental. «Encontrad dónde se esconden y la llave».

Los asys conversaron entre sí y sus pies se encaminaron hacia el pueblo. Los cuerpos de los fallecidos se diseminaban por las calles, espesadas por el humo del fuego. Ella relegó la imagen a un segundo plano al ver los árboles y recordar la vez que Daval la ayudó a trepar al árbol más grande del jardín. Deseó poder volver un instante a aquel momento y verlo de nuevo.

Lo deseó con todas sus fuerzas.

39

Mirah apretó los dientes con rabia.

La batalla ya debía haber comenzado. Asestó un manotazo a una de las velas de la mesa, que rodó por la madera y extinguió su llama. Aunque el día había amanecido oscuro, su luz no era necesaria. Pero ella sí era *necesaria* allí fuera. Se consideraba diestra con la espada, incluso más que muchos soldados. Tendría que estar al frente de la lucha. Por primera vez en su vida, la biblioteca, un lugar que consideraba su hogar, se le antojó como una cárcel.

«Maldita pierna inútil».

Intentó decirse a sí misma que estaba allí por un motivo, aunque no la consoló mucho. Pasó una nueva página del libro y se obligó a concentrarse.

Banyoli tenía una letra pequeña y casi ilegible. Descifrar cada página era un auténtico suplicio y las voces de su cabeza tampoco ayudaban. Bufó al oír el ruido y los gritos que serpenteaban por el corredor, que contrastaban con el silencio de la estancia.

Comenzó a pasar páginas rápidamente con los labios fruncidos. Las voces de los asys le asestaron un latigazo feroz en las sienes, más intenso esta vez. La presión hacía que los ojos le ardieran y se limpió el sudor de la frente con una mano. Banyoli describía múltiples procesos medicinales. Demasiados.

Los sonidos se volvieron más intensos. Un fuerte estruendo bajo sus pies le hizo dar un respingo. No le prestó más atención porque sus ojos habían visto las palabras «criatura invasora» en el texto.

Leyó y alzó las cejas, victoriosa, cuando por fin encontró un signo de lo que buscaba. Le sorprendió que Banyoli explicara la infección de su esposa desde un punto de vista tan… *profesional*. Tragó saliva para intentar concentrarse entre los ruidos de su cabeza y los de la realidad, ya que ambos comenzaban a entremezclarse.

«… porque todos los intentos de separación entre el invasor y el cuerpo invadido fueron fallidos. Pero los anteriores siempre abordaron el asunto desde dentro hacia fuera, partiendo de la base de matar al céfiro. Esto hacía que el cuerpo que lo contiene muriera al instante con él. Si el demonio controla el cuerpo y la esencia aharí ataca su alma oscura, el cuerpo que lo obedece dejará de latir…».

Mirah aferraba la página con los dedos tensos.

«… además de otros condicionantes, el tiempo es vital. Mientras más tiempo pase el demonio dentro del cuerpo, más se extenderá su ponzoña, afectando primero a las capas exteriores (piel y cabello) seguido de músculos, y terminando en su fase más avanzada por los órganos. El deterioro del cuerpo afectado es completo, y, en general, cuando el céfiro percibe que su contenedor ya no le resulta cómodo y está al borde del colapso, lo abandona al instante. Por ese motivo, si existía alguna posibilidad de separar ambas partes debería ser en una fase temprana de la infección, así el cuerpo estaría menos dañado».

«Ese fue uno de los errores de los otros intentos, los sujetos estaban ya en un estado casi terminal y la separación acababa siempre con la muerte, si no instantánea, después de unas cuantas horas. La infección afecta diferente dependiendo de muchos condicionantes: edad, sexo, raza e incluso personalidad».

Se mordió el labio antes de seguir, nerviosa.

«… un céfiro invadió a Hemelia en nuestra casa. Corrían tiempos oscuros, y yo le había dado muchas vueltas al asunto tras numerosos estudios. La inmovilicé y pensé que, para que el demonio abandonara el cuerpo, lo lógico sería abordar el problema al revés, de fuera hacia dentro. Había que hacer que fuera el céfiro quien se fuera por voluntad propia, y eso solo se conseguiría al dañar su contenedor. El invasor debía decidir que aquel cuerpo ya no le sería útil».

El tiempo corría. Una columna de humo se perdía en el cielo oscuro a través de la ventana, pero ignoró sus ganas de acercarse a mirar.

«Fue complicado —decía Banyoli—, saber que tendría que hacerle daño. Fue una noche larga y dolorosa. Consiguió soltarse un par de veces, enrabietado tras los incontables golpes. Yo también recibí alguno. Pero aquello no era suficiente. Aquel ser se aferraba a ella con ahínco. Decidí acudir a medidas más extremas tras sacar fuerzas de mi interior. Le hice un corte, luego otro. Otro más. La sangre comenzó a correr por su perfecta piel, pero el malnacido se resistía. Comenzó a

suplicarme clemencia, intentando persuadirme con una interpretación bien meditada. Resistí y la amordacé. Después le quemé la palma de una mano hasta que se ennegreció. La mordaza apenas conseguía reprimir sus gritos, que amenazaban con volverme loco».

«Decidí que me quitaría la vida si no lo conseguía, incapaz de convivir con la culpa de lo que estaba haciendo. Hemelia jadeaba extasiada de dolor, mirándome con aquellos ojos negros. Y cuando, al final de la noche, le corté un pie, lo vi. Su boca abierta se ensanchó y un humo comenzó a emerger de su interior como veneno negro, que, acobardado, salió por la ventana y se esfumó».

Terminó de leer y alzó la mirada a la ventana. Meneó la cabeza y cerró el libro sobre el regazo. Pero había tomado una decisión. Manipuló la silla de ruedas hasta uno de los baúles de la esquina. Uno que nadie miraba desde hacía mucho tiempo, a deducir por la capa de polvo gris que lo cubría. En su momento se le había antojado como el mejor escondite a ojos de su madre. Ahora, rezó para que siguiera allí mientras sacaba libros y más libros.

Formó una pila precipitada en el suelo y sonrió al ver la forma alargada envuelta en la tela. Nerviosa, soltó una risotada. Se le daba muy bien esconder cosas afiladas en baúles.

40

Daval pensó que el plan del rey podía funcionar al matar al quinto asys. Se miró la mano pringada de más sangre negruzca tras hundir la daga en la espalda del demonio y verlo caer muerto al suelo.

Los asys habían aparecido en horda y no meditaron demasiado al arrojarse frente a la formación dispuesta por Miles. Más de uno tragaría saliva al ver esa manada de bestias cernirse sobre ellos, pero lo disimularon.

En la primera fila del puente, una parte de los soldados de Rowel estaban de rodillas dispuestos con sus lanzas y hacían fuerza contra el suelo con el extremo de las mismas. Su objetivo era frenar la primera acometida ensartando a los primeros asys que se abalanzaran contra la formación. Parecían mucho más concentrados que los soldados alux, en la segunda línea, todos provistos de lustrosas espadas. A cada flanco y en el aire, los arqueros alados tensaban sus arcos para descargar un aluvión de flechas. Otra fila de hombres atrás del todo, junto al pórtico de entrada a la Sala de las Cuatro, también descargaba sus proyectiles a toda velocidad.

El primer contacto fue mortal para muchos. Pero la barrera logró resistir y el empuje de las lanzas hizo que unos cuantos se precipitaran al vacío. No fue hasta que cayó la primera línea de hombres, cuando el silfo vio al primer asys entre esa masa de violencia. Cojeaba de una pierna, pero avanzaba deprisa, escabulléndose entre los soldados, enzarzados en su propia lucha.

Daval respiró hondo para concentrarse. Avanzó para darle la puñalada mortal, aún sin saber si la famosa daga funcionaría. Frunció los labios un instante al clavársela, imaginando en su cabeza que el demonio le dirigía una mirada burlona al fallar. Pero no. Su mirada fue de sorpresa y quedó inerte tras un espasmo. Al retirar la daga de su cuello, empapada en sangre negra, la arcóbriga pareció brillar con

más intensidad, como si hubiera bebido la única sangre que calmaba su sed.

Fue entonces cuando todos los ojos negros se clavaron en él entre las ristras de soldados. Acababa de convertirse en el objetivo. Algunos asys graznaron como un cuervo buscando presa. Volvió la cabeza para intercambiar una mirada con el rey, que permanecía serio y en alerta con la espada en la mano. Junto a él estaba Fury, un spirit en plena línea de batalla. Daval se habría reído tiempo atrás ante semejante posibilidad, pero tenía que reconocer que era un tipo virtuoso. Apuntaba llevándose el hilo del arco a la altura de los ojos y, sin esperar a ver si había acertado su tiro, ya tenía otro proyectil listo para lanzar. Sus flechas eran implacables aun en la carne dura de los asys. Ese dichoso spirit era el mejor arquero que había visto en toda su vida.

Aunque los hombres luchaban con fervor, la resistencia fue menguando. La estrategia basada en resistir y tirarlos al vacío por encima del vallado del puente funcionó durante un tiempo hasta que, movidos por una orden común, todos los demonios se apilaron en el centro.

Daval se pasó una mano para enjugarse el sudor que le corría por las sienes. En la caótica fila, un asys asestó un cabezazo a un soldado y una de sus astas retorcidas se clavó en su mejilla, rasgándosela. El hombre cayó al suelo, gimiendo con la cara abierta en canal. Y el asys avanzó hacia Daval. Su piel color ceniza estaba cubierta de cortes sangrantes que se iban cerrando conforme andaba. Una flecha de Fury le impactó en el lateral de la cabeza. El asys trastabilló como ebrio hasta que Daval le dio fin con la arcóbriga. Al instante, dos soldados jóvenes aletearon hasta el cuerpo para retirarlo y dejar libre la zona de ataque. Pero había demasiados cuerpos en ese reducido espacio y no eran lo bastante rápidos. Unos soldados humanos cayeron dejando un hueco en la formación y cuatro asys se colaron por allí sin evitar pisotear la cabeza de algún cuerpo a su paso.

Miles les dio alcance, moviéndose con rapidez a pesar de su ala herida. Daval lo vio apretar los dientes para intentar esquivarlos. Uno de ellos le asestó un golpe en la cabeza y lo tiró al suelo. Fue entonces cuando el rey Edur se adelantó, voló sobre sus cabezas y se puso frente a ellos. El monarca se convirtió en un luchador más, como si desempolvara una habilidad dormida, sus movimientos al principio algo torpes fueron ganando destreza conforme asestaba espadazos.

La lucha se volvió frenética.

Daval tuvo que agacharse para esquivar a otro asys rechazando por poco el agarre de su manaza de tres dedos. Le clavó la daga y su cuerpo pasó a ser otro estorbo a sus pies que limitaba sus movimientos.

Cegado por la adrenalina, Fury se había adelantado por su flanco izquierdo. Tropezó con uno de los cuerpos y un asys se apresuró a echársele encima. Daval sopló para protegerlo con una barrera invisible y se lanzó hacia adelante para hundirle la daga en el pecho. Cuando el asys cayó, Daval le tendió una mano.

—Esto no significa que me caigas bien, silfo —dijo, aceptando su agarre, aunque había una chispa de admiración en sus ojos.

Él asintió. No se hacía amigos en las batallas, pero era justo defender a quien lo merecía. La tensión activada por sus venas pareció intensificarse. Por delante, el rey Edur, Miles y los soldados restantes, se veían obligados a retroceder.

El suelo estaba húmedo; demasiada muerte en un espacio reducido convertía la madera del puente en un terreno resbaladizo. Los pies de Miles chapotearon en esa humedad antes de pasar la hoja de su espada por el cuello de uno, sin más éxito que un salpicón de sangre negra.

Ante la confusión de tantos cuerpos, los arqueros abandonaron su posición en el aire para sacar las espadas y unirse a aquella carnicería. A pesar de la multitud apiñada sobre él, el puente resistía. El ambiente se contaminó de un concentrado de sudor y sangre, acompañado de un humo difuso, procedente del fuego creciente del pueblo.

«No duraremos mucho más».

Con solo un arma mortal para esos seres, su tiempo se acabaría pronto. Acababa de apuñalar en el pecho a otro asys, cuando una figura amarilla destacó al fondo.

Alentados por una orden muda, los demonios se retiraron a los laterales del corredor. El tiempo pareció detenerse cuando la reconoció y una sacudida le removió las entrañas. Los labios de su hermana se contrajeron en una sonrisa vacía, muy diferente a la que él había conocido. Antes de que tuviera tiempo a reaccionar, Tris inspiró y espiró con fuerza. Un vendaval de aire se abrió paso por el centro y los lanzó a todos hacia atrás.

Toda estrategia murió en aquel momento.

Perturbado, solo sintió que alguien lo cogía por debajo de los

brazos y lo obligaba a retroceder. Se encontró con el rey Edur, zarandeándolo en la Sala de las Cuatro.

—La oigo, muchacho. Oigo su voz ahí dentro. —Lo agarraba con fuerza de los hombros para que lo mirara y clavó sus ojos en los suyos —. Es momento de que tomes una decisión, aunque creo que ella ya ha decidido.

No entendía qué quería decir, pero los ojos del rey estaban fijos en la entrada. Los soldados que quedaban se unieron a los que había en la Sala de las Cuatro y la contienda continuó sin un momento de descanso.

Una nueva corriente de aire derribó a los soldados de la entrada y los asys se colaron en la estancia para rodearlos. Por detrás, la silueta de Tris cruzó el umbral y el rey Edur se abrió paso entre los asys para enfrentarse a ella.

Daval reaccionó y se lanzó a liquidar a otro demonio que corría hacia él. Apenas sacó la arcóbriga sangrante de su interior, sus ojos captaron movimiento por la otra puerta y ahogó una exclamación. Definitivamente, esa alux parecía buscar la muerte. Nadie en su sano juicio se presentaría allí con su silla de ruedas y una espada en el regazo.

Decidida a luchar con el que se acercase, Mirah se colocó frente a la gran fuente central tras incorporarse y apoyar el peso en la pierna sana. Parecía que había relegado el dolor a segundo plano para luchar con los suyos.

—La madre que la… —A su lateral, Fury se colgó el arco y desenvainó la espada mientras ella comenzaba a pelear, ágil a pesar de sus limitaciones.

Fury se abrió paso hasta ella a espadazos mientras la alux asestaba unas cuantas cuchilladas a los que se acercaban hasta la fuente. Una corriente de aire la empujó hacia atrás y ella perdió la espada, que se deslizó por el suelo. Renqueó con las manos hasta sujetarse al borde de la fuente.

El rey Edur soltó un grito al verla mientras él luchaba con un puñado de asys. Pero el céfiro en el cuerpo de Tris no estaba interesado en él. Los demonios le abrieron paso a su líder hasta la parte central.

Daval intentó llegar hasta allí, pero los demonios lo frenaron. Tuvo que recular para escapar de sus garras y logró matar a uno de ellos. Mirah se incorporó y sacó un puñal del muslo al ver a la figura

que se aproximaba. Al reconocer a la desconocida, la miró con fiereza. Asentó el puñal entre sus dedos dispuesta a luchar con el céfiro, pero el rey Edur apareció para interponerse entre ellas, espada en mano.

Tris se paró y torció la cabeza. Su pelo cubrió uno de sus ojos negros. Hinchó el pecho y volvió a soplar. Edur afirmó las piernas en el suelo y endureció las alas. La potencia de aquel poder levantó motas de agua de las fuentes en el ambiente.

Daval vio que su hermana apretaba la boca. El rey Edur aguantó su segunda corriente y se abalanzó hacia ella con una mano sobre los ojos. Ella se desplazó a un lado, esquivándolo. Dieron vueltas el uno sobre el otro hasta que la espada de Edur la alcanzó en la espalda y le abrió un tajo largo y profundo. Sintió el gemido de Tris como suyo propio.

El céfiro debió de enfurecerse. Su chillido en jerga extraña hizo eco entre la piedra. Al instante, un grupo de asys dejaron sus puestos para abalanzarse salvajemente sobre el rey.

—¡Papá! —gritó angustiada Mirah. Su padre desapareció entre una masa ingente de demonios.

A su alrededor, los demás luchaban sin descanso con un enemigo que siempre se regeneraba. Algunos se rindieron al cansancio para dejarse morir. Era cuestión de tiempo. Era evidente que esa supuesta ayuda que esperaban de la reina de Taman no iba a llegar.

Tris aprovechó la confusión para avanzar hasta la fuente. Mirah no vaciló. Aún en desventaja, de un movimiento rápido, le clavó el puñal en el muslo. Ella se arrancó el puñal, tomó a la alux del cuello y la lanzó contra uno de los muros. Fury seguía peleando en un lateral, incapaz de recortar distancia, pero Daval esquivó a un asys y obligó a sus piernas a correr hasta ellas. Le sorprendió que el céfiro no le pusiera trabas. Por el contrario, Tris volvió la cara hacia él, torció la cabeza hacia un lado y sonrió. Era una sonrisa podrida, envenenada.

—Te echábamos de menos, Daval.

La voz tenía una calma tan espeluznante como extraña. Era como oír a un ser desconocido y familiar al mismo tiempo. En medio de un tornado de emociones, intentó centrarse. Los demás luchaban con la manada de asys ensañados con el rey. En medio del caos, ni siquiera se le veía entre todos los cuerpos. Daval miró hacia arriba. El reflejo turquesa brillaba en la cima de la fuente. Allí no solo se jugaban el futuro de Trisar, se jugaban mucho más.

Tomó aire y lo retuvo en los pulmones antes de soplar sobre Tris y

mandarla contra una de las fuentes de las esquinas. Ella pareció entre sorprendida y divertida. Su propio soplido frenó el de Daval, luego, sin apenas esfuerzo, lo elevó a unos palmos del suelo en una barrera de aire invisible. Sorprendido ante la fuerza de su poder, solo atinó a agitar las manos. Con una mueca burlona, ella interrumpió el contacto visual y lo dejó caer con dureza para acercarse corriendo hasta la fuente.

Sintió el sabor de la sangre en la boca al chocar contra la piedra. Se obligó a incorporarse y volvió a soplar. Ella lo esquivó y trepó por la estructura de la fuente. Justo cuando iba a volver a soplar para tirarla, un asys lo sorprendió por la espalda. Se deshizo de sus manos, forcejearon y le clavó la daga en el costado. Tris ya había llegado arriba. La vio entrecerrar los ojos y dar un puñetazo a la esfera. Pum. El cristal se hizo añicos, pulverizando milésimas de pequeños cristales en el aire y el destello azul se intensificó por toda la sala un instante al ser liberado.

Sin apenas aire en los pulmones, Daval concentró todo su poder en soplar. Una corriente tiró a Tris al suelo, y la gema se le escapó de la mano. Los dos la observaron deslizarse por el suelo salpicado de sangre. Corrió, pero ella lo agarró por detrás. Tenía una fuerza increíble. Se giró para enfrentarse a ella. Cara a cara, se tantearon un momento. Aun demacrada, no podía dejar de pensar en mil y un recuerdos con ese mismo rostro. Los dos jugando en el granero, él soplándole en la cara y despeinándola mientras ella reía a carcajadas, las peleas de almohadas cuando invadía su cama.

No encontró ningún rastro de aquella Tris.

La culpabilidad le comía las entrañas. No debería haberse marchado. No debería haberla dejado nunca. El céfiro aprovechó su momento de debilidad y le propinó una patada en el estómago que lo dobló en dos.

—Qué emotivo encuentro, ¿verdad, hermanito? —Escupió un salivazo de sangre negra en el suelo. Y el tono de su voz terminó de romper aquel pequeño trance. Vio con detalle toda su piel descascarillada como un retrato de pintura ajado por el tiempo—. Hemos hecho un equipo casi perfecto, ¿verdad, Tris?

Su cara pasó por varias emociones al hablar consigo misma. La Tris de su interior pareció enfadarlo y le hizo llevarse una mano a la cabeza para tirarse del pelo. El trozo cuerdo que quedaba de su alma luchaba. Daval lo sabía. Un pedacito de *su* Tris aún quedaba por ahí

dentro. Ella soltó aire por la nariz con pesadez.

—No, no hay nada que pueda ofrecerme, señorita Wicker. —Siguió susurrando para sí misma, de forma casi inaudible—. Ya me la jugaste con el numerito de antes. Y ahora vas a matar a tu hermano con tus propias manos.

Corrió hacia Daval con un chillido, él apretó los puños y sopló. Frenó su avance en seco y la hizo caer otra vez. Entre todo el caos, intentó encontrar a Mirah con la mirada. Aún aturdida en el suelo, la alux no había perdido detalle de su pelea. Parecía haber aceptado que iba a ser un estorbo en aquella contienda y ahora se arrastraba con un único fin: recuperar la gema que había caído al suelo. A su espalda, Fury intentaba retener a un asys a espadazos. Con los músculos en tensión, hundía la espada en su carne gris, que volvía a cerrarse una y otra vez.

Daval se movió deprisa, intentando alejar al céfiro del epicentro. Si Mirah necesitaba tiempo para llegar hasta la gema, él se lo daría. Se abalanzó sobre Tris, forcejearon y ambos cayeron en una de las fuentes esquinadas. Tris le empujó la cabeza bajo el agua. Boqueó ante la falta de aire durante unos minutos larguísimos. Consiguió quitársela de encima. Se alzó y la abofeteó. La sangre le salpicó al abrirle la mejilla. Intentó no pensar en el rostro al que estaba pegando. Ella se le echó encima. Su poder de silfo también debía haberse debilitado. Cerca de uno de los grandes ventanales, dieron vueltas el uno sobre el otro. El viento le lamió el rostro. El céfiro concentró toda la fuerza que le quedaba y se acercó, haciéndole un placaje contra la pared. Aquello no podía durar eternamente. Daval aferró la arcóbriga en la mano y gritó para intentar hacerse oír sobre la lucha:

—¡Mirah!

La alux desvió la vista de la gema a él. Él jadeó y esquivó a duras penas un derechazo del céfiro.

—¡Mirah! —repitió en un grito angustiado—. ¡Necesito una respuesta!

No hizo falta decir más. Ella entendió lo que quería: meneó la cabeza. Y ese gesto fue suficiente. Daval notó que algo se rompía en su interior. Miró la cara de Tris, más cerca de la muerte que de la vida, y entendió que ya sabía que era demasiado tarde.

El céfiro aprovechó ese instante de vulnerabilidad. Lo cogió con una fuerza salvaje para llevarlo al borde del gran ventanal. El viento les agitó el pelo a los dos, aumentando la tensión del ambiente,

cargado de una energía repentina. Había una sonrisa cruel dibujada en sus labios.

Tris le clavó los dedos en el cuello hasta que la mitad de su cuerpo osciló en el vacío tras la ventana. El cielo pareció gruñir enfadado cuando él sintió el vuelco en el estómago ante la altura.

Tenía que matarla o ella lo mataría a él.

Los ojos negros del céfiro se clavaron en los suyos y él apuntó la daga hacia su pecho, pero sus manos dudaron. Hubo entonces un chispeo de conexión entre ellos. Y por un momento supo que, tras aquellos ojos vacíos, estaba mirando a su hermana. Tris hizo una mueca enigmática y sus manos se colocaron sobre las suyas para dar el empujón final y clavarse la daga a sí misma. El cuerpo perdió toda energía y la mano que lo agarraba quedó floja.

Daval cayó al vacío.

Y mientras el rugido de un trueno le atizaba los oídos para acompañarlo a la muerte, recordó las palabras del rey. Edur tenía razón, ella ya había decidido.

41

Nunca había tenido que tomar una decisión como aquella. Una que podía cambiar el curso de su vida y de la de muchos. Pero Mirah no lo pensó. Miró la gema, que había rodado fuera de su alcance, desplazada con torpeza por los pies de un asys, y miró cómo Daval caía por la ventana.

Decidió. Cerró los ojos y apretó los puños.

Sus alas la obedecieron y brotaron de su espalda para rajar la espalda del vestido. Músculo, tendones y piel se abrieron también. Sus falanges casi chocaron contra el suelo y la alzaron. El obstáculo de su pierna rota desapareció y sorteó a los presentes en un abrir y cerrar de ojos para salir volando por el gran ventanal.

El cielo gris la recibió con un aluvión de gotas que empezaban a caer de forma abrupta y la sensación electrificó cada poro de su piel. Apretó los labios y se dejó caer a la vez que replegaba las alas hacia atrás para reducir la resistencia del aire. Cada segundo era vital. Tensó el cuerpo para ganar velocidad. Aceleró y adelantó los brazos hacia el abismo para alcanzar a Daval, a punto de estamparse. Las voces se distorsionaron en su cabeza, centrada en su objetivo. El corazón le latía con tanta fuerza que le hacía vibrar el pecho.

A veces olvidaba lo maravilloso que era volar.

Lo atrapó al límite del golpe mortal. Sus alas soltaron un chasquido ante la brusca frenada y se torció hacia un lado. Apretó los dientes para resistir la fuerza. No fue un aterrizaje suave. Rodaron por el suelo y dio gracias por que el césped no les desollara los miembros. Jadeó y se frotó el trasero dolorido. Daval se incorporó sobre las manos. Empapados por la lluvia, se levantaron.

Él pestañeaba, era la primera vez que veía esa mirada en sus ojos y no supo descifrarla. La maravillosa sensación se esfumó tal y como había llegado y se abrazó a sí misma en un gesto nervioso. Agradeció

que el pelo húmedo la cobijara, goteándole sobre los hombros. Si solo hubiera estado desnuda no se sentiría tan expuesta. Nunca había mostrado las alas a nadie.

—Me has salvado la vida. —La examinaba con intensidad, pero no pareció darle importancia a lo que veían sus ojos. Su expresión se suavizó al decir—: Quizá haya que practicar un poco ese descenso, ¿no crees?

Ella le dedicó una sonrisa tímida. Era evidente que no quería incomodarla a pesar de estar ante una alux con unas alas negras. *Negras*. La lluvia hacía parecer que estaban hechas de satén líquido, aunque ella sabía que eran fuertes y flexibles como el cuero fino, rematadas en los bordes superiores por unos picos redondeados.

Daval apartó la vista para mirar hacia arriba. Ambos sabían que debían volver. Tomó la mano que ella le ofrecía en silencio y la aferró de la cintura antes de que alzara el vuelo. No había miedo en sus ojos púrpura.

Había muchos demonios esa noche, pero cada uno tenía los suyos propios con los que lidiar.

La estancia se les antojó asfixiante con el olor metálico de la sangre. Junto a la misma ventana por la que se había precipitado al vacío, Daval se quedó congelado frente al cuerpo de su hermana. Al aletear con torpeza por encima de la masa de cuerpos inertes en el suelo, Mirah tragó saliva.

—¡Se retiran! ¡Los demonios se marchan! —oyó que gritaba alguien.

Muchos soldados habían muerto y el resto luchaban malheridos. Al ver retroceder a los asys, lo tomaron como un triunfo y hubo gritos exaltados. Mirah meneó la cabeza. No habían ganado. Si se retiraban era porque la llave del agua ya debía estar en su poder. Y entonces, de reojo, atisbó la figura grande de su padre tendida en el suelo. Se arrojó al suelo y lo zarandeó sin éxito. La vista se le volvió borrosa y le tomó el pulso con dedos temblorosos. Aún vivía.

Alzó la mirada para avisar a alguien. Miles jadeaba a un lado, apoyado contra la pared. Reconoció a varios de sus soldados principales. Repasó varias veces a los supervivientes y una nueva desazón le estrujó el estómago. No veía a Fury. ¿Tendría que buscarlo entre todos los cadáveres? No soportaba la idea, así que la aparcó a un lado para mantenerse cuerda. Apretó los labios. Debía tener la cabeza fría.

—¡El rey necesita al doctor Remín! —gritó—. ¡Deprisa!

Notaba las piernas húmedas en el suelo. El caos de la batalla lo había convertido en una superficie pegajosa de color indefinido. Recorrió las lesiones de su padre con la mirada hasta ahogar un gemido. Sus alas habían desaparecido. A su lado, un trozo ajado de una de ellas se deshizo entre sus dedos. Se sintió desfallecer y le acarició la cara. Al sentirla, Edur entreabrió los ojos.

No hubo ni un rictus de dolor, solo una calma serena al mirarla con ojos febriles. Le vio esbozar una sonrisa al ver las alas a su espalda y ella se dio cuenta de que ni siquiera las había replegado.

—Eres hermosa. —Su voz sonó pastosa—. Como lo era tu madre.

Frunció el ceño. Las palabras se deshicieron en su cabeza una a una. Podía pensar que estaba delirando, pero aquella afirmación se le clavó como si rajara un saco de mentiras. Y todo pareció encajar en ese momento. *Su madre*. Su madre nunca había sido Emerit, ¿verdad?

Edur ya había cerrado los ojos para dejarse llevar por la inconsciencia. Ella dejó caer los hombros hacia delante. Al margen de aquel descubrimiento sobre sí misma, repasó la situación presente. No estaban preparados para un enemigo como aquel. Habían fracasado. Se limpió las lágrimas furiosamente justo cuando Fury entraba en la estancia.

El alivio fue tan grande que olvidó todo para volar a abrazarlo. Él se quedó rígido mientras ella dejaba de contenerse y derramaba un llanto liberador contra su pecho. Con vacilación, él le acarició la espalda hasta llegar a una de las alas. Al mirarla con sus ojos verdes, le parecieron más oscuros de lo habitual mientras contemplaba ese secreto que había guardado tanto tiempo. Parecía desconcertado, y no debía ser el único, sentía las miradas de todos haciéndose preguntas.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró abatida—. Se han llevado las llaves.

—Querrás decir la llave —dijo él—. Solo tienen una.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y el destello azul sobresalió entre sus dedos. Mirah abrió la boca de sorpresa. Hizo ademán de cogerla, pero él retrocedió como movido por un impulso, después tragó saliva y la dejó caer en su mano.

—¿Cómo has…?

—Seguí al que la cogió. —Se pasó una mano temblorosa por el pelo cubierto de sangre y sudor—. Lo pillé por sorpresa. Fui rápido. —Había una chispa extraña en su forma de hablar, como si le costara

articular las frases. No se lo reprochaba, todos estaban agotados después de aquel infierno.

Miró la gema reluciente. No habían perdido la llave de Aleph, pero los demonios volverían a intentarlo. Las necesitaban todas si querían liberar a su señor. Pero ella no iba a permitirlo. Alzó la barbilla. Alguien tenía que tomar las riendas. Hizo acopio de toda su entereza tras mirar a su padre yacente en el suelo. Mientras él se recuperaba, no podía quedarse de brazos cruzados. Mandó a Fury a buscar al doctor Remín y a traer una enorme lista de ingredientes de la enfermería. Él le hizo una seña interrogativa hacia Daval, que seguía junto al cuerpo de su hermana.

—Dejémosle un rato tranquilo.

Eso le hizo recordar. *Lucy*. ¿Seguía en el refugio? Se acercó a Miles y le mandó hacer un reconocimiento exhaustivo del castillo y del refugio con los soldados restantes. Su tono autoritario no admitía discusión. En ese instante, todos se sobresaltaron cuando una figura se coló por la ventana.

Dejándose caer dentro de la sala, la recién llegada, una alux joven, respiraba con dificultad.

—Llevo horas… volando… sin parar. Para escapar… de…

Mirah hizo memoria. La había visto un par de veces en el pueblo, pero no la conocía. Calculó que tendría la edad de Lucy o puede que fuera algo más joven. La chica se apartó el cabello color miel hacia atrás y resopló. Alzó sus chispeantes ojos azules hacia Mirah e hizo una mueca, no de desprecio, sino de sorpresa, al ver sus alas. Luego, bajó la mirada y murmuró:

—Han secuestrado a cientos… No he podido… Maldita sea. —Se sacudió el sencillo vestido rojo que señalaba su clase, más furiosa que atemorizada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Ymara.

Mirah le estrechó la mano, y ella le sonrió con calidez. Le gustó al instante. Era delgaducha, pero sus curvas llenaban su vestido en las zonas adecuadas. Una verdadera belleza con sus mejillas salpicadas de pecas.

—¿Ymara? —Miles se había acercado con una nota esperanzada en la voz y sus ojos se posaron un instante en el cielo más allá de la ventana—. ¿Dónde está Ylara? ¿Ella también…?

La joven negó con la cabeza y comenzó a sollozar.

—Pude escapar y la dejé allí… Miles, lo siento, no sabía cómo… —Comenzó a entrecortarse y fue evidente que se había estado conteniendo demasiado tiempo para explotar. Unas cuantas lágrimas silenciosas empañaron sus mejillas y el comandante solo atinó a darle un par de toquecitos en el hombro. Sin embargo, detrás de su habitual apariencia fría, Mirah alcanzó a ver cómo le temblaba la vena de la sien. La tal Ylara debía importarle.

—Iré a comprobar si hay supervivientes, princesa.

Mirah asintió antes de volverse hacia Ymara, que se limpiaba las lágrimas con la mano.

—¿Quieres ir con ellos? —le propuso—. Una voz femenina puede que tranquilice a los supervivientes y te vendrá bien una distracción. —Ella asintió.

La Sala de las Cuatro comenzó a despejarse. Fury entró con el tintineo de los frascos, ayudado por una spirit pequeña con los ojitos muy abiertos. Le seguían Tomen y el doctor Remín, que se arrodilló de inmediato junto al rey. La pequeña barrió la sala de una mirada y no dio muestras de que el sanguinolento espectáculo la perturbara.

—¿Qué tal todo por ahí arriba? —preguntó a Tomen.

—Para nosotros bien, princesa. —Le posó una mano en el brazo y le agradeció que no hiciera comentario alguno sobre sus nuevas y expuestas falanges—. La enfermería nos sirvió de refugio e intentamos no hacer ruido mientras tratábamos al señor Rowel, pero el resto de las dependencias y los spirits de servicio… —Bajó la cabeza.

—Un soldado se comió un humo negro y sus ojos se volvieron raros.

La vocecilla de la pequeña spirit la sorprendió. La miró sin poder evitar agacharse ante sus ojitos obstinados y le apartó un mechón de la cara.

—¿Y tú como lo sabes?

—Me había escapado de la enfermería porque nunca había estado en el castillo. Quería ver. Ver cómo vivían aquí, sin agujeros en las paredes. —Sus orejas se movieron inquietas—. Y lo vi. El humo olía mal. Como el spirit roñoso que vive con tantos conejos en esa casa del tejado verde. Yo me escondí. Soy muy lista, señora princesa, ¿sabe? Pero ese soldado… mató a gente. Luego cayó al suelo y el humo se fue.

Asintió. Oírla hablar era como ver una parte sí misma reflejada en una doble rubia, pequeñita y testaruda.

—Qué valiente.

La spirit se ruborizó, pero negó con la cabeza.

—Si no me hubieran quitado la espada del señor Fury, sí que habría sido valiente.

42

Daval había oído las conversaciones sin participar. Sus ojos no podían dejar de mirar el cuerpo inerte de Tris. «Qué injusto es todo».

Le cogió la mano. Era ligera como el papel y el roce desprendió algunos restos de piel como si fueran corteza seca. Los trozos se posaron sobre sus muslos. Trozos de lo que había sido su hermana. Aquel vestido amarillo pareció quedarle absurdamente grande, envolviendo un cuerpo que había quedado casi consumido.

Él lo sabía. Ella lo sabía. No había otro final posible. Tris quería la muerte. Su espíritu estaba demasiado cansado como para luchar más.

Le apartó el pelo de la cara y con una caricia le cerró esos ojos negros que la habían convertido en un ser diferente. Sin esa mirada vacía, su rostro adquirió el gesto lánguido tras la muerte. Merecía vivir más, mucho más. Nadie como él sabía lo maravillosa que había sido en vida.

Pero, para los supervivientes, ella solo sería el demonio del vestido amarillo.

Ojalá aquel ser despreciable lo hubiera elegido a él. Antes de perderse en el vacío, había conectado con ella; lo había sentido. Se inclinó y asió la empuñadura de la arcóbriga para desprenderla de su cuerpo con un sonido seco. Examinó la hoja empapada en sangre negra antes de dejarla en el suelo y se alegró de haber sido el que la empuñara para liberarla de aquel infierno. Eso no alivió la ola de tristeza que le hizo bajar la cabeza y cubrirse la cara con las manos.

Una presión le inundó el pecho, atenazado por la expectativa de un final esperanzador que no había llegado. «Llorar es de débiles», decía Cirae. Y no derramó ni una lágrima.

Sin embargo, fuera, la masa de nubes cobró fuerza y, conectadas con su propio interior destrozado, las gotas cayeron en un baile de luto. Apenas percibió que alguien se acercaba. Al alzar la vista, Fury

miraba la daga en el suelo. A su lado, Mirah se inclinó y le posó una mano sobre el hombro. Aunque no había escondido las alas, estas reposaban lacias a su espalda como si fueran una capa oscura.

—Siento mucho haberte dado esperanzas, pero ya…

—… era tarde —adivinó él—. Lo sé.

Se hizo el silencio un instante. No era fácil llenarlo con palabras de consuelo vacías.

—No creo que le hubiera gustado vivir el resto de su vida así —dijo ella al fin.

—Claro que no. —Se inclinó sobre su hermana y rozó su frente con los labios sin apenas tocarla. No quería dañar más su última imagen de ella. Acercándose a su oído, susurró—: Ahora descansarás, señorita Ventisca.

Se incorporó y se guardó la daga antes de mirar a su alrededor. El doctor Remín trabajaba en silencio sobre el cuerpo del rey mientras una spirit pequeña le iba pasando los utensilios y frascos atenta a cada movimiento. ¿Se recuperaría? Mirah mantenía una entereza digna de una reina, aunque por dentro, como él, estuviera destrozada.

—Gracias por intentarlo —le susurró.

Ambos compartieron una mirada cómplice. Rodeados de cadáveres, aquella alux destacaba por encima de la sangre y el olor de la muerte. Se sintió casi absorbido mientras ella se asomaba a la ventana para ver aquel amanecer funesto. La angustia de ella era palpable mientras veía la imagen devastada de un pueblo reducido a cenizas, con los últimos rescoldos del fuego extinguidos por la lluvia. Muchas vidas inocentes que se habían arrebatado. Los rayos de sol se colaban entre las nubes y no hacían más que acentuar el aspecto desolado de las casas y los árboles.

—Princesa. —Miles había vuelto.

Ella se giró y el comandante tragó saliva.

—Los asys entraron en el refugio —informó él—. Por suerte, se marcharon antes de acabar con todos. Aún tendremos que revisar todos los cuerpos, pero la reina… —Se interrumpió—. Lo siento mucho. Su madre ha muerto.

El rostro de ella permaneció férreo, pero sus manos temblaron. Una sombra cruzaba por su mirada. Expulsó el aire de forma abrupta, pero no se desmoronó ni lloró, como era de esperar. Bajó la mirada para entrecerrar los ojos.

—¿Y mi hermana? —preguntó con un temblor en la voz.

—No hay rastro de ella. —Miles se encogió de hombros—. Los asys deben habérsela llevado con el resto de las secuestradas.

Daval la vio asentir de forma autómata. Su cabeza no estaba ya allí, pero no mostró su ansiedad. Con voz alta y clara ordenó hacer un listado de todos los fallecidos y mandó hacer un barrido por el pueblo en busca de supervivientes. La gema turquesa centelleaba en su mano. Tanta muerte solo por esa mísera gema. Y volverían de nuevo, aquello solo era el principio. Miró a su hermana y sintió que la rabia corría por sus venas. No iba a permitir que su muerte fuera en vano.

—No van a conseguir esas llaves —dijo acercándose a la alux—. No podemos permitirlo.

Ella pareció volver en sí. Su mirada perdida dio paso a una que le era más familiar. Esa mirada testaruda y decidida con la que la conoció. Asintió. Daval supo que, en ese mismo instante, ambos habían sellado sus destinos. Tenían un nuevo objetivo y una lucha que lidiar.

No podían dejar que Elania viviera una nueva época oscura.

Cuando se llevaron al rey entre varios soldados, la estancia se quedó extrañamente tranquila y el rumor del agua cobró intensidad. A pesar de todo lo que había ocurrido entre sus paredes, la corriente continuaba incansable, brotando desde el corazón de la tierra.

* * *

Fury se pasó una mano por el pelo al sentir la cabeza pesada. Sus orejas no dejaban de moverse inquietas y se resistió a colocarse las palmas de las manos sobre ellas. Su especial sentido del peligro debía haberse atrofiado con tanta muerte a su alrededor. Acostumbrado a su tranquila rutina, deseó volver atrás, cuando sus preocupaciones solo se limitaban a entregar los pedidos a tiempo o a que no le faltara metal. Nada de dichosos demonios ni de llaves.

«La llave».

El pensamiento le hizo buscar el destello azul en las manos de Mirah, que hablaba con el silfo. La aparente intimidad entre ellos le molestó. Tanto que deseó achicharrarle la cabeza a aquel tipo. Pero los ojos de la alux lo buscaron y le pidió que ayudara a Daval con el cuerpo de su hermana. Asintió a regañadientes. No era el momento de comportarse como un imbécil después de lo cerca que habían estado de morir. Cuando la había visto llegar en plena batalla, se sintió

flaquear. Ahora tenía ganas de abofetearla. Y de besarla también.

«Condenada alux, ¿es que nunca iba a cambiar?».

Al tragar saliva, sintió la lengua seca, con un sabor extraño que no pudo identificar.

La miró mientras ella envolvía la gema en un trozo de tela antes de metérsela dentro del cuello del vestido. Hizo memoria. Recordó que había visto que uno de los asys recogía la llave del suelo justo cuando todos emprendían la huida. En un arranque desesperado, lo siguió por un corredor solitario sin entender dónde estaban todos los demás. Corrió hacia él y se sorprendió de darle alcance. Cuando le clavó la espada en el costado, lamentando que no fuera el arma mortal del maldito tipo del viento, el asys se detuvo y lo miró con una mueca. Forcejearon y el demonio le asestó un golpe brutal en la cabeza. Cuando recuperó el conocimiento estaba solo y tenía la llave del agua entre los dedos.

Se tocó el bulto de la frente allí donde lo había golpeado, intentando no pensar demasiado en ese vacío de sus recuerdos. No sabía cómo, pero había conseguido quitarle la llave.

Ayudó a Daval a coger a su hermana tomándola de las piernas. El crujido de su piel hizo que suavizara el contacto para que no se desintegrase ante sus ojos. No miró a Daval que, aunque le cayera mal, merecía la intimidad de su duelo.

Mirah alzó el vuelo para inspeccionar la sala en búsqueda de alguna señal vital entre la maraña de cuerpos desmadejados. Fury tenía que intentar acostumbrarse a verla en movimiento. Con esas alas nada convencionales, debía admitir que no había un espectáculo más hermoso. Notó que el corazón aumentaba su ritmo y se controló para no darse un puñetazo en el pecho. Llevaba demasiados años intentando quitar a esa maldita alux de sus pensamientos más prohibidos. Ella era la heredera, y él… ¿qué era él? Un vulgar herrero. No tenía nada que ofrecerle más que su amistad. Sin embargo, la llegada del silfo a sus vidas había despertado una sensación de pertenencia en él que lo desconcertaba.

Frunció el ceño mientras la veía salir, por primera vez volando y no caminando, por el arco de aquella entrada. Tras levantar el cuerpo consumido de Tris, Daval y él también se encaminaron hacia la salida.

Fury tosió. Nadie vio que un poco de humo negro salía de su boca.

EPÍLOGO

Ersebek absorbió las entrañas de la rata antes de relamerse.

Era incapaz de apartar la mirada de la actividad que se desarrollaba ante sus ojos oscuros. El ruido de las piedras al caer en la galería levantó una nube de polvo entre los cuerpos sudorosos de los suyos. Los asys cavaban y destrozaban la roca con destreza, sin vacilar, mientras otros se dedicaban a sacar las piedras acumuladas en el suelo. Ersebek, que había sido nombrado líder tras Paludenk, su predecesor, los contemplaba con un rictus de desprecio.

Paludenk ya era demasiado viejo, pero era respetado por todos a pesar de no ser un asys. En tiempos lejanos, fue un humano que vendió su alma a la oscuridad. Como líder de los chamanes, había sido uno de los pocos supervivientes de la gran guerra de Haya Donek y uno de los encargados de hacer madurar a una panda de asys neonatos y huérfanos al final de la época oscura. Sin embargo, ya eran casi tres mil años los que había dedicado a su búsqueda en aquel laberinto de roca que parecía llevar al mismísimo seno de la tierra.

Paludenk decía que el padre de Ersebek estaba enterrado allí.

Al principio, Ersebek había pensado que estaba chiflado. Como hijo póstumo del gran Haya Donek, no había sentido nada. Ninguno de los presentes había conocido esa época maravillosa e infernal de la que hablaba Paludenk, y, después de esa larga búsqueda entre pasajes y pasajes de galerías excavadas en la roca, ya no creía que quedara mucho por explorar.

Tardaron casi quinientos años en revisar toda la zona sur, donde los desprendimientos de roca les cortaron el camino. Aun así, fue la zona oeste la que consumió casi mil seiscientos años hasta que Paludenk decidió que no era la dirección correcta.

Se hurgó los colmillos con un hueso pequeño de la rata, pensativo.

Ahora, ochocientos años después de comenzar a explorar por la

zona este, Paludenk, decrépito y mayor, había relegado en él el liderazgo de la excavación. El viejo chamán no podría morir, por supuesto, a pesar de que sus heridas no se regeneraban como en ellos. Su alma humana vendida al mal aún sobreviviría, y, una vez que su cuerpo terrenal se consumiera, y si su alma oscura era lo bastante fuerte, ascendería a demonio superior; a céfiro. Aunque ya pocos lo conseguían. Ni siquiera los propios asys. El poder negro de su padre estaba dormido y prisionero, y eso los volvía débiles. Paludenk aseguraba que, cuando lo encontraran, eso cambiaría.

Por el momento, en las filas de Tolek, el líder del ejército de tierra, solo había dos céfiros. El mismo Tolek había sido uno de ellos, encargado de dominar a aquella chica. Tenía que reconocer que había elegido bien a su contenedor, la silfo había sido *muy conveniente* para sus planes. Pero Tolek seguía siendo un cabeza hueca y ahora estaba muerto. Un idiota incapaz de controlar el blando espíritu de una chica. «Que se pudra».

Como único hijo conocido de Haya Donek, Ersebek se había puesto al mando de todos. El sabor del poder lo excitaba. Siempre había sido diferente, no solo por su diestra inteligencia, sino también a nivel físico. Sus hermanos, torpes, ignorantes y encorvados, siempre iban cegados por un salvajismo animal que lo desquiciaba. Menos mal que Tolek y el resto lo habían escuchado cuando, en su debate mental, se había negado a un ataque masivo sin orden ni planificación alguna. Su estrategia para asediar el reino de esos estúpidos alux casi había salido a la perfección, pero el dichoso Tolek lo había destrozado todo.

Dadas las circunstancias, había tenido que labrar un plan rápido para lo que estaba por venir.

De pronto, notó una pulsión. Sabía aislar su pensamiento para no compartirlo con los demás. Y ya llevaba varias semanas sintiendo esas pulsiones, pero las quería para él, para deleitarse con lo que significaban: Haya Donek estaba cerca y quería ser el primero en llegar hasta él.

Los otros, ahogados en la labor del arduo trabajo en la inhóspita gruta, no parecían haberlo percibido. Su raza demoníaca estaba débil. Demasiados años de paz y de luz ponían a Ersebek enfermo, mental y físicamente. Como demonios, necesitaban la desgracia, el mal y la oscuridad para vivir. Era mejor alimento para su espíritu que cualquier rata mugrienta.

Escupió el hueso al suelo. Un demonio había parado su tarea y

reía con el de al lado. No dudó. Se acercó, cogió un trozo de piedra y se lo estampó en la sien. La sangre le salpicó en la cara mientras los demás lo miraban con temor. «Bah». Ya se regeneraría.

Acciones como aquella eran las que le habían forjado el respeto de los demás, pero aún había algunos que no parecían comprender cuál era su objetivo y la importancia del mismo.

Sintió una nueva pulsión que le recorrió la piel grisácea. Estaban cerca. Un mes quizá. Para entonces debían tener las cuatro llaves. Y, cuando su padre estuviera libre, él ya habría formado un ejército aceptable para redimirse después de tantísimos años. Merecía un mejor puesto junto a su padre que cualquiera de aquellos demonios necios.

Quería ser su mano derecha.

Quería ayudarlo a extender su poder por toda Elania.

Quería darle la tierra que nunca tuvo para que la oscuridad reinara al fin.

Quería sentir el poder pleno recorriéndole cada víscera del cuerpo.

Lo quería todo.